

José Vicente Abreu

**LA TORTURA
EN VENEZUELA
SE LLAMABA**

SN

Vigésima Primera Edición
1964-2005

José Agustín Catalá, editor / **EL CENTAURO**, ediciones
Caracas / Venezuela / 2005

© José Vicente Abreu
José Agustín Catalá, editor
Ediciones CENTAURO
Edición facsimil de 1964
ISBN 980-263-371-2
Caracas/Venezuela

JESÚS SANOJA HERNÁNDEZ: EL LIBRO DEL AÑO

Semanario *QUE*, agosto 7, 1964

TRATA DE TORTURAS E ISLAS DOLIENTES

"Se llamaba SN" trata de torturas e islas dolientes: de las torturas en aquella Seguridad Nacional de El Paraíso donde nos metieron a estudiantes de 17 y 18 años por cantar el Himno Nacional a las puertas de la Universidad, protestar por la prisión de puertorriqueños o lanzar tomates contra poetas franquistas. Abreu, quien en primera persona narra a través de más de doscientas páginas de una tragedia colectiva la de adecos, comunistas, independientes; la de la pudrición de un régimen político; la de cuerpos represivos bestializados (como la SN y la Guardia Nacional), cayó en mayo de 1952, uno de los períodos más ferozmente carcelarios del perezjimenismo, que llevó en sus entrañas la huelga universitaria, el asesinato de Ruiz Pineda y el fraude electoral.

Precisamente, la primera parte del libro se llama "Seguridad Nacional". Es la primera visión no fragmentaria, tampoco ficticia, pero sí con un gran clima narrativo, del gran pulpo de la represión política. Tras una luminosa descripción de la captura, Abreu relata las torturas a que fue sometido y luego el ambiente en los pequeños cuartos que hacían de celdas. Un estudio psicológico directo, sin matices, acaso demasiado crudo, más cercano a Pocaterra y Arráiz que a Malraux y Fucik, pero una realidad viviente como pocas veces antes en nuestra literatura. Para captar el ambiente de la SN, Abreu no abrió libros, no memorizó influencias, no fabricó estilos. Revivió

*contenido de su contenido político
(¿que trata?)*

una experiencia tremenda, la escribió a lápiz o máquina, la revisó, y al fin la dejó candente y objetiva, como primer gran documento de lo que fue, sigue siendo y alguna vez dejará de ser: la policía, con sus mil ojos vigilantes, con sus cien tentáculos de tormento, con su sacro oficio de tortura y aislamiento.

La segunda parte del libro, en cambio, es el barco "Guayana" y su oscuro viaje hacia Guasina. Hermosos y duros capítulos los del viaje de aquellos "condenados del mar", imposibilitados del goce del cielo abierto, hacinados, revolcados en furias intestinales y odios políticos. Y luego GUASINA. ¿Qué fue GUASINA? Una isla donde un pequeño muro pretendió detener al gran Orinoco, donde guardias nacionales reprimieron, donde trescientos o cuatrocientos venezolanos fueron lanzados sin pedirle cuenta al destino. Una isla insalubre, un campo de concentración.

LA HISTORIA SE DESPLAZA A CIERTO RITMO

Guasina fue, apenas, un paso. Quienes entraron allí adecos, en parte salieron comunistas, Abreu entre ellos. Otros siguieron un curso depresivo, de liquidación burocrática, de nervio roído y deshecho. Son los más. Nada de esto narra Abreu, que cierra su libro con el viaje—real, histórico, pero en libro sólo visto como posible—hacia Ciudad Bolívar, la cárcel que los retendría por dos, tres, cuatro, cinco años más. Abreu no ha querido mentir: junto a su narración nominativa y directa, con un estilo al que se le temía en Venezuela, despojado de adjetivos, herido, puntuado, preciso, el novelista coloca—para que periodistas, lectores, historiadores se den cuenta— un prontuario, un fichero, un irrefutable conjunto documental: las reseñas de la SN, las nóminas de enviados a Guasina, las firmas, sobre la Biblia, de decenas de secuestrados.

Y la historia se mueve a cierto ritmo contra lo que suponen o supondrán ciertos críticos. La historia, diez o doce años después muestra cómo las instituciones represivas no fallecen al día siguiente de la caída de un régimen: nuevamente hoy, guardias nacionales custodian islas y cárceles; nuevamente hoy los secuestrados suman cen-

tenares; nuevamente hoy la razón ideológica pretende sostenerse sobre la pólvora esparcida.

Abreu no dice esto, pero un lector inteligente sabe deducirlo. Y mientras la segunda novela llegue, mientras el nuevo documento salga a la calle, léase éste con la seguridad de que Venezuela en él no está traicionada, ni deformada, ni prestada a una imagen de democratismo cómplice.

JOSÉ CLEMENTE OCANTO: SE LLAMABA SN Diario El Universal, agosto 17, 1964

Caracas, agosto 1964.- De los libros publicados en relación con los problemas y dificultades confrontados por los venezolanos durante la etapa de gobierno de Marcos Pérez Jiménez, es "Se llamaba SN" el que más crudamente refleja la realidad nacional de entonces. Ni "La noche de Cain", donde Lucila Palacios pretendió radiografiar aquella época, ni "La Muerte de Honorio", donde Miguel Otero Silva describe la situación venezolana de los años del desprecio, como hubo de calificar Andrés Eloy Blanco los años asoladores y dolorosos de la tiranía que nos impuso el agresivo militar de Michelena.

Para los nativos de esta tierra y para los hombres de espíritu democrático y sentimiento libre de América, el libro "Se llamaba SN" tiene valor documental como símbolo de una época monstruosa vivida por los venezolanos. El autor, el joven escritor y pedagogo José Vicente Abreu, ahonda en lenguaje plástico y duro, claro y directo, preciso y concreto, los días tenebrosos de las torturas sufridas en las cárceles o en los campos de concentración. Como en un lienzo repleto de colorido y aliento, donde la paleta imprime signo trágico, Abreu traza vías y senderos, escondites y audacias de los adversarios del régimen. Es decir, plantea aquella lucha entre pueblo y opresión. Este libro escrito con estilo e intención de novela tiene validez de testimonio correspondiente a una larga época de angustia y tragedia venezolana. El autor no fue en aquellos tiempos un espectador pasivo. Desde el día del asalto que le hicieron los agentes de la

Seguridad Nacional en un apartamento situado entre Calero y Desamparados, José Vicente Abreu comienza su calvario y su tragedia. "Se llamaba SN" presenta y esto debe decirse sin escondites, un cuadro en que el autor habla del dolor y sufrimiento de las torturas padecidas y de los oscuros días de los calabozos. Abreu es el perseguido y frente a su delator Ramón, él se impone para evitar caer en provocaciones, cuando su compañero y conocido, el informado de los detalles de la lucha y la pelea de la resistencia, se declara culpable de la prisión del joven dirigente.

"Se llamaba SN" da una visión exacta de la vida en las distintas cárceles venezolanas, habilitadas para el secuestro de opositores a Pérez Jiménez, y del destino de quienes tenían que pasar por tales sitios. Eso está descrito en términos justos como respaldo de una verdad innegable y un exacto sentido de cuanto ocurría en Venezuela.

El libro de Abreu da un panorama dantesco cuando se refiere a los problemas de los secuestrados políticos llevados a Guasina y Sacupana de donde fueron trasladados más tarde a la cárcel de Ciudad Bolívar. La vida en aquella isla de la muerte causa estupor porque los detenidos no contaban con ningún tipo de recursos. Allí fueron sometidos a trabajos forzados y principalmente, a vigilancia y espionaje alarmante. Los guardias en esa tierra se agrupan entre los enemigos jurados de los presos, quienes gozaban con planearlos, incomunicarlos y vejarlos. Del otro lado, están aquellos que los defendieron y los trotaron de acuerdo con la condición de perseguidos y de políticos.

"Se llamaba SN" da una página excelsa para una nación en lucha contra sus enemigos. Los nombres de los perseguidos, parte de ellos, digamos mejor, se encuentran en esta nueva visión de la tragedia de Venezuela en los días de la tiranía. Los caídos, con nombres inmortales que se clavaron en el corazón de Venezuela, por su lucha en una hora que jamás desean los buenos venezolanos presenciar y vivir.

El libro de José Vicente Abreu, como señaló un articulista, está destinado a convertirse en el libro del año. Se trata de una etapa de

negra historia venezolana, de cruel tragedia vivida por todo un pueblo que la presente y las futuras generaciones deben conocer y jamás olvidar.

JOSÉ VICENTE RANGEL: SE LLAMABA SN

Diario Panorama, agosto 19, 1964

Pocas obras han tenido últimamente en nuestro país la trascendencia y el impacto de la de José Vicente Abreu. Su experiencia novelada, o mejor, su relato-testimonio de la cruel experiencia que le tocara vivir en la época de la dictadura, es quizá el más dramático y desgarrador documento político producido en Venezuela, sólo comparable a las páginas de Pocaterra.

Por sobre el valor literario de la obra -Se llamaba SN-, escrita en un estilo cortado, descarnado, que revela a un escritor de extraordinarias aptitudes, está el testimonio valedero y permanente en el orden político. Abreu, militante por largos años del partido Acción Democrática, desarrolla a raíz del derrocamiento de Rómulo Gallegos una constante y azarosa actividad contra el régimen militar. Es apenas un cuadro juvenil, pero comparte delicadas tareas clandestinas. Cuando la represión arrecia y las filas de la resistencia ralean, asciende a posiciones de comando. Estando en el desempeño de un cargo de dirección es apresado. La Seguridad Nacional le "pone la mano". Se vive entonces una etapa de honda represión. La tortura, que comenzó como expresión individual debido a la intemperancia y primitivismo de agentes sin preparación, ya se ha convertido en un método. Se ha cumplido el ciclo dramático y sangriento dentro del cual se rompen los muros de contención y el crimen -del que la tortura es sólo una fase- se abre paso llegando a convertirse en suprema razón de Estado.

José Vicente Abreu es sometido a todo género de suplicios. La primera parte de la obra -Seguridad Nacional- recoge con 'sobrio patetismo, con desgarrada objetividad, el tormento sistemático a que fue sometido el preso. Por tener características de confidencia, de personal y directa versión, esa parte del libro adquiere tonos de

insuperable realismo. Así como el preso se enfrenta a sus torturadores en las noches infinitas, y luego el escritor vuelca la experiencia vivida, para el lector se abre un mundo congestionado de miedo, de tormento, de imprecaciones, de dolor, que resulta difícil olvidar.

La tortura es un largo túnel. Al final está el desprecio y la degradación si se "canta" o la quiebra interior, la ruptura emocional y depresiva si se guarda silencio. Abreu supo callar. No habló. Pero quedó destrozado. El no lo oculta. Lo dice con increíble valor en la parte final del primer capítulo.

Luego viene para Abreu la experiencia de Guasina. El traslado en las bodegas de un barco. Como esclavos. Y la isla. Que es apenas un brazo del río. El trabajo forzado. La vejación, el insulto por parte de los guardias nacionales, de los SN.

Abreu, después de Guasina, fue llevado a la Cárcel de Ciudad Bolívar. La experiencia carcelaria que para él comenzara el año 51 cuando la Seguridad Nacional lo detiene, sólo terminará a finales del 57, cuando sale expulsado para México. Han sido seis años de alucinante recorrido por el universo concentracionario de una dictadura latinoamericana; vividos por un hombre joven que se ha hecho escritor y que entró a la cárcel sosteniendo una fe, la cual reforzó y extremó en la misma medida que sufría y era golpeado.

El relato de Abreu, que no es contado sino vivido por el autor, tiene el valor singular de que corresponde a un hombre absolutamente leal con sus principios, con la moral revolucionaria que practica. Para Abreu no terminó la lucha el día que salió de la cárcel, o el día que regresó del exilio. Ha podido, con sus extraordinarias dotes de narrador y la experiencia acumulada, dedicarse al tranquilo ejercicio de su vocación intelectual, apartado de la nueva realidad política. Su nombre era respetado entre los hombres de las cárceles y bien hubiera podido considerar que ya había dado su cuota de sacrificio por lo cual optaba por un puesto en la retaguardia, o en la reserva.

Pero Abreu no es hombre de retaguardia. Sino de primera fila. No se resigna al papel de simple narrador. De escribir lo que otros le cuen-

tan. O de escribir lo que él ya vivió, sin importarle lo que esté sucediendo a su alrededor. Ante todo es un militante revolucionario. Y por tanto un escritor al servicio de su pueblo y de la fe política en la que él cree. Por eso es que Abreu, después del 23 de enero, vuelve a la política activa. Escribe, organiza. Hace periodismo militante. Para el año 62 está de nuevo preso. La situación del país ha agitado otra vez su rebeldía que no pudo acallar la tortura de la Seguridad Nacional. Un Tribunal Militar lo condena a seis años y seis meses de presidio. En Ciudad Bolívar estuvo recluido con sus carceleros de otra época. En esta nueva etapa de cárcel escribe "Se llamaba SN".

El libro de Abreu plantea muchos temas. Abreu sugiere. Su libro no es solamente una experiencia carcelaria vivida por numerosos venezolanos. Sino una constante de la vida nacional. Hay párrafos en su libro en que casi lo dice. Se lo impide la lealtad con el propio relato. Decir lo que insinuaba tiene que ser materia de otro libro. Un libro en el que seguramente desarrollará un tema de extraordinaria importancia y que magistralmente sintetiza un preso en Sacupana en esta frase: "Este campo de concentración no debe convertirse en una incubadora de policías".

Es lo que un crítico alerta y bien documentado como Jesús Sanoja señalaba en un comentario sobre la obra de Abreu: "La historia, diez o doce años después muestra cómo las instituciones represivas no fallecen al día siguiente de la caída de un régimen: nuevamente hoy, guardias nacionales custodian islas y cárceles; nuevamente hoy, los secuestrados suman centenares; nuevamente hoy la razón ideológica pretende sostenerse sobre la pólvora esparcida".

Al libro de Abreu hay que leerlo con la mente puesta en dos Venezuelas: la del pasado reciente y la del presente.

CARLOS DÍAZ SOSA: SE LLAMABA SN
Diario La República, agosto 30, 1964

Nunca he conversado con José Vicente Abreu. Alguna vez estuve en el grupo de escritores y poetas que le escuchaban atentamente ha-

blar sobre varios temas y situaciones, la mañana del domingo cuando en la Asociación Venezolana de Escritores se inauguraba una exposición de pintura.

He leído sí los poemas que le inspiró el terror de Guasina, y ahora este relato "Se llamaba SN". No tengo limitaciones de ninguna especie para decir la verdad, y dejar constancia escrita de ello: leyendo este libro he sentido miedo, al mismo tiempo que vergüenza. Tengo la seguridad de que en esas mismas situaciones, en que el aparato de represión de la dictadura colocó a José Vicente Abreu, estuvieron muchos otros venezolanos, y que la brutal prueba la soportaron con envidiable valentía.

*Abreu
se
es el*
Este es uno de los libros que se necesitan, por el carácter documental y su capacidad de denuncia. El libro de Abreu está asistido por esa poderosa razón, que nos hace pensar en la necesidad de que todos los venezolanos repasemos el horror relatado en sus páginas, y volvamos sobre cada uno de los capítulos que lo integran, en procura de una lección, que nos sacuda la conciencia, y nos haga ver —a culpables y no culpables— la brutalidad y la carencia de humanismo de un régimen que se instaló bajo éste o aquel pretexto, y consumió diez años de nuestra vida republicana.

*No es
privado
testimonio
mió*
Ni siquiera como simples ciudadanos podemos colocarnos al margen de las situaciones que allí se denuncian, y desde luego no queremos pensar en la posibilidad de que una circunstancia de ese tipo pueda repetirse.

Si admitimos que existe la novela-testimonio, no estamos de acuerdo con el editor José Agustín Catalá cuando llama a estas páginas escritas por Abreu novela-testimonio. Supongo que nada es novela, en cambio, todo lo que allí se cuenta es el desgarrado testimonio que un hombre joven privado de su libertad, y sometido a la desesperación por los verdugos de que se servía el régimen pasado para castigar toda manifestación de rebeldía. [con PARADIGMAS
Testimonios]

No es posible llamarla novela, porque sería comenzar o desvirtuar lo que de inmediato vamos a conocer. Tampoco es cierto que se trate

de los libros de la resistencia. Hablemos sí de los hombres de la resistencia, porque en tiempos de la dictadura esto que ahora es un libro, entonces era un hombre que sufría junto con otros hombres, la dramática circunstancia en que hubo de colocarlo el destino.

* * *

Los libros de la resistencia fueron muy pocos, que yo conozca, entre los que cabe destacar el llamado **Libro Negro** editado por José Agustín Catalá, corriendo los riesgos que sería también interesante conocer alguna vez. Hablemos sí, de los testimonios de la resistencia, de lo que soportaron hombres y mujeres, de los sufrimientos de todo un pueblo.

Al presentarnos esta obra, José Agustín Catalá ha escrito lo siguiente: "José Vicente Abreu, periodista de la promoción "Leoncio Martínez" y profesor de Castellano y Literatura egresado del Instituto Pedagógico Nacional, los años 1949 y 1950, es el único escritor venezolano que vivió plenamente la experiencia de la clandestinidad, de la organización de la resistencia contra la dictadura, de la tortura en la Seguridad Nacional, de la Cárcel Modelo de Caracas, del trabajo forzado en los campos de concentración en Guasina y Sacupana y de la Cárcel de Políticos en Ciudad Bolívar, durante seis años consecutivos hasta su destierro en México, el año 1957".

Presumo que otros escritores anduvieron en las mismas circunstancias de José Vicente Abreu. En la segunda y última parte de la obra están los nombres —en interminables listas— de los venezolanos que fueron despachados a las cárceles, y está igualmente la reproducción parcial del fichero que tenía la Seguridad Nacional, con la historia de cada político. Lo que me extraña es que haya sido solamente José Vicente Abreu quien se haya dedicado a dejar por escrito, primero en los poemas y luego en este libro, el testimonio de su peregrinaje por cárceles y campos de concentración.

José Vicente Abreu fue sometido a tan severos castigos por sus actividades como Secretario Juvenil, de Propaganda y Organización de AD en la clandestinidad. Fue compañero de hombres de tanto cora-

je como Leonardo Ruiz Pineda, Alberto Carnevali y Antonio Pinto Salinas. A la altura de los 36 años, la vida de José Vicente Abreu está llena con el recuerdo amargo de sus muchos años dedicados a la lucha política. Como éste, muchos hombres ha dado Venezuela, y todavía no sabemos si esa lucha, encontrará la justa compensación. De todas maneras, cuando me he puesto a escribir estas líneas, ha sido con el deliberado propósito de expresar algunos conceptos, muy personales respecto a la significación de un testimonio como éste, que se fue escribiendo en las horas más duras de un muchacho, que entró a la lucha política con el corazón lleno de ideales. Publicar la obra, es ya el principio de una manifiesta preocupación por dar o conocer a un pueblo, lo que verdugos de oficio hicieron contra los hombres que resistían. Supongo que es de José Agustín Catalá la sangrienta ironía que está contenida en esta línea: "De esta edición se ha hecho un solo ejemplar numerado destinado al General (R) Marcos Pérez Jiménez". El jefe de los verdugos debió sentir una fuerte sacudida, cuando pasó la vista por esta línea.

* * *

La existencia del libro está respaldada por muchas razones, y por eso repito que lo deben leer y subrayar quienes fueron culpables de estos horrores. Pasados los tiempos de la borrasca, solos con su conciencia, encontrarán aquí el testimonio de un hombre que padeció o estuvo muy cerca de todo cuanto allí se cuenta. Aquí la letra impresa adquiere un valor incomparable, y servirá para prevenir que cuanto se hace, será posible denunciarlo tarde o temprano, escribiendo obras semejantes.

También sirve el libro escrito por José Vicente Abreu para informar a las nuevas generaciones, a quienes no conocieron el horror de las cárceles, de lo que hacen las dictaduras-policiales.

Después de leer estas 288 páginas de serena denuncia, siento por quien ha escrito esta obra una respetuosa admiración. Abreu es un hombre bajo de estatura, de contextura delgada, escurridizo, tímido, y excepcionalmente valiente. Valiente como lo fueron otros tan-

tos que murieron, o guardan con ellos el testimonio de las cárceles y los campos de concentración.

Desde luego, no ha sido la intención de Abreu, escribir una obra para crear una fuente de admiración hacia su persona. La concibió en horas de agonía, manteniendo siempre, muy alto, respeto por sus ideas políticas, y alumbrada el alma por una remota esperanza.

En 1958, apareció en Francia una obra titulada "La Tortura" de Henry Alleg, un periodista argelino que había logrado escaparse de la cárcel donde lo tenían encerrado por ser parte activa en la lucha por la liberación de su Patria. La obra circuló en la clandestinidad con un prólogo de Jean Paul Sartre, y provocó un violento escándalo en todo el mundo. Fue perseguida, y mientras más persecución hubo, fue creciendo la necesidad pública de leerla. Hasta ese momento, yo creía que era la más violenta denuncia, conocida por mí, contra un sistema de acorralar al hombre, de humillar al hombre, de quebrantar su fe revolucionaria. De esa obra de Alleg subrayé el relato escrito con sangre sobre varias torturas, y me llenó de horror el pasaje que se refiere a los cables eléctricos conectados a los testículos. Ahora me encuentro con las cuartillas escritas por José Vicente Abreu, y no tengo la menor duda cuando creo que este relato es superior al de Henry Alleg. Tan alto en uno como en el otro estuvo la moral. Más brutales fueron éstos, mayor el coraje del escritor y poeta. Aquí también conocían los procedimientos de la tortura con electricidad. Para decirlo con sus propias palabras, en las líneas que de seguida copio, está contenido el testimonio de ese amargo y brutal momento:

"Con sus manos comenzó a tocarme por todo el cuerpo hasta parar en los testículos. Los palpó. En sus labios tenía una mueca de asco. Deja ver su saliva como una bomba. Matute se salió con un saludo. Los demás venían como en un aprendizaje. No perdían detalles y cumplían las órdenes diligentemente.

"Aplicó los cables. Uno en el testículo derecho, otro en la ingle. Cai fulminado. El jefe del interrogatorio dio un tras-

pié y se levantó maldiciendo. Mil puntas me recorrían el cuerpo. No pude evitar un grito salvaje. Los ojos desorbitados, miraba a todos lados desde el suelo. La sensación de alfileres circulaban junto con la sangre. Una esfera oscura, la luz. Echaron agua a mis pies. Nadie se atrevía a reír. Era algo muy serio. Un rito moderno, propio de nuestra civilización. No podía pensar. Los ojos debían dar vueltas como los de un perro envenenado con estricnina. El jefe de interrogatorios arrodillado, aplicaba los cables en los testículos, en el ombligo, en cualquier parte del sexo. Yo trataba de golpearlo con mis pies, y sólo alcanzaban a separar las tablas un momento. Nadie me tocaba. Era una ventaja. Dejaban de aplicarme los cables y me echaban agua. Convulsiones en todos los sentidos. Sentía las burbujas en las espaldas. No me atrevía o voltearme, para evitar que me metieran los cables en el ano. Saltaba y caía sobre mi espalda. Sobre los brazos. Un loco. Los nervios locos trataban de escapar, de salir y caminar por el piso, por el agua. Otra aplicación. Trataban de meterme el cable por la boca. Cerré los dientes. Desmayado, pegando saltos, sentía los vidrios rotos de mis carnes...

Y la pregunta era una sola:

“¿Dónde está Ruiz Pineda?”.

Esta es una de las horribles caras que tiene la tortura. Ya Abreu había escrito, la había definido, en estos términos: “Por eso la tortura no es un hecho nocturno como creen la mayoría de las gentes. Hay menos oídos en la noche, pero menos ruido también. Y la tortura es algo continuo. De allí que, como en las grandes fábricas, hay turnos de trabajo. Un radio a todo volumen, música de cabaret y la tortura diurna surge al compás de la música”.

No es un elogio, es simplemente una verdad; la obra de Abreu es superior a la de Henry Allég, por eso doblemente me ha impresionado. Leí este libro por partes, aun cuando quise terminarlo en el primer intento. Pero yo sentía miedo, angustia, vergüenza por lo que allí se cuenta.

—Porque esto sucedió en mi país, y fue la fórmula de conjurar ¿conjurar? la rebeldía de quienes buscaban la libertad.

¡Fueron tantos los años de la dictadura! ¿Y será éste de José Vicente Abreu el único testimonio que vamos a tener?

No puedo ser víctima de la pedantería, incluso la pedantería que andan por allí exhibiendo compañeros de generación y hasta de sacrificios de José Vicente Abreu, cuando comienzan por criticar “el estilo” de la obra.

Desandando los pasos del tiempo, esta obra de Abreu representará en el futuro lo que hoy vive y se conoce como las “Memorias de un venezolano de la decadencia” los dos tomos que recogen el terror de las cárceles gomecistas, escritos por José Rafael Pocaterra. Un hombre más escritor que José Vicente Abreu, pero igualmente víctima del terror político que en muchas oportunidades han causado grandes males a Venezuela.

Esta es la literatura que esperábamos apareciera después del 23 de enero de 1958. El testimonio vivo y sufrido por los poetas y escritores que en mala hora fueron a las cárceles por defender la Libertad. Esto es la literatura que reclama el pueblo, para vengarse de la afrenta, y para prevenir.

¿Qué pensarán de estas páginas algunas de nuestras “figuras continentales” que aceptaron los diez años de la dictadura sin arriesgar nada?

¿Qué pensarán de estas páginas escritas por José Vicente Abreu, muchos de nuestros jóvenes intelectuales que se revuelcan en las excrecencias, falsean la realidad y proclaman una angustia que nunca han padecido?

Sí, definitivamente cierto, necesitamos hacer público esta literatura-testimonio, escrita sin odio, pero con gallardía. Y para concluir ¿qué opinará de estas páginas el primer gran reo de la dictadura, en su celda colmada de comodidades?

Tiempos de dura experiencia, como para no olvidarnos, como para tenerlos presente, inclusive, quienes no las sufrimos ni somos culpables de cuanto entonces sucedía.

José Vicente Abreu tiene todavía mucho que contar. Espero que la vida y la disposición poética le alcancen, para escribir con sosiego, poemas de esperanza, y canciones para su mujer y los hijos.

GUILLERMO SUCRE: EL POCATERRA DE LAS NUEVAS GENERACIONES

Revista Zona Franca, septiembre, 1964

Un relato sencillo, directo, sin pretenciosas complicaciones técnicas, pero escrito con rigor y honestidad, atento a todas las implicaciones que encierran los hechos mismos que se narran, nos ha dado una de las grandes obras sobre el período de la dictadura perezjimenista. "El estilo —decía Stendhal— consiste en añadir a un pensamiento dado todas las circunstancias propias para producir todo el efecto que ese pensamiento debe producir". Es decir, el estilo ha de ser todo eficacia expresiva. En tal sentido, este relato es de un estilo profundamente logrado.

Los dos grandes memorialistas

Acaso muchos escritores de "oficio" mirarán con indiferencia el libro de Abreu. Muchos novelistas "consagrados" de nuestro país creerán estar por encima de él. Pero, así como del oscuro período gomecista, sólo queda, en el plano literario, una gran obra de testimonio, Memorias de un venezolano de la decadencia, de José Rafael Pocaterra; así del período perezjimenista sólo quedará tal vez este libro tan hondamente sobrecogedor. Y aun el paralelo entre Pocaterra y Abreu, con sus semejanzas y diferencias, se impone de inmediato.

Ambos vivieron, en toda su desgarradora experiencia, las situaciones que narran. Ambos estuvieron sumergidos en el despiadado y terrible "subsuelo" de las torturas y las cárceles. Fueron, en cierto modo, de la raza que canta en los infiernos. Ni uno ni otro preten-

dieron recrear "a distancia", imbuidos por un vano prurito estético, el gran material de la tragedia venezolana. Es por ello por lo que son los memorialistas más agudos y conmovedores de las épocas que vivieron. Pero mientras Pocaterra es más amargo y sarcástico, impulsado por un arrebatado colérico y demoledor; Abreu se nos presenta como un iluminado en medio del sufrimiento. De ahí la serenidad de su tono, la lucidez de su escritura. Su cólera, no menos poderosa, es, sin embargo, más callada, más luminosa. Pocaterra, por otra parte, es en el fondo un escéptico y un pesimista. En Abreu alienta una fe indestructible, el optimismo de un gran combatiente. Es por lo que, aun en las pruebas más aniquiladoras, su palabra no se contamina de resentimiento.

Hay, además, otras diferencias técnicas entre Pocaterra y Abreu. En sus "Memorias", el primero no trasmuta en ningún momento la realidad. Lleva las cuentas con una tiránica veracidad. Sin aspirar a una pura dimensión novelesca, Abreu logra entrecruzar la realidad y la ficción, penetra más a fondo en el mundo interior de sus personajes, busca en ellos una vida más secreta.

LA TORTURA Y EL CAMPO DE CONCENTRACIÓN.

Se llamaba SN está dividido en dos partes de diferente factura y de distinta resonancia. En la primera, Abreu narra, con sorprendente precisión y actualidad, las torturas a que fue sometido, en la Seguridad Nacional del régimen perezjimenista; El sufrimiento físico, la ofensa espiritual, ese oscuro límite entre la desesperación y la fortaleza a que es llevado todo ser torturado, las alucinaciones psíquicas, las dolorosas pero salvadoras inmersiones en la memoria, todo desfila en estas primeras páginas que se imponen por su despojamiento en el estilo y el duro y difícil equilibrio de la narración. Recuerdan ese complejo estado de delirio y lucidez que describen ciertos grandes escritores modernos —Huxley, Michaux— que se han sometido voluntariamente al efecto de las drogas. Son, acaso, las mejores páginas de todo el libro. En ellas revela Abreu no sólo su dominio expresivo, esa posibilidad de lograr el mayor efecto con los menores recursos posibles, sino también la grandeza espiritual de este escritor, su capacidad de sobreponerse al sufrimiento y a la

humillación. Ni el patetismo ni las pequeñas pasiones obnubilan el temple heroico pero que no se regocija en su heroísmo. Su heroísmo no es el caso de una simple resistencia física, sino también una acusación contra un mundo degradado.

"A un hombre lo torturan y eso no significa nada en este mundo. Las cicatrices desaparecen también con el tiempo", piensa el personaje de Abreu. Personaje que recuerda a muchos de los de Malraux y de Sartre.

A este "huis-clos" de la tortura, sucede la experiencia del campo de concentración de Guasina. Es la segunda parte del libro; la más extensa también, pero no la más intensa. Y es que a la experiencia irreductiblemente singular, sobreviene otra más colectiva: la de centenares de hombres condenados a un mismo destino. Hay dos elementos resaltantes en esta segunda parte: la poderosa descripción del viaje en barco de los "condenados" y esa tensión dramática que se va creando por la posibilidad de una huida colectiva, de una rebelión en Guasina.

En resumen, el libro de Abreu prueba dos hechos fundamentales: el que se puede vivir las experiencias más destructivas sin perder la lucidez y la templanza para trascenderlas, y el de que con honestidad y rigor se puede escribir una obra de mucho mayor eficacia, que cuando sólo se está asistido por la vanidad literaria.

HISTORIA DE ESTOS TEXTOS

I

¿Acaso es una ley que las nuevas cárceles nos hagan olvidar las viejas? José Agustín Catalá tenía ese temor.

—Esto debe escribirse para que no se olvide —nos decía a los jóvenes acariciándose su barba en la cárcel de Ciudad Bolívar—. Que no se olvide. Y nos animaba a escribir.

Los carceleros siempre se han encargado de borrar las huellas de sus antecesores. Pero, ¿se puede borrar la huella del preso? El carcelero toma medidas, registra, requisita, indaga, castiga, humilla, asesina. Fuera de su sombra, nada debe quedar atrás. Los presos no pueden escribir, pero ¿existe algún preso que no pueda burlar su carcelero?

Y debíamos dejar un testimonio de esta prisión. Las cárceles nuevas no pueden ocultar las viejas.

Estos papeles fueron escritos en 1953 en la cárcel nueva de Ciudad Bolívar. Pero decirlo así, no expresa nada. Ciudad Bolívar no fue una larga temporada vacacional: un lugar de meditación y reposo.

¡Maldito reposo!

¿Qué palabras mágicas pueden dar la imagen real de la cárcel de Ciudad Bolívar? Escribía a media noche. Catalá vigilaba, oía los

ruidos ordinarios de la noche. Los perros ladran, un pájaro nocturno pasa y deja un mensaje de miedo y de muerte. Crujen las maderas de las garitas donde un guardia silba o cuenta a otro guardia sus andanzas de ayer con una puta tuerta. Los grillos, los sapos, un rumor de tempestad lejana y de pronto el silencio.

(Páginas 20-22 del libro de relatos del Campo de Concentración de Guasina, Centauro, 1982.)

II JOSÉ AGUSTÍN CATALÁ

Una vez lo apodé editor de las sombras. En la cárcel de Ciudad Bolívar, noches de escritura entre pitos, gritos, ronquidos de presos y amenazas de requisas. Mis nervios apoyados en la pared. Los oídos atentos a todos los ruidos metálicos. Todo aquello que podía alertar en la oscuridad. Todos los peligros acechantes en los rincones de los calabozos. El enemigo dentro y fuera, a la caza de descuidos o errores. Pero no escribíamos para las telarañas del aposento, como diría Henrique Soublette —el compañero y personaje de Rómulo Gallegos— sino para una denuncia que debía llegar al mundo alguna vez.

Nicolás Guillén destacaba su "letra de hormiga" carcelaria en las ediciones del diablo, característica de los escritos de los presos venezolanos. Luis Navarrete también la practicaba con mis poemas clandestinos. Y ahora contemplo una pequeña hoja de dos pulgadas con más de quinientas palabras. Para el gran poeta cubano Nicolás Guillén era una proeza, algo envidiable en la invención de prisioneros condenados al silencio.

José Agustín Catalá se hizo responsable de nuestra memoria en la clandestinidad, la cárcel y el exilio. Nada debía perderse, caer en la basura de la nada, desaparecer en los escondrijos del acoso. Sin él, no existiría ningún documento, ningún testimonio de prisión o martirio, nada que acusara a los verdugos y a la tiranía.

Desde que llegó a los calabozos, empezó a dirigir la memoria, el testimonio, la acusación, la historia, el futuro, la esperanza.

A nosotros no se nos hubiera ocurrido otra cosa que padecer, sufrir con todo el cuerpo, hacernos hombres a punta de tormento. Pero José Agustín Catalá nos dio una razón más de ser, de sobrevivir más que el carcelero o el torturador.

(José Vicente Abreu, en el libro "él editor y la historia", Centauro, 2005.)

JOSE VICENTE ABREU

SE LLAMABA S. N.

[NOVELA-TESTIMONIO]

INTRODUCCION, NOTAS Y APENDICE
DEL EDITOR

José Agustín Catalá, Editor
CARACAS, VENEZUELA, 1964

*De esta edición se ha hecho un solo ejemplar numerado destinado al
General (R) MARCOS PEREZ JIMENEZ*

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

CARACAS / VENEZUELA

PARRAFOS DE INTRODUCCION

ESTE LIBRO es la radiografía del odio en una época odiada y odiosa, escrita sin odio y sin la intención de hacer literatura conceptual o convencional a costa del amasijo de dolor que dejó hombres mutilados mental y físicamente, y cruces de héroes anónimos sembradas por todos los caminos de la patria. Es un libro escrito por la necesidad misma de contar la experiencia directa de un hombre en esa Venezuela oculta que se movía bajo la piel de la Venezuela oficialmente feliz y próspera. Es un testimonio puro de la dramática circunstancia que vivieron los venezolanos en las barricadas de la resistencia, en las cámaras de tortura, en las cárceles y en los campos de concentración. Por eso lleva implícito el valor de documento excepcional.

José Vicente Abreu, periodista de la promoción "Leoncio Martínez" y profesor de Castellano y Literatura egresado del Instituto Pedagógico Nacional, los años 1949 y 1950, es el único escritor venezolano que vivió plenamente la experiencia de la clandestinidad, de la organización de la resistencia contra la dictadura, de la tortura en la Seguridad Nacional, de la Cárcel Modelo en Caracas, del trabajo forzado en los campos de concentración en Guasina y Sacupana y de la Cárcel de Políticos en Ciudad Bolívar, durante seis años consecutivos hasta su destierro a México, el año 1957.

La literatura venezolana del futuro encontrará en cada una de las situaciones que plantea este libro y en cada uno de sus personajes, material suficiente para desarrollar la novela, el relato o el testimonio. Cada uno de los hombres que desfilan por las cárceles y los campos de concentración es una novela. El coronel Roberto Fossi, devorado en vida por los gusanos mientras Alfredo Martínez, uno de los carceleros de Guasina, observaba a la distancia el lento y doloroso derrumbe de esa vida. Jesús Alberto Blanco, condenado a muerte desde Caracas,

que retarda por mil medios la hora de la cobarde venganza del Jefe de la Seguridad Nacional, mientras repite entre sus compañeros, como una obsesión: "Yo no soy Caín". El poeta de limpia mirada que sufre con estoicismo las torturas porque no puede dejar de ver altivamente a los guardias ni de sonreírles con desprecio. El obrero metido entre un círculo torturante de ansiedades, porque teme que el campo de concentración se convierta en una incubadora de futuros policías...

En este libro también está dada la lección de escribir despojándose de sentimientos personales, para no desvirtuar la autenticidad del testimonio. Concluido en el momento de la lucha más enconada entre dos partidos, su autor, ayer dirigente de Acción Democrática y hoy militante del Partido Comunista, hace honor y justicia a la lucha de todos sus antiguos compañeros, sin el más leve asomo de rencor o mezquindad.

Ese es el mejor elogio que se le pueda hacer a un escritor de este tiempo.

Caracas, junio de 1964.

EL EDITOR

SEGURIDAD NACIONAL

1. No sé cuándo me dormí. Pero eso no tiene importancia. Cansado, casi arrastrando los pies como un borracho, después de un largo rodeo para evitar las calles concurridas y las luces, llegué al apartamento. El viento golpeaba en las persianas. A la entrada del edificio un remolino de pequeñas hojas clandestinas. Volví la cabeza a todos lados. La calle estaba desierta. Los bares de la esquina, cerrados. Podía ser esa noche, me dije sin convicción, como todas las noches de perseguido. Calero a Desamparados¹. Podrían estar en el hueco de Desamparados. Llegué hasta las barandas y miré hacia abajo. Un perro callejero alzó la cabeza, ladró entre dientes y volvió a su posición de descanso. Los carros estacionados a lado y lado estaban vacíos. Sin embargo, el viento revolvió las hojas a la entrada del edificio. Lejos oía los ruidos de otros carros en la Avenida. No tenía importancia. El edificio, como todas las noches después de las diez, estaba a oscuras. Las mismas sombras de siempre. En los balcones interiores las gentes habían guindado, como todas las noches, su ropa íntima.

—No es nada —me dije y entré al apartamento.

Me desvestí, leí dos o tres líneas y me quedé dormido. El día había sido largo para mí. Catorce reuniones. Del cerro de La Cruz salí aquella misma noche por la parte de atrás mientras la policía tomaba posiciones en las escalinatas. Los perros ladraban. Pero llegué hasta la calle sano y salvo. Carmen me dijo:

—Si quieres te vienes conmigo...

Pero eso no tiene importancia.

Cuando desperté nada podía hacer: seis revólveres me apuntaban a la cara. Abrí un ojo. Un vistazo soñoliento, brumoso, parcial. Podía ser una pesadilla. Fracciones de segundo para saber que estaba preso. Debía hacer algo. Seis revólveres. Simulé un

1. Nombre tradicional de esquinas de Caracas, Venezuela, reminiscencia colonial.

sueño profundo y tranquilo. Quería pensar, encontrar una salida, un descuido, una oportunidad de evasión. Pensé en el nombre que daría y en el libro que tenía como un escudo sobre mi pecho. (Como todas las noches había dejado la pistola en el doble fondo del closet). ¡Si pudiera saltar! Un grito de mujer me hizo brincar. Con el cañón de sus armas me daban en el pecho como sobre una puerta y me llamaban por el seudónimo viejo. Al extremo, despeinado, esposado, con los ojos muy abiertos, estaba Pedro esperando a cada instante los disparos fatales.

Conocía al jefe, el tuerto Matute. Apenas era estrábico pero le decían el tuerto. Y era tan cruel como cualquier tuerto cruel.

Necesitaba un nombre, un nombre a mi medida, biografía, profesión, familiares y todo lo demás. Pedro, el dueño del apartamento, debía comprenderlo así. Mientras me despertaban, los esbirros le interrogaban amenazantes y él permanecía en silencio con los ojos muy abiertos. Pedro trabajaba en un Banco local. Hacía varios meses se había divorciado de su mujer y desde entonces entró en contacto conmigo. Era un apartamento de dos piezas, recibo, cocina y baño. La mujer de Pedro se fue y todo quedó igual en el apartamento. Nunca hablamos de su mujer. Sólo me dijo un día que estaba borracho:

—No fue por motivos políticos. Un día salió y aquí quedaron sus cosas como espectros.

Los vestidos, los zapatos, las pinturas, los cosméticos, el cepillo de dientes, todo quedó en su sitio.

Ahora lloraba un niño. Apenas se oía en medio de las voces y las amenazas. Los pasos zumbaban como una marcha enloquecida. Al fondo del edificio, vidrios rotos, cuadros rotos. Parecía un ruido de astilleros. Alguien del apartamento de enfrente habló de abusos, de justicia, de tribunales, de un hermano que era músico de la banda marcial, y el tuerto Matute se enfrentó indignado al policía, registró en su bolsillo y le estiró una hoja de papel:

—¿Abusos? ¿Tribunales conmigo? Aquí está la orden, firmada y sellada como es debido... Que la llenen...

Nada debía quedar en su sitio: las cosas se amontonaban como en una mudanza. Las cuerdas de un piano sonaron a la vez. Una anciana lloraba. Esta vez era cierto. Yo no pensaba caer así, pero era cierto. Esa misma noche le había dicho a Carmen:

—Un día de éstos entro en una casa allanada. Por eso cargo estos recibos. Soy un cobrador.

Pero no fue así.

Por fin me incorporé. Simulaba extrañeza. Rieron todos con cinismo. Se daban con los codos. Me llamaban por el seudónimo viejo como un antiguo conocido. Pregunté si eran ladrones. Se me echaron encima, pero Matute impidió que me rompieran la cabeza con sus armas.

El tuerto Matute dijo:

—¡Dos años detrás de este carajo!...

Otro, dándose importancia:

—Hace un año me dejó la chaqueta en la mano. Pero ahora va a dejarme el pellejo. Y su mano me oprimía en la muñeca como unas tenazas.

—Tú fuiste el que nos disparó frente a la Embajada Americana y en el Peaje cuando agarramos al viejo Ramones...

Insinué que se equivocaban. Les dije el nombre que tenía escogido. Rieron de nuevo, pero ahora el jefe de la comisión me agarraba por el cuello y me zarandeaba como un arbusto.

—¿Pedro León? —Me soltó del cuello para picotearme con el revólver en el hombro—. ¿Pedro León? Ya te vas a acordar cómo te llamas y cómo se llama tu familia, vergajo...

—Hijo'e puta... —movió el gatillo del revólver.

—Allá veremos... Vístase... y con cuidado...

Comencé a vestirme con calma. Eran doce ojos que seguían los movimientos de las piernas, de los brazos, de las manos, de los ojos. En el apartamento de enfrente una mujer reía ahogada, sin respiración, con risa histérica. Debía ser la muchacha del piano. Siempre que llegaba temprano al apartamento oía sus ejercicios y trataba de imaginar sus anhelos y sus sueños. Nin-

guna de las familias del edificio me conocía, pero yo estaba enterado al detalle de cada una. Antes de mudarme, Pedro me informó detenidamente de ellas, de sus hábitos, de sus familiares más cercanos, en fin todo lo que pudiera interesarme.

Todo el piso lo habían revuelto. Los cuatro apartamentos eran saqueados. A veces sonaba un culatazo. Todos los juramentos, todas las maldiciones y palabrotas retumbaban de pared a pared. Una niña llamaba a su madre. Hubo un momento que estuve convencido de hacer algo concreto. Pensé dispersarlos, distribuirlos por todo el apartamento y luego saltar. Apenas había dos metros hasta el suelo. Intenté dirigirme al baño con el pretexto de buscar un cepillo y me saltaron enfurecidos. Sin embargo, pude quitar la toalla del balcón. Era algo. Cuando Carmen llegara al día siguiente, desde la calle podía ver que faltaba la toalla y seguiría de largo. Era lo convenido. Ella llegaría a Calero como todas las mañanas, miraría al balcón y seguiría de largo hasta Desamparados. Eso me tranquilizaba un poco.

Antes de darme cuenta tenía los brazos a la espalda y sentí el frío de las esposas en mis muñecas. Definitivamente estaba inmovilizado. Dos esbirros me agarraron por los brazos y me condujeron hasta el centro del recibo.

Las cosas fueron amontonadas. El escaparate quedó sin puertas. Dos esbirros arrancaban las tablas de la biblioteca. Volaban las hojas de los libros desencuadernados y rotos. Buscaban armas, una clave, nombres, documentos secretos, planos, mi cédula de identidad. Para ellos cualquier cacharro era un escondite. Algo secreto. Desarmaron el radio y rompieron los tubos. Desde entonces conozco perfectamente la anatomía de un colchón, de una almohada, de un sillón. Palmo a palmo tocaron con sus armas la loza del baño. Pedro lo miraba todo con los ojos muy abiertos. A mí me daba pena. Ni la cuna escapó a este delirio de destrucción y saqueo. A cada momento venían al jefe con una nueva, con un hallazgo de importancia.

—Mire, esto debe ser para escribir —mostraban algunas hojas de papel en blanco—. También hay una máquina...

—En la terraza encontré esto... —y mostraban unos tiestos para sembrar—. Puede haber algo...

El tuerto Matute bizqueaba.

—¿Algo? Mucho cuidado... procura no golpearlos... puede haber una bomba...

—Hay café caliente en el termo.

—¿Café caliente? —entendía el jefe que café, de noche, caliente, era sinónimo de reunión. Sí, una reunión, no lo dudaba.

Y en su libreta garabateó: "reunión importante".

Más adelante lo amontonado fue a dar al fondo de una camioneta. Los vestidos de la ex-esposa de Pedro también. El jefe explicó que los clandestinos siempre se disfrazaban. Estos vestidos no tenían otra finalidad. Inquieto miré a los ojos de Pedro. Podía reaccionar. Pero se limitó a sonreír y encogerse de hombros.

—Los espectros —dije indicando los vestidos en un gesto.

—¿Qué dice? —preguntó Matute.

—Se llevan los espectros.

—¡Cállese! —gritó y encontró la fórmula policial apropiada—. Los detenidos no pueden hablar...

Partíamos. Me empujaron. La oscuridad podía ser un buen aliado. Pero todas las luces estaban encendidas. Arriba podía ver colgada de los balcones la ropa interior de las gentes. Oscuro el cielo. Cuando estaba borracho me gustaba mirar las estrellas, pero ahora podía ser por última vez.

Entre dos me agarraron por los brazos y nos dirigimos al apartamento de enfrente. El jefe quería inspeccionar el trabajo.

—Nunca saben hacer nada —dijo.

2. Todo estaba revuelto en el apartamento de enfrente. Temblando, una muchacha semidesnuda estaba contra la pared. Un medio fondo, un portasenos, unos zapatos viejos y los ojos cerrados para no mirar su propia desnudez. Los cuadros por el suelo, las sillas de cualquier manera en el recibo, el piano

abierto en un rincón, un florero roto, las cortinas de grandes dibujos amontonadas en mitad de la sala. La madre se quejaba llorosa en un rincón. No había una sola cosa en orden. Los alimentos por el suelo. Un policía tomaba refresco. El padre, detrás de los esbirros, tenía en su rostro un siglo de miedo. La muchacha levantó los ojos y me miró sin comprender nada. A medianoche habían llegado al apartamento. Grandes voces y grandes golpes a la puerta. Revólveres en mano entraron. La levantaron. En nombre de la ley, el orden y las buenas costumbres no dejaron que terminara de vestirse. Y no comprendía. Ella estudiaba al piano. Eso era todo. Su padre vendía seguros y un tío suyo era músico de la banda marcial.

Matute parecía conforme. Arrancó un banderín deportivo de la pared y lo examinó a la luz de la lámpara. Lo tiró y de su carpeta extrajo un papel mimeografiado, donde un representante de la justicia autorizaba con su firma y el sello del tribunal estas "visitas domiciliarias".

—Ya la firmó —dijo uno de los oficiales de S. N.²

—¿Ya la firmó?

Matute guardó la hoja en su carpeta. Un vistazo final. Miró a la muchacha en la pared. Bizco el ojo derecho. La muchacha tosió. Moví la cabeza y me empujaron de nuevo al pasillo.

2. Seguridad Nacional, policía secreta del dictador Marcos Pérez Jiménez, integrada por un vasto Cuerpo de cinco mil Oficiales y Agentes y, además, millares de confidentes de diferentes escalas sociales, distribuidos en toda la República, sostenidos por un presupuesto de gastos ilimitado. Secuestró más de diez mil venezolanos, hombres y mujeres. A sus cámaras de tormento y terror llevó millares de combatientes de la resistencia. Un número no determinado de ellos fue asesinado durante los procesos de interrogatorio y en los traslados de una cárcel a otra. Pedro Estrada, en quien las gentes ingenuas sólo vieron un cruel policía de porte distinguido, fue el organizador de esta poderosa maquinaria de represión y el verdadero sustentáculo del régimen de Pérez Jiménez. Sabía comprar a los hombres y tenía pleno conocimiento de los puntos vulnerables de la sociedad corrompida en sus estratos. Tenía medida y pesada a la oligarquía plutocrática con todas sus miserias y claudicaciones y de ellas derivaba medro. Los otros regímenes estuvieron al servicio de los grupos oligárquicos de Caracas. Estrada puso esos grupos a su servicio. Mucha de esta gente conversaba a escondidas con los jefes de la resistencia y luego se acercaba a Estrada o Vallenilla, el Ministro del Interior, para rendirles testimonio de lealtad al régimen y hacerles veladas confidencias.

3. En el primer apartamento dos niñas estaban como estatuas, firmes, rígidas, fijos los ojos inmensos en un hombretón de subametralladora que mantenía al padre con los brazos alzados. Más allá la madre, una mujer joven, encinta, se tomaba las manos, desataba el nudo de su bata, se alisaba el pelo y movía las manos en todas direcciones sin saber. Miraba a su marido, miraba las niñas, miraba la casa de muñecas de sus hijas. Cuando se decidió a proteger a sus hijas con el cuerpo, dio unos pasos.

—¿Adónde va? —dijo el hombretón volviendo el arma contra ella—. Ya le he dicho que no se mueva.

No se movió más. Asustada, se protegió el vientre con las manos. Quería esconder el hijo más profundamente en sus entrañas. Aquel hombre quería quemárselo con los ojos. Los tenía como un reptil, inmóviles, fijos, protegidos en cápsulas. Era una serpiente vertical, corpulenta. Ella sentía asco, miedo. Ensayó descansar sus manos sobre una mesa. Volvió a erguirse. Ahora era en los dedos. Pasaba el anillo de falange a falange y lo volvía a su sitio. Le inquietaban las niñas, su marido. ¿Qué harían con él? ¿Lo matarían? ¿Se lo llevarían? Me miró inquieta. Intencionalmente cambié de posición para que viera las esposas. No quería confusiones. Y hablé con franqueza.

—¿Puede darme un vaso de agua? —movía los hombros para indicar las esposas.

—Ya te vamos a dar agua, no te apures...

—Déjelo a él —dijo Matute indicando al padre—. Encárguese de éstos —y en un gesto nos envolvió a mí y a Pedro.

El hombretón giró sobre sus talones. Su arma a la altura de la cadera nos apuntaba.

El padre, cansado, bajó los brazos. Era un hombre bajo, pero fuerte. Muchas tardes lo vi entrar con sus periódicos debajo del brazo. Trabajaba en la Electricidad. Dos niñas y su mujer, esperaba un varón. Los sábados en la tarde jugaba dominó con otros empleados de la empresa. A veces bajaba borracho a uno de sus amigos y llegaba hasta el apartamento a buscar a Pedro para que completara la partida.

MALDAD

protetto.
Fusión
con la
documental.

La madre era una mujer joven. De tarde sacaba las niñas hasta la esquina y volvía a la media hora. Economizaba hasta el último centavo. Ahora veía con horror los destrozos. Las cortinas en el suelo, la pequeña biblioteca de "Selecciones", una copa de un torneo de dominó, las cuatro cosas que reúnen las gentes con el tiempo. Matute miraba extrañamente a los libros. No los rompía. Mucho interés le causó un libro de estampas, exclusivamente infantil. Lo hojeaba —fuertes las páginas— con su índice untado en saliva. Miró a las niñas de reojo y lo guardó en su carpeta. Muy pocos libros quedaron. Entre los que seleccionaron para llevarse alcancé a ver las ediciones cubanas de "Obras Completas" de Bolívar y Martí, varias de Rómulo Gallegos y otras. Todas de fina encuadernación.

Después de leer el papel mimeografiado y dejar constancia escrita que la "visita domiciliaria" se había llevado a cabo *con el debido respeto a la dignidad de las personas*, el padre lo firmó.

Matute sonrió:

—Conforme a los derechos humanos, ¿no es así?

4. Aún oía el llanto de las niñas y la voz de la madre cuando entramos al último apartamento del piso. Tres mujeres y un niño como de diez años de edad. Una, la más vieja, sentada sobre una mecedora, parecía ausente. Era paralítica. Dos esbirros la levantaban para registrar los trapos de la silla. Entonces vi que era ciega. Los ojos, blancos, danzaban en las cuencas. Las manos nerviosamente, impresionantemente, buscaban un apoyo en el aire. Pocos muebles de épocas y modelos diferentes, en los rincones. No había biblioteca. Dos máquinas de coser. Ni radio ni nevera. Las paredes casi vacías: un crucifijo y tres litografías: Bolívar, Sucre y Víctor Hugo. Familia oriental, decía ser pariente de Sucre. Yo lo miraba todo. En aquellos momentos sentía la muerte amarga, sin saliva en la garganta. La sentía entre mis muñecas esposadas que en cada movimiento se ente-

rraban más y más en las carnes. Debía ver todo esto. Quizás mis últimas imágenes del mundo.

—¿Matute, me dijo? —preguntó la viejecita.

—Sí, Matute...

¿Sería el Matute de la época de Gómez? Gómez había muerto. De eso estaba segura. Ella conocía muchas historias. Pero así no era cuando Gómez.

Carmen, la menor de las tres, contaba tantas cosas ahora. Decía que una amiga de ella —también del Sindicato del Vestido— estaba presa. Hablaba de una doctora a quien le torcieron los senos. Cuánto habían llorado la noche que Carmen dijo que venía de la Seguridad Nacional. Fue la noche que allanaron el sindicato.

—¿Encontraron algo? —interrogaba Matute.

—Movimos todo... Aquí no hay nada... ni muebles —luego al oído—. Aquí lo que hay es hambre...

—¿Nada? ¿Y esto? —señalaba con el índice el retrato de Sucre en la pared.

Las mujeres miraron asustadas. Sucre era un pariente lejano, según la más vieja.

—Ese, el de las patillas —repitió Matute—. ¿No saben que es Ezequiel Zamora, el único general venezolano que se metió a comunista?

La vieja se revolvió en el sillón y se persignó asustada.

—¡Ese también, descuélguelo! Es un escritor ruso muy peligroso —gruñó indicando el retrato de Víctor Hugo.

La más joven quería decir algo. Prefirió sonreír mientras se persignaba. ¿Ruso? ¿Comunista? Y pensar que estaban al lado de Cristo y Bolívar.

5. Vi el edificio por última vez. Parecía de mayores dimensiones. El viento me daba en la cara. Me lijaba la nariz y los pómulos. Las manos se me dormían pesadamente. La calle comenzaba a moverse. De vez en cuando pasaba un automóvil por

Generación
del represor.

la esquina. La luz se amontonaba y desaparecía como en un vuelo. Tres vehículos esperaban. Cuando apareció el jefe pusieron en marcha los motores. Yo caminaba firme y los pasos sonaban separados como un eco. En la puerta del edificio el viento amontonaba las hojas clandestinas. En Desamparados ladraba el perro. Más intenso el ruido de los carros. El edificio estaba iluminado como en una fiesta. La fiesta del allanamiento y del terror.

—Siéntese allí —indicó Matute con su revólver.

No podía. Las esposas se me enterraban más. Intenté sentarme en la parte saliente del asiento y lo logré. Debía sangrar. Sentía calor en las muñecas. Difícilmente moví un brazo, me dolía muy profundo, en los huesos. Mentalmente revisaba y palpaba mi propia anatomía. Aún estaba intacto. Las muñecas me sangraban más. Matute no había guardado su arma, la mantenía como una sentencia a la altura de mi cabeza. Estaba junto a mí y se removía satisfecho buscando la postura de su rango y de su hazaña. Porque era una hazaña. Contrajo todos los músculos de la cara. Su pensamiento hilaba grueso: cada detalle lo contaría a su inmediato superior. Sí, cada detalle. No encontró bombas, pero hubo violencia. Este intentó varias tretas —decía mientras me golpeaba con su arma en el pecho.

—Sí, tretas... ¿pero tretas conmigo? (contraía todo el cuero cabelludo, sudaba). ¿Tretas? Varios nombres: León, Leonte, Leandro. Algo sobre un Petro... Sí, varios nombres...

Adoptó una pose de fotografía y se palpó la cartera con la mano desocupada. Pensaba ahora en dinero. Un parte de cien bolívares. Algo. Pero tendría también que inventar algo más. Una fuga, por ejemplo.

—Intento de fuga. Trató de saltar de un segundo piso. Quería morir antes de su hora ¡cobarde! ¿Pero a mí? A mí ni la muerte se me fuga... cuando la encuentro. ¡Ni la muerte! Una novedad de doscientos bolívares.

Me miraba con el ojo bizco.

—Después intentó desviarle el volante a Santiago —voltea a ver al chofer— para que nos matáramos todos...

Me agarró por las solapas de la chaqueta. El cuero crujió entre sus dedos. Las esposas penetraron en carne viva. Apretó los dientes como una fiera. Los labios sobresalían en una mueca.

—Hijo'e puta —gritó—. ¿Matarme a mí? ¿Matarme a mí? Una sola arruga la cara. Salvaje me golpeó la frente. Pero no me desmayé. Un vacío fugaz. Agudo el dolor. La sangre manaba y formaba una gelatina negra en las cejas. Aparecían luces negras en mi interior. Dijo algo que no entendí. Pero sé que se sentía satisfecho y feroz, aunque su ferocidad se limitaba al ojo bizco que miraba chorrear mi sangre por la cara. ¿Puedo decir realmente que se sentía así? Tiré la cabeza hacia atrás. Sus manos se aflojaron lentamente.

Diría sencillamente:

—Tuve que golpearlo, jefe. Para éstos no puede haber compasión. De casualidad no chocamos con la estatua. Hay que darles muy duro.

Después de un rato dijo a los demás de la camioneta.

—Ya saben... van bien...

No se trataba de un golpe oficial. Un golpe simplemente. Algo de sangre nada más.

No oía el ruido del motor. Me sentía suspendido en el aire. Me elevaba a un mundo desconocido y caía pesadamente con dolor en las manos, en la cabeza y en la espalda. Cerré los ojos un instante. Creo que dormí un segundo. No sé.

—Buena noche, Santiago... —le dijo al conductor.

—Sí, muy buena, jefe.

Cuando abrí los ojos sonreía.

—No fue mala. Hay noches buenas y noches malas —sentenció. Miró hacia atrás, las camionetas venían en perfecto orden. Entrábamos a El Paraíso. A la tortura, me dije. Trataba de recordar todas las cosas agradables. Una noche, hace mucho tiempo, fui un hombre en la cama de una mujer. Precisamente ahora lo recordaba cuando miraba estos árboles. Una muchacha me dijo en la Universidad:

—Vamos a pasear...

Y después me arrastró hasta su casa.

Mucho tiempo hacía ya y después las noches sólo sirvieron para huir, para caminar al escondrijo. Era extraño, pero ahora en las puertas de la tortura lo recordaba perfectamente. Varios meses atrás me había ocupado otra vez del asunto. Carmen iba a mi lado. Pero no me atrevía. Compartía con ella las cosas más desagradables. Por mi cuenta corría los más graves peligros. Le exigía lo mejor de su vida, pero no me atrevía. Una noche, sin embargo, logré tartamudear como si se tratara de todos los hombres perseguidos de la tierra.

—¿Tú no crees que un hombre perseguido necesita una mujer?
—Un hombre perseguido, claro, necesita una mujer... —dijo Carmen sonriendo.

Y eso fue todo. Ahora me lo repetía y veía desfilar los árboles y las casas.

—Un hombre perseguido, claro...

Después me quedé solo durmiendo en el carro.

Todos los días me veía con Carmen. Prácticamente andábamos juntos. Ella manejaba su carro, yo al lado. A veces entrábamos al apartamento y se me venían de nuevo las palabras. En ocasiones cuando se sentaba, veía una parte de sus piernas.

—Un hombre perseguido, claro...

Madrugaba. Todo el cuerpo me temblaba. Los vehículos frenaron violentamente. Frente a nosotros, Seguridad Nacional. Los pies fríos, las manos frías, la columna como una barra de hielo. Sentía miedo.

II

1. Un edificio bajo, gris,³ de puertas amplias, escaleras cubiertas de linóleo jaspeado. Da la impresión de estar ante una fábrica. Los vidrios de la fachada, pintados de gris plomo. Barandas y puertas de hierro. Nada que indicara las puertas del infierno. Pero no dejaba de pensar: las puertas de cualquier policía en Venezuela conducen al infierno.

Talaron los árboles de la avenida, a la entrada del edificio, para evitar las sombras. En su lugar, dos "medias blancas" de la Policía Militar hacían la guardia aferrados a sus metralletas. Dos policías de la Brigada Política al comienzo de las escaleras. Un foco potente alumbraba hasta la acera de enfrente. Dos mujeres apoyadas en las barandas esperaban una respuesta. Entraban y salían policías. Muy lejos comenzaba a salir el sol.
—El infierno —dije entre dientes.

Matute me empujó y di un traspie en los escalones. Tres esbirros me sostuvieron con fuerza. Alguien sugirió que era un nuevo intento de fuga.

—Sí, ya te vas a fugá, marico...

Levanté la cabeza y las mujeres me miraban con curiosidad. Uno de los policías preguntó algo a Matute. Luego miró con asco, profesionalmente, y escupió.

—¡Ah! ¿Ese es? —interrogó y volvió a escupir—. Es chiquito, yo creía que era un hombre grande.

Entre dos me llevaban cogido de los brazos. Por un momento pensé que perdería las manos. Tenía sed. La lengua me quemaba en la boca. Pasamos a una mesa de información. Pasillos, oficinas, divisiones de bloques de vidrio. Policías que miraban un poco y continuaban charlando o leyendo caricaturas y muñequitos. Ruido de máquinas de escribir. En una oficina de vidrio

3. Sede por varios años de la Seguridad Nacional, en El Paraíso, uno de los barrios aristocráticos más antiguos y apacibles de Caracas, a pocos metros de la residencia del Dictador.

podía leerse: SALA DE INTERROGATORIOS. Matute me empujó y quedé buscando el equilibrio en medio de la sala.

—Aquí está el pájaro.

Se dirigía a un jovencito que espabilaba el sueño detrás de un escritorio. Estiró los brazos, se limpió los ojos con el puño de la manga y me miró rutinariamente. Abría los ojos y los cerraba hasta dejar una raya angosta.

De la oficina contigua venía un quejido. Presté atención. Un hombre se quejaba. Me imaginé que era una grabación de la tortura. Debe ser el *fondo musical* de todo interrogatorio, me dije. Una buena manera de impresionar. Uno llega, oye ciertos quejidos, tres o cuatro golpes y luego no está dispuesto a recibir el mismo tratamiento. Además, reflexionaba, él dormía aquí entretanto. Debe ser grabada.

Golpes y gritos alternaban. Hasta pude precisar la respiración entrecortada.

Miró el reloj y separó la silla giratoria para levantarse. Era delgado, mediano de estatura, agradable a primera vista. Estiró una mano y separó los cabellos que la sangre me había pegado a la frente.

—¿Una caída? —preguntó a Matute.

Matute guiñaba el ojo bizco.

—Tuve que golpearlo. A éstos hay que...

No lo dejó terminar. Blandió los brazos e hizo la primera parte de su papel simulando un magnífico ataque de rabia:

—Eso no está permitido, carajo —dijo silbando—. Aquí se traen los detenidos intactos... Intactos, ¿entiende?...

Volvió la cabeza a uno y otro lado y bajando la voz a un tono suave, me dijo como en una confidencia:

—Así son estos carajos... Usted perdone, señor...

Alargó la última sílaba interrogativamente en espera de mi nombre. Pero no respondí. En su lugar, le miré a los ojos con ignorancia. Tal vez como un sordomudo. Dio media vuelta a mi alrededor y volvió a su sitio.

—Yo estudio bachillerato. No me gustan estas cosas. Soy muy respetuoso de las normas legales. Aquí en Caracas trabajé en un Despacho Jurídico.⁴

Me habló de su padre, de su novia, de sus otros hermanos y confirmé que estaba en presencia de la vieja comedia policial del *bueno* y el *malo*. Uno humanitario, comprensivo, comunicativo. Otro matachín, verdugo, torturador. Ya lo había sufrido una vez.

—También mi padre fue un preso como usted...

Yo lo miraba indiferente.

—Quítele las esposas —ordenó rápido, como en un arranque de compasión.

—Oficial, a mí me parece... —comenzó Matute.

—¿A mí me, qué? ¿A mí me, qué? Una orden es una orden. ¡Quíteselas le he dicho! No sirven sino para...

No pude oír la frase final. En la oficina adyacente alguien gritaba horrorizado. Maldecía. Pedía la muerte con la misma fuerza que yo hubiera pedido agua. Y otro grito. Dudé de mi versión anterior. No parecía tortura grabada. No parecía...

—¡Por mis hijos! —gritó.

Me sobrecogía la tortura de la oficina contigua. Pero debía concentrarme en mis propias cosas. Debía ser sordo a aquello y dedicar toda mi atención a mi propia tortura.

—¿Cómo fue su detención? —primera pregunta obligada.

Estiraba las manos en tal forma que me hizo pensar que tomaría mi respuesta por los cabellos.

—¿Mi detención? —pregunté distraído—. ¿Mi detención?

Volví los ojos hacia el tuerto Matute y con calma encendí un cigarrillo. El *bueno* esperaba pacientemente. Fumé y no dije nada. Como no respondía dio comienzo al acto tercero de la comedia.

4. Se identifica con Jesús González Pacheco, mejor conocido de sus víctimas por el apodo de "Pachequito", Jefe de Interrogatorios de la Brigada Política, de 22 años, nativo de Monte Carmelo, Distrito Esqueque del Estado Trujillo. Estudió bachillerato en el Colegio Federal en la capital de dicho Estado. Trabajó como oficinista en el Escritorio Jurídico del Dr. Hugo Carbatí, en Caracas.

—Yo soy bueno, ¿sabe? Quizás más de lo que debo. Por eso me expongo. Pero cuando no logro algo por las buenas lo logro por las malas. Usted oye, ¿verdad?

Al lado echaban agua. Uno dijo riendo:

—Vuélvelo a bañar y pínchale un ojo con la pluma a ver si es verdad el desmayo. Toma...

—Usted oye, ¿verdad?

Quería fumar y botar el cigarrillo al mismo tiempo. ¿Por qué no comenzaban conmigo de una vez? Seguí fumando. Estiré los brazos.

¿Por qué no me arrancan los ojos de una vez?

—¿Se moriría? —decían al lado.

—No importa —dijo otro con una voz nasal—. Con éste hay *carta blanca*.

—Usted oye, ¿verdad?

Ya era de día. Apagaron las luces. Miré hacia arriba. Una pantalla cubría el bombillo. Las sienas parecían estallar. Uno oye matar a un hombre.

—Espóselo otra vez —dijo—. Habrá que matar a este carajo también. Espere. Que se desnude primero.

El otro estaba vivo. Ahora se quejaba ronco, como un tísico. Se quejaba. Estaba vivo. Sentí una precaria alegría de solidaridad con el quejido desconocido.

Me desnudaron y esposaron de nuevo. Más profundos los hierros se hundían en las carnes. Un escalofrío recorría todo mi cuerpo. Con grandes esfuerzos dejé de temblar. Pero no podía evitar las convulsiones repentinas. Quería mostrarme sereno, dueño de mí mismo para sacarlos de sus casillas. Cada cierto tiempo me temblaba el cuerpo y me preguntaba si se habían dado cuenta.

—Mátenme —decía ahora el torturado.

—¿Entonces no vas a cantar? —dijo el bueno—. ¿No vas a cantar?

—¿Qué quiere usted de mí? —respondí mirándolo a los ojos.

—¡Ah! —exclamó satisfecho—. Ya sabía que eras inteligente,

porque por las buenas se puede todo. Si hablas no te pasará nada. Si lo hablas todo, quiero decir.

De la otra oficina venía un olor a cabellos y carne quemada. Ayes secos.

—¿No se las echa de macho? —dijo el mismo de la voz nasal—. Pues a macho, macho y medio.

—¿Tu nombre?

—León... Juan León...

Permaneció en silencio, quieto. Me miraba de arriba abajo.

—¿León? No, hombre, yo no soy pendejo. Te pregunto tu nombre, tu verdadero nombre. Ya lo sabemos, pero quiero que me lo digas tú mismo.

Cierto. Podían saberlo. Pero no debía incurrir en contradicciones. Ya había dado uno y tenía que insistir. Además, no sabía con qué nombre me habían delatado. Era mejor provocar un *careo* para orientarme. ¿Quién me había delatado? ¿Qué dijo?

—Sí, León. Ustedes están equivocados...

—¿Equivocados? ¡No, hombre! Actuamos sobre seguro. Allá abajo en los calabozos tenemos a tu compañero. El lo dijo todo. Podía mentir. Era una vieja costumbre entre ellos hacer cundir la desconfianza entre nosotros. Debía estar en guardia. Muchos habían caído en esos días, pero muy pocos podían delatarme. Casi nadie sabía mi escondite.

—Tráiganlo... Ustedes están equivocados...

—¿Equivocados? Traiga al de ayer —ordenó—. Está abajo en los calabozos. Ya veremos.

—Por mi madre —oí—. Mátenme de una vez...

—Ya veremos quién está equivocado... ya veremos...

Desde sus sillas alineadas en la pared más de seis policías permanecían en silencio. No se cansaban de mirarme y bostezar. El bueno tachó una fecha en el almanaque. Matute dormía en una silla. De vez en cuando entraban otros esbirros como si buscaran a alguien y salían sin decir una palabra. Varias personas subían unos escalones. Presté atención. No pude evitar

un estremecimiento. Sentía latirme el corazón en cada célula. Tenía miedo. A medida que se acercaban los pasos redoblaba los esfuerzos para recuperar mi serenidad y sangre fría. Me imaginaba un tropel que se me echaba encima. Trataba de pensar en otra cosa. Pensaba en una calle tranquila, llena de sol, por donde caminaba una mañana cualquiera. ¿Por qué caminaba por esta calle, precisamente? Los sentidos se me escapaban en imágenes grotescas. El miedo era una niebla espesa. Me ahogaba en un río sin orillas. Las carnes parecían escapar de los huesos. Si quería los músculos en un sitio, un reflejo los lanzaba a otro. Una crisis de miedo.

—¡Mátenme!... ¡Yo no sé nada! —era más ronca la voz de ahora.

Cuando entraron, los quejidos del torturado vecino, me devolvieron a la realidad. Llegaba la hora de razonar y calcular. Necesitaba toda mi voluntad, toda mi fuerza. No desmayar, me dije. No perder un detalle. Aquí comienzo sin una palabra. Sentía frío y sudaba, pero eso no tenía importancia.

¿Quién estaba al lado? Quienquiera que fuera había resistido ya. Distinguía perfectamente entre la vida y la muerte. Preferible la muerte que la vida en medio de la inmundicia y la traición. Es una cosa elemental. Vivir o morir. Esa es la condición del hombre.

2. Se me acercaron. Ya había dominado la crisis. Estaba sereno. Demostraba poco interés por las cosas. Ni siquiera volví la cabeza para ver al recién llegado. Con calma, sin inquietud, esperé que me lo ordenara el jefe de interrogatorios.

—Ya veremos quién es el equivocado... ¡vea!

Poco a poco giré sobre mis talones. No demostré alarma. Intimamente estaba confundido.

—¡Vea! ¿No ve? ¿No ve?

Delante de mí, corpulento, macizo en su camisa a cuadros, estaba Ramón. No tenía señales de tortura. Peinado, con algu-

nas señas de polvo en la cara, sin mirarme directamente, buscó una silla en la pared. Sólo tenía miedo. Los ojos le saltaban de un objeto a otro.

—¿No veo, qué? —dije para tomar aliento.

Intencionalmente confundí a Ramón con los demás. Debía desconocerlo. Salvo la camisa a cuadros, era idéntico a los demás. Pálido, afeitado, con un bostezo contenido, fijó los ojos en el suelo.

—Ah... ¿se hace el bolsa? ¿No conoce a su compañero?

—¿Qué compañero?

Quería que Ramón comprendiera mi situación. No lo conocía. El jefe de interrogatorios se puso rojo de rabia. Golpeaba con los puños en el escritorio, tiró una carpeta y se sentó. Luego se paró, dio unos pasos, encendió un cigarrillo y sonrió. Dio otros pasos en un ángulo de la oficina y se plantó frente a Ramón. Los policías que estaban alineados en la pared se retiraron a otro rincón. Matute se despertó. El jefe de interrogatorios quería romper mi inocencia de alguna manera. Sus primeros planes consistían en enfrentarme al delator hasta destrozarme los nervios.

—¿Lo conoce usted?

Ramón levantó la cabeza y me miró un instante. Luego miró un ángulo del escritorio, se acomodó en la silla y dijo medio bostezando:

—Sí, lo conozco —su voz temblaba.

—¿Cómo se llama?

Dio mi nombre precipitadamente y bostezó de nuevo.

—¿Qué hacía?

Ramón era mi delator. Me zumbaban sus palabras: *sí, lo conozco*. El había dicho siempre a todos: *primero la muerte*. Nosotros lo creíamos cuando mirábamos su cuerpo fuerte, de gigante. Nos decía:

—Yo soy un hombre de acción.

Y en las reuniones siempre hablaba de matar, de colgar, de comenzar de una vez a matar esbirros, funcionarios.

Decía:

—Yo cargo siempre una bomba en el carro. Si encuentro uno mal puesto... ¿Para qué se hicieron, entonces? ¿Pa matá compañeros?

Llegaba a la reunión e infundía ánimo en todos los demás.

¿Este era el viejo roble? Ahora veía mis pectorales y una cicatriz que tengo en el pecho y continuaba, como si no pudiera dejar de hablar un momento:

—El me entregaba todo. Es Secretario de Organización —hizo un ademán para juntar los dedos—. Y sabe todo... El lo sabe todo...

Casi llorando dijo las últimas palabras. Podía estallar en lamentaciones de un momento a otro. Iba por el camino de decirlo todo. Había que hacer algo. Se sentía solo, impuro. Su traición lo mordía en lo más íntimo. Y el jefe de interrogatorios sonreía satisfecho, seguro de tener agarrada por el cuello toda la organización clandestina.

Pensaba rápidamente. Una respuesta. Algo que hiciera reaccionar a Ramón. Quizás hasta darle confianza y ejemplo. Hacerle ver que su delación era nada, un momento de debilidad. Pero tampoco podía aceptar las cosas que me comprometían. Al fin dije desafiante:

—No sigan cometiendo tonterías. Hagan conmigo lo que quieran. Clavé los ojos en Ramón. Tenía que comprenderme. Mis palabras iban dirigidas a él. Me miró. Moví la cabeza negativamente.

—No cometan tonterías —repetí.

—¡Ajá! ¿Conque eres guapo, carajo? ¿Eres guapo?

Volví a mirar a Ramón con calma, desafiante. Quería atraerlo a mí y distraerlo en los inicios de mi propia tortura. Me desesperaba su presencia. El estaba desmoralizado y sabía muchas cosas. Estaba en peligro toda la organización.

—¿Quiénes más trabajan con él?

Ramón se estremeció. Volvió a verme. Cerré los ojos.

—A él solo conozco. El lo sabe todo...

Descansé. Por lo menos su delación se limitaba a mí solo. Sin embargo, yo no estaba seguro. Quizás diría otras cosas cuando quedara solo. El pensaba —me miraba constantemente la herida de la cabeza— que yo podía resistir. Más por hábito que por otra cosa se llevó la mano a los bolsillos. Deseaba fumar. Uno se esconde detrás del humo.

—¿Quiere fumar? —el jefe de interrogatorios le ofrecía un cigarrillo.

Ramón me miró con miedo y aceptó. Vio el primer humo como una niebla de separación. Era una vieja niebla de separación. Más tarde lo comprendí perfectamente. Eramos diferentes. Sencillamente diferentes.

—Con usted también me comportaría así —dijo—. Todo depende de usted.

Comprendía su intención. Pocos momentos antes, al lado, alguien se quejaba en medio de la tortura. Pedía la muerte. El jefe de interrogatorios me dijo sencillamente:

—Usted oye, ¿verdad?

Me dolían todos los huesos. Las plantas de los pies.

—Con usted también —agregó—. Nada gana con ocultar penedajadas. Yo puedo matarlo. Pero podemos llegar a un acuerdo. Me lo cuenta todo, en secreto. Naturalmente nadie lo sabrá. Luego todo se arreglará en bien suyo. Un corto tiempo en la cárcel y luego su libertad. ¿Me entiende? Todo depende de que comprenda su situación y lo fácil de solucionarla. Otros lo han hecho y por ahí andan tranquilos. Usted es joven. Piénselo un momento. ¿Tiene novia?

Quería morir y terminar con esto de una vez. No sé si es correcto, pero quería morir. Me proponían una vida que yo no entendía, que no podía entender ahogado entre la libertad de moverme por las calles y el peso de la traición...

Ramón se paró:

—Dilo todo, mi hermano —dijo.

Los miré a todos en un solo movimiento. No sé cómo era mi aspecto entonces. Quizás estaba desfigurado. Esperaban mis palabras. Eso era lo que me proponían antes, ser otro Ramón...

—¡Mierdas!... —grité—. No son otra cosa que mierdas... Di un paso en dirección a Ramón. Comenzaron a golpearme con los puños, con los pies, con los blackjacks. La furia se había desatado. Los golpes me caían por todo el cuerpo. Eran las primeras gotas de la tormenta.

Mientras me golpeaban sacaron a Ramón. Alcancé a ver su camisa a cuadros cuando trasponía la puerta.

3. Realmente fue el comienzo. Algo imprevisto. No estaba en los planes de ellos golpearme de inmediato. Les habría gustado emplear las nuevas técnicas conmigo. Pero no fue posible.

Matute entró con las peinillas. El jefe de interrogatorios tomó una.

—Toma "Indio", ablándalo un poco...

Alto el indio Borges.⁵ Más negro que indio. Los ojos veteados de amarillo. Tomó la peinilla y sonrió. La nariz arremangada se le inflaba de satisfacción. Los ojos le brillaban, sensuales como en una danza aborígen. Luego palpó el acero. Parecía una caricia. Dio vueltas a mi alrededor y de improviso en un movimiento repentino descargó la peinilla de plano sobre mi espalda. Un golpe oficial, de la más pura ortodoxia dentro de las reglas de juego de la S.N. El jefe de interrogatorios sonreía. Matute cerraba los ojos. Parecía dormir. Me quemaban los omoplatos. Como mil alfileres el aire penetró a presión profundamente en los poros. Un segundo de oscuridad me llenó los ojos. Por la columna, plomo derretido. Sentí las rodillas fatigadas. Las lágrimas casi asomaban a mis ojos. Sin darme tiempo para recuperar el aire, un golpe seco debajo del anterior. Y otro, y otro, y otro, para ablandar. Fuertes los últimos golpes, pero no los sentía: tenía las carnes dormidas, insensibles. El Indio jadeaba. Para finalizar su turno había tomado

5. Calixto Borges, uno de los más sanguinarios Oficiales de S. N., acusado de varios crímenes.

la peinilla con las dos manos. Jadeaba y juraba, maldiciéndome y culpándome de su cansancio.

—Estás cansado, Indio —le dijo el jefe—. ¿Es que no comes completo? Debe ser el aguardiente... dame acá.

Temblaba de pies a cabeza, pero el Indio también temblaba. Me sentía desfallecer. Estaba agotado. Me dolía todo el cuerpo. Los miraba. No decía una palabra. Ni una queja siquiera. ¿Para qué quejarme?

El Indio me maldijo junto con mi madre. Ni siquiera lo vi. No quería moverme. Podía ser peor. Quería ser indiferente ante ellos.

—¿No vas a cantar, carajo?

Sostenía la peinilla amenazante. Era el jefe de interrogatorios. El bueno de la comedia. De un peinillazo me cubrió los pectorales. La punta entró en la carne. Los cabellos se le levantaron en la coronilla. Moviendo el tronco de un lado a otro —como un boxeador— estudiaba mi anatomía para descargar un golpe decisivo. Con los pies me alcanzó en la región pelviana y cuando me incliné la peinilla me cayó en la sien como un hierro caliente. Por unos instantes perdí el equilibrio. No veía. Me precipitaba en un abismo. Se me escapaban los pies. Una descarga sobre la espalda me hizo levantar. El jefe de interrogatorios sudaba. Los cabellos le caían desordenados en la frente. Movía los ojos del blanco al negro. Palabras entrecortadas.

—¡Habla, carajo! ¡Habla!

Tiró la peinilla en el escritorio y se dejó caer en la silla. Hizo una seña a otro y miró su reloj. El otro tomó la peinilla y sin ceremonias me descargó un golpe en la oreja derecha. Me desplomé. Oía voces distantes. Debieron arrastrarme por el piso. Patadas en el estómago. Traté de incorporarme. Caí de nuevo. Arañaba el piso con las manos en busca de apoyo. Medio inconsciente, un ruido creciente me invadía. No tenía fuerzas. Más tarde me encontré varias quemaduras en el cuerpo. No sé cuánto tiempo permanecí inconsciente.

¿Había pasado mucho tiempo? Estaba en el mismo lugar.

Matute se había ido. El indio Borges tampoco estaba. Abría los ojos y los cerraba. Seguía echado en el suelo.

El jefe de interrogatorios se acercó y me pisó los pies.

—Yo voy a descansar un rato. *Trabájlenlo* hasta mi regreso.

Salió. ¿Qué hora era? Volvería con la noche.

Abrí los ojos. Los dolores eran insoportables. Trataba de incorporarme y caía de nuevo. Los esbirros reían y me empujaban como en un juego de niños. Un esfuerzo desesperado y estaba otra vez en pie.

—¿Qué me ves? ¿Qué me ves? —gritó el nuevo torturador agarrándome por el cuello y tirándome al suelo.

Así comenzaba siempre. Todos los demás reían la hazaña. Al parecer algo semejante ocurría en el cine. Casi todos se creían actores. Adoptaban las muecas y los gestos de los actores en las películas de policías y bandidos. Algunas veces bandidos. Otras, policías. Era lo mismo.

Otra vez estaba en pie. Esperé temeroso. Las carnes me saltaban de nuevo. La espalda se me humedecía en las heridas. Estaba sangrando. Pensaba con horror en la peinilla. Un planazo caería en carne viva. El oficial estudiaba mi espalda como un mapa. Quizás el mapa y los ríos de Venezuela. Parecía buscar algo. Para hacer reír a los demás y ganar cierta reputación era capaz de lamer en mis heridas y chupar como de una teta. Me tocaba las heridas con sus dedos. Era meticuloso.

Apenas lo había visto. Ojos verdosos, quijada prominente. Le agradaba el público.

Apreté los labios. Con las uñas hurgaba en la herida del omoplato. ¿Lo hacía con un pedazo de peinilla? Metió las uñas en todas las heridas. Apreté los dientes. Un quejido sordo. Las lágrimas me asomaban a los ojos. Comprendí esta nueva fase, esta rara manera de encontrar las flaquezas de la vida. Sudaba. Me oriné los pies. Esto era, ni más ni menos el remate del trabajo de la peinilla. Después de un largo tiempo —unos segundos— terminó. Miró críticamente su obra y me condujo a un rincón desde donde podían vigilarme cómodamente.

¿Qué sentía este hombre? ¿Era un enfermo, acaso? Todos los demás me torturaban como si cumplieran con una ley superior. Algo divino. Dominarme. Doblarme, pero como si se tratara de una cosa extraña a ellos mismos. La crueldad no formaba parte de su naturaleza. Así lo entendía mientras sangraba. Pero ¿qué sentía este hombre? ¿Cómo se llamaba? Le decían el Negro u Oficial, nunca dijeron su nombre.

Desde mi rincón yo también los miraba a ellos. Me hubiese gustado bajar los ojos y mirar al suelo para no provocarlos. Pero me atraían. Pensaba en mi rincón, con las manos esposadas, sangrando por todas partes. Pensaba en ellos y en mí mismo. Estaba en el *período de maduración*. Horas y horas de pie. Días, quizás, hasta caer o *cantar*. Al viejo Genaro, de Los Eucaliptus, uno de los activistas presos el 12 de octubre de 1951, lo llamaban el campeón: había permanecido de pie doce días con sus noches. El viejo Alujas, de Barrio Unión, resistió diez días y desde entonces se le hinchan las piernas por las noches.

Período de maduración: uno mismo con su conciencia. Uno solo medita en todos los horrores sufridos, imagina lo demás, deforma, compara, razona, busca una salida. Los nervios se amontonan, se dispersan, corren, regresan. De repente el miedo viene en oleada, como una jauría y muerde las carnes sangrantes. Es duro este momento. El negro Antón, de Tiro al Blanco, resistió diez días de tormento. Después dijo que yo le había entregado las bombas en unas latas llenas de arena. Es la prueba más dura. Uno se convierte al mismo tiempo en torturador y torturado. Piensa en la familia. Hace un inventario de la vida: los aciertos, los errores. Las pequeñas cosas surgen inmensas. Las palabras se materializan en el cerebro.

En La Guaira los obreros del Portuario me decían:

—No sirves... Entra mejor como vendedor de billetes de lotería. Yo insistía.

—No sirves... entra mejor como vendedor de billetes de lotería. Me sacan los otros vendedores. Algunos comprenden la situación. Pero otro es un policía y corre tras de mí entre grúas y locomotoras. Salgo. Salto. Subo al cerro Güirigüiri. El policía

sigue detrás de mí. Los perros ladran. Las gentes que juegan bolas miran indiferentes. Ladran los perros con insistencia. Ladran...

—¡Despierta, carajo!... ¡Despierta, coño!...

—Jálale el bigote...

Ríen.

Estaba dormido. A mi alrededor formaban un círculo irregular las colillas de los cigarrillos. Las horas pasaban lentamente. Recordaba. La madrugada del viernes caí preso. Tal vez era sábado o domingo ahora. No soportaba los pies. Los ojos me ardían. Tenía que descansar mirando cada sitio.

Tres escritorios en la oficina. Tomacorrientes en todas las paredes. Enchufarán los cables, me dije con un estremecimiento. Dos máquinas de escribir, ceniceros en forma de primeras páginas con la propaganda del diario *El Nacional*. Engrapadoras, almanaques, plumas, tinteros, secantes, pisapapeles, carpetas y sellos desordenadamente cubrían los escritorios. En un rincón descansaban de punta cuatro peinillas. En otro, un montón de aparatos de radio, micrófonos y altavoces deteriorados. Diagonal, un degredo de libros y revistas. La morgue de los libros recogidos en asaltos y allanamientos. Pasé algún tiempo descubriendo títulos. Me distraía. *El Capital*, *Obras Escogidas de Lenin*, *Diario de Bucaramanga*, *Ideario Político del Libertador*, muchas novelas de Gallegos. Sobre el estante un busto del Mariscal Sucre. Debajo del estante, maletas y ropa manchada de sangre. Ropa de torturados, pensé. Después comprobé este hecho: la ropa ensangrentada nos la quitan y la esconden. Quizás la queman para evitar pruebas objetivas. Pero ¿pruebas para qué? ¿Qué importaban las pruebas? A un hombre lo torturan y eso no significa nada en este mundo. Las cicatrices desaparecen también con el tiempo. Reconocí a Lenin y a Stalin en pequeños bustos colgados por el cuello. Pendían de dos cordones —morado y oro— sostenidos de un cable del teléfono.

Era de noche ya. Oscuro el mundo a mi alrededor. Voces dispersas en todas las oficinas. Las peinillas descansan en un rin-

cón. El frío me penetra por las heridas. Quizás es de madrugada. Los policías de guardia mantienen cerradas las solapas de sus chaquetas. Hay poca actividad. Parece un día de fiesta.

4. Otro grupo de vigilantes. En total quedaban tres hombres dormitando mi existencia. Cerraban los ojos, la cabeza caía, cambiaban de posición en las sillas y comprobaban que yo seguía en el rincón. Diferentes edades. El más despierto era un jovencito, orgulloso de la sombra de su bozo en el labio. Sentía deseos de hablar, fabular sobre sus heroísmos, sus aventuras y sus amores clandestinos. Se creía dueño de mi vida y me escupía y golpeaba en la cara. Daba pasos largos con las manos a la espalda. A veces, en la frente se le hacía una arruga. Vestía a la última moda Dovilla y en el pecho destacaba una larga corbata —Dovilla también— con una mujer desnuda. Se plantó frente a mí con una ceja en alto y me preguntó mi nombre. No respondí y de nuevo me escupió la cara. Su voz despertó a los demás. Se incorporaron llevándose la mano a la cintura. Luego, volvieron a sus asientos, malhumorados.

Tendría veinte años. No aparentaba más. Le decían "Pichón". Pichón de policía, y a él le agradaba.

—En la última historia del F.B.I. había un carajo como éste. Pero cantó con el *tercer grado*. Si a mí me lo dan lo hago cantar...

—Tú siempre con tus libritos del F.B.I., Pichón —replicó malhumorado el de mediana estatura—. Un solo tiro en la cabeza, y se acabó. Lo demás es cuento. ¿No quieren acabar con ellos, pues? Así no se acaba nunca.

Hubo una controversia sobre la muerte. La mejor manera de matar. El de edad mediana no entendía ni de interrogatorios ni de torturas. Creía en la liquidación física: un veneno, una daga, un tiro. Por último encontró un argumento definitivo.

—Díganme ustedes, ¿estaríamos aquí... estaríamos aquí cuidando a este carajo, perdiendo sueño, si lo hubiéramos liquidado?

Estaríamos tranquilos: cobrar y dormir. Lo demás es cuento... —Y bostezó elocuentemente.

Tenía cuarenta años. Veinte en la policía. Pelo negro, corte alemán. Algunos claros de viejas cicatrices brillaban en la cabeza. Nariz fina —un escaso filo— para separar unos ojillos nerviosos que se movían en profundas cuencas. Los pómulos angulosos, uno más alto que otro. Manos gordas, dedos cortos, parecían las aletas de un pez. Con sencillez valoraba la vida por el tiempo necesario para destruirla. Para él una mala vida, de baja calidad, en pocos segundos podía destruirse. Era elemental. Y tenía su propia escala de valores vitales. Mucha fama de malo tenía entre los demás policías. Sin embargo, prefería matar para evitar incomodidades y desvelos.

—¡Qué planazos ni qué planazos! —decía—. Un solo tajo en el pescuezo, aquí... —y se llevaba una de sus manos al cuello. Completaba el grupo un anciano. Muy viejo debía ser. Masti-caba, movía los carrillos y tragaba para mantener las planchas en las encías. Semicerrados los ojos. Parecía indiferente, pero me golpeaba con las manos abiertas en la cara. No me dejaba cerrar los ojos. No permitía que descansara sobre un solo pie. Con una patada a las piernas, gritaba:

—Los dos pies... aquí todo es por parejo...

Comenzaba otro día. Parece una feria o un circo. Una fiera está en la jaula. La gente se detiene y mira. Es domingo sin duda. La puerta se abría para dar paso a una o varias personas a la vez. Olores a crema de afeitar. Algunos llegaban amistosos conmigo. Lamentaban mi situación y me aconsejaban la delación como única salida. Recordaban casos pasados.

—Más machos que tú han hablado aquí...

—Cómo te has dejado poner. ¿No te da lástima? ¿Tú no tienes familia? Hablaron de mi madre. Yo era un mal hijo. Seguramente no resistiría.

Todos los tipos humanos desfilaron. Querían conocerme. Ancianos, jóvenes, más jóvenes aún, amables, despiadados. Hablaban, gritaban, permanecían en silencio, mirando las heridas. Uno que me examinaba las heridas de la cabeza me susurró:

—Aguanta... ya vas a terminar...

En la espalda, las moscas comenzaban a caminar lentamente. Con dificultad movía la espalda, y las esposas apretaban más entre los huesos. Poco a poco perdía el asco a las moscas.

Estaba hinchado. Tenía fiebre, sed, deseos de orinar.

Pedí la camisa. Parecían sordos.

Me daba la impresión de que todo estaba detenido. Nada andaba. No había movimiento. El tiempo estaba congelado.

Pensé varias veces lanzarme contra el vidrio que daba a la calle. Calculaba. No me dejarán llegar. Pero si llego, rompo el vidrio, salgo a la calle, sangrante, y todo termina de una vez. Sólo temía que me alcanzaran antes de llegar al vidrio. Era peligroso provocar nuevos golpes. Descarté la posibilidad.

Las rodillas parecían crecerme, estallar, partirse en pedazos como un vidrio. Las articulaciones podían ceder y dar de punta los huesos en el suelo.

Me picaba en todas partes. La nariz recogía todas las partículas de algodón. Los ojos me ardían. ¿Cuánto tiempo me faltaba? Quizás dormía con los ojos abiertos. Los ojos me ardían.

5. Ya entrada la mañana llegó Ulises Ortega ⁶, Jefe de la Brigada Política. Muy alto, muy grueso, semicaído el labio inferior, con unas ojeras que parecían profundizadas con cosméticos femeninos. Grandes pasos y grandes voces. Dominante. Entró mirando a todos lados, en todas direcciones. Chorros de sudor

6. Ulises Ortega Matiz, modesto funcionario del Seguro Social Obligatorio en los años 1944 y 1945, y del Servicio de Bultos Postales del Ministerio de Hacienda durante el primer gobierno del Partido Acción Democrática. Como Inspector General y Jefe de la Brigada Política de la S. N., se convirtió en uno de los más crueles y violentos torturadores. Hombre de siquis alterada, ante sus víctimas se transformaba en un monstruo, dominado por los instintos más bestiales. Junto con Luis Rafael Castro y Miguel Silvio Sanz, quienes ocuparon idénticos cargos, fueron los más destacados lugartenientes de Pedro Estrada para la ejecución de crímenes y torturas. Ulises Ortega Matiz huyó al exterior a la caída del régimen de Pérez Jiménez; Castro murió repentinamente en la Cárcel Modelo de Caracas pocos meses después y Sanz se encuentra recluido en la Penitenciaría General en San Juan de los Morros.

le corrían por la cara. Más de diez esbirros lo escoltaban. Casi todos vestidos de azul marino. En las pausas se atrevían a agregar sus insultos.

—¿Este es el que no quiere hablar? Aquí no hay machos, ¿entiende? Aquí los únicos machos somos nosotros, ¿entiende? Y comenzó a descargar sus puños en mi rostro. Uno de los golpes me lanzó contra la pared y me di en la cabeza. Dije algo en el suelo. Quizás, un grito. Me levantó por los cabellos y me descargó el puño con todas sus fuerzas entre la nariz y los ojos. Caí al suelo sin sentido. ¿Vale la pena decir cuántas veces caí? A patadas me despertó. Marcado, como un borracho, apenas sentí cuando me arrancaba el bigote, mientras me sostenía por los cabellos.

—¿Dónde está Ruiz Pineda? ⁷ Habla... a los jefes no los tocamos..., pero a los bolsos como tú los matamos...

Me golpeaba contra la pared.

—¿Vas a ser Ministro? ¿Dónde está Ruiz Pineda? Los ojos me saltaban.

Me golpeaba y gritaba. Daba órdenes. No oía sino sus gritos por encima de los golpes contra la pared. Quizás se sentía un dios y disponía de la vida de los hombres.

Me soltó. Desde el suelo miraba desesperado. Con odio. Se arrojó y me agarró de nuevo por los cabellos.

7. Leonardo Ruiz Pineda, abogado, periodista, poeta. Nació en 1916 en el Estado Táchira. A la muerte del dictador Juan Vicente Gómez, en 1935, participó activamente en los movimientos estudiantiles que reclamaban la instauración de un gobierno democrático. Intervino en la reestructuración de la Federación de Estudiantes de Venezuela, y posteriormente pasó a militar en las filas del clandestino PDN (Partido Democrático Nacional) hasta que éste obtuvo su legalización como Acción Democrática. En 1940 se graduó de abogado y regresó al Táchira, en donde fundó el periódico "Fronteras", de clara orientación democrática. Escritor de limpio estilo y orador directo y fogoso, a pesar de su juventud se convirtió en el dirigente político más destacado de su región. En 1945 fue nombrado Gobernador del Táchira por la Junta Revolucionaria de Gobierno, cuando la situación política no era muy clara aún, y al aceptar y tomar posesión del cargo dio la medida de su personal valentía. Cuando sucedió el golpe militar que derrocó al Gobierno del Maestro Rómulo Gallegos, era Ministro de Comunicaciones. Inmediatamente entró a la clandestinidad para reorganizar su Partido y dirigir la resistencia contra la dictadura. Arrojado, audaz y valiente; sereno en sus decisiones e imperturbable en los momentos más críticos, fue una bandera de desesperada resistencia civil. Perseguido y asediado sin tregua, se movió dentro de esa atmósfera de pesadilla aterradora hasta que cayó asesinado por las bandas de Seguridad Nacional, en una oscura emboscada, la noche del 21 de octubre de 1953.

—¿Qué me ves, coño de madre? ¿Qué me ves? ¿Me vas a matar? De aquí no saldrás vivo, ¿entiendes?

Tosió, me escupió y salió dando largos pasos. La sangre, junto con la saliva me corría por toda la cara. Salobre, amarga, me rodaba caliente hasta formar coágulos fríos y raros en los labios. Se me escapaba la vida. No sabía si gritar o llorar. También los hombres gritan ante la muerte. Parecía oscurecer. Era de día y de noche al mismo tiempo.

Estaba inconsciente en el suelo. Los ojos muy abiertos, y tres policías gritándome de todos lados:

—¿Qué me ves?

Las patadas se repetían a mis costados. Y yo parecía adherido a aquel piso inmundo y pegajoso.

6. Primero oía la música distante. Pero a medida que me despertaba, todos los ruidos desaparecían para dar paso a la música estridente de los radios. Sin embargo, las máquinas de escribir atraviesan la cortina de música. El día se ha iniciado con una gran actividad.

Un esbirro llega presionando los tacones al compás de la música. De pronto, como un movimiento de baile, saca la pistola y me la pone en el pecho. Permanece así un rato. Los dos estamos en silencio. Me mira a los ojos fijamente.

—De día los tiros se oyen menos, ¿sabe?

Apenas se me ocurre que es cierto. Por eso la tortura no es un hecho nocturno como cree la mayoría de las gentes. Hay menos oídos en la noche, pero menos ruido también. Y la tortura es algo continuo. De allí que, como en las grandes fábricas, hay turnos de trabajo. Un radio a todo volumen, música de cabaret y la tortura diurna surge al compás de la música.

—No se oyen, ¿sabe?

Un ojo le saltaba nerviosamente. Era monótono para lograr cierta naturalidad.

—¿Sabe?

Como un disparo sonaba la muletilla en los oídos.

—Yo tengo órdenes de matarlo, ¿sabe? Le doy un minuto... un minuto de vida, ¿sabe?

No tenía saliva. La lengua, de algodón. La garganta, de madera. Me agradaba la idea del disparo. Tenía miedo. Un disparo podía ser la solución. Si fuera cierto, me decía. Pero tenía la certeza de que todo terminaría en un culatazo en la cabeza.

Lentamente levantó el martillo de la pistola. No me impresionaba. Oía los choques metálicos, pese a la música. Esperé. Volvió el martillo a su sitio con mucha prudencia. Levantó el arma y la dejó caer pesadamente en mi cabeza.

Miró a su alrededor. Guardó la pistola y echó a andar. En la puerta, moviendo las manos a uno y otro lado, dijo al más joven.

—Hay que matarlo de verdad, ¿sabes? Es duro, ¿sabes?

Y la sangre brotaba otra vez.

7. Un desfile de presos. Barbas de un mes, de dos, de algunos días. Primero uno, desfigurado, un ojo semicerrado por los golpes.

—Voltee...

Daba media vuelta.

—¿Lo conoce?

—No lo conozco...

—Es León...

—No lo conozco —movía en forma grotesca la cabeza negativamente. Quería demostrarme que había negado.

La ropa manchada de sangre. Un parche en la oreja derecha.

—Aquí está tu jefe, ¿lo conoces?

Abría más los ojos, se acercaba temeroso. Veía al policía con miedo.

—No lo conozco.

Más de veinte presos trajeron para reconocerme. Dos dijeron que me conocían.

—Yo lo vi una vez en la Universidad.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé...

—¿No dices que lo conoces?

—Lo vi una vez en la Universidad...

—¿Qué hacía?

—No sé...

—¿Qué hacía?

—No sé...

Dos o tres golpes a la cara y se lo llevaban a empujones.

8. En la oficina del lado, Matute —era la voz de Matute— enamoraba a una secretaria. Hablaba de su especialidad: allanamientos.

—Me gusta más —dijo.

—Es más peligroso —aseguró la secretaria.

—A veces la señora está desnuda... y uno ve...

—¿Qué ves?

—Uno ve. ¿Qué se les ve a las mujeres?

—Deja. Esto no es un allanamiento... deja...

—Para ver...

El jefe de interrogatorios regresó. Me observó. Abría los ojos y los cerraba hasta dejar una raya. Estiró los brazos como la primera noche. Y espabiló lentamente con cierto cansancio en los párpados. Parecía hinchado. Con un palillo se escarbaba los dientes. Bajó el volumen del radio y habló por teléfono. Fue a la oficina y regresó con Matute. Luego dijo:

—Un chance...

—¿No tiene amigas?

—Le voy a preguntar.

—¿Vivía solo? —me indicaba con una mueca en sus labios.

—Con otro. Está allá abajo...

—¿Un apartamiento?

—Sí.

—Dame la llave.

Matute le dio la llave.

—Me interesa una amiga.

—¿Y ésa? —se refería a la secretaria.

—Tiene miedo. Dice que es señorita.

Guardó la llave y sacó unos cables. Quería desocuparse temprano. Electricidad, pensé. En el estómago sentí un movimiento convulsivo, de gases. El corazón parecía galopar. La música eliminó todos los ruidos. Sólo el pulso sonaba como un tambor. Cerré los ojos. No quería ver nada. Mejor que las cosas sucedieran sin darme cuenta.

—Abre los ojos, ¿tienes miedo? Vas a alumbrar como un bombillo.

Con sus manos comenzó a tocarme por todo el cuerpo hasta parar en los testículos. Los palpó. En sus labios tenía una mueca de asco. Dejaba ver su saliva como una bomba. Matute se salió con un saludo. Los demás veían como en un aprendizaje. No perdían detalles y cumplían las órdenes diligentemente.

Aplicó los cables. Uno en el testículo derecho, otro en la ingle. Caí fulminado. El jefe de interrogatorios dio un traspie y se levantó maldiciendo. Mil puntas me recorrían el cuerpo. No pude evitar un grito salvaje. Los ojos desorbitados, miraba a todos lados desde el suelo. La sensación de alfileres circulando junto con la sangre. Una esfera oscura, la luz. Echaron agua a mis pies. Nadie se atrevía a reír. Era algo muy serio. Un rito moderno, propio de nuestra civilización. No podía pensar. Los ojos debían dar vueltas como los de un perro envenenado con estricnina. El jefe de interrogatorios, arrodillado, aplicaba los cables en los testículos, en el ombligo, en cualquier parte del sexo. Yo trataba de golpearlo con mis pies y sólo alcanzaba a separar las tablas un momento. Nadie me tocaba. Era una ventaja. Dejaban de aplicarme los cables y me echaban agua. Convulsiones en todos los sentidos. El agua hervía. Sentía las burbujas en la espalda. No me atrevía a voltearme, para evitar

que me metieran los cables en el ano. Saltaba y caía sobre mi espalda. Sobre los brazos. Un loco. Los nervios, locos, trataban de escapar, de salir y caminar por el piso, por el agua. Otra aplicación. Trataba de meterme el cable en la boca. Cerré los dientes. Desmayado, pegando saltos, sentía los vidrios rotos de mis carnes.

Desperté alelado. Blanca la camisa de aquel hombre. Blanca, corbata negra, o negra la camisa también. ¿Negra? Dos tubos de cañería, los pantalones. Las cañerías, las cloacas, como una prolongación en concreto de los intestinos de los hombres. Los intestinos, rojos; las cloacas, grises. ¿Loco? Las nubes estaban en la tierra, bajo mis espaldas. Los cables, escobas diminutas. Un invento de la General Electric. ¿Loco? Unos hombres barbudos con las camisas ensangrentadas, rompían los cables. Gritaban, cantaban. Los esbirros trataban de pararme a patadas. Los hombres me levantaban. Uno se para. Ve.

—¿Quién eres tú?

—Está loco. ¿Dónde está Ruiz Pineda?

—No me toquen las bolas... No me toquen los hijos...

—¿Las bolas? Como un bombillo. ¿Dónde está Ruiz Pineda?

No veía nada a mi alrededor. Abría los ojos. Cuando me apagaban los cigarrillos en el ombligo, no sentía. Sólo sentía la electricidad en los testículos. Caía desmayado, y volvía a la vida muy lejos. A veces navegaba entre nubes o corría por las calles. La música, los gritos, los insultos.

—¿Dónde está Ruiz Pineda?

La cara en un balde. Los cables en las orejas. Un océano. No sabía nada del tiempo. Un segundo, un minuto, un año, siglos. Saltaba en todas direcciones. Con un trozo de manguera me golpeaban en todas partes para que despertara. ¿Estaba loco? Terminaron de arrancarme los bigotes. Era a otra persona. Yo seguía en el suelo. De nuevo en los testículos. Debí romperme el cráneo en otro sitio.

Nadie reía. El radio. Música.

—¿Dónde está Ruiz Pineda?

Trataba de agarrar el agua como una cuerda.

III

1. Un motor parte el aire en dos⁸. El ruido sube y baja en forma intermitente. Ruge. Se apaga. Vuelve a andar. Tiembla el piso. El viento entra y se lleva los ruidos. Algunos papeles giran en un rincón. No puedo abrir los ojos. Doy vueltas. Tengo la sensación de desplazarme a gran velocidad. Luego, el vacío. Caigo en un abismo. Me falta la respiración. El aire granulado parece arena en la nariz. Me despierto un segundo en un mundo, semiinconsciente, de gelatina.

La voz de Carmen, muy débil, a través de la gelatina.

—¿Quieres café?

Estiro los labios y me despierto lamiendo el piso.

Es un viaje. Estoy en el fondo de un camión. El piso áspero. Me duelen los huesos en cada sacudida. El camión cargado por un camino polvoriento. Mi madre va adelante con mi hermano menor. Mi padre me dice:

—Agárrate duro...

No tengo las esposas. Las muñecas me han crecido como un animal muerto.

—Agárrate duro...

Me duelen las manos. Me despierto pateando. Estoy aferrado a las rejas, que se convierten en postes, que giran a mi alrededor como los papeles que remueve el viento en un rincón.

El motor ruge. Miro unas peinillas redondas enterradas en el suelo. Destilan sangre. Abro más los ojos. Las peinillas se transforman en rejas. Parece un cementerio. Las tumbas, cercadas. Los muertos, presos.

Estoy en un agujero. Un pequeño foso cuadrado.

—Parece muerto... —oigo muy lejos.

¿Muerto? Di un salto. Suenan los huesos. Me desplomo. Trato

8. Al final del angosto pasillo que conducía a los calabozos, tenían instalado un compresor para la bomba que surtía de agua al edificio, cuyo motor contribuía a la tortura de los secuestrados políticos. Generalmente funcionaba en horas de la noche.

de agarrarme a las paredes. La mano, como un reptil aferrada a la grieta. Exploro con las manos hasta llegar a las rejas. Hierro frío, oxidado, húmedo. Comienzo a lamer los barrotes. Orín salobre. Amarga la lengua. Me arde el ombligo. Es terrible el frío en los huesos. Tengo fiebre. No puedo moverme. Tiemblo. La voz parece salir del suelo. Oigo perfectamente:

—No contesta... parece muerto...

Abro la boca. Grito. No tengo saliva. Un sonido extraño sale de la garganta.

—¡No estoy muerto...!

El ruido del motor es más intenso. El viaje continúa.

—Agárrate duro...

Los ojos se me llenan de tierra. El polvo es una niebla espesa.

2. No tenía noción del tiempo. Sin embargo, había llovido recio. El piso del estrecho pasillo —entre las rejas y las paredes grises del edificio— seguía húmedo. Recuerdo. La última vez fue un cable y un salto a la inconsciencia. Voces a mi alrededor, patadas, agua en el rostro. Ahora, desde mi posición horizontal miro perfectamente las telarañas de enfrente. La música había desaparecido del primer plano. En su lugar, tres o cuatro personas silban canciones distintas. Llegan palabras aisladas. Las llaves suenan como pequeñas campanillas. Trato de reconstruir el mundo: un hombre desnudo, con los brazos esposados a la espalda, va a morir de un momento a otro. Sangra todo el cuerpo. Las gentes y las moscas giran alrededor. Cae al suelo. El radio sigue sonando:

—El voto es un derecho y un deber...

“Como un bombillo... vas a alumbrar como un bombillo...”

—Ciento cincuenta años lo respaldan...

“¿Dónde está Ruiz Pineda?”

Un hombre va a morir.

—El mejor cigarrillo de América...

¿Dónde estoy? ¿Cuándo llegué aquí?

Nadie me ha rescatado. No hay hombres barbudos a mi alrededor.

Estoy en un calabozo. No hay peinillas. Sólo barrotos. Tampoco destilan sangre. Es agua. Llovió recio. Aún está húmedo el calabozo y el pasillo. Era de día. La gente comenzaba a levantarse. Enfrente, a un metro de distancia, los cristales reflejaban algunos rayos del sol. La cabeza me daba vueltas: voces, golpes, gritos, insectos, música, un desfile de imágenes extrañas. Pero no estaba loco. Durante algunos segundos comprendía la realidad circundante. Luego volvía a caer entre las nubes, en el polvo, en la inconsciencia.

—Oiga... ¿está oyendo? (ese tipo es sordo).

Oía la voz y los golpes en la pared. Podía ser para empezar de nuevo.

—Queremos hablarle... (¿le cortarían la lengua?)

—¿Estás oyendo?

Frenéticamente golpeaban la pared.

—Es con usted... el del último calabozo.

La telaraña de enfrente brillaba con el sol.

—¿No me oye?

—Déjalo. Debe estar dormido. Después llamamos...

—Hay que aprovechar. Ahora no hay nadie...

Golpes en la pared.

—Es un vecino. Respóndame con un golpe en la pared...

Oía todo. No quería responder. Podía ser para despertarme y comenzar de nuevo con las peinillas, con los cables, con el agua. O era con otro. Sin embargo, me preguntaba si éste era el último calabozo.

Un diálogo extraño. Una voz muy lejos, otra muy cerca, casi a mi lado.

—...leche caliente, quedó en el termo.

—¿Y café? ¡Es mejor café!

—¿Cómo va a ser mejor?

—Es mejor...

—Mejor es la leche..., siempre dejo un poco por si bajan a uno... Pero no responde..., debe sentirse muy mal...

—¿Lo viste entrar? —esta voz más lejos aún— ¿Era muy tarde?

—A medianoche... —respondían al lado.

—¿Caminaba?

—Entre cuatro... por los brazos y los pies...

—¿Quién será?

—Lo tiraron en el último calabozo. Al lado del motor... Por eso no sé si respira. Después llovió...

—Yo sé...

—Hay que seguirlo llamando... Aquí hay un jugo..., yo estoy mejor...

—Déjalo... Con la leche es suficiente...

—Mejor es esperar. Candelario debe llegar de un momento a otro. Por la cara que ponga sabremos cómo está.

—Por la cara que ponga o por el embuste que diga...

—Oigo pasos... esconde el espejo... —Trataba de recordar aquella voz. En algún momento podía reconocerla.

Hice un esfuerzo supremo para levantarme. Un cuchillo se me hundía en el tronco. Toqué: una costilla rota. Grité. Mi vecino había oído. Golpes en la pared. Luego la voz angustiada, apremiante:

—Oiga... usted... el que llegó anoche...

Sin duda era conmigo. Llegué anoche... Arrastrándome pegué la cara a la pared. Una araña saltaba muy bajo. Una araña gigante. Cada pata como un dedo. Un dedo. Saltaba en el mismo sitio. Una mano. Seguramente la mano de mi vecino. Estoy en el último calabozo. Agarré la mano. Con grandes esfuerzos acerqué la cabeza. Traté de hablar. La garganta, seca. Le pasé la lengua por los dedos. Retiró la mano asustado.

—Agua —dije.

—Pide agua —oí—. Dame el jugo... rápido. Puede desmayarse otro vez.

Un golpe metálico. Golpes en la pared. Agarré el jugo. Bebí. No podía tragar.

—¿Cómo se siente ahora? Beba poco a poco.

Después del primer trago seguí bebiendo gota a gota. El jugo parecía de plomo en el estómago. Pero no sentía hambre. Generalmente como poco. Ahora sentía el aire corretear en los intestinos. La cabeza comenzó a dolerme intensamente. No en las heridas, sino adentro, en el cerebro.

Las preguntas se me agolpan en la garganta. Pensé agradecer el jugo. Tal vez se me ocurrían algunas cosas sobre la solidaridad humana. Una mano desconocida, extendida desde el otro calabozo.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

La respuesta, rápida, quizás con alegría en la voz:

—Abajo... en los calabozos... Anoche lo trajeron. ¿Cómo se siente? Debe estar muy débil. No se mueva. Duerma... Nunca se sabe... Oigo pasos... ¿Comprende? Después hablamos... Cerré los ojos. El jugo parecía un martillo en el cerebro. Me golpeaba en las sienes. Unos pasos se arrastraban por el pasillo. ¿Iban a empezar nuevamente?

3. Por tercera vez miraba enfrente el balancín de las telarañas. El viento las mecía silenciosamente. Los rayos del sol continuaban extendiéndose en los cristales. Aquella debía ser una mañana gris. Por los cerros la gente se desliza y entierra los dedos en el barro. El agua corre por las escalinatas como un río cargado de pequeños trastos que deposita abajo en la calle. Los niños juegan en el barro y se fabrican largas botas hasta los muslos. Pero no estoy en un cerro. El pasillo comienza a inundarse. Parece un río. Un hombre, de edad indefinida, empuja el agua con una escoba frente a mi calabozo. Juega un poco con el agua. Me mira con el rabillo del ojo. Misterioso, tira un escobazo a las telarañas. Habla recio —entre andino y central— con la escoba, con la araña, con todo lo que puede recoger su voz. El agua cae del tubo, produciendo sonidos metálicos.

—El agua es viva, como los hombres —bajaba los ojos para mirarme entre los barrotes y el suelo—. Se arrastra...

¿Se refería a mí? En realidad yo me arrastraba a pocos centímetros de la reja para evitar el agua.

—¿Y el agua duerme también, Candelario? —preguntó mi vecino desde su calabozo—. ¿Duerme? —insistió.

Vuelta a mirarme de reojo. Sonreía para sí mismo, para el agua, para las rejas.

—A veces... —cerraba un ojo con picardía—. Pero hoy amaneció despierta. ¿No oyó los truenos?

Sin duda se trataba de mí. Yo era el centro del diálogo.

¿Acaso el agua vive o duerme? Me preguntaba intrigado, medio en serio y medio en broma. No dejaba de hablar un instante.

—Estaba dormido —replicó mi vecino.

—¿Dormido? ¡Humm! Si se vela se ve pasar la vida... —me miraba directamente.

Abandonó la escoba en una mano y se plantó delante. Como un largo compás, las piernas. Sus ojos daban vueltas a mi alrededor.

—¡Ah cará! —se rascaba un lugar en la cabeza—. ¡Ah cará! —sorprendido parecía verme por primera vez—. ¿Y usted cuándo llegó? Mango al saco. ¿Anoche? —asentí—. ¿Y cómo se siente?

Levanté una mano para contestar con un gesto y no hubo necesidad. Hinchada, morada: un sapo. Encima, en la muñeca, una gran cicatriz, negra, ensangrentada.

—¡Ah! —exclamó, y siguió barriendo nerviosamente.

—¿Muy malo? —preguntó el vecino en un susurro—. ¿Muy malo? Candelario dejó de barrer, apoyó la escoba en la pared. Levantó una pierna y comenzó a anudarse los zapatos.

—¿Los zapatos? Sí, muy malos. Pero baratos. Los siento esponjados con el agua... Así... —y se puso una mano sobre otra, significando una bomba.

Recogió la escoba y siguió apresurado. Una larga sonrisa dejaba ver dos colmillos de oro. Se alejó, y sus ojos parecían fijos en el agua.

—¿Duerme? —preguntó por dos veces mi vecino.

—No —respondí débilmente.

—¿Sabe quién es el que barre?

—No.

—Es Candelario, el ordenanza. Un hombre bueno. Cínico, embustero y pícaro, pero es un hombre bueno.

La araña tejía su tela otra vez en los vidrios. Mi vecino seguía hablando de Candelario.

—Sí.

—Se parece al Buscón de Quevedo. Al menos es un personaje de la picaresca.

Esa alusión a la picaresca me parecía familiar. ¿Estarían enterados ya? ¿Me habría reconocido? ¿Por qué la picaresca aquí? ¿Acaso por el hambre y la miseria humana?

—¿Está muy herido?

—Sí.

—¿Todo el cuerpo?

—Todo.

—¿Fiebre?

—Sí.

—Hay que hacer algo. Oígame: trate de desnudarse y deje al descubierto la parte más herida. Candelario le vaciará un balde de agua con sal. Es la cura. Pica, pero es mejor que los gusanos. Tenga calma. Hay que esperar un descuido del oficial de guardia. Si se desmaya, no importa. No será la primera vez. Es la cura...

Me desvestía con dificultad. Después de grandes esfuerzos me saqué la camisa. Parecía almidonada, tiesa, con una costra extendida en la espalda. Sangraba de nuevo. La camisa hedía. Una sola llaga sanguinolenta, rellena de pus y huevos de moscas, debía ser la espalda.

—¿Ya está listo?

—Sí —respondí.

—Espere. Ya viene. Cierre los ojos...

¿Por qué no me preguntaba mi nombre? Yo tenía un nombre. ¿Me había reconocido? Uno llega a un lugar desconocido, sale

alguien al encuentro y le pregunta el nombre. A mí me torturaron para que dijera mi nombre. Ellos lo saben, pero quieren oírlo de mis propios labios. ¿Por qué no me pregunta mi nombre?

Unos pasos se arrastran por el pasillo. Cierro los ojos. Apoyo la espalda contra las rejas. Por las heridas, como una metralla diminuta, siento el impacto de unos granos de arena. Me arde profundamente la espalda. Como si me lijaran en carne viva. Candelario había llegado hasta la reja, miró hacia la entrada, y casi sin ver vació el balde de agua con sal en mis espaldas. Yo saltaba desesperado. Golpeaba las rejas con la cabeza. Arañaba en la pared. Soplaba. Los ojos se me nublaban. Las lágrimas comenzaron a salir.

—¿Muy doloroso?

No respondí.

—Debe haberse desmayado —dijo el vecino.

—Parece ácido —dije, retorciéndome de dolor.

—Pero es la cura: sal y agua...

Todos los presos se habían despertado. El vocerío invadía todo el pasillo. La conversación era general. Los silbidos se generalizaron. Pasos a la entrada del pasillo. Un sonido de llaves cada paso. Olor a cigarrillos. Me encogí en el suelo como un feto.

—¿Traen otro? —me preguntaba angustiado.

Los ojos se me agrandaron de miedo.

—¿Venían por otro?

Me habría gustado esconderme en la grieta del techo.

—¿Vendrán por mí? —me decía desesperado—. ¿Vendrán por mí?

La grieta del techo puede tragarme como un insecto. Me sentía egoísta.

—Que no sea por mí —me repetía una y otra vez como si con ello espantara el peligro.

Más cerca los pasos. Las llaves sonaban como las campanillas de una misa. Cerré los ojos. Me encogía. A lo mejor no me ven.

Quizás no saben que estoy aquí. Tal vez creen que estoy muerto. Me hice el muerto.

—Cambio de guardia —susurró mi vecino, quizás pensando en mi angustia.

—¿No sacarán a nadie?

—Para el sanitario... más tarde... Cambio de guardia —agregó el compañero de mi vecino, con amargura—. Nos contarán como cochinos. Me cago en tres...

—¡Cállate!

—Me cago en tres...

4. Seguramente las nubes habían desaparecido. El día aclaraba en los cristales. Un reflejo me encandilaba. Los teléfonos internos del edificio sonaban como chicharras. Las máquinas de escribir se oían por encima del vocerío de los presos. Candelario terminaba el aseo. Los baldes rodaban estridentes. Un balde para cada calabozo, fuera de las rejas, para orinar. Olía a basura podrida, ácida.

—Arrímame más el tobo, Candelario... no llego...

—Candelario...

—Candela... Can-de-la-rio. —Como un bombero acudía con los baldes—. Ese no es mío... el mío hiede menos...

Lo llamaban de todas partes. Gritos de presos. Silbidos de presos.

—¡Unjú...! ¡Unjú! Ya voy... Yo no me voy todavía... ¿Es que amanecieron con hambre? —creía que lo llamaban para mandarlo a comprar el desayuno.

—No... es agua... agua para lavarnos la boca...

—¡Ah, sí!... la boca... El agua es limpia... muy limpia... —cerraba un ojo y me miraba con el rabillo del otro—. Guarde agua... es bueno...

Pasó cargado de trastos. Parecía un latonero. Con la manguera servía el agua en pequeños recipientes de todas las marcas y colores: envases de jugo, de leche, de mantequilla, de galletas.

—¿De quién es éste? —mostraba una lata de galletas—. Se bota... Busque otro...

—Agua para todos. Sí señores... este jagüey no se seca... Y si se seca, abrimos otro. Ahí mismo está el río...

El Guaire corre a pocos pasos. Quizás le recordaba un río en la sierra.

—¿Qué hora es, Candelario?

Distraído, tal vez pensando en su niñez, vio en su muñeca.

—Las siete de la noche —sonrió mostrando los colmillos de oro—. ¿No ven que está oscuro? —se inclinó a mirar mejor mis manos, y agregó—: La noche es larga... y negra... muy larga...

Definitivamente el sol dominaba las nubes. Dos o tres presos reían. Candelario se entendía con los presos. Diariamente le hacían la misma pregunta infantil.

—¿Y por qué tan tarde?

—No sé. Eso marca el aparato; las siete en punto. La misma hora de anoche. Nunca se equivoca. Es nocturno, ¿saben? Sólo marca las horas de la noche.

¿Otro preso, acaso? Uno nunca termina de comprender las cosas de Candelario. Seguramente trataba de decir algo.

Todo el pasillo reía. La gente se olvidaba de sus propios dolores.

—¿Cuántos años tiene, Candelario?

—Cien años tiene conmigo —y se pasaba la mano por los dientes.

—No, es tu edad la que preguntamos...

—¡Ah! Cinco años...

Caminó apresurado mirando en todos los calabozos. Arrimaba un balde, arrastraba la escoba.

—No ven que no entiendo nada —decía apresurado.

Luego gritó para todos:

—¿Tienen agua? A ver, a ver, ¿a quién le falta agua? (No conversen mientras se lavan, porque se ahogan)... Agua... todos tienen agua...

El oficial de guardia se acercaba a contar de nuevo. Aquel

momento humano con Candelario estaba roto. Otra vez los dolores, la fiebre, el frío en los huesos. Trataba de descifrar los dibujos y palabras en las paredes, sin moverme del sitio. Un Corazón de Jesús con una gran cruz, sobresalía en rojo. Al lado, como un tatuaje, "amor de madre". Una garza de largas patas femeninas. Un policía colgando de una escuadra. Abajo, con una flecha: "Ulises Ortega". "Viva A.D.", "Viva el P.C.V." Palabras ilegibles desde mi posición horizontal. Un preso entre barrotes. Un corazón atravesado por un puñal.

—Aquí está —dijo el oficial de guardia frente a mi reja—. Uno más... no falta nadie... —Hizo un palote en un trozo de papel y se alejó con la peinilla debajo del brazo.

Mi vecino dio unos golpes en la pared, y dijo:

—Le vamos a pasar una colchoneta. Aquí nos arreglaremos como se pueda. Candelario se la pasará. Ya está colgada en la reja.

A los pocos minutos, sin decir una palabra, Candelario pasó, tomó la colchoneta y la dejó en la reja. En ese instante comencé a comprender la importancia de Candelario. Era la prolongación de la mano de los presos. Después compraba el desayuno. Nunca recordaba lo que le pedían y siempre traía lo mismo: pan y queso. Luego desaparecía, hablando siempre a lo largo de todo el pasillo. Volvía al mediodía con las compras de la calle. Riendo, decía:

—Muchos saludos allá afuera.

Los familiares seguían en la calle, preguntando, tratando de mandar algo a los presos.

5. Los calabozos están contruidos a la orilla del Guaire. Todas las rejas hacen frente a la pared del edificio. Un metro entre las rejas y las paredes. Los calabozos son de distintos tamaños. Más largos que anchos. Si uno se sienta apoyando la espalda en la pared, los pies salen por las rejas. Estoy al lado de la bomba de agua, en la última celda. Un metro por metro

y medio. A mi derecha posiblemente está la calle. A la izquierda, los demás calabozos, como nichos.

—Aquí estamos dos —continúa la relación de mi vecino—. En el que sigue hay siete. Después, quince. En el otro a veces hay veinte, pero se los llevan muy pronto. El primero y el segundo son de presos comunes.

—¿Todos heridos? —pregunté.

—Casi todos. En su mayoría, los que no cantaron allá arriba. Esto parece un hospital de emergencia, sin médicos ni medicinas. De pronto me acordé de Pedro. Desde que caímos nos habían separado. Podía estar al lado.

—¿Está allí? —pregunté torpemente.

—¿Quién?

—Pedro González...

—Sí, aquí está... Entonces tú eres... —una gran alegría en la voz—. ¿Estás vivo, muchacho? ¿Estás vivo?... No te imaginas mi alegría...

Hice grandes esfuerzos tratando de recordar la voz. Algo ronca. Pero fue inútil. No pasaba de eso, una voz ronca. ¿Quién era? Sin duda me conocía perfectamente. Cuando me decidí a preguntar sentí los pasos muy cerca. No me había dado cuenta. Las llaves me sonaban en los oídos. Una mancha marrón-oscura frente a mi reja. Se inclinó un poco para mirarme mejor. Encogido en el suelo, abrí más los ojos —por debajo del codo, un traje marrón-oscuro, gordo. Me vio, sonrió y regresó al calabozo vecino. Ruidos metálicos. Las llaves tintineaban, los candados se abrían. Un golpe seco de cerrojos. Chirriar de las rejas en los goznes. ¿Interrogatorio otra vez? ¿La tortura? ¿Los cables? ¿Descubrirían algo nuevo? ¿Nuestra conversación? Fue muy larga la conversación. El vecino había gritado de emoción. A lo mejor oyeron. Estaban cerca y oyeron.

Sacaron a mi vecino. El oficial se acercó de nuevo a mi calabozo. ¿Por qué me miraba? ¿Por qué sonreía?

El preso dio unos pasos hacia mi calabozo. Se desperezaba. Simulaba bostezar.

—¿Para dónde vas? —inrepó el oficial de guardia.
Pero yo había podido ver una cabeza medio calva, pelo blanco que trataba de mirarme en el suelo. Era Jesús Alberto.⁹

—¡Por fin nos sacan! —dijo—. Menos mal que la colitis no me ha molestado en estos días.

El viejo Jesús Alberto, con su paño alrededor del cuello, echó a andar por el pasillo. Saludaba a los presos de los otros calabozos.

—¿Cómo te sientes, viejo?

—Mejor. Peor era La Rotunda.

Todos los días el mismo saludo:

—Peor era La Rotunda...

A veces agregaba:

—Y aquí estoy, muchachos...

Iban a los sanitarios. De dos en dos salían de los calabozos. Regresó Jesús Alberto. Pequeñas gotas de agua le caían por la espalda oscura. Salieron y regresaron los demás presos. Sonaban los candados y los cerrojos. Un hombre vestido de marrón-oscuro, corto de palabras y extremidades, me preguntó con la cabeza inclinada:

—¿Va?

Con calma alcé la cabeza del suelo. Me habría gustado levantarme y salir. Pero no era necesario.

—Sí —dije.

Cuando traté de levantarme caí pesadamente al suelo. Estaba muy débil. Abrió la reja.

Insistí con las manos, con la cabeza, con los pies; definitivamente no podía levantarme. La pierna derecha parecía dormida. Veía oscuro de nuevo. Estaba condenado a no levantar la cabeza

9. Jesús Alberto Blanco, viejo guerrillero venezolano, nativo del Puerto de La Guaira. Participó en casi todos los levantamientos contra la dictadura del General Juan Vicente Gómez, desde 1927. Después de cuatro años de secuestro en el campo de concentración de Guasina y en la Cárcel de Ciudad Bolívar, fue sacado de esta prisión por un grupo de agentes de la Seguridad Nacional, a las 10 de la mañana del 6 de enero del año 1955, y asesinado en un lugar desconocido, presumiblemente en vía carretera cercana a la población de El Tigre, en el Estado Anzoátegui. Sus restos nunca aparecieron.

por algún tiempo. Nubes, ruidos, algo como una fusta golpeando la cuenca del cráneo.

—Espere —parecía decir el hombre marrón-oscuro.

Salió. Abrió a mis vecinos.

—Sígueme.

Jesús Alberto entró a grandes pasos.

—Yo por aquí, tú por allá —dijo a su compañero, otro viejo canoso, con los ojillos circundados de arrugas, y una espesa barba.

Entre los dos me levantaron. Cuidadosos, no se atrevían a agarrar fuerte con sus manos.

—Agarra más duro —dijo Jesús Alberto a su compañero.

Miré con atención. El otro compañero era José Rojas. Los ojos le temblaban angustiado. Me preguntaron por él insistentemente. Quizás lo habían llevado a reconocerse junto con los otros presos. No lo recordaba. En la calle se decía que había muerto en la tortura. Cayó en la alcabala de Maracay, en un jeep militar, cargado de propaganda. Lo enviamos al interior con un sargento técnico para mayor seguridad. Detuvieron al sargento técnico, por sospechas. Reconocieron a José. Lo torturaron en Maracay una semana. Luego, otra semana en Valencia. Creían estar en la pista de la imprenta. O por lo menos en los hilos del aparato de distribución. Más tarde me mostró la espalda. Parecía el caparazón de una tortuga. Los médicos llaman eso quelonios o queloides, no recuerdo bien. Nosotros le decimos cangrios. En Caracas los golpes le caían sobre la carne viva. Cuando veía un cable comenzaba a temblar. Todo esto me lo contó más tarde. Ahora se limitaba a ayudarme. La frente muy pálida, cruzada por una cicatriz rojiza. Hundida la frente en ese sitio. No podría arrugarla como en otros tiempos, pensé. Porque cuando no entendía algo, arrugaba la frente como una interrogación. Varios parches llevaba en la cabeza.

De regreso me apretó el brazo fuertemente. Quizás quería decirme:

—Estamos juntos nuevamente... Tú eres joven... aguanta...

Huellas
Tortura

⊗

Reservados

Me acostaron lentamente sobre la colchoneta. Me habían lavado en el baño. Me sentía mejor. El cerrojo cayó pesadamente. Las llaves se alejaban por el pasillo.

—Oye... Después hablamos... Por ahora sólo nos interesan algunas preguntas. Contesta sí o no, solamente. Esta noche salen a la calle. Pueden traer "un Philip Morris". Si es así, no hablaremos más.

—¿Philip Morris?

—Un espía... Aquí le decimos así...

—Empieza —dije pensando en la calle. Quizás, Carmen sabría esta misma noche de mí. A lo mejor a ella le llegaba el informe.

—¿Dejaron vigilancia en el apartamento?

Dudaba la respuesta. El jefe de interrogatorios había pedido la llave.

—No, pero van por allá —dije.

—¿Hay cadena?

Ramón había dicho que me conocía a mí solo.

—No.

—¿Encontraron papeles?

—No.

—¿Saben quién eres dentro del partido?

—Sí.

—¿Cuál es tu nombre aquí?

—Pedro León.

—¿Te inyectaron?

—No.

—¿Planazos?

—Sí.

—¿Quemaduras?

—Sí.

—¿Electricidad?

—Sí.

—¿Ring?

—Sí.

—¿Heridas profundas?

—Tres en la cabeza. Me sangran cuando hago algún esfuerzo.

Una en la espalda. En las muñecas...

—Yo las vi.

—Una cortada en el brazo izquierdo.

—¿Los testículos?

—Una llaga. La espalda y el pecho también. Tú lo viste.

—¿Las costillas?

—Una rota.

—¿Y Carmen?

—No sé. Debe estar bien.

—¿Sabe?

—No sé... puedo mandar un papelito... Tú lo escribes... yo no puedo...

—Vamos a ver. ¿Por quiénes preguntaron?

—Leonardo. Saben que se llama "Alfredo"... Tiene cruz roja en una lista... Allí... más o menos saben... Un carro Ford, azul, placa de Aragua.

—Eso lo inventé yo —dijo José.

Dejó de preguntar.

—El camarada Luis te manda un saludo. Tiene un trozo de vidrio en un párpado. Bota sangre. Le reventaron los anteojos de un puñetazo. No quieren sacarlo para un hospital.

—Un fuerte abrazo.

Luis Ramos, joven activista, responsable de dirección en la Parroquia San José. Una noche venían pintando consignas de lucha, por parejas, cerca del Hospital Vargas. La muchacha se adelantaba hasta la esquina. Veía, silbaba, no había peligro. Luis se adhería a las paredes para ocultarse en las sombras. La muchacha le dijo:

—Debo regresar temprano. Tú sabes, mi papá no entiende.

El la besó en la sombra. Le apretó la mano.

—Yo sigo solo. Falta poco.

Ella se alejó sola. Luis la seguía con los ojos. Cruzó una esquina. Lo apuntaron al pecho con las metralletas.

Le arrancaron los creyones de las manos y se los introdujeron en la boca. Otro, le golpeó la cara. Se le quebraron los anteojos.

Un trozo de vidrio quedó en el párpado. Luego, lo bañaron con pintura roja, y la sangre del ojo se confundía con la pintura. Yo conocía mejor a su padre, el viejo Ramos. Su casa era un problema: Luis enconchaba a los jóvenes comunistas; el viejo escondía un dirigente de A.D.

—Un día vienen por mí o vienen por él —decía sonriendo. El viejo era agente viajero y servía de enlace con el interior del país. En el doble fondo de las puertas de su carro pasaba la correspondencia por las alcabalas. De vuelta traía un revólver, una pistola, detonantes para la dinamita. Nunca llegaba con las manos vacías.

—Un fuerte abrazo —repetí emocionado.

José Rojas callaba. Escribía el informe. Sin embargo, quería preguntarle algunas cosas. Podía haber un micrófono en los calabozos. No me atrevía a hablar duro.

—¿No saben si hay micrófonos?

—No hay. Esto está hecho a golpe y porrazo. Todo lo hemos registrado.

—Ni luz hay —agregó Jesús Alberto—. Alumbran desde el pasillo.

—¿Cuándo bajaron a Pedro?

—Hace dos días. Pero está muy mal. No habla con nadie. Parece que la electricidad en las orejas lo afectó mucho. Pero no se queja.

—¿Y el otro? —grueso, fuerte, “primero la muerte”—, ¿está aquí?

—En el primer calabozo. Pidió cambio. Prefiere estar con los comunes. Primero se hizo el loco. Pero todo se sabe aquí. El camarada Luis lo aporreó un poco. Luego se turnaron dos del calabozo para no dejarlo dormir. Pidió cambio.

—Me duele la cabeza... voy a dormir... se me cierran los ojos...

—Aprovecha que la bomba está apagada. Te pasaré talco y un tubo de yodex. También un cepillo y una sábana limpia. Te la pones en la espalda para evitar la infección. No dejes de comer cuando traigan el almuerzo. Aunque no tengas ganas, come... ¿Te bebiste la leche?

—Sí.

—Eso te hará bien. ¿Y el calcibronat? Bebe todo lo que puedas. Esta noche te pasaré unas gotas para dormir. No te pongas nervioso. Es lo más peligroso aquí...

—¿Tienes una farmacia allí? —por primera vez trataba de hacer un chiste.

—Algo. Lo que dejan los que llevan a la cárcel. Además, los familiares lo saben todo. También se puede mandar a comprar medicinas con Candelario. A veces se equivoca, pero trae las medicinas.

José Rojas vio su mujer en Valencia. Le avisaron que estaba preso, sometido a las peores torturas. José, cuando niño, había sido monaguillo. Ella buscó al señor Obispo.

—Yo la acompaño —dijo.

Aprovechó y le llevó ropa y medicinas. Todavía le sangraba la herida de la frente. Intentó mostrar las heridas de la espalda.

—Terminó la visita, Monseñor.

Por eso lo trasladaron a Caracas con urgencia.

—Ni siquiera dejan torturar a un hombre como es debido —fue el comentario del Jefe de la Brigada Política cuando José Rojas llegó de Valencia.

Una semana de descanso. Podía venir el Obispo. En el calabozo de la bomba.

—El motor se encarga de él —dijo Pachequito.

El motor arrancaba, aceleraba, agonizaba hasta instalarse en el cerebro definitivamente.

Después una semana de tortura continua.

—Un método nuevo.

Golpes de manguera, electricidad, cartuchos de papel encendidos entre las piernas y lo bajaban al calabozo como si hubiesen terminado.

—Si no cantas te volvemos a subir...

Lo subían de nuevo. Dos días parado sobre el ring. Un día lo sacaron para la carretera de El Junquito.

—Vamos a jugar a la ruleta rusa contigo —dijo Pachequito.

Sonaba el chasquido metálico en la sien. El viento rugía. Los árboles se inclinaban un poco sobre su sombra.

—Con éstos no hay que hacer simulacros. —Y descargaron las armas en las rocas.

A las dos de la mañana lo regresaron temblando de fiebre al calabozo. Hace quince días no lo tocan. Vienen y preguntan. Regresan. Se lo llevan. Lo desnudan.

—Vamos a esperar otro día...

Las heridas ya están cicatrizadas y José Rojas espera una nueva sesión de tortura.

6. Fuerte el reflejo de la luz en los cristales. Mediodía. Una araña rodea una mosca en su tela. Muy cerca el bullicio de la calle. Motores, cornetas, sirenas, un número de lotería, el silbato del amolador, el timbre del autobús, voces de mujeres. Máquinas de escribir ametrallando papeles. Las llaves en el pasillo. Un estremecimiento en todo el cuerpo. Una mosca gigante camina en la herida de la frente. Parece una garra. Sus pelos hurgan la carne viva. Me cubrí la herida con el antebrazo. La mosca camina sobre la piel hinchada. Daba vueltas para dormirme cuando se abrió la reja.

Dos hombres me miraban con la misma expresión. Para llevarme, pensé. Saben que no puedo caminar. El más joven vestía un traje azul-claro, corbata negra, camisa blanca. El otro, gordo, marrón-oscuro todavía, cerró la reja sin decir una palabra y se alejó balanceando el cuerpo en sus dos piernas.

Se sentó en el suelo, frente a mí. Me ofreció un cigarrillo. Fumó solo. Humo y moscas. Incómodo se incorporó y se agarró a los barrotes.

—¿Tienes un "Philip Morris"? —gritaba José Rojas del calabozo vecino.

Volvió a sentarse.

—Como sardinas —dijo—. Como sardinas en latas...

Vio mis manos, mi cabeza, el pecho desnudo, morado, costras oscuras en los pectorales. Botó el cigarrillo en el balde.

—Un Philip Morris, por favor —gritan desesperados los presos de todos los calabozos—. Un Philip Morris para el nuevo... Escupió en el balde, cerró los ojos y los puños. Dio unos pasos. Incluyó la cabeza.

—¿Y qué le pasó a usted? —Elevaba las cejas hasta el cuero cabelludo—. ¿Un accidente? Eso debe doler mucho —casi me tocaba la herida de la cabeza con las manos.

Preguntaba primero. La práctica en la prisión es otra: el recién llegado debía esperar pacientemente las preguntas de los presos viejos. Así se orientaba. Preguntaba primero. Con una ingenuidad sospechosa.

Dejé que una mosca entrara en la nariz. No la espantaba. Toda la voluntad para no espantar la mosca. Cerré los ojos.

—¿Y qué... le...?

Parecía un muerto. Me tomó el pulso nervioso.

—Mucha fiebre...

Sin darse cuenta fumaba otra vez. Se sentó. Al lado tosían fuerte.

—¡Un Philip Morris!

Un quejido. Volvió a tocarme y me llevó un vaso de leche a la boca.

—La leche es buena —dijo nervioso.

—Buen resultado —dije débilmente con los ojos en blanco.

—¿Y qué le pasó a usted? ¿Un accidente? Eso debe doler mucho. —Las cejas se alzaban hasta los cabellos.

—Sí, un accidente.

Los labios abiertos como si oyera por la boca. En el estómago me zumbaba una mosca.

—La leche —dije.

Miró en el fondo del vaso como si buscara un veneno.

—Nada... una mosca... las patas eléctricas, le dije.

Se retiró a un rincón a pocos centímetros del mío. Sacó el peine y se lo pasó por la cabeza. Está desorientado, pensé. Sin quitarme la vista de encima guardaba el peine y lo volvía a sacar.

—¿En qué lugar? ¿Contra qué?

—¿La mosca? —insistí.

—No, el accidente.

—¿El accidente?

Silencio. Las moscas se hacían el amor en mi cabeza.

—Fornican... copulan. Después serán los huevos y las larvas...

—dije.

—¿Qué? ... Ah, ya comprendo —me tomó el pulso—. Le está subiendo la fiebre.

Creía que deliraba. Quería aprovechar esa ventaja y preguntó directamente.

—No parece... Dígame la verdad... Yo soy amigo... Dígame la verdad...

—¿No parece? ¿La verdad? Vea aquí en mi cabeza: no un casal, sino dos a la vez... y fornican casi como la gente...

—Perdone... no digo eso... Digo que las heridas no parecen de un choque, sino de otro accidente... Dígame la verdad... con confianza... Yo también soy del partido...

Fumaba. No me miraba los ojos. Mordió una uña de su mano. Agarró una mosca en el aire y la aplastó con el pie.

Nerviosos golpes en la pared. José Rojas y Jesús Alberto me oían hablar y temían que me dejara embaucar.

—¿Quieres un Philip Morris? —gritó José.

—¿De qué partido?

Se quitó la corbata y la guardó en el bolsillo. Se quitó los zapatos.

—Para no ensuciar —dijo.

—¿De qué partido?

—Usted sabe... del mismo —guiñaba un ojo sonriente.

—¿Del mismo qué?

—Pues ésteee... yo lo conocía por referencias... ¿León, verdad? El compañero León.

Escogí ese nombre en el momento de mi detención. Sólo lo sabían en la Seguridad Nacional. En la calle circulaba con otro nombre. Sobre todo me conocían con el seudónimo viejo.

—Mala memoria... eso es chino para mí. No entiendo, ¿comprende? Un león es un animal feroz. De melena hedionda, ensangrentada. Quizás tengo la melena ensangrentada, pero no soy un león... ni garras tengo. Un poco hinchadas las manos sí. Dígame, ¿un león bebe jugos enlatados? ¿Bebe? Ni en el cine...

—Abría y cerraba los ojos como un loco.

De nuevo el peine y las uñas alternativamente al pelo y a la boca.

—Yo no dije eso...

—¿No dijo que soy un león?...

Se fastidiaba. Quería terminar de una vez.

—Voy a explicarle, compañero... Llevaba un mensaje urgente para usted. Yo tengo una motocicleta. Cuando llegué al apartamento, ya estaba preso. Calero a Desamparados. Entonces no sabía... toqué el timbre...

—¿El timbre?

—Sí, el timbre.

—¿Por qué el timbre? ¿Arreglaron el timbre?

—Porque... bueno... abrieron...

—¿Abrieron?

—Los de la Seguridad Nacional y cargaron conmigo...

—¿Anoche?

—Anoche...

Recordé algunas cosas de la organización. Ningún mensaje llegaba directamente. Teníamos una red de estafetas. En esa forma evitábamos los contactos innecesarios entre los dirigentes. En una sastrería me llegaban los mensajes de la dirección.

Conversaba como una comadre. Fumaba y se sentaba en el suelo, sobre un pañuelo. En resumen dijo: Engañó a la Seguridad Nacional. Dijo que era de Copei, amigo personal del Dr. Caldera. Se tragó el mensaje como una píldora. No sabe su contenido. Lo amenazaron, pero no se atrevieron.

—Amigo del Dr. Caldera, usted sabe...

Amable conmigo. Me dio la comida. Me tomaba el pulso. Terminó al día siguiente entre maldiciones, ofreciéndome sus servicios como mensajero.

—Un papelito. El nombre y la dirección los llevaré en la memoria. La nota aquí en el zapato. Ya sabe cómo los engañé anoche. Me lo creyeron todo. Deben soltarme de un momento a otro.

Me sentía sin fuerzas para seguir en el juego. A veces las palabras se convertían en un ladrido lejano.

—Porque yo soy un hombre...

Hombres como él eran seguros. No habló arriba. Un cobarde es una mierda. Tampoco perdió la motocicleta. Ni cuenta se dieron. El se sacrificaba siempre.

—Hace un tiempo abandoné la mujer... Era una carga..., me molestaba con tanto ruego.

Monótonos los labios le saltaban en el rostro. Una danza. Parecía llover sobre un techo de cartón. Olas reventando en las piedras. Algo sonaba en mis pulmones, en mi cabeza, en los oídos. La voz se esfumaba en el suelo como una alfombra. Dormía. Despertaba. Monosílabos sueltos.

—¿Qué? Hábleme con confianza...

José le gritaba del calabozo.

—Duerme... déjelo dormir tranquilo... Es un caso grave, ¿no ve?

Reía, lloraba, me levantaba en un solo brinco y caía sin fuerzas. Antes de dormirme pensé mucho en el delirio de la fiebre.

—No hablaré —me repetía insistentemente—. No hablaré.

—No lo moleste, puede volverse loco... déjelo dormir —insistía José Rojas desde su calabozo.

—No hablaré...

Una mosca crujía sus patas en mis párpados. Debía calzar botas. Sentía crecer los cabellos. Mis zapatos enormes, crecían como un edificio en construcción. Borrosos, en círculos los sueños. Una mano, un pie, garras desproporcionadas. Una bayoneta de frac, brillaba. El silencio sólido, compacto. Una mancha de colores diversos se cubre de rojo en el cerebro. Horas de sueño. El cuerpo, recorrido kilómetro a kilómetro por moscas. Millares de caminos, montañas, cuevas y escondrijos, el cuerpo. Siempre una nueva exploración de moscas en las heridas. Las patas pesadas, pastosas.

Trajeron la comida. Dominado por el sueño apenas veía y oía. Todo muy distante.

—¡Candelario!

Lentamente me despertaba, pero tenía fiebre. La noche caía bruscamente. Apenas un rayo de sol en el cristal de enfrente. Las máquinas de escribir, como las gallinas, se recogen temprano. Alguien tecleaba solitario en la oficina. Un ángulo agudo de luz eléctrica me alumbraba los pies en las rejillas.

—¡Coma! —el espía estiraba un plato de cartón con alguna comida.

Fría, pero comí.

—Hielo —dije.

—¡Ah sí!, el hielo le hará bien... Está muy débil... Habló dormido...

—¿Sí?

¿Hablé dormido? Resisto la tortura y hablo dormido. ¿Eso tiene algún sentido? Debía mentir. De niño hablaba dormido. Mi madre decía que pronunciaba palabras incoherentes. Debe ser lo mismo.

Del rincón tomó mi chaqueta de cuero, la desdobló y me la depositó en la cabeza como una almohada.

—¿Le duele? —dijo.

Volvió a la reja. En el cristal ni un solo rayo de sol. Las llaves sonaban en el pasillo. Saltó el corazón. Frío en las manos. Contaban los presos. Cambio de guardia. Cada palote un hombre. Sumó con los dedos. Otro tocó el candado con sus manos y regresó. Era de noche ya.

—¡Oficial, oficial! —gritó José.

El hombre se paró. La sombra chata caía en el pasillo frente a mi reja.

—Ese hombre no dejó dormir a nadie anoche. Se quejaba mucho. Debe tener fiebre. ¿Podría pasarle esta medicina?

Volvió a mi calabozo.

—Bébase eso —dijo inclinándose.

Amargo y dulce la medicina. Comencé a repetirme hasta el agotamiento:

—No hablaré... No hablaré...

La luz en los pies iba y venía. Todo se oscurecía a mi alrededor. Algo brillaba como una estrella en mi cerebro. Los intestinos sonaban también:

—No hablaré...

Dormí toda la noche. Me imaginaba la noche como una raya oscura. El sol brilló en los vidrios. La telaraña se mecía con el viento.

—Aquí no se puede dormir. No hay espacio. Yo no he pegado los ojos.

—¿Verdad?

—Sí, usted deliraba...

—¿Mucho?

—Hasta la madrugada. No pude entender nada de lo que decía.

—¿Será que estoy loco?

Se inclinó.

—Es la fiebre.

—Llegó Candelario. El sol bajaba más en los cristales.

—Candela.

Voces de todas las celdas. Recorría el pasillo con su sonrisa y su vieja escoba. Vio el espía en mi calabozo y dejó de sonreír. Sus palabras confusas. Abrió el chorro. Comenzó el río.

—Porque la bulla es mala —dijo—. Cansa mucho en el trabajo y da hambre. Cuando uno está callado trabaja mejor.

Empujaba el agua. Un río pequeño a nuestros pies. Miraba a mi calabozo con el rabillo del ojo.

Casi sin abrir la boca dije algo de la vida y de la muerte.

—¿Cómo? —preguntó nervioso.

—La vida no se oye. Un árbol no grita nunca.

—¿Le duele la cabeza?

—El suelo duele más...

Silencio y moscas. Las moscas se habían refugiado en los calabozos. Miraba el reloj. Pasaron lista. Candelario trajo el desayuno y desapareció sin decir una sola palabra.

Mediodía. Pasos. Un oficial. Por las llaves era un oficial.

—Viene gente —miró el reloj.

Abrieron el calabozo.

—Usted —dijo al espía.

—¡Por fin!

—¡Salga!

—Que se mejore —dijo desde la reja.

El esbirro cerró el candado con calma.

—Está loco —dijo el espía.

Los pasos se alejaron.

—¿Qué hubo? ¿Cómo te sientes?

—Loco.

—Muy bien. En tu caso es lo mejor. No hables. Vienen. Miró por un espejo.

7. Incómodo me revolvía en la colchoneta.

—En el último —dijo una voz a la entrada.

No me acostumbraba al sonido de las llaves. Esperaba ver a cada instante el oficial entre las rejas. Siempre sentía lo mismo. Las manos frías, la cabeza caliente. La grieta seguía en el techo del mismo tamaño. Toda la luz del día daba de lleno en los cristales. Una pequeña mariposa en la telaraña. Pero el frío seguía creciendo en el cuerpo hasta provocarme un temblor involuntario. Me hacía el propósito de mirarlo todo con indiferencia. Como si se tratara de otra persona. Pensaba en Carmen. ¡Si me viera temblar!

—¿Tienes miedo?

Carmen entraba en la cantera. Saluda al guardia. Pregunta por un familiar suyo que trabaja en los depósitos. Me deja cerca del puente para recogerme más tarde. Baja del carro. Entra al depósito.

—Entra al sanitario —le dice su primo.

Seis cartuchos de dinamita. Cierra la puerta. Se desnuda. Entre la faja y la piel los coloca uno a uno tratando de rellenar el vientre uniformemente. Sale. Entra al carro. Saluda al guardia.

—¿Tienes miedo? —me dice.

—Ahora no —digo y le miro el vientre.

—Dime algo, tú no dices nada...

—Ahora no...

Vienen por mí, me dije. Alguien tosía con insistencia en algún calabozo.

—Tengo miedo —confieso.

Ante mí, en mangas de camisa el jefe de servicio de la Brigada Política. Una arruga en la frente. Corbata a rayas. No me muevo. Lo miro desde abajo con los ojos en blanco.

—¿Cómo se siente? —pregunta.

Desde el suelo agarro un barrote.

—Lo mismo.

—¿Tiene fiebre?

—Sí.

—¿Muy alta?

—No tengo termómetro.

—¿Puede caminar?

—No.

—¿Le sangra esa herida de la frente?

—Sí.

—¿Por qué no habla?

Esperé un rato. No dije nada.

—Usted tiene la culpa... Ya veremos..., ahora vendrán por usted...

Dio media vuelta y se alejó asomando la cabeza en cada calabozo. Quedé pensando en la tortura. Interrogatorio en frío, quizás. Ya veremos. Era mejor la muerte. Una sola muerte. Mil veces había muerto con los cables en los testículos. No puedo resistir más. Saltaría sobre ellos. Trataría de quitarle la metrallita al primer policía militar que viera por los pasillos. Siglos de dolor y de miedo concentrados en un cerebro enfermo. La hendidura cada vez más estrecha en el techo. ¿A dónde huir? Dijo:

—Ya veremos...

Ni siquiera gritar. Daba vueltas en la colchoneta temblando de fiebre y de miedo. ¿Para qué ocultar el miedo?

No oí los pasos. El indio Borges estaba allí. No podía evitarlo: el corazón me golpeaba torpemente en el pecho. El oficial de guardia abrió la reja. El Indio esperaba con las manos apoyadas en la cintura. Rojo el blanco de los ojos. Me encogí esperando los golpes, las patadas, la saliva. No podía evitarlo.

Entre los dos me levantaron por las axilas y me llevaron por el pasillo, como un entierro. Todos los presos miraban con tristeza. Suponían, como yo, que me llevaban a la tortura. La segunda vez generalmente no regresa la gente. El silencio era de muerte. No silbaba nadie. Quienes estaban acostados levantaban la cabeza y miraban hasta que desaparecía la sombra del piso. Otros aferrados a las rejas.

—Somos testigos —parecían decir.

¿Testigos de qué? Arrastran a un hombre por un pasillo. Eso es todo.

Entre el Indio y el agente de guardia. Me deslumbraba el sol. La cabeza parecía reventar. Del pasillo a un amplio callejón que da a la calle. Una rampa para vehículos. Varias camionetas. Policías militares. A mitad de callejón una reja. Nos abrieron paso: un sótano. Tabiques y divisiones. Depósitos. Un cafetín: voces y choques de platos, risas. Una escalera: primer piso. Tabiques, ahora de bloques de vidrio. Máquinas de escribir, gritos, música, golpes de puertas. En un recodo, suspendidas por pequeñas patas unas diez ametralladoras "Z-K" apuntaban la pared. Muchas señoras en una sala de espera. Conversación baja. Del fondo de algo salió la voz del Jefe de la Brigada Política:

—¿A dónde llevan a ese hombre?

—A la enfermería.

—¡Ah! ¿Ese es el del choque?

—Sí, el del choque...

Mi camisa era una sola mancha de sangre. Las mujeres me miraban con curiosidad. Comentaron algo en voz muy baja. Una

de ellas, la mujer de José Rojas, me reconoció. Abrió los ojos y la boca al mismo tiempo. Miré al suelo.

¿Acaso tengo manía persecutoria? Me llevaban a la enfermería. Entretanto yo había imaginado las peores torturas.

Un pequeño consultorio médico. Algunos muebles. El médico, la enfermera y los ayudantes —dos estudiantes de quinto año de medicina—, también parecían muebles. Cohibidos caminaban hacia una vitrina, a un esterilizador eléctrico, al escritorio. En el recibo interior un retrato en colores del Coronel Marcos Pérez Jiménez, firmado por Botzaris. El médico, detrás de un escritorio, tieso en su silla giratoria. Parecía escribir. Una mesa de cirugía menor. Se trata de un consultorio para el personal de Seguridad Nacional. Muy pocas veces para los torturados. Los torturadores dicen:

—No hay mejor cura que el suelo... y no usa vendas...

Sólo casos excepcionales llevan a consulta. El médico-jefe —doctor Vetancourt Ravard— es un hombre maduro. Canoso, perfilado, bondad profesional en el rostro, el doctor miraba cómo la enfermera me quitaba la camisa y los pantalones.

No quería ver nada en mi cuerpo. Nerviosamente veía al Indio.

—Hematoma —decía y tocaba en otro sitio—. Hematoma...

Me palpó la columna, me mandó respirar. Tocó el bulto de la costilla rota y dijo con miedo:

—Fractura aquí... sería conveniente una radiografía —miró al Indio— ...pero no... no es preciso... una radiografía no dice nada.

Tosía confundido. No se atrevía a nada. Uno de los estudiantes me desinfectaba las heridas y me las cubría —muy fríos los dedos— con gasa y adhesivos.

—Treinta y ocho de fiebre, doctor —dijo el otro estudiante.

—¿Escalofríos?

—Sí...

—Tose mucho... No fume...

Me afeitaron en las heridas de la cabeza. Aplicaron un algodón mojado en la herida de la frente.

—¿Ya comió?... ¿Mucho apetito?

—¿Defeca regularmente?

—No.

—¿Orina bien?

—Anoche... con sangre y mucho dolor...

—¿Mucho dolor?

—Sí.

Tocó con los dedos, tosió y habló confusamente.

—¿Radiografía? —preguntó el Indio con cierta picardía en la voz.

—No. No es necesario... En cuanto a la costilla... es asunto de tiempo... Eso sí, mucho reposo.

De vez en cuando se le pintaba de rojo el rostro. Nervioso se sentó de nuevo en la silla giratoria. Indicó vitamina B-1, pomada yodex, calcibronat y unos polvos para cicatrizar las heridas.

Levantó la cabeza del escritorio. Entregó el papel al Indio y dijo:

—Reposo... mucho reposo...

Me cargaron de nuevo entre los dos —el Indio y el oficial de guardia—. Nada de particular dijo el doctor.

—Tú no tienes nada —dijo el Indio— ...podemos empezar otra vez...

8. Mientras estaba en la enfermería se habían producido algunos cambios en los calabozos de abajo. Un nuevo torturado está en el último. No dormía todavía. Medio inconsciente daba vueltas en el piso. En el siguiente —donde estaban José Rojas y Jesús Alberto— otro, sentado, miraba fijo al suelo. “Ambos incommunicados”, explicó un oficial con las llaves en las manos.

—¿Qué hacemos con éste?... Ya estoy cansado —protestaba el Indio.

No sabían qué hacer. Estaban confundidos. No hallaban dónde incomunicarme. Conmigo del brazo caminaban de un extremo al otro del pasillo. Miraban en todos los calabozos. Noté cierta

alegría en los presos. José Rojas sonreía, guiñaba un ojo y se llevaba las manos a la cabeza como si tocara mis parches. Estaba en uno de los calabozos más grandes: capacidad cuatro, generalmente quince. Emergencia: unos arriba de otros. Todos los presos tenían los codos apoyados en las rejas y las manos en las sienes.

—Aquí mismo —dijo el Indio—. Yo no sigo con esto... Abrieron, entré, cerraron.

Luis Ramos me agarró la mano suavemente:

—No te abrazo porque puede ser doloroso... las heridas.

José Rojas me tocaba el brazo tratando de llevarme a un rincón:

—¿Enfermería, verdad?

—Sí.

—Menos mal. Uno cree siempre que es el final... Es extraño este tratamiento.

—A lo mejor la noticia se coló a la calle. A veces en los mítines denuncian esto...¹⁰

—Contigo ha sido una campaña en toda la República: "Están matando a José Rojas en la Seguridad Nacional..." En el mitin del Nuevo Circo había un mapa grande de Guasina...

—Puede ser —agregaba Jesús Alberto—. A mí me dijo Estrada que yo no salía. *No te voy a torturar*, me dijo, *pero no sales vivo*... Puede ser verdad...

9. Seis hombres encogidos en el suelo sobre trozos de cartón. Las sombras de los barrotes caen pesadas sobre el cuerpo. Listas oscuras, como culebras, nos aprisionan sobre el piso. Cada uno asocia los pasos y las llaves a su propia tortura. La noche es un animal informe, primitivo, de garras y colmillos. Parece devorarlo a uno eternamente. Un ruido insignificante se deforma

10. Los acontecimientos se desarrollan en los meses de mayo, junio y julio de 1952, cuando se inicia la campaña electoral. Unión Republicana Democrática y Copei denunciaban en sus mítines las torturas y el terror del régimen. Militantes de Acción Democrática y del P. C. V., ambos en la clandestinidad, participaban en estas manifestaciones y le imprimían un sentido más radical al proceso.

monstruoso en el cerebro. Los nervios tensos como cuerdas saltan ante los ruidos. Las sombras tétricas, inmóviles, vigilan terribles desde la pared. Nadie duerme. Días y noches vigilando las rejas, los muros, ese pequeño callejón por donde pasa la tortura junto con el viento. Los oídos atormentados dan una imagen falsa del mundo.

—¡Despierten! —golpea el vecino con las manos, con los pies, con las rodillas.

Todas las cabezas se levantan como en una gimnasia.

—¿Qué pasa?

—¡Qué!

—Oigan... ¿no oyen? Muchos pasos... vienen todos...

Los oídos tensos. Nada. Silencio. Olor a resina. Una rama se quiebra en la avenida. El viento arrastra las flores de los cedros de la calle por el pasillo. Olor a cedro y a flores moribundas.

—¿No oyen?

—No es nada. Duerme... todo está en calma. Es el viento.

—Malditos sean los nervios...

—Trata de dormir... bebe agua. Cálmate.

La noche avanza lentamente. Uno trata de oír los ruidos de la calle. Las ramas de los árboles crujen. Un perro ladra. Una corneta a lo lejos. Música. La vida sigue afuera.

—Oiga... ¿no oye? El del último calabozo... no oye.

Un golpe en la pared. Las uñas en el piso producen un sonido áspero.

—¿No oye? ¿Está muy mal?

Los pasos son reales. Las llaves. Alguien grita:

—¡Un fósforo! ¿No hay un fósforo?

—Los tienes en las manos.

—Malditos pasos. Ya no aguanto más...

Y mira pasar los hombres frente al calabozo.

Otro se come las uñas. Jesús Alberto bebe agua.

Abren el candado del último calabozo. El motor de la bomba echa a andar. Sin embargo, el policía dice claramente:

—¿Antonio Ruiz?

—Sí.

—Salga...

Camina lentamente. Arrastra los pies. Mira en todos los calabozos. Desgreñado, triste. Puede ser el fin. Y todo queda en silencio.

Jesús Alberto acerca la cabeza y me dice al oído:

—¿Antonio Ruiz, dijo? Yo lo conozco.

Baja más la voz.

—¿Ese no es el de las armas de Urbina?

No me atrevo a contestar. Afirmando con un gesto. Jesús Alberto vuelve a su posición con las manos por almohadas. Mira al techo. José Rojas se revuelve incómodo en su cartón.

—No puedo dormir —dice.

—Nadie duerme.

La espera angustiosa. Luis Ramos fuma en silencio. El profesor se levanta y apoya los codos en la reja. Manuel Salazar con su brazo enyesado golpea el piso cuando da vueltas. Pedro González, sentado, no se cansa de mirar cómo el viento amontona las flores al pie del balde.

—A lo mejor lo traen mañana —dije.

Jesús Alberto acerca el rostro otra vez:

—Urbina no tenía armas. Todas las usaron en el atentado. A mí me convidó, pero yo era amigo de Chalbaud.

No contesto nada. En aquellos momentos quizás los policías torturaban a Antonio Ruiz para que dijera dónde escondía las armas de Urbina.

Dos días después trajeron a Antonio Ruiz. Lo habían parado en el dormitorio de los oficiales de Seguridad Nacional. Debía mirar siempre a la pared manchada de sangre.

—Contigo vamos a hacer lo mismo —le decían.

Algunas manchas eran frescas, rojas aún. Otras pardas, oscuras, negras. Y del piso se levantaba un vaho de orines y excrementos. A sus espaldas las camas de los policías que llegaban a todas horas y se acostaban vestidos. En un rincón algunas vitrinas y

armarios con pipas de opio, cigarrillos de marihuana, ampollas, jeringas y semillas diminutas. Era el museo de estupefacientes. Ni electricidad, ni peinilla, ni manguera. A veces le apagaban los cigarrillos en el cuerpo. Y siempre de pie.

—El once... —dijeron.

No entendió. Debía poner los pies como una bailarina de ballet y los índices apoyados en la pared. Al principio parecía un juego de policías. Después de una hora no podía mantenerse en pie. Aplicaban los cigarrillos en los talones y levantaba otra vez la planta hasta quedar apoyado en los dedos gordos de los pies.

—El once.

Se tiró al suelo decidido a morir a patadas. Dos días levantándose, tirándose al suelo, lamiendo el piso de orines.

—El once...

Una palabra marcada en el cerebro con las brasas de los cigarrillos. Y nuevas manchas en la pared para el gran mural del silencio.

10. Una mañana nos sacan juntos a los sanitarios, a todos los del calabozo. Jesús Alberto nos dice:

—Déjenme entrar primero.

El sol deslumbra. Una mañana como para acostarse en cualquier parte y sentir el calor de la tierra en el cuerpo. Lejos del cemento áspero y mugriento.

La guardia redoblada. No nos atrevemos a decir una palabra. Verdes los árboles a la entrada, gris el piso. Jesús Alberto entra al baño. Sale corriendo. No entendemos. El oficial se lleva las manos a la cintura. Jesús Alberto grita con todas sus fuerzas:

—Allí hay un revólver, oficial. Alguien lo dejó olvidado.

Más de diez policías nos rodean apuntando con sus metrallas. Esperamos las ráfagas. Se matarán algunos de ellos también, pienso. El oficial entra al sanitario. Sale con el revólver en la mano. Saca el tambor, vacío. Nos devuelven a los calabozos y nos quedamos comentando en voz baja.

—Una trampa —dice Jesús Alberto.

—Puede ser un olvido.

—Para mí, es una trampa.

11. La noche es terrible, sin embargo, la vida es nocturna. Durante el día, en todas las posiciones posibles, tratamos de dormir. Los presos comunes hacen un coro:

—Al Obispo... al Obispo¹¹.

Instalan una manguera. Frente a nuestra reja se arrastra como una culebra.

—Agua con esos carajos —grita el oficial.

El coro no cesa. Mojados, temblando de frío y de hambre no cesan un segundo de gritar:

—Al Obispo... al Obispo.

Sacan dos o tres y los planean en el pasillo. Las peinillas rozan las paredes y producen un sonido horrible en los oídos.

—Al Obispo... Al Obispo...

Una voz rompe el coro.

—Nos estamos muriendo de hambre.

—Señores políticos... Oíganme bien: nos están matando de hambre. Por ahora ustedes están mejor que nosotros, en cuanto a comida, digo. No nos dejen solos. Hagamos un pacto.

—Cállate... con esa gente no se puede hablar...

—Cállate tú, maricón... Cágate en las pantaletas...

—Yo no estoy cagado...

—Sigue, chico... Nosotros nos encargamos de él.

—Señores políticos... un pacto por un repele de comida y unos cigarros...

Risas y aplausos. Luego la voz temerosa otra vez.

—Con esa gente no se puede hablar... está prohibido... son políticos, ¿entiendes?

11. Sitio de reclusión para criminales y hampones anteriormente, utilizado por la dictadura de Pérez Jiménez para secuestrados políticos.

—¿Tú eres policía o sapolín?

—No me ofendas... Yo no quiero complicaciones. Para esa gente no hay tribunales. ¿No ven cómo llegan? Les dan comida para seguirles dando lo demás. ¿Entiendes?

Descansan unos minutos para iniciar de nuevo el coro. Uno parece dirigir con las manos.

—Ya —dice.

—Al Obispo... Al Obispo...

Los policías se cansan de echar agua, golpear a los cabecillas y amenazar. Los presos comunes descansan para comenzar de nuevo con mayor desesperación.

Y así surge entre nosotros la idea de formar un coro. Los presos de los otros calabozos están de acuerdo. Le decimos al profesor, él es músico. Pero su decaimiento no se lo permite. Tampoco insistimos. Desde hace dos meses apoya los codos en las rejas y mira la pared del edificio. Sólo se separa para dormir o para comer. No sabe nada de su mujer y sus dos hijas. Las dos muchachas —una de diez años, otra de trece— quedaron solas en la casa junto con los esbirros. A él y su mujer los acusan del atentado de "Plan de Manzano". A ella la desnudan y comienzan a torturarla en su presencia. Le tuercen los senos. Ella grita. Sus grandes ojos negros se cierran de dolor. Llora. La golpean en el sexo y en las nalgas con mangueras. Tratan de violarla. Luego los dejan desnudos a los dos y comienza un desfile de policías que se llenan la boca de procacidades. El no puede decir nada porque no sabe nada. Ella no habla. Llora de vergüenza. El profesor me lo cuenta todo sin parar. Insiste: los ojos de ella son muy grandes y negros. Las muchachas quedaron solas con los esbirros.

—No sé dónde está ella.

—Mis muchachos también quedaron solos: yo no sé de mi mujer desde entonces —dice Jesús Alberto inconscientemente.

—Las mías son hembras.

Comenzamos a cantar el Himno Nacional. Los policías desconcertados momentáneamente se asoman a las rejas.

—Cállense —dice uno.

Seguimos cantando. El pasillo se llena de policías armados de peinillas. Pasan las peinillas de barrote a barrote como una marimba. Tratan de apagar con sus ruidos las voces de los presos.

—Adecos y comunistas de mierda... —comenta otro.

—Cállense... Silencio —llega gritando un oficial con el revólver en la mano.

El coro ha prendido en los otros calabozos. Instalan la manguera. Pero no nos echan agua. Tal vez esperan que terminemos de cantar el Himno Nacional. Pero lo repetimos una y otra vez hasta que se cansan y se van golpeando las rejas con las peinillas y gritando toda clase de insultos. Luego, cantamos el Himno de la Juventud y algunas canciones de la Federación.

El coro comienza todas las noches a las siete y termina a las nueve. Mientras cantamos apagan la luz. Los policías se alumbran con linternas y pasean con el chorro de luz frente a las rejas. A veces enfocan directamente el rostro para atemorizar. A la semana contamos con un repertorio mayor. Luis Ramos nos enseña algunas canciones revolucionarias.

—El Quinto Regimiento —gritaban entonces los comunes.

El profesor, apoyando los codos en las rejas, mira los muros del edificio. Los ojos negros en la pared se confunden con las sombras de la noche. Una gran masa inmóvil y sin sentido, pero él sigue aferrado a las rejas.

Una noche se llevan a Manuel Salazar, nuestro solista.

—Sigán cantando —dice cuando cierran las rejas.

—Ya vas a cantar —dice el policía.

Pero no podemos seguir. Hay un silencio completo en las celdas. Nos habíamos prometido continuar si sacaban a uno, pero nadie tiene ánimos.

A medianoche regresaron a Manuel Salazar.

—¿Continuaron cantando? —preguntó.

—No.

—Yo creía oír las voces allá arriba. Uno se anima.

—¿Qué pasó?

Se abrió la camisa. Lentos los movimientos. Le ayudamos.

—Esto.

Prendemos un fósforo y acercamos la llama al pecho descubierto. La peinilla había caído sobre los viejos verdugones. Algunos tajos inofensivos en el yeso. La punta de la peinilla marcada en la tetilla derecha.

—Querían que reconociera al doctor Quiroga.

—¿Quién es Quiroga? —pregunta Luis Ramos.

Nadie responde. Le aprieto el brazo.

—¡Ah!

La luz de la linterna en zigzag por los pasillos. Los ojos, prendidos en las rejas.

—José Rojas...

—Aquí.

—Salga...

Tenemos la sensación de caminar en círculos. La tortura es un círculo inmenso. Uno siempre está en el principio. ¿Dónde está el final?

—José Rojas...

Se abre la reja. Apretamos la mano fría del compañero en la oscuridad. Ni siquiera podemos decir una mentira. Pero él dice:

—Hasta luego.

Y nadie sabe nada del regreso.

12. Manuel Salazar se desmaya en la primera caída. Los brazos esposados a la espalda. Con el primer golpe de peinilla cae al suelo sobre el codo izquierdo. Una fractura en el brazo. Se desmaya. Lo levantan a patadas. Toma aire y lo retiene en los pulmones, contrae los músculos. Nubes negras en sus ojos. Se le salen las lágrimas. No puede evitarlo. Los planazos caen por todo el cuerpo. El dolor en el brazo fracturado por encima de todos los demás.

—¿Para qué eran las bombas?

—¿Qué ibas a hacer con las bombas?

—Por mis hijos —un grito se le escapa inconsciente.

Tiene dos hijos. La mujer le dejó dos hijos. En la huelga petrolera del cincuenta, lo abandonó. El la mandó a buscar de Cabimas. Ella se quedó en El Tigre. La huelga fracasó. La persecución es despiadada. Lo detienen. Seis meses en Maracaibo. Luego a Caracas y sale en libertad. Una obsesión, los hijos.

—Tengo que buscar a mis hijos —dice.

Llega a El Tigre. No puede ver los hijos. Lo detienen otra vez. Un mes secuestrado. Recupera los hijos y los deja con la madre. Regresa a Caracas. Se incorpora. Todo marcha para el doce de octubre. Una insurrección. Mil niples. Algunas armas largas y cortas. A Manuel Salazar lo instalan desde el once en la noche en el bufete de un abogado, al lado del Cuartel de Policía en la esquina de Las Monjas. Desde el quinto piso debe lanzar las bombas al patio interior del Cuartel. Espera impaciente la señal. No ocurre nada. Todo ha fracasado. En la plaza Colón, donde se iba a liquidar la Junta, no sucede nada. Unos presos. El trece decide salir del bufete. Los abogados apremian. ¿A dónde ir? Casi todas las casas de la organización están allanadas. No se atreve a tocar en ninguna parte. Abandona las bombas en un terreno. Camina por las calles.

—¿Para qué eran las bombas?

—Yo no tengo bombas —dice.

—Estas, las maticas... ¿No son bombas?

Estaba enconchado en la casa de un zapatero en Catia. El hombre doblaba los cortes de zapato, y la mujer cosía.

—La concha ideal.

Desde la ventana que da a la calle la gente pasa y mira trabajar al zapatero y su mujer. En ocasiones un conocido entabla una larga conversación. Nadie podía sospechar. El zapatero podía anunciar con el martillo cualquier peligro. Llega la Seguridad Nacional. El zapatero abre la puerta. El martillo queda abandonado en la mesa. Tocan en el cuarto:

—Soy yo, Ramón...

Abre. Dos oficiales de Seguridad Nacional se adelantan a Ramón Flores. Queda inmovilizado. Ramón señala con el dedo.

—Esos dos potes...

Los policías no se atreven a tocar. Una comisión especial, dicen. Gente que sepa de eso. Ellos no saben nada de explosivos.

—Entonces —pregunto—, ¿a ti también te delató Ramón Flores?

—Fui el primero. El mismo me había llevado las bombas minutos antes. Yo no quería. Pero cuando dijo que las iba a botar porque no tenía dónde guardarlas le dije que las trajera.

En dos tientos de barro cocido estaban las bombas. Dos policías expertos las sacaron y desarmaron.

—Me golpearon con los niples en la cabeza.

—¿Para quién eran? —preguntaban.

Descubren el brazo fracturado. Todos los golpes parecen dirigidos al mismo lugar. Pierde el sentido. No está agotado. Pero constantemente cae en la inconsciencia. Le prenden los vellos del pecho y la región pelviana.

—Tres días de pie, sin comer ni beber agua.

Se queja del brazo a todos. Se le hincha. Un día lo traen abajo. Luego, la enfermería y el yeso. Un yeso pesado y tosco. Cuando suda, un olor a pelos quemados le invade el cuerpo.

Lentamente curó sus heridas. Las mías ya cicatrizan. Las costras comienzan a caer como las hojas de los cedros. La piel blanca y roja en las cicatrices.

—¿Y tus hijos?

—No sé.

—Yo no tengo hijos. Quizás no los tenga nunca...

Abajo me arde. Los riñones me duelen.

—¿Te duelen los riñones?

—Mucho...

—¿Qué tienen que ver los riñones con los hijos? —pregunto con cierta amargura.

—No lo digo por eso —dice Manuel—. Perdona...

Con las manos como almohadas, miro al techo. Parece una película. Llegamos al apartamento. Carmen me dice:

—No veas.

Se levanta el vestido. Oigo el roce de las telas. La faja elástica golpea las carnes.

—Ya —me dice—. Toma.

Seis cartuchos de dinamita. Miro su falda. Subo los ojos hasta el vientre. Ella está roja. Tomo la dinamita con manos temblorosas. Carmen sonrío.

—¿Tienes miedo?

—No.

—Te tiemblan las manos...

—Sí. Pero no tengo miedo.

El techo es gris. Toda la tortura es gris.

Jesús Alberto dice:

—Eso le pasa.

La reja se abre. No me importa. Entran dos muchachos. Manuel Salazar alumbraba sus rostros con un fósforo. El techo parece una mancha de sangre.

13. El más joven de los dos recién llegados se sentó a mi lado. No hablaba. Sólo sonreía y fumaba. El otro hablaba como un loco.

—Yo soy Rafael Cárdenas. El es mi primo. Yo estudié en la Escuela de Seguridad Nacional. Pero soy bachiller. ¿Ustedes son políticos?

Su primo manejaba la motocicleta. No podían perder el tiempo. El informe era urgente. Tres casas iban a ser allanadas esa noche. Lo normal era dejar el informe en una estafeta en Catia. Pero era muy tarde ya. Los dos Cárdenas decidieron avisar ellos mismos. Además, una de las casas quedaba en Catia. El menor manejaba la motocicleta. Llegaron al callejón de Los Flores. Nada sospechoso. Cuando bajaban frente a la casa venían saliendo los hombres de Seguridad Nacional. Ellos arrancaron de nuevo y comenzó la persecución. Los seguían de cerca. Las cornetas sonaban a las espaldas como animales feroces.

Desviaron hacia El Calvario. En una curva perdieron el equilibrio y cayeron en la zanja. Llegaron los esbirros con las armas en la mano. Los dos se levantaron con los brazos en alto. Los registraron.

—Las direcciones de las casas las tenía anotadas en mi partida de nacimiento. Por eso no la tiré ni la rompí. Era mi partida de nacimiento.

Leyeron las direcciones. Compararon con las órdenes de allanamiento. Las mismas. Los trajeron a las oficinas y los sentaron en un banco.

—A mí me conocen casi todos —decía Rafael Cárdenas—. Yo estudié con ellos.

La primera noche no lo tocaron.

—Hay mucho trabajo, dijeron.

Después se lo llevaron. Regresó a la semana, amoratado. Las manos hinchadas. Verdugones por todo el cuerpo. Le arrancaban los vellos. La cabeza en un balde de agua y los cables en las orejas. Algunos eran amigos.

—No hables —le decían.

Ellos mismos estaban en peligro. Uno de los que daba los informes se le acercó una noche y le dio una fuerte dosis de somníferos.

—Te encontrarán dormido.

Le daban agua. Cambiaban la guardia con otros esbirros para permitirle dormir y comer. Sin esa ayuda no habría resistido.

—Una tortura los cigarrillos de marihuana.

—¿Tú fumas marihuana? —pregunto.

—En la Escuela de Seguridad Nacional. En el curso de estupefacientes nos robábamos las muestras.

Manuel Salazar los conocía. Ellos no lo sabían. Pero los informes le llegaban a Manuel. Para ellos era Rogelio. Una noche habló con Rafael. El primo esperaba más adelante en la moto. Apenas alumbraban las luces de la calle. Rafael trataba de mirar a Manuel Salazar en el interior del carro. Parecía sos-

pechoso. Le preguntó el nombre varias veces, como para grabarlo en la memoria

—¿Rogelio, me dijo? Es para que no se me olvide.

—Sí, Rogelio. ¿Cómo va eso?

—Muy bien. Ya tengo tres —dijo—. Me han prometido decirme las casas que van a allanar.

—Tú no me conoces y ellos no deben saber que yo existo.

—Está bien.

Manuel le dio un papel con una dirección y un nombre.

—Es una estafeta. Ahí dejas los informes. Ellos saben qué hacer.

Rafael se citaba con los tres de Seguridad Nacional por separado. En una esquina. Siempre una esquina distinta. A veces los llamaba por teléfono. Llevó el primer informe. Cinco casas para allanar. No pudo alertarse a nadie. La Seguridad llegó primero. Luego otro, sobre una delación. Alguien había delatado a un compañero. Cuatro o cinco informes nada más. Eso fue todo.

Me llaman por mi nombre y apellido desde la entrada del pasillo. No respondo. Candelario llega arrastrando los pies. Mira en todos los calabozos. Los compañeros me miran con miedo.

—Es su madre —dice Candelario—. Le mandan esto. Con teste...

Una bolsa de comida. Un papel. La letra de mi madre. Se vino desde el Llano. Ella es una anciana enferma. Leo. Me duele todo el cuerpo. Pero escribo. "Estoy bien. No te preocupes".

Me tiro al suelo y vuelvo a mi recurso del techo.

—No dejan pasar dinero —dice Candelario.

—No importa. Dile que estoy bien... No le digas nada de esto.

Recuerdo a las mujeres a las puertas del edificio cuando llegué. Preguntan por un preso, me dije. Ellas preguntan. Nadie responde. Era casi de madrugada, entonces.

14. Esa misma mañana quedé solo en el calabozo. Desde que comenzamos el coro se hablaba de traslado a la Cárcel Modelo.

—De hoy no pasa —comentaba el oficial de guardia.

Y Candelario decía:

—Me mudé de pensión. Mucha chinche. De noche pican y uno no duerme...

Esa mañana llegó la comisión encabezada por el Jefe de Servicio de la Brigada Política. Venía de calabozo en calabozo.

Los esbirros decían:

—Quítense las camisas.

—Están muy frescas todavía... la espalda...

La Modelo significaba una liberación de la tortura. Cuando las delaciones se acumulan contra uno, lo regresan a Seguridad Nacional para una nueva sesión de tortura. Pero hasta ahora han sido casos muy extraordinarios.

—Tú, no. Te falta todavía —le dicen a Manuel Salazar.

Jesús Alberto se retira a un rincón.

—A mí me dejan.

Los presos recogen las pocas cosas que han logrado pasar sus familiares. Hay alegría y tristeza al mismo tiempo en los rostros.

—Allá te espero.

En un rincón, le digo a Luis Ramos:

—Hagan un informe sobre nuestra situación. Trata de sacarte ese vidrio del ojo. Tendrán que operarte. Ya está cicatrizado.

Luego, las despedidas. Rápidas. Un abrazo. Algunas palabras al oído. De los otros calabozos los presos se asoman con audacia.

—Peor era La Rotunda¹² —dice Jesús Alberto con una sonrisa.

El profesor sigue con los codos apoyados en la reja.

Los pasos se alejan.

Más tarde regresa el oficial de guardia. Saca a Jesús Alberto para el calabozo de la bomba, el último. A Manuel Salazar, en

12. Histórica cárcel de los políticos venezolanos que combatieron la dictadura del General Juan Vicente Gómez. Escenario de crímenes y torturas durante 27 años, demolida en 1936.

otro. Al profesor lo dejan con el Mocho y otros acusados del atentado de "Plan de Manzano".

Me quedo solo. Recojo las colchonetas —tres— en un rincón. Amontono los cartones y los potes de agua. Camino de un lado a otro. La vieja imagen de los presos caminando de un extremo a otro está aquí. Las manos a la espalda, los ojos pegados al suelo, doy pequeños pasos tratando de evitar las grietas del piso. Camino más de una hora. Los calabozos están en silencio. Del lado de los presos comunes, un diálogo:

—¿Político?

—Sí. *Sueñista*.

Algunas risas.

—Paso y espacio para el gran "Mono con sueño".

—Gracias, "volumen"... Siempre estarás conmigo en El Paraíso.

Jesús Alberto me llama.

—Cuando venga Candelario mándame unos cartones. Voy a cubrir todo el piso.

Nos sacan a comer al comedor de los oficiales de Seguridad Nacional. La tarde cae pesada.

—Parece que hay *culillo* —grita Jesús Alberto desde el calabozo de la bomba—. Nadie habla...

Me acuesto y me quedo dormido mirando el techo.

15. Ni Candelario ni el desayuno ni el coro de los presos comunes alteró mi sueño. No dormía así desde hacía mucho tiempo. Me estiraba y encogía sin temor a molestar al vecino. Mi madre aparecía y desaparecía del sueño. Soy un niño asustado. Pero al mismo tiempo un hombre acostado en el suelo. Los hombres juegan dominó en mi casa. Yo miro. Llega la policía. Uno de los hombres introduce un papel en mi bolsillo del pantalón. Conozco un policía. Es el mismo que nos corre a los muchachos para no dejarnos jugar en la plaza. Creo que viene

por mí. En un descuido corro a la calle. Se quedan un tiempo. Salen al fin. Entro. Mi padre recupera el papel y lo quema.

—La cuenta del dominó —dice.

Mi madre no dice nada en la cocina.

Como a las diez de la mañana entran dos presos nuevos. Uno es el poeta. El otro un obrero que no conozco. Desde la noche anterior los sentaron en las sillas de los pasillos de arriba. No los interrogaron. Pasaban y los miraban, pero no los interrogaban. El poeta me miraba con asombro. Me veía demacrado, flaco, ojeroso, los tres o cuatro pelos de la barba crecidos. Un mechón blanco comenzaba a asomar de la cicatriz de la frente. Dio unas vueltas a mi alrededor y se sentó a mi lado en el suelo. El obrero me dijo mientras me apretaba la mano:

—Simón Rodríguez —y se sentó en un rincón sin dejarme de mirar.

Eran tres. Uno pudo escapar y confundirse con la gente. Fue a la salida del mitin del Gobierno en el Nuevo Circo. Trataron de entrar. Registraban en la puerta. Esperaron la salida. Comenzaron a gritar:

—¡Viva el FEI!...¹³ ¡Viva el Coronel!

Y tiraban la propaganda por encima de sus cabezas. Las hojas caían lentamente. La gente las recogía. Empezaba a leer. Torturas, allanamientos, presos. Al final, "libertad para Jesús Faria".¹⁴ Corrieron entre la multitud lanzando las hojas al aire todavía. Unas muchachas en pantalones cortos salían del circo. Ellos se pararon. Eran muy bonitas. Alguien llegó por la espalda con unos policías:

—¡Estos son...!

—¿Son qué?

—Regístrelos.

13. Frente Electoral Independiente (FEI), el aparato burocrático electoral montado por la dictadura para ganar las elecciones a como diera lugar.

14. Jesús Faria, dirigente obrero, Secretario General del Partido Comunista de Venezuela, cuya libertad era invocada por sus camaradas en casi toda la propaganda que imprimían clandestinamente. Faria había sido detenido en mayo de 1950, a raíz de producirse la huelga petrolera. Salió en libertad el 24 de enero de 1958, un día después del derrocamiento del régimen. Fue el secuestrado político que sumó mayor tiempo en las cárceles de Pérez Jiménez.

Las manos arriba. Cayeron algunas hojas al suelo. Leyeron. A empujones los metieron en la patrulla. El poeta pudo ver una vez más a las muchachas. Una sonreía inocentemente.

Les conté lo de Luis Ramos y su herida en el párpado.

—El viejo Ramos está preso en Puerto La Cruz.

En la noche se los llevaron. Regresaron en la madrugada. Planazos, golpes de manguera y blackjack. Fue más bien un castigo por la audacia de repartir propaganda comunista en un mitin del Gobierno. Preguntaban por la imprenta para llenar una formalidad. Y al final la amenaza de Guasina como una cosa concreta.

En la mañana llegaron tres con el oficial de guardia. De azul oscuro el indio Borges. ¿No tiene más ropa? Un uniforme fúnebre.

—Póngase la camisa y salga... con sus corotos.

No tuve tiempo de pensar. Unos segundo solamente. ¿La Modelo? Cepillo, pasta dental, medicinas, cigarrillos en los bolsillos de la chaqueta. El poeta me echó una cobija. Todos los presos asomados a los calabozos. Las manos se agitaban entre las rejas.

—Buena suerte... Toma las medicinas... Saludos.

A pocos metros de la salida del pasillo una camioneta. ¿La misma que me había traído? Pero desviaron en el sótano. Los policías militares se apartaron. Pasamos. Yo iba a decir: "Buenos días"... pero los rostros estaban muy serios. Nadie sonreía ni me miraba de una manera distinta. Seguí sin mirar a nadie en particular. Los pasos comenzaron a martillar apresuradamente en las sienes.

IV

1. Quedo solo. Doy unos cuatro pasos y regreso al punto de partida. Estoy en el cuarto de las bicicletas.¹⁵ Varias decenas de bicicletas de todos los tipos y tamaños tiradas en cualquier forma. Conozco el lugar por referencias. Muchos han sido torturados aquí. Un oficial que parecía con mayor autoridad que los demás me había dicho pocos minutos antes:

—Acomódese donde pueda, mientras ordenan lo que se va a hacer con usted. Por ahora lo mandaron a separar de los otros. No se dé por enterado, ¿entendido?

Era un hombre de baja estatura. Muy canoso el pelo. La nariz chata, de boxeador. Parecía tener una gran independencia.

—Voy a llevarlo al sanitario mientras llega la llave, ¿quiere? Fuimos y regresamos. Otro oficial esperaba con la llave. Cerró.

—Buenas noches —dijo.

Y quedé algo confundido. "Lo mandaron a separar de los otros", nada más. No entendía. ¿Comenzaba una nueva sesión de tortura? Con las manos en los bolsillos caminaba hasta las bicicletas y regresaba a la puerta. A veces unos pasos de afuera se detenían allí. Luego seguían de largo. A cada instante esperaba que abrieran y entraran los hombres con las peinillas y los cables. Sin embargo, no temblaba. De nuevo comenzaba a tener dominio sobre mis nervios. Pasaron unas cuantas horas. Empezaba la tarde. El sol debía caer lentamente sobre las copas de los árboles y los hombros de la gente.

Extendí la cobija y me acosté. Si volvían debía estar descansado. Las manchas de sangre aparecían nítidamente en la pared, encima de mi cabeza. ¿Cuántos hombres habían pasado por aquí? ¿Cuántos salieron en silencio? Y una pregunta más terrible aún aparecía y desaparecía en el cerebro:

15. Un depósito de viejas bicicletas convertido en cámara de tortura. Utilizada preferentemente para golpear a los hampones. A los políticos se les llevaba allí para lanzarlos a empujones sobre los artefactos y lograr que el hierro de algunas de sus piezas les causara heridas o magullamientos.

¿Cuándo comenzó esto? ¿Cuándo le ataron las muñecas al primer hombre y comenzaron con piedras y con hierros a sacarle la sangre, los ojos, la vida? ¿Cuándo?

Desde las manchas de sangre, como un testimonio, mil ojos me miran en la oscuridad. Ojos desorbitados por el dolor. Palpo la pared con mis manos. Aspera la sangre seca. Los dedos se contraen. ¿También aquí mi sangre? ¿Esta noche?

Por lo menos sé una fecha: 27 de febrero de 1949.¹⁶ Yo estaba en Maracaibo entonces. Pero no era una cosa organizada. Aparentemente no había un plan determinado. Parecía una explosión momentánea. Un arranque salvaje. Entonces no existía una técnica de la tortura como ahora.

Las manchas de las paredes hablan. Yo las oigo desde el suelo. Pero no estoy loco.

Esto fue el principio. Sólo la peinilla como instrumento de tortura. Nadie tenía conciencia exacta de la forma de terror que desataban. Apenas sabían arrancar con grandes esfuerzos un poco de dolor. Temerosos, con miedo, siempre más confundido el torturador que el torturado. Y después, el monstruo. Se comienza por fracturar un meñique, luego todos los dedos hasta la liquidación de un ser humano.

Me llevo las manos al rostro y doy vueltas en la cobija. Una mancha pequeña. ¿Acaso es la sangre de un torturado?

2. Aquí puede terminar todo. No tengo ni lápiz ni papel. Me hubiera gustado escribir dos notas. Una a mi madre. Otra a Carmen. Comienzo a recordar mi vida. Un film en la pared toma forma en las manchas de sangre. Los personajes saltan,

16. El 27 de febrero de 1949, en el Cuartel de Policía, en Maracaibo, Estado Zulia, elementos de tropa del Cuartel "Libertador" por orden del Mayor Roberto Casanova, sometieron a la tortura de la peinilla a Italo Enrique Boscán, Rafael Muñoz Pirela, Roberto Bermúdez, Antonio Borges y Abraham Rodríguez Pereira. A Boscán le partieron un sable en espalda y brazos, que le fueron brutalmente desgarrados. Estos secuestrados fueron puestos en libertad a fines de 1949, pero en los años siguientes se les persiguió y encarceló de nuevo. Boscán y Rodríguez Pereira fueron enviados al Campo de Concentración de Guasina y el primero fue expulsado del país posteriormente.

accionan, me dicen algo al oído que no entiendo. Con las manos toco la pared y todo desaparece. Cierro los ojos.

Un niño juega con otros niños en el río. Es un pueblo del Llano. El río es la vida para nosotros. A veces nos desnudamos y nadamos. Queremos vencer al río y luchar contra la corriente. Sorpresivamente un hombre joven se acerca a nosotros. Sin darnos cuenta nos había observado un tiempo.

—Soy estudiante —nos dice—. Me acabo de tirar del avión. Me mandaban para Jobito.¹⁷

Extrañados lo miramos. Tiene una barba espesa. En mi pueblo casi nadie tiene barba. Nos pide ayuda. Jobito es un campo de concentración en la frontera, explica. Hay estudiantes, obreros, empleados. Salimos del río y nos alejamos por el monte. A veces ladran los perros. Pero la gente está acostumbrada a mirarnos pasar por el monte. El estudiante se fatiga. Descansamos debajo de un árbol. Es tan joven como nosotros. Salvo la barba, que para nosotros significa vejez, como en los santos barbudos de la iglesia. Propongo llevarlo a mi casa. Mis hermanas estudian. Salimos a una calle. La tarde es roja en el cielo. Podemos correr un trecho hasta mi casa. El estudiante dice que es sospechoso. Entramos por el corral de la casa. En la cocina está mi madre, como siempre. Llevo al estudiante.

—Debe tener hambre —y le da de comer.

Llega mi padre. El estudiante se corta la barba y salen a la calle. Luego regresa mi padre solo.

—Ni una palabra de esto... ¿entiendes?

Afirmo con la cabeza, muy serio.

Y termina la infancia.

17. Campo de confinamiento para secuestrados políticos durante el régimen del General Eleazar López Contreras, situado en la desembocadura de El Meta sobre el río Orinoco, Estado Apure, en la frontera con Colombia.

3. Nadie viene por mí. ¿Acaso esperan la noche? Me propongo no ver las manchas de sangre.

—No quiero verlas —digo en voz alta.

La puerta se abre. Entra un oficial de Seguridad Nacional con el arma desenfundada.

—¿Qué le pasa?

—Nada...

—Está hablando solo... Si quiere hablar lo subo.

La puerta se cierra y sigo dando pasos de un lado a otro. Oscurece. La sombra se diluye en el piso. Las manchas en la pared comienzan a desaparecer. Un letrero grabado con un peine se destaca al lado de la puerta. Leo: 12 de octubre de 1951. Una firma ilegible al pie. La forma de dos dedos de sangre. Día del descubrimiento. ¿Realmente fue un descubrimiento?

Era el día acordado para la insurrección. Nombre en clave: Regla de Tres. Cástor¹⁸ entraría con sus brigadas a la Plaza Colón, donde se celebraba el día del descubrimiento, y abriría fuego contra los tres miembros de la Junta de Gobierno. Una brigada de apoyo con ramos de flores —nipples— en las manos, lanzaría los explosivos para confundir más. La noche anterior dos

18. Cástor Nieves Ríos, bravo combatiente de la resistencia, detenido por la Seguridad Nacional el 4 de octubre del año 1955, sometido a las más violentas torturas y asesinado por sus verdugos en un sitio desconocido cercano a Caracas. Rómulo Betancourt, exilado, escribió entonces en Costa Rica: "Nieves Ríos era el hombre del pueblo, sin lastre universitario, alardoso y valiente, con un sentido intuitivo y elemental de la justicia... Era alcalde de una población de provincia, en los días de la militarada del 24 de noviembre de 1948, que derrocó al gobierno de Rómulo Gallegos. Cuando vio a la fuerza armada imponiendo su imperio por sobre el mandato del pueblo, "cogió el monte" con unos pocos hombres, en actitud de desesperada protesta. Se tiroteó con el Ejército, enfrentando *grasses* prehistóricos a las flamantes Thompsons de sus adversarios, hasta quemar el último cartucho. Se ocultó después de dispersar su guerrilla, ya inerme. Lograron capturarlo y se fugó, cuando lo trasladaban de una cárcel a otra. La leyenda comenzó a tejer una aureola alrededor de su nombre. La policía de la dictadura puso su cabeza a precio. Lo sorprendieron, dormido, en la noche del 5 de octubre. Después de hacerlo víctima de torturas físicas, durante cuarenta y ocho horas, lo ultimaron a balazos en las propias cámaras de tormento de la Seguridad Nacional, ubicadas en el Paraíso, barriada aristocrática de la capital de Venezuela. La Seguridad Nacional publicó, en la prensa amordazada y dócil de Caracas, un escueto comunicado... El cadáver no fue entregado a los familiares. Sus asesinos lo enterraron sigilosamente, en quién sabe cuál sitio, seguros como estaban de que hubiese sido fácil descubrir en las sienes de su víctima la huella del tortol".

compañeros volaron mientras manipulaban unos nipples.¹⁹ Los periódicos lo publicaron al día siguiente. Cástor no permitió a nadie que leyera los periódicos. Otro de los jefes cae en una redada. Pero vamos a la insurrección. Ahora se me ocurre el día gris. No llovía, pero el día era gris.

Todas las entradas a la Plaza Colón están bloqueadas. Cástor no puede entrar. Intenta varias veces romper el cerco. Detienen a los hombres con los ramos de flores. Yo estaba en El Silencio. Las diez de la mañana. La explosión convenida no se produce. El policía que hace guardia en la Línea Aeropostal entrega su correo a una de nuestras brigadas. Tenemos cien hombres en las azoteas armados de nipples y revólveres. Alguien llega nervioso, y me dice:

—Yo oí la explosión... Muy distante, pero estoy seguro...

Mandamos retirar a la gente. Ya es de noche. Me voy a una casa y me acuesto. Me duermo profundamente. Tenía una semana sin dormir. Carmen me despierta.

—A las cinco se tiran en Maracay...

Se me cerraban los ojos de sueño, pero me levanto. Le agarro las dos manos fuertemente:

—Es mentira... fracasamos...

Quiero decirle que se acueste a mi lado. Pero ella misma lo hace y se queda dormida inmediatamente. Miro su boca entreabierta.

Los acontecimientos danzan en mi cabeza como un torbellino. Las imágenes corren una detrás de otra sin explicación. Un día lanzamos un niple cargado de dinamita. Estamos muy lejos de poblado, en el monte. Un río cercano arrastra el agua entre las piedras. Los árboles son altos. Enciendo la mecha. El niple cae a unos quince pasos, rebota en el tronco de un árbol. Explota el detonante como un tiro de fusil. La dinamita no estalla. Probamos de nuevo. La ceniza del español anarquista que nos instruye cae

19. El 11 de octubre de 1951, José Cherubini y Manuel Felipe Carías resultaron mortalmente heridos a consecuencia del estallido de dos bombas en una residencia de la barriada Maripérez, en Caracas. Fueron llevados al Puesto de Emergencia y murieron en ese Hospital con las pistolas de dos policías de S. N. sobre sus pechos, tratando de arrancárselas alguna confesión.

en la dinamita. Estoy angustiado. ¿Y si estalla? No estalla. El español, dice:

—Está mala la dinamita.

Regresamos. El español saca la espoleta de la granada frente a la alcabala. Pasamos. Introduce de nuevo la espoleta.

—Así era Durruti...

Hay que buscar dinamita en buenas condiciones. Las canteras de El Valle. Carmen, entra. Se levanta la falda. Seis cartuchos de dinamita. Una bolsa de tierra de infusorios. Yo le miro las piernas y el vientre. Me tiemblan las manos.

Toco la puerta. Abre el mismo oficial de Seguridad Nacional.

—Tengo ganas de orinar...

—Yo no tengo órdenes... Oríñese en las bicicletas...

4. Me acuesto y no puedo dormir. Las cosas se relacionan unas con otras. Un inventario de la vida. No veo las manchas de sangre, pero sé que están allí, en la pared. Prendí un cigarrillo. Las manchas en la pared. Los muertos, los mutilados, bailando en la pared a la luz del cigarrillo. Una foto de un hombre mutilado. Una carta anónima con muchos errores ortográficos. La letra grande en un afán de perfección. Barquisimeto. La tortura de Barquisimeto.²⁰ Aquella monstruosidad producida por el cerebro y las manos del hombre. El preso, torcido de espanto, entre las vueltas pegajosas de una culebra. El torturador había sido antes "curabién" y recorría el campo con su culebra entre las manos para llamar la atención de los campesinos. Rafael Perdomo, loco,

20. El 26 de marzo del año 1950, un grupo de campesinos y obreros armados con machetes y dos viejos fusiles, asaltaron la Oficina de Telégrafos, en Barquisimeto, Estado Lara. Se apostaron en diferentes sitios del local y cambiaron disparos con la Policía Municipal y la Guardia Nacional, por breve tiempo, hasta agotar las escasas municiones que llevaban. De los asaltantes resultó muerto Víctor Jiménez, campesino, otro fue herido y los detenidos restantes fueron sometidos a las más salvajes torturas. Las autoridades no llegaron a mencionar sus nombres, conocidos mucho tiempo después: Antonio Fernández, Juan Simón Pérez Castillo, Julio Palencia, Juan Viviano Ramírez, Pedro García, Eleuterio Hernández, José Manuel Alejo, Felipe Torres y Ladislao González. Recibieron toda clase de castigos corporales y sus verdugos trataron de obligarlos a consumir actos inmorales.

entre gritos y contorsiones. La culebra aflojaba y apretaba en la cintura, en el cuello, le mordía la nariz, las manos, el sexo. Los ojos fijos, inmóviles, introducía su lengua como una "Y" por las ventanas de la nariz. Un aliento de carne recién vomitada. Cuando lo sacaron ya no era un hombre. Corría asustado ante los correajes de los policías. En todo veía una culebra. Después siguieron con los obreros y campesinos de Lara detenidos en Barquisimeto a raíz de los acontecimientos del 26 de marzo de 1950. Tomaron el telégrafo. Pelearon. Uno cayó muerto acribillado a balazos. Era una danza elástica, de tortura, en la pared. La culebra. Pedales de bicicleta en la boca hasta que salía sangre. Luego los depositaron en tanques de agua hasta que la piel quedaba blanda como la gelatina. Trato de homosexuales. La carta decía: "Esto no debe contarse. Si uno sale a la calle creerán que es un homosexual". No había instrumentos de tortura. A uno le arrancaron la lengua con unas tenazas. Y el garrote. Garrote de Tamunangue. En la cabeza, en las piernas, en el pecho, hasta caer al suelo sin sentido. Dos se suicidaron con vidrios y hojillas. No recuerdo los nombres. Otro, loco, en la Cárcel de Trujillo se introducía un cable por el conducto del miembro. Más tarde, en un camino del Zulia matan a José María Osorio a tiros. Le pasan un automóvil por encima, y los diarios locales informan que es un muerto por accidente.

Una manifestación estudiantil en Mérida. Las muchachas van adelante. La Guardia Nacional arremete salvajemente. Algunas caen heridas. Una queda con los senos partidos en dos, como una lechosa. La Guardia Nacional toma la Universidad. Y en la misma Universidad torturan a los estudiantes presos.

Y el 12 de octubre de 1951 se decreta una nueva modalidad: la tortura en masa, planazos, hielo al desnudo, electricidad directa de los enchufes, esposas "italianas", días y noches de pie. Los hombres caen agotados, desmayados, desangrados, envenenados por la orina y las heces fecales. Al viejo Zuloaga lo flagelan sobre su propia siembra de flores en el Campo de Carabobo y pierde un ojo a consecuencia de las quemaduras que le infieren sus verdugos. Al campesino Isidoro Valera lo atan a la cola de

las bestias de sus perseguidores y lo arrastran hasta sangrar²¹. Setecientos campesinos sometidos a diferentes fórmulas de dolor. No había tiempo para la tortura individual. En camiones de volteo los llevan a gran velocidad y luego los descargan como piedras sobre precipicios. En Anzoátegui, en Sucre, en Yaracuy, en Zulia, en toda la República, se multiplica y extiende la maquinaria del terror. Hasta hoy... hasta hoy: una máquina monstruosa, sutil y tosca a la vez.

La reja se abre.

—No le dé golpes a la pared. ¿Está loco?²²

GUASINA

21. Julio Zuloaga, campesino dedicado al cultivo de flores en el Campo de Carabobo e Isidoro Valera, campesino del Central Tacarigua, fueron víctimas de las torturas más salvajes y posteriormente enviados al Campo de Concentración de Guasina. Al saberse solicitado por la S. N., Valera huyó a Jabillal, caserío cercano donde tenía familiares, los cuales fueron detenidos en su totalidad. Siguió por las montañas hasta el Estado Cojedes y llegó a un sitio denominado Piedras Pintadas, entre El Pao y San Carlos, donde fue hecho preso por Agentes de la Seguridad Nacional y conducido a pie, atado a las colas de dos bestias, a través de toda la Sierra de Carabobo. Al llegar a su propia sementera fue flagelado brutalmente antes de ser trasladado a Valencia.
22. Aquí se corta el relato de la permanencia del autor en los calabozos de la Seguridad Nacional. El manuscrito me llegó a través de una enfermera del Penal, con un mensaje que decía textualmente: "Me encuentro en tal estado de agitación que casi no puedo escribir. A cada instante un sobresalto. No puedo leer ni dormir. Camino un rato por los patios y entonces siento deseos de volver a la cama. Me acuesto, tomo un libro o un tema cualquiera y me asaltan nuevos deseos de caminar, de correr, de gritar. Comprendo que esto no es normal y puede liquidarme poco a poco. Busco la soledad en algún rincón y a los pocos instantes siento unas ansias irresistibles de comunicación. Salgo a buscar a alguien y oigo en silencio. Parece muerta la lengua entre la boca. Corro a la reja con el convencimiento de haber oído mi nombre varias veces voceado y no es nada. Sólo mis nervios, mi imaginación gritando en el cerebro. Trato de recordar mi vida pasada y no puedo pasar de una idea fija. Me repito una imagen hasta cansarme, hasta no entender nada: Carmen se levanta la falda, eso es todo. Pero sigue fija allí, sólida, del tamaño de mi propio cerebro.

En mi prisión pasada no sentí nada extraño. Pese a los días de pan y agua en la Cárcel de "El Obispo", me recuperé en poco tiempo e hice mi vida normal de preso. Ahora no sé: algo de la tortura debe andar allí de manos metidas. Es posible que los años de *concha* también. Lo cierto es que no me encuentro. Estoy muy lejos de mí mismo.

Corto por este mes. No puedo escribir más. No puedo. Insistente rumor me hace pensar en un traslado. Puede ser Guasina. Un nuevo lote. Una nueva selección. ¿Hacia la muerte o hacia la vida?"

El rumor se tradujo en hechos. A los pocos días el autor fue enviado al campo de concentración y trabajos forzados de Guasina. Cuando nos encontramos en la Cárcel de Ciudad Bolívar, el año 1953, supe que la continuación de su relato había sido destruido minutos antes de practicarse una minuciosa requisa individual de los secuestrados políticos en la Cárcel Modelo de Caracas. J. A. C.

1. El barco se desplaza lentamente. La noche es impenetrable. El aire escaso y maloliente. Huele a sudor, a orines, a vómitos. Ciento treinta y seis hombres acostados en la bodega. Nadie puede moverse de su sitio. Arriba una lona cubre la boca de la bodega y deja ver a pequeños trechos las cabezas de los Guardias Nacionales que apuntan sus armas describiendo semicírculos misteriosos. Las tablas del piso son duras y húmedas. Sus juntas trepidan en la espalda con un temblor continuo. La vibración penetra por los huesos, pero el hombre se acostumbra. Los motores retumban en el cerebro como fieras enloquecidas. Uno al lado del otro. Los codos dan en las costillas del compañero. Los pies en la cabeza del vecino. Apenas ha quedado una brecha entre la escalera y el fondo de la bodega. Algunos, mareados, comienzan a vomitar. Otros se sientan con las piernas entre los brazos tratando de recuperarse del mareo. Los que logran levantarse dan traspiés, vomitan y tratan de llegar al fondo de la bodega, pero no lo consiguen. Parece el infierno. Una pesadilla. Uno piensa en los barcos negreros y mira las armas, arriba, describiendo semicírculos misteriosos.

Hemos quedado en el centro de la bodega. Manuel Salazar, a mi derecha, mira a su alrededor contando los presos. José Rojas tiene los ojos fijos en la lona.

—Ciento treinta y seis —dice Manuel Salazar—. Ya he contado tres veces.

Por un hueco de la lona miro una estrella. Se pierde cuando el barco se inclina en la proa. La lona suena con el viento.

—¿Ciento treinta y seis? —pregunto distraído.

El último mensaje de Carmen decía: “Esta tarde tomamos el cerro de enfrente”.

El cerro El Amparo, frente a la Cárcel Modelo. Subo al segundo piso de la letra “H”. Apoyo los codos en la baranda y miro el cerro. Los pinos crecen por encima de los muros. El sol pone un

tono amarillo en los tallos más altos. Las gentes parecen pequeños animales de colores a la distancia. Casas rojas, amarillas, verdes, azules, trepan por la tierra rojiza hasta la niebla. Descanso en un pie. El ruido de los presos no me distrae. Algunos salen en libertad. Un amigo viene a despedirse, pero yo sigo con los ojos fijos en el cerro.

Una tarde dábamos mítines relámpago en las primeras casas del cerro. Llegó la policía. Subimos por las veredas y escalinatas gritando consignas en las esquinas. La policía penetró hasta donde pudieron trepar sus patrullas. Tomó la entrada. Subimos más y nos dispersamos entre las casas. En la noche bajamos a la ciudad por otro cerro.

Carmen me dijo:

—Así podemos hacer con todos los barrios de Caracas. Los cerros se comunican.

Esa tarde era el cerro de El Amparo. En la vereda principal había un grupo. Trataba de distinguir los vestidos de las mujeres. Comenzaron a correr. Un vestido rojo. Puede ser Carmen. Dos vestidos rojos. Corren hacia la cumbre. La noche cae lentamente, pero sigo con los codos apoyados en la baranda y miro las luces que comienzan a aparecer en el cerro.

Manuel Salazar, a mi lado, me dice:

—Te están llamando en la reja. ¿Qué ves?

—Un mitin en el cerro.

—Baja. Te están llamando. Parece que es traslado.

La sala de recepción del Pabellón 2 de la Cárcel Modelo estaba totalmente ocupada por Guardias Nacionales y oficiales de la S. N. Lentamente, a medida que caía la tarde, fueron tomando posiciones en los buzones de las rejas, en el pasillo y en el centro. Armas de reglamento. Metralletas, peinillas y rolos de goma.

—Ayer fue lo mismo —digo a Manuel Salazar.

—Pero hoy es verdad. Ayer fue un simulacro.

Los presos, silenciosos, se apretaban a las rejas. Llego hasta donde está un teniente de la Guardia Nacional con la lista en la mano. Me mira. Está pálido, los ojos tristes.

—Ese no es mi nombre, teniente —digo y me retiro a la reja. Un sargento de la Guardia Nacional me sigue apresurado con la peinilla desenvainada. El teniente le grita:

—¡Sargento! —el hombre da media vuelta—. Pregúntele al Jefe de la Comisión de Seguridad Nacional —y le entrega la lista.

Los presos gritan consignas revolucionarias y comienzan a cantar el Himno Nacional. Cuando paso la reja me abrazan. Algunos están llorando.

—¿Tienes fiebre? —me preguntan.

Todas las tardes tengo fiebre.

—Creo que no.

José Martín me dice:

—Ponte tres pantalones y tres camisas. Trata de esconder algunas medicinas entre los forros de la ropa. Vamos para Guasina.

—Ese no es mi nombre —digo sonriendo.

—Eso no tiene importancia —replica—. Haz lo que digo.

Entro al calabozo y recojo mis cosas apresuradamente. Me tiro una cobija por el hombro y me la amarro a la cintura. Rompo los bolsillos de la chaqueta de cuero y vacío los frascos de pastillas y cápsulas en el forro. Me llaman otra vez a la reja. Me acerco a las barandas y miro al cerro por última vez. Algunas luces solamente. Salgo.

Ulises Ortega se acerca a grandes pasos.

—¿Tú eres el que no quiere ir?

—Ese no es mi nombre.

—Tú vas con cualquier nombre, ¿entiend...? Un viaje sin retorno, ¿entiend...? Porque de allá no regresas..., ni vivo ni muerto... Póngale ahí su nombre —y dio mi nombre precipitadamente.

El sargento grita:

—Cepillo y pasta de dientes únicamente. Nada de maletines ni pendejadas.

Camino hasta el pasillo y me alinee con los demás presos que esperan el traslado. Siguen llamando. Los presos están en silencio.

El viejo Colina²³, un anciano de ochenta y cinco años, sale del grupo y le pide una silla a un oficial de S. N. El hombre lo mira, parece sordo. Al fin se levanta y le da la silla sin decir una palabra.

José Martín llega con su cobija al hombro y se para a mi lado. La lista parece interminable. Lllaman a Ramones Romero²⁴. Traspone la reja y camina lentamente hasta el centro de la sala de recepción donde está el teniente. Levanta la cabeza. Las luces iluminan un rostro demacrado, pálido, decidido. Repiten el nombre. Mira al teniente directamente.

—Yo no voy a Guasina —dice en voz alta y firme—. Si ustedes quieren mátenme aquí mismo a rolazos y planazos. Yo estoy muy enfermo. Guasina no es ningún hospital. Me mandan a morir allá. ¿Qué esperan? Mátenme...

El teniente suda copiosamente. Mira a su alrededor desconcertado. Ramones camina hacia la reja. Los presos lo ayudan a entrar y cantan de nuevo el Himno Nacional.

Nosotros nos miramos sin comprender. ¿Podemos hacer algo?

—Hay que hacer algo —me susurra José Rojas.

—¿Qué?

Los Guardias Nacionales nos rodean con las peinillas desenvainadas y las metralletas apuntando al pecho. No tenemos tiempo de hacer nada.

23. José Colina Vargas, marino, 85 años, nativo de Cumarebo, Estado Falcón. Muy joven formó parte de los movimientos guerrilleros de la época y fue herido de cuatro balazos en la población de Caujarao. Timonel de los barcos de guerra *Bolívar*, *Zamora*, *José Félix Ribas*, *Salom*, *29 de Enero* y *Miranda*. Detenido en agosto de 1951, en Puerto Cabello y enviado a Guasina en el segundo grupo de secuestrados políticos. Posteriormente trasladado a la Cárcel de Ciudad Bolívar, donde permaneció más de cuatro años.

24. J. T. Ramones Romero, 55 años, hijo de un valiente guerrillero del Táchira que luchó al lado de Juan Pablo Peñaloza contra la dictadura de Juan Vicente Gómez. Desde 1936 dedicó lo mejor de su vida a la actividad revolucionaria. Formó parte de ORVE y el P.D.N. como cuadro dirigente en organización, propaganda y trabajos especiales, con una formidable experiencia en las labores clandestinas. Por su actividad política sufrió largos años de secuestro en las Cárcel de Maracay, Caracas, Tucupita y San Juan de los Morros. En 1948 —a la caída del gobierno de Rómulo Callegos— se dedicó a estructurar la resistencia clandestina contra la dictadura. Al lado de Leonardo Ruiz Pineda —burlando la persecución policial— contribuyó a reagrupar la militancia dispersa de Acción Democrática en un movimiento unitario que permitió las acciones de masas los años 49 y 50. Valiente y arrojado, en una ocasión —para avisar del peligro a Leonardo Ruiz Pineda— se batió a tiros con la Seguridad Nacional. En Acción Democrática hizo escuela en los años de la clandestinidad. Actualmente permanece alejado de la actividad política.

El teniente da una orden terminante:

—¡No se mueva nadie! —y se acerca a la reja.

Pasan unos minutos de tensión. El teniente regresa y ordena al sargento:

—Termine la lista de una vez...

Tres de la S. N. corren por el pasillo. Otro regresa con la metralleta apretada entre las manos. Mueve la cabeza en todas direcciones.

—¿Un motín? —grita desde la entrada del pasillo.

El teniente gira y queda frente a nosotros. Agarra al oficial de S. N. por el arma y lo detiene:

—Aquí no hay motín... Aquí no ha pasado nada.

Nos ordenan atravesar el pasillo de dos en dos. La lista ha terminado ya. Los presos que quedan, aferrados a las rejas, cantan canciones revolucionarias. Por encima de las canciones una voz se eleva y grita los nombres de algunos de nosotros.

En formación de dos en dos llegamos al pasillo principal de la Cárcel Modelo. Los más viejos se sientan en el suelo sobre las cobijas. Los jóvenes esperamos la requisa de pie.

—Cepillo y pasta de dientes —repiten los guardias—. Las maletas no caben...

Antonio López aprieta su guitarra contra el pecho. El guardia trata de arrancársela. El teniente llega en medio del forcejeo.

—Es mi guitarra —dice López.

—Déjelo —dice el teniente—. Deje los maletines también.

Pero ya han amontonado los maletines a un lado. Los guardias no permiten recogerlos.

Por el centro del pasillo suben dos enfermeros con una camilla. Llevan a Ramones Romero a la enfermería. Los presos tratamos de ver. Los ojos cerrados, la boca entreabierta.

—¿Lo mataron? —susurra a mi lado Luis Ramos.

El enfermero dice alarmado:

—Va para la enfermería.

Y se pierde en la oscuridad del pasillo.

Despacio vamos entrando a los autobuses del Ministerio de Educación. Los guardias, recostados en el último asiento, apuntan sus armas a la entrada del vehículo. Luis Ramos me dice en un susurro:

—Son del Ministerio de Educación...

Desde el vehículo miro la calle iluminada por los reflectores. Un centenar de mujeres trata de romper el cordón policial para ver en el interior de los autobuses. Los Guardias Nacionales corren de un lado a otro arrastrando las peinillas en el asfalto. Una mujer llega hasta el primer vehículo. Dos guardias la suspenden por los brazos y la dejan en la acera.

—¡Nos llevan a Guasina! —gritamos.

—¡A Guasina!

Antes de partir comenzamos a cantar en los cuatro autobuses. Los guardias amenazan con sus armas, ordenan silencio, pero seguimos cantando. El coro ensordece a los guardias. Una canción de la Federación. Las mujeres pugnan por romper la barrera policial. Una resbala y cae. La levantan otras mujeres. Una sirena se eleva por encima del coro. La motocicleta se adelanta a la caravana. Dos jeeps de la Guardia Nacional, dos camionetas de la S. N., cuatro autobuses, otras dos camionetas y, detrás, la calle solitaria.

Salen de un cine. Las gentes forman grupos en la plaza. Hablan de sus cosas y de la película. Desde los carros gritamos a coro:

—Nos llevan a Guasina...

La gente mira pasar la caravana. Gritamos. Uno puede recordar después un rostro asustado en la plaza, los árboles, un cartel anunciando un mitin.

—Nos llevan a Guasina...

Nadie entiende. Una mujer se asoma a una ventana y mira pasar hasta el último carro. El Guardia Nacional me da en la espalda con la metralleta.

—¿Qué ve?

—Nada.

La carretera está oscura. La sirena deja de sonar. Cierro los

ojos. Los árboles y los rostros comienzan a desfilar interminablemente. Los presos miran un barranco, los arbustos torcidos a la orilla de la carretera. Un silencio de muerte junto con el ruido de los motores de los carros.

La caravana de vehículos se estaciona en el muelle de turistas del Puerto de La Guaira. Bajamos en fila india. El *Guayana* —un barco de la C.A.V.N.— atracado en el muelle. El cielo despejado. Las estrellas en el mar como los peces. Entre dos filas de Guardias Nacionales y oficiales de la S. N. caminamos hasta los tabloncillos. Con las metralletas nos indican la entrada a la bodega. Una escalera estrecha y vertical hasta el fondo. Miro hacia abajo. Parece un abismo. Un mundo en tinieblas. Manchas grises que se mueven en una colmena. Un guardia me apremia con su arma. Comienzo a bajar lentamente, de espaldas, apoyando con cuidado los pies en los peldaños. Ruidos de pasos sobre las tablas. Voces en todos los tonos. A medida que bajo, tengo la sensación de caer en las profundidades de un monstruo. Me alumbran a la cara.

—Tenemos un puesto en el centro de la bodega —me dice Manuel Salazar agarrándome por un brazo.

Camino con cuidado. Como un ciego. Los ojos se acostumbran poco a poco. Los presos del primero y del segundo autobús ya están en la bodega y caminan de un lugar a otro sin comprender. Todavía se pueden dar algunos pasos en la bodega. Los pasos producen un sonido de tambor sobre las tablas. Gritos llamando a un amigo. Una discusión por una cobija. Un remolino humano trata de orientarse en la oscuridad.

El barco pita. Baja el último. Un reflector ilumina la escalera. El barco choca con algo en el muelle y comienza a desplazarse lentamente.

Como una cola gigante el viento bate una punta de lona en la cubierta.

La estrella aparece y desaparece en el hueco de la lona. Parece un ojo solitario en las tinieblas.

2. Uno tiene la impresión de estar en una cáscara gigantesca. Una cáscara de hierro enmohecido, negra, cubierta de orín y de sales. Grandes planchas remachadas a costillas de acero que sobresalen como leños. Parches de acero y cobre. Tubos retorcidos como intestinos. Los presos nos damos cuenta de pronto que estamos muy por debajo de la línea de flotación. En un segundo, uno piensa en un arrecife. Puede ser la muerte debajo del agua. Sin respiración, anhelantes.

El ruido de los motores se encierra en la bodega y se concentra en el cerebro. Montones de hombres tirados en las tablas. Parecemos fardos con respiración. Tengo la impresión de respirar partículas de vómito solamente. Me siento y cruzo los brazos alrededor de las piernas.

—¿No duermes? —me pregunta José Rojas.

—Nadie duerme.

—Si llueve nos mojamos...

—Quizás es mejor así...

—Hay que hacer algo.

Estoy ensimismado, amodorrado, sin voluntad para nada. Ni siquiera entiendo las cosas que giran a mi alrededor.

Manuel Salazar comprende.

—Ciento treinta y seis esclavos —me dice al oído.

—Algo más que esclavos... nos mandan a morir. A casi todos nos amenazaron con Guasina como una sentencia de muerte.

De nuevo nuestra condición es elemental: morir o vivir.

Cambio de guardia arriba. Dos guardias con ametralladoras en cada esquina de la boca de la bodega. Los presos se incorporan para vomitar, para orinar, para recuperarse de la vibración de las tablas.

—Si no dejan subir... Los vómitos, la mierda y los orines nos llegarán a los tobillos.

—Puede sobrevenir una epidemia si el viaje se prolonga.

Manuel Salazar se levanta y va al fondo de la bodega por la brecha que hemos dejado desde la escalera. Allí hay una parte sin tablas. El agua está a pocos centímetros de la superficie seca. Regresa.

José Martín quiere hablar con nosotros...

Uno a uno nos desplazamos al fondo de la bodega. Simulamos vomitar. El viejo José Martín, José Rojas, Manuel Salazar y yo, agachados, juntamos las cabezas como un cuarteto que ensaya una canción. Simón Rodríguez vigila detrás de una viga.

—Somos adecos y comunistas únicamente —dice Martín—. Debemos planificarlo todo. Nos mandan a morir... Nosotros debemos vivir.

—Hay un teniente de las Fuerzas Armadas también —dice Manuel Salazar.

—Lo conocemos... Se someterá a nuestra disciplina...

Nos constituimos en Comité del barco. Nombramos comisiones de enfermería, de sanidad y de comida. Acordamos interrogar a dos presos que vuelven a Guasina por segunda vez. Uno del primer viaje, otro del segundo. Debemos reunir toda la información posible sobre la isla y sus condiciones.

—Sabemos una sola cosa —dice Manuel Salazar—. Nos mandan para morir.

—Eso depende de nosotros —dice José Martín—. No les vamos a dar el gusto... La mayoría son jóvenes y pueden resistir... No, compañero, no les vamos a dar el gusto.

Casi al amanecer terminamos la reunión. Nos desplazamos por toda la bodega a integrar las comisiones y a levantar a los presos para que formen una cola al pie de la escalera, con el objeto de presionar la subida hasta los sanitarios. Organizamos un coro para pedir agua. La lengua está reseca y áspera. La actividad me despierta totalmente. El coro comienza a gritar acompasadamente:

—Agua... agua... agua...

Los guardias se asoman arriba. El sargento Jairo Herrera ²⁵, de la

25. Hijo de Manuel Antonio Herrera, nativo de Cocorote, Estado Yaracuy, combatiente contra la dictadura de Gómez. En el año 1926 logró escapar de la cárcel de Cabimas, huir a Curazao e incorporarse a los grupos de lucha antigomecista. Cuando murió el dictador regresó al país y militó en ORBE, P.D.N. y Acción Democrática. Después de la caída del gobierno de Rómulo Gallegos se dedicó por entero a la resistencia clandestina. Preso y torturado en varias ocasiones por Seguridad Nacional, salió de la cárcel de Ciudad Bolívar el 24 de enero de 1958, enfermo con graves trastornos mentales. Actualmente se encuentra hospitalizado en la Colonia Psiquiátrica de Anare.

Guardia Nacional, ordena silencio. El coro sigue pidiendo agua sin interrupción. Hay una movilización de Guardias Nacionales y oficiales de la S. N. en la cubierta. Los pasos se oyen precipitados, en tropel. Algunos guardias se agrupan arriba, del lado de la escalera, con las armas apuntando hacia abajo. Todos los presos se unen al coro. Una sola voz sedienta.

El sol ha salido ya. Día claro y despejado. Por el hueco de la lona penetra un rayo de luz como un gusano. La lona es verde, con algunos remiendos más verdes aún en ciertos lugares. Dos marineros se asoman arriba en la boca de la bodega.

—Agarren —dice uno.

Entre los dos levantan un depósito de agua y lo bajan a la bodega con una cuerda. Los presos corren y se amontonan alrededor del agua, empujan, presionan, discuten. José Rojas, Manuel Salazar y el viejo Martín protegen el depósito con sus cuerpos y gritan a todo pulmón:

—¡Todos a sus puestos!... ¡Todos a sus puestos!

—¡El agua se repartirá equitativamente!

Los presos regresan a la cola de la escalera y a sus puestos sobre las tablas.

—Así se repartirá la comida también... “a domicilio”.

—Sin desórdenes... Somos presos políticos...

Cada preso con su cacharro en las manos. Vasos, copas, envases de alimentos. Durante todo el viaje nunca alcanza el agua. El depósito sube y baja, pero apenas se calma la sed.

De dos en dos dejan subir por la escalera hasta los sanitarios. Una ametralladora en el pecho mientras un preso defeca, orina o vomita.

—Ni que cagáramos dinamita —comentan los presos cuando regresan a la bodega.

La cola nunca termina. Siempre hay decenas de presos al pie de la escalera. Bajan dos, suben dos y se incorporan de nuevo a la cola.

Ya entrada la mañana, subo. Limpio el azul del mar. La espuma se disuelve lentamente en el agua. El cielo despejado. Las nubes

muy altas. Miro por la claraboya del sanitario mientras orino. Un círculo azul parece mecerse con las olas. Una ametralladora pesada sobre un camarote de la popa. Los marineros miran de reojo mientras lavan la cubierta o recogen una lona.

3. Cuando sube el sol, el calor es insoportable. La lona parece derretirse allá arriba. Las planchas de acero irradian el calor de los motores. En un lugar de la bodega la pared de hierro quema. Quizás las calderas están del otro lado.

Los presos se desnudan y quedan en interiores. El sudor corre hasta los calzoncillos mojados y mugrientos. Comienza la deshidratación. De las axilas sale un olor a alquitrán y brea. La atmósfera caliente. Pero los presos hablan. Cuentan una parte de su vida. Antonio López toca su guitarra acostado en las tablas. Un círculo de jóvenes canta o acompaña dando palmadas.

Camino entre los grupos. Pregunto. Digo una palabra a uno. En el rincón más oscuro de la bodega encuentro al viejo Nahmens²⁶ con los ojos cerrados. Parece dormir. Le toco un brazo. Abre los ojos.

—¿Tú eres del primer grupo? —digo—. ¿El primer grupo que fue a Guasina?

—Sí... yo vine en el primer grupo... y ahora vuelvo a jugar...

Muy delgado. La nariz casi recta, pequeñas arrugas en el rostro. Siempre mantiene la boca entreabierta. Le pregunto. Habla como si se tratara de un espectador dentro del primer grupo.

—Guasina fue para nosotros una liberación... Una liberación del barco —dice.

Se sienta abrazando las piernas. Parece un esqueleto.

26. Alfredo Nahmens, obrero de los Servicios Portuarios de La Guaira, detenido por la Seguridad Nacional y enviado al campo de concentración en el primer grupo. Regresó a Caracas en libertad y de nuevo fue detenido y enviado a Guasina con el tercer grupo de secuestrados políticos. El 20 de diciembre —después de la clausura del campo de concentración y trabajos forzados de Guasina y Sacupana— ingresó en la Cárcel de Políticos de Ciudad Bolívar donde permaneció más de tres años.

—La gente no cree... —dice—. Uno cuenta las cosas y la gente no cree...

El primer grupo lo integraron cuatrocientos cuarenta y siete presos políticos escogidos en las cárceles de Caracas, Barcelona, Cumaná y Tucupita. El 3 de noviembre de 1951 se realizó el traslado. En la bodega de proa del vapor *Guárico*. Una cuarta parte de la bodega estaba ocupada por la madera, el cemento y las herramientas que se iban a utilizar en el campo de concentración. Parecen metidos a presión en la bodega. No hay espacio para moverse. Unos encima de otros. No se fuma, no se habla. No encuentran la isla. Los excrementos y los vómitos se fermentan. Una epidemia de disentería. Nadie se preocupa de la inmundicia. Los interiores, negros. La gente defeca en el mismo lugar donde duerme y come. Una pesadilla. Sólo faltan los grilletes de la esclavitud. El cuerpo se llena de llagas y las moscas pican.

A los cinco días desembarcan en Guasina. La vegetación era intrincada, sólida como un muro. Una empresa de forzados en el siglo xx. En cuadrillas de veinte los sacan a trabajar y los regresan de noche al barco. No hay comida. Los Guardias Nacionales, hambrientos, se hacen insoportables y salvajes. Golpean con la culata de sus armas. El primer claro que abren en la selva lo aprovechan para dar una lección de disciplina. Veinte guardias golpean con las peinillas hasta agotarse. Los presos caen desmayados. Los levantan a culatazos. El trabajo forzado agota y des- troza. Las plagas pican en las llagas, en carne viva. El monte se oscurece con las plagas. Sangran las manos, los pies, los brazos. A los once días de trabajo y de crueldades llegan a las barracas del viejo penal²⁷. Once días de jornadas forzadas. Desembarcan la

27. La historia de este viejo penal está sintetizada en las páginas 179 y 180 del libro *Venezuela bajo el signo del terror*, mejor conocido como el *Libro Negro*, en los términos siguientes: "Situada en pleno Delta del Orinoco, en el corazón de la selva venezolana, bañada por los caños de Boca Grande, al Norte, y Sacupana del Remanso, al Sur, la Isla de Guasina es, quizás, uno de los lugares de la tierra más hostiles a la vida humana. Ubicada a muy pocos metros de altura sobre el nivel normal del Orinoco, su territorio —desprovisto en lo absoluto de las necesarias defensas— es casi completamente inundado por las aguas desbordadas del río cada vez que éste crece, las cuales, al volver a su cauce, lo hacen dejando toda el área convertida en una gigantesca ciénaga, en un inmenso criadero de larvas. El clima es canicular, oscilando de continuo entre los 38 y 40 grados C. a la sombra. Las vías de comunicación casi no existen, pues el único medio de contacto con el exterior lo constituyen las contadas barcazas

madera, el zinc, los alambres, las carretillas. Acondicionan una vieja gabarra encallada en la arena para instalar el comando de la Guardia Nacional, la S. N. y los directores del campo. Las barracas tienen un metro de sedimento en su interior. Los forzados sacan la tierra. Cercan el campo con alambres de púas. Levantan las garitas. Construyen su propia cárcel.

—La gente no cree... Uno cuenta y la gente no cree... dice Nahmens cerrando los ojos.

Y nosotros gritábamos en la calle solamente:

—¡Guasina no!... ¡Guasina no!...

Casi sin comprender. Un penal en la selva. Un nuevo El Dorado. La gente regresa.

—Algunos regresan a morir —dice Nahmens con amargura.

Miro sus huesos por encima de la piel. No me atrevo a hacer un comentario de la muerte.

—De allá tenemos que regresar vivos —digo—. Eso tiene que acabarse un día...

que muy de vez en vez suelen recalcar en sus costas. Las endemias, epidemias y enfermedades en general, son allí un azote permanente para el hombre.

"A este respecto es definitivo el informe que, en 1943, rindiera al Gobierno Nacional el doctor Arnoldo Gabaldón. El eminente científico venezolano encontró en Guasina —entre otras amenazas para la vida— mosquitos trasmisores del paludismo, amibas histolíticas productoras de la disentería amibiana, tifus, etc. Existe, además, una mosca denominada vulgarmente "golofa", cuya dolorosísima picadura ocasiona úlceras e hinchazón general del cuerpo. A esto habría que agregar la gran cantidad de animales ponzoñosos que pululan en la isla, tales como serpientes de cascabel, rayas, tembladores, jejenes e insectos de todas clases, incluido el terrible "Chipo" o "Chupón" (*Rodnius Prolixus*) agente trasmisor de la tripanosomiasis, el hasta ahora incurable Mal de Chagas. "Estas circunstancias, previa petición en tal sentido aprobada por el Congreso Nacional en 1943, obligaron al Gobierno a clausurar el penal allí existente para aquella fecha. Dicho Penal —que había sido abierto por vez primera en 1939 bajo el régimen del general López Contreras— fue utilizado durante la Segunda Guerra Mundial como campo de concentración para prisioneros nazi-fascistas. Luego, al ser clausurado, la isla volvió a quedar desierta y casi olvidada en el remoto Delta, hasta que en 1948 fue nuevamente convertida en penal de internamiento para los inmigrantes que llegaban indocumentados a nuestras costas. Pero poco después, en 1949, todos esos reclusos extranjeros fueron puestos en libertad y enviados a servir como braceros en distintos centrales azucareros del país. Guasina quedó así una vez más deshabitada, pero sólo hasta finales de 1951, cuando fuera nuevamente utilizada como penal, aunque no ya para recluir prisioneros de guerra ni para internar extranjeros ilegalmente ingresados al país, sino para masacrar lentamente a los propios venezolanos, a todos aquellos venezolanos capaces de sentir el dolor de su pueblo y de alzar su voz de protesta ante la barbarie entronizada en el Poder Público."

4. Antes de mediodía dos marineros bajan la comida. Arroz con sardinas y funche. Los más quebrantados por el mareo y los vómitos no comen. Sin embargo, no alcanza. En platos de cartón llevamos la comida a los compañeros en sus puestos. Al terminar de repartir me acerco al grupo de los corianos. El viejo Colina se recoge en su cobija. El rostro curtido y cubierto de arrugas. Pelo blanco escaso y ensortijado. Cuerpo macizo y tallado en bronce.

—Siéntese —me dice.

Me siento y recojo mis piernas entre los brazos. El viejo Colina es marino y empieza un cuento sobre su primera lancha.

El sargento Jairo se asoma a la boca de la bodega rodeado de Guardias Nacionales. Tocan un pito tres veces. Los presos prestan atención. El viejo Colina ha empezado a decir:

—Cortamos la madera en Tucacas...

—Oído al personal... Oído al personal —grita el sargento Jairo moviendo la cabeza en círculos.

El silencio es total.

—Habrás dos comidas únicamente... Una a esta hora y otra a la tarde.

—La comida no alcanza —grita el viejo Martín.

—¿Quién habla? —preguntan de arriba con las armas en posición de tiro.

—Yo hablo... La comida no alcanza...

Mueven las armas en todas direcciones.

—Sube tú a buscar la comida —dice un guardia desde arriba.

—Baja tú —gritamos a coro.

La atmósfera es tensa. Todos los guardias se asoman a la boca de la bodega. Traen una cara de asombro y algunos intentan un gesto de rabia. Esperamos en silencio. Los presos miramos hacia arriba. Los guardias, hacia abajo. El sargento Jairo da una orden:

—Guardia redoblada...

Y se retiran lentamente de la boca de la bodega.

Alvarez, uno de los corianos, me da en el brazo con el codo.

—Así comenzó todo en el segundo grupo.

—¿Tú venías en el segundo grupo?

—Sí.

—¿Caíste de nuevo?

—Todavía no me han puesto en libertad. A los quince días de haber llegado a Guasina me trasladaron otra vez a Caracas. Un nuevo interrogatorio en la S. N. Ahora regreso...

Alvarez no levanta la voz. Muy pálido, alza los ojos un segundo y los fija de nuevo en los muslos cubiertos de vello. Casi no mueve los labios cuando habla.

—A mediados de abril sale el segundo grupo de presos hacia Guasina. Hombres de toda Venezuela. Trescientos doce presos en la bodega del *Guayana*. El viaje dura una semana. El agua y los excrementos cubren las tablas. El Comité del barco denuncia ante la guardia una epidemia de tifus. No dejan subir a nadie a cubierta. La guardia tiene miedo de contagiarse. El Comité reclama desde abajo comida, agua, higiene, medicinas para los enfermos. La mayoría padece disentería. Un chiquero. El Comité reclama médicos y medicinas. Los mandan a subir a cubierta. Suben dos. Los guardias los reciben a planazos. Más tarde los amarran en el palo de un guinche hasta que cae la noche.

Alvarez mira a su alrededor. Las tablas están secas aún. Los hombres, en interiores, sudan. Los rostros, demacrados. Una antecámara de la muerte.

—¿Cuántos casos de tifus había? —pregunto.

—Cincuenta y siete. Yo estaba vacunado y junto con otros atendía los enfermos. No teníamos donde botar la mierda. Dejamos la mitad de la bodega para los enfermos. Creíamos que así podíamos evitar males peores.

Siete días de hambre, de miedo, de enfermedades. En Guasina la guardia nos recibe con una lluvia de planazos y culatazos. La gente cae y se levanta:

—Al trote... Uno-dos, uno-dos, al trote...

Jesús Alberto llega y se sienta a mi lado.

—Yo no soy coriano..., pero siempre ando entre corianos —dice.

—Así comenzó con el segundo grupo —dice Alvarez.

Pero no sucede nada.

5. En la tarde arrecia el calor. Menos agua bajan cada vez. Me acuesto sobre la cobija y a los pocos minutos me levanto para dejar que se seque el sudor. Uno no puede caminar. Sólo ir de un grupo a otro grupo para encontrarse la misma escena: presos acucillados, sentados o acostados contando algunas cosas felices de la vida. Nadie quiere hablar directamente de Guasina, del trabajo forzado, de los maltratos. Algunos recuerdan los hijos, la mujer, la Universidad. Oigo un trozo de conversación, una palabra suelta, una frase completa:

—Yo nunca había entrado a un barco.

Reunimos el Comité. Varios casos de disentería. No tenemos medicinas. Los enfermos no alcanzan a subir. Hacen sus necesidades en el fondo de la bodega. La comisión de sanidad limpia con trozos de cobija. Pensamos que las cosas pueden complicarse, pero no podemos hacer nada. No hay otro recurso que esperar el desembarco.

Hacemos un balance de informaciones. Planificamos nuestra llegada al campo de concentración. Ninguno debe correr. Acordamos que los más jóvenes tomen las carretillas. Trabajo lento.

—La isla debe estar inundada... —dice Manuel Salazar, que conoce el Delta.

—Con eso no ganamos nada... —replica José Rojas.

—No habrá dónde trabajar...

—En el agua también se trabaja —insiste José.

—No es necesaria esa discusión —digo—. Lo importante es esto —y con un gesto indico toda la bodega.

—Dentro de horas seremos esclavos...

¿Cómo se comportarán los esclavos? Eso es lo importante. Un buen número de estudiantes, dirigentes obreros y políticos reducidos a la impotencia. Algunos en peores condiciones por los vómitos y la disentería. El barco sigue avanzando por el mar. En algunos momentos se oye el tam-tam de los motores partiendo las olas y los sentidos. Los jóvenes cantan canciones para levantar la moral.

Luis Ramos me llama y me incorporo al grupo de la guitarra. En el párpado derecho tiene una cicatriz. Dos días antes lo tras-

ladaron de la Cárcel Modelo a la Seguridad Nacional.

La madre estaba en las oficinas de S. N.

—Firma y te vas con tu madre —le dijo Ulises Ortega.

La caución decía que renunciaba a toda actividad política. Luis lee con calma. Mira a su madre. Un rostro triste. Devuelve la hoja mimeografiada.

—Yo no puedo firmar esto...

La madre lo abraza sin decirle nada. Sacan a la madre, y a él se lo llevan a los calabozos.

—La firmarás en Guasina —le dicen.

No ha visto la novia. Dos papelitos en un tubo de pasta dental. Saca una foto y me la muestra.

—Es ella. La foto no es muy buena...

Luis Bergolla²⁸, al lado, me pide la foto. La mira un largo rato sin decir una palabra. Dos arrugas verticales alrededor del labio superior se le pronuncian más. Los ojos entreabiertos, fijos en la foto.

—Se parece a mi hija mayor —dice en un hilo de voz.

Luego me dice con voz ronca:

—Pero yo no voy a Guasina...

—Ya no hay remedio, Luis —digo—. Vamos en el barco. Quizás estamos más cerca de lo que imaginamos.

—Yo no voy a Guasina...

Lo agarro del brazo y me lo llevo a su puesto caminando entre los cuerpos de los demás presos.

—¿Por qué no vas a Guasina? —le digo, tratando de hacerlo reaccionar.

Pero solamente repite esa frase sin sentido:

—Yo no voy a Guasina...

Le recuerdo su familia. El es un viejo dirigente sindical. Lo hicie-

28. Luis Bergolla, dirigente sindical, nativo de Caracas, militante de Acción Democrática. Uno de los primeros presos acusados de terrorismo. Absuelto por un tribunal ordinario, la Seguridad Nacional no le permitió salir a la calle. En el mismo local, en presencia del Juez, los oficiales de S. N. le esposaron las muñecas y lo condujeron de nuevo a la cárcel. Poco después fue trasladado a Guasina en el tercer grupo, el 25 de julio de 1952. Sufrió en el barco desequilibrio mental. Se recuperó lentamente en Guasina. Murió en Caracas como consecuencia de las lesiones adquiridas en la prisión.

ron preso junto con otros cinco. Los acusaron de fabricar bombas. Hubo un proceso. El tribunal lo absuelve. Pero en el mismo tribunal los oficiales de S. N. le calzan las esposas a las muñecas y se lo llevan para la Cárcel Modelo. En la puerta, su mujer trata de abrazarlo. Los hijos le tocan las manos, las esposas, la barba espesa y los policías empujan. La gente pasa por la calle.

—No soy ni un ladrón ni un criminal —dice Luis Bergolla a su mujer y a la gente que pasa.

La camioneta arranca. La mujer y los hijos quedan a las puertas del tribunal, confundidos con los transeúntes.

—No soy ni un ladrón ni un criminal. . .

Toco su frente. La cabeza caliente, pero no tiene fiebre. Estiro la cobija y doblo el saco como una almohada.

—Acuéstate —le digo—. Tienes fiebre.

En silencio se acuesta.

En la noche tampoco alcanza la comida. Reclamamos a gritos. Los guardias miran indiferentes. Apenas mueven sus armas en la cubierta.

Un preso grita como un borracho o un loco:

—¡Que venga el cólera! . . .

Dos guardias asoman las cabezas por debajo de la lona. Las armas apuntan silenciosamente.

—¡Que venga el cólera! . . .

Me acuesto y miro el hueco de la lona. No hay estrellas esta noche. Las nubes, muy bajas. El barco debe parecer un fantasma en la oscuridad. A veces sentimos el golpe violento de las olas en el casco. Un grupo canta en el fondo de la bodega. Me quedo amodorrado encogido en la cobija.

6. El segundo día la disentería se generaliza. Pedimos medicinas. Nadie nos hace caso. Gritamos. Los guardias y los oficiales de S. N. se reúnen en la boca de la bodega y miran hacia abajo, pero no responden. El coro pidiendo medicinas ensordece. Las

voces crecen en el cerebro como un árbol. Cuando repartimos la comida la mañana del segundo día, encontramos un paquete de pastillas entre los platos de cartón. Enterobioformo. Las repartimos entre los enfermos de disentería. Miramos buscando en la cubierta. Un marinero se asoma esperando las ollas de la comida.

—Muchas gracias —grito mirando el suelo para evitar que la guardia se dé cuenta.

Miro hacia arriba. El marinero sonrío.

Hemos recomendado dormir o descansar cuanto se pueda. De grupo en grupo explicamos nuestra situación.

—Necesitaremos de todas nuestras energías —decimos. . .

Hay un silencio de muerte en la bodega. Nos espera el trabajo forzado. Algunos se ven las manos lisas y suaves después de los meses de encierro. El agua del casco sube por encima de las tablas. La comisión de sanidad nada puede hacer.

—Si no llegamos mañana se inunda la bodega — me dice Manuel Salazar.

José Rojas se revuelve inquieto en la cobija. Trata de dormir desde el primer día. Pero no puede. Con los ojos cerrados permanece la mayor parte del tiempo acostado.

—¿No quieres ver esto? —le pregunto.

—No es necesario. Tengo la bodega en el cerebro. ¿Cuándo llegaremos?

—Quién sabe. . .

Luis Bergolla sube a la cubierta seguido de dos compañeros. Lentamente pone los pies desnudos en los peldaños.

—Yo no voy a Guasina —grita cuando llega a la cubierta.

Me incorporo y corro a la escalera. Subo los peldaños de tres en tres. Jadeando llego a cubierta. Los guardias rodean a Bergolla con las peinillas desenvainadas. Uno levanta el machete por encima de sus hombros. Los dos compañeros que siguen a Bergolla tratan de explicar:

—Está loco —grito desesperadamente.

Los guardias me ven. Paso entre ellos. Agarro a Luis por las muñecas.

—Yo no voy a Guasina...

—Tú me conoces a mí... Somos amigos... —digo sin saber qué hacer.

Un guardia llega con unas cuerdas.

—Yo me encargo de él —digo.

—Hay que amarrarlo —dice un guardia.

—Si está loco hay que amarrarlo.

—No lo amarren —insisto.

Los otros dos compañeros explican a los guardias.

Me empujan. Luis Bergolla corre por la cubierta hasta las barandas. Los dos compañeros lo detienen.

—Yo no voy a Guasina... Tengo un motor...

Los guardias corren y empiezan a amarrarlo. Hay más de cincuenta guardias con cascos y ametralladoras en cubierta. Se asoman por la boca de la bodega.

—Si está loco...

—Déjeme con él... yo lo bajo —dice uno de los compañeros.

—Bajen —dice el sargento Jairo.

Uno de los compañeros logra quedar con Luis en cubierta. Bajamos. Todos están de pie en la bodega mirando hacia arriba. Los guardias toman posiciones. Comenzamos a gritar, a golpear con los pies en las tablas. El sargento se asoma tocando pito.

—Queremos que lo bajen...

—Suba uno más —dice el sargento.

Trato de subir. López me agarra por el brazo.

—Yo subo —me dice.

Me da la guitarra y sube. Por la estrecha escalera comienzan a bajar.

—Nadie se acerque a la escalera —grita un guardia desde arriba.

—Hay que agarrarlo...

—Nadie se acerque —y amenaza con su arma.

Podían caer en cualquier momento. Uno lo agarra por los brazos. López le coloca los pies en los peldaños. Luis baja en silencio. Apenas se le ven los ojos. Cuando llegan abajo lo abrazo y me lo llevo a mi puesto.

—¿No me conoces?...

—Yo no voy a Guasina...

—Cálmate... Bebe agua...

—Yo no voy a Guasina...

7. A los tres días los orines y los excrementos fermentaban por encima de las tablas. Olor a rata descompuesta. Parece amoníaco y azufre el aire. Olor a muerte y pudrición.

Luis Bergolla se incorpora.

—Tengo un motor en la cabeza...

—Es el motor —digo.

Lo agarro por un brazo y lo acuesto lentamente.

El barco es una urna de acero y las cosas se pudren en su interior como un muerto.

El tercer día no nos dejaron subir a cubierta. Un marinero gritó arriba quizás para que oyéramos los presos.

—El Delta...

—Por eso no nos dejaron subir —dice Manuel Salazar.

—¿Por qué?

—Estamos navegando en el Delta. Creen que uno puede tirarse y llegar a la orilla.

—Puede ser por los pueblos —dice José Rojas.

—Casi no hay pueblos... Además nadie ve desde la orilla. Pasa un barco por el río... Eso es todo...

En la tarde comienza a llover. El agua entra a la bodega por todas partes. Tenemos que permanecer de pie con las pocas cosas en las manos o en la cabeza como turbantes. Las tablas quedan por debajo del agua. No podemos controlar la inmundicia.

Algunos creen que el barco se hunde. Arriba los guardias no se mueven a pesar de la lluvia. Cubren sus cuerpos y sus armas con capotes negros.

Esa noche no nos dan comida. Gritamos. Pero el ruido del motor y la lluvia es más fuerte.

Antes de medianoche deja de llover. Pero permanecemos de pie o agachados sin decir una palabra. Nadie duerme. Los más jóvenes cantan en el fondo de la bodega. La canción es un murmullo. La guitarra no se oye.

Me duermo unos instantes. Me despierta Manuel Salazar:

—Llegamos...

—¿Cómo lo sabes?

—Tiraron el ancla...

Los presos se despiertan. Un pito ordena silencio. No se oyen los motores. Los pasos de los guardias se distinguen perfectamente en la cubierta. El barco toca el pito tres veces. En el silencio, comienzo a distinguir algunos ruidos. Sapos y grillos distantes. Penetra una ráfaga de viento. Una lechuza. Un perro ladra en la orilla. El motor de una lancha se acerca. Las máquinas siguen sonando en el cerebro. El silencio duele en los oídos. Ciertos estremecimientos recorren el cuerpo.

—Ciento treinta y seis —dicen arriba.

Nos alumbran con un reflector. La luz duele en los ojos. El reflector recorre toda la bodega como un gusano. Agachados, acostados en el agua, de pie, los presos miran hacia arriba. Dos hombres de civil se asoman a la boca de la bodega, junto con el sargento.

—¿Ciento treinta y seis, me dijo?

—Ciento treinta y seis...

Los pasos se alejan por la cubierta. Nos echamos sobre el piso mojado. Los cuerpos encogidos, mugrientos. La lancha se aleja. La noche parece eterna. A lo lejos ladra un perro.

II

1. El sol se refleja en el agua con una luz que deslumbra y quema. Las ropas se llenan de sudor y de fuego. El río se pierde en una faja de monte oscuro y distante. Parece una culebra de fuego que huye entre las islas. Una nube pasa y hay un instante de sombras, una mancha de aceite. Oigo la respiración cansada de Manuel Salazar a mi lado. El agua choca entre las piernas y sigue hasta la orilla.

La fila comienza en el lanchón con el agua al pecho y se prolonga hasta la tierra con el agua a los tobillos. Cien hombres de espaldas al sol. Una cadena humana pasa de mano en mano, como un recién nacido, los sacos de mineral de hierro que han llenado en el lanchón. La piedra se amontona en pequeñas pirámides grises. Las manos, rojas, empiezan a sangrar. En los dos extremos de las filas los guardias vigilan y apremian con sus gritos.

—Rápido... movimiento parejo...

—Rápido... movimiento parejo...

Debajo de un árbol, con las peinillas entre las piernas y los fusiles en los brazos, los guardias vigilan. Cuando uno entrega un saco, ya tiene otro entre las manos. Ni un solo segundo de descanso. Manuel Salazar me dice sin mover los labios:

—Tengo sed...

—Espera —le digo.

Pero se inclina y bebe agua. Paso el saco por encima de sus espaldas. Un guardia con botas altas de pescador, llega hasta nosotros y descarga su peinilla sobre la espalda de Manuel Salazar.

—Aquí no se bebe agua, carajo...

Manuel se incorpora sorprendido. El guardia lo saca de la fila y grita:

—Corra... al trote...

Dejamos de pasar los sacos. El guardia recorre la fila con sus ojos mientras se empuja el sombrero con la empuñadura de la

peinilla. El rostro quemado. En la frente se le cae la piel chamuscada. Los labios, insignificantes, apretados a los dientes. Los ojos, veteados de verde. Mira a la orilla. Estamos con el agua a las rodillas. Da unos pasos y descarga la peinilla maldiciendo y gritando. Quiere dar una impresión de fiereza. Los presos seguimos inmóviles. Los guardias de la orilla hacen ruido con los cerrojos de los fusiles. Manuel abre las piernas en el agua para no caer. El guardia le tira a las rodillas con la peinilla y lo devuelve a la fila.

—Ahí te vas a podrir —grita, y echa a andar—. ¡Nuevos de mierda!...

Da media vuelta, y agrega:

—¿Qué ven ustedes, vergajos? Movimiento parejo... ¿Nunca han visto planear a un hombre?

Las palabras se pierden en el agua. Poco a poco los sacos vuelven a pasar de mano en mano. Desde la sombra nos apuntan los fusiles. El sol pica en las espaldas como un hormiguero.

2. Esa misma mañana, cuando se reflejaban en el río los primeros rayos del sol, nos ordenaron subir de la bodega a cubierta. Grupos de cuarenta. Bajamos a una lancha que esperaba al costado del barco.

—¡Rápido! —gritaban los guardias.

Las aguas se teñían de amarillo con el sol. La luz parecía surgir de las entrañas del río.

—¡Más rápido!

Del barco saltamos a la lancha. Nos apretaban a ambos lados de la lancha con las culatas de los fusiles. Un corto trecho hasta un muelle primitivo cubierto por el agua.

—¡Afuera!

Los guardias saltaron primero y se alinearon con otros en dos filas a la orilla. Bajamos. El agua fría en los pies. Caminamos lentamente.

—Al trote... Uno-dos, uno-dos... al trote...

Un cabo de la Guardia Nacional, negro y alto, levanta la peinilla por encima de su cabeza, y grita:

—¡Columna de a uno!...

Avanzamos en fila india por el agua. Los zapatos se llenan dejando escapar burbujas a la superficie. Los pantalones se pegan a las piernas. Nadie corre. En el barco habíamos explicado a los presos:

—Es la primera prueba... Nadie debe correr... Para ellos es más fácil golpear a un hombre a la espalda.

Yo voy en el segundo grupo. Aprieto los labios y digo entre dientes:

—Pasa la voz... nadie corre...

Un murmullo, la voz de los presos.

—¡Silencio!... —gritan los guardias desde la orilla.

Entramos a las dos filas de guardias. Las peinillas caen en cualquier parte del cuerpo. Algunos golpean con las culatas de los fusiles, con el cañón, con fuetes tejidos de cables.

—Al trote... corran...

La columna de presos seguía lentamente entre los guardias.

—Corran... aquí se corre... nuevos de mierda...

Los golpes y los gritos de los guardias ensordecen. Pasamos en silencio. El sol descende como un círculo de fuego entre las aguas. Los rostros de los guardias se cubren de sudor. El río brilla como las escamas de los peces. Con las dos filas de guardias golpeando llegamos a un terreno amplio, frente a las barracas de zinc. Los guardias regresan por otro grupo. Las barracas parecen desiertas. Un teniente²⁹ de la Guardia Nacional, acompañado de dos sargentos, recorre la fila de un extremo a otro. Sus ojos parecen escrutar los rostros de los presos. Sus pasos cortos y nerviosos quedan grabados en la tierra. Gordo y pequeño, salta a veces un bache, una zanja, un rastro de carretilla.

29. El teniente Quiroz Valderrama sustituyó al teniente Pedro Antonio Ramírez como Jefe de la Guardia Nacional en el campo de concentración. Se sometió dócilmente a los métodos de Payares y Martínez y ordenó a la Guardia Nacional maltratar y vejar a los presos.

—¿De qué se ríe? —grita el teniente, de pronto.

Juan Cárdenas³⁰ no responde, pero sonrío ampliamente.

—¿De qué se ríe? —vuelve a gritar.

Sacamos la cabeza de la fila para mirar mejor. El teniente tiene la cara roja. La papada le cae sobre el cuello de la camisa. Dando pequeños pasos se retira unos diez metros hasta una mesa rodeada de guardias y civiles. El sargento Jairo lo sigue. El teniente habla y con su mano indica un punto en la fila. Dos guardias y un civil se acercan. Los guardias con peinillas. El civil con un revólver incrustado en la barriga.

El civil, grita:

—¿Quién es el que se ríe? Aquí no hay monos...

Da unos pasos por la fila. Los dos guardias sacan a Juan Cárdenas.

—Aquí no se ríe... ¿No oye?

Las peinillas caen al mismo tiempo a la espalda. Por encima de las cabezas, Cárdenas mira el río.

—¡Corra! —grita uno de los guardias.

Las peinillas suenan en la espalda como dos maderos.

—¡Corra!...

Juan Cárdenas no se mueve. El sargento Rangel³¹ adelanta unos pasos y grita a un guardia:

—¡Llévelo usted al calabozo!...

El guardia indica con la peinilla hacia las barracas. Juan Cárdenas camina casi arrastrando los pies. Desde la fila miramos hasta que se pierde en las barracas.

El sargento Rangel, dice:

30. Juan Cárdenas Soto, andino de Capacho, Estado Táchira. A los 18 años fue trasladado a Guasina, en el tercer grupo. Posteriormente a la Cárcel de Políticos de Ciudad Bolívar, donde se inscribió en el Partido Comunista, en diciembre de 1953. Después de cinco años y medio de prisión, participó en la invasión a Santo Domingo, comandada por Enrique Jiménez Moya, el 14 de junio de 1959. Fue acerbillado a balazos por los mercenarios del dictador Rafael Leonidas Trujillo, junto con otros revolucionarios dominicanos, cubanos, norteamericanos, guatemaltecos, nicaragüenses y venezolanos.

31. Sargento Celio Luis Rangel, andino del Estado Mérida, quien trató de evitar por todos los medios posibles que la Guardia Nacional se convirtiera en un instrumento de la Seguridad Nacional. Su comportamiento en los campos de concentración y trabajos forzados de Guasina y Sacupana, lo hicieron merecedor del reconocimiento y aprecio de los presos.

—Vamos a empezar con la lista, señor Martínez.

El civil, con el revólver incrustado en la barriga, grita antes de responder:

—¡Aquí se corre!... —camina hacia la mesa y agrega—: Vamos, sargento.

El último grupo se incorpora a la fila. Algunos vienen manchados de sangre.

Martínez llega a la mesa y toma en sus manos unos papeles. Saca unos lentes y se los coloca en la nariz. Mira a la fila, y grita:

—¡Abache, Carmite, Carmito!... —vacila.

El sargento Jairo mira por encima de su hombro.

—Carmito —dice...

Un guardia repite el nombre:

—¡Ese Carmito Abache!

Carmito Abache camina hacia la mesa. Dos Guardias Nacionales con peinillas trotan a su alrededor.

—Corra...

Carmito parece arrastrar los pies.

—Corra...

En la fila todos estamos en suspenso. Es la prueba. Carmito es un obrero del portuario. Pero no corre. Llega a la mesa. Los civiles y los guardias lo miran de arriba abajo sin decir una palabra. Una raya en la lista y con una peinilla le indican el lugar cercado de alambres, frente a las barracas.

Camino lentamente hasta la mesa. Tropiezo. Me levanto.

—¿Usted es ciego? —grita Martínez.

Niego con la cabeza. Me miran las manos, las piernas, los zapatos húmedos. Un guardia me toca con la punta de la peinilla y me indica la otra fila en los alambres.

Otro nombre. Un preso camina el pequeño trecho hasta la mesa. La sombra se estira atrás delgada y sinuosa. El sol da de lleno en la cara. La lista avanza por orden alfabético sin detenerse.

—Los nuevos allá...

Poco a poco comprendemos el lenguaje. A los recién llegados nos llaman "nuevos" para diferenciarnos de los viejos presos de la colonia.

—Estos nuevos no corren... —comentan los guardias.

—La mayoría son jóvenes —dice el sargento Rangel.

Martínez deja de ver la lista y mira hacia nosotros por encima de los lentes. Formados en columna de a uno esperamos recostados de los alambres.

—Mejor —dice Martínez—. Los jóvenes aguantan más...

Miro hacia las barracas. Los presos viejos se asoman temerosos. Un guardia los ahuyenta a gritos. Algunos vuelven a las barracas; otros, sentados en el suelo o de pie, nos observan con ansiedad. Dos se acercan con unos baldes a los alambres. El guardia les sale al paso arrastrando la punta de la peinilla en la tierra.

—¿A dónde van?

—Es agua... para los nuevos...

—A la barraca... Los nuevos están incomunicados...

Nos miramos y sonreímos. El sol empieza a calentar en las espaldas. Los presos viejos hablan en voz baja. Los rostros curtidos, los ojos inmensos, los pómulos pronunciados y angulosos. Parecen una tribu indígena. Uno no puede distinguir un rostro en particular. Mira el conjunto. Pantalones cortos, sin camisa, las costillas asomando a la piel. Todos del mismo color. Una imagen miserable a la luz del sol.

Termina la lista. Todos estamos en una sola fila. Los guardias suenan sus pitos.

—¡Formación!... —gritan.

Los presos viejos forman una columna frente a las puertas de las barracas. Escogen un centenar, y los colocan a la cabeza de la fila. Cuarenta carretillas aparecen frente a nosotros.

—Cuarenta para carretilla, aquí —dice un cabo señalando un sitio en la tierra con la peinilla.

Cuarenta jóvenes dan un paso al frente. Cada uno toma una carretilla. Un sonido estridente parte de las ruedas cuando empiezan a moverse y sus huellas se dibujan sinuosas en la tierra como una culebra. Dos presos viejos adelante, con carretillas, para enseñar.

Martín y José Rojas marchan con sus carretillas detrás de los presos viejos de la colonia.

Quedamos expectantes. Los guardias recorren las filas de un extremo a otro. Con la punta de la peinilla dibujan pequeños canales en el suelo. El sol arde en la nuca. El sudor corre como insectos por la piel. Caminamos casi arrastrando los pies. La tierra es blanda. Entramos al agua y nos disponen en una larga fila desde el lanchón hasta la orilla. Una cadena humana. Los sacos pasan de mano en mano. Tenemos sed. El cabo de la guardia advirtió cuando entramos al agua:

—Oído al personal... Ustedes están incomunicados... Está prohibido beber agua del río...

3. Rítmicamente pasamos los sacos de mano en mano. Las pirámides de piedra en la orilla siguen del mismo tamaño. Vaciamos los sacos. Seis presos llenan las carretillas. El agua corre entre las piernas como reptiles. El sol cae vertical sobre la cabeza y los hombros. El lanchón parece inagotable. Los sacos salen sin interrupción. El sudor se acumula en las cejas. Uno ve a través de un prisma. Luces de colores, manchas borrosas. El barco anclado en medio del río se convierte en un monstruo luminoso y sólido. Las olas se levantan apenas de la superficie.

El viejo Colina se resbala y cae al agua. Protesta cuando lo levantamos. Los guardias nos rodean gritando y blandiendo las peinillas.

—Guardia... Es un anciano de ochenta y cinco años... debe descansar...

—Aquí no hay ancianos...

Insultos y palabrotas.

—Es un anciano de ochenta y cinco años —insisto.

Me sacan de la fila, me dan dos planazos y me llevan a la orilla.

—Coja una carretilla... —me dice el guardia—. Doble.

No entiendo al principio. Tomo la carretilla de manos de otro preso que me sustituye en la fila. Mientras la llenan miro la cadena humana. Parece una culebra de mil manos. Los cabellos revueltos, los brazos tensos, los ojos fijos en el agua.

La carretilla parece de plomo. Doy un paso, se inclina. Un guardia me golpea con la peinilla en la espalda.

—¡Enderécela! —me grita—. ¡Enderécela!... Movimiento pa-rejo...

Avanzo lentamente. La rueda produce un sonido estridente que se introduce en los oídos como un insecto.

José Rojas me sigue con otra carretilla.

—Descansa caminando —me dice.

Apenas muevo los pies. El ruido de los zapatos también se introduce en los oídos como un insecto. Un paso lento y corto.

—¡Rápido!... ¡Más rápido! —grita el guardia recorriendo la columna de carretillas.

A tres pasos regresan las carretillas vacías, también en columna. Paso lento. Algunos silban canciones populares. No se puede hablar. Pero algunos silban y los guardias no dicen nada. Arrastran los pies. Trabajo lento. Los guardias no encuentran ninguna fórmula apropiada para acelerar el trabajo.

El trayecto es largo. En un extremo de la isla, cerca de la gabarra donde duermen los guardias y el personal civil, levantan un pequeño muro de piedra para detener el río. Un pequeño muro de piedra para detener al gran padre Orinoco. El agua lame las piedras y en un segundo las seca el sol.

—Los viejos ya hubieran terminado... Estos nuevos no rinden —comenta el guardia que vigila en el muro.

—Son flojos... —dice el guardia que recorre la columna.

Vacíó la carretilla. Levanto los brazos para descansar un segundo. Suenan los huesos.

El que vigila es un negro, alto, sin dientes, con un uniforme verde pálido manchado de aceite.

Doy otro viaje. Las barracas quedan a la derecha. Los presos viejos, recostados de los alambres, miran pasar las carretillas. Algunos hacen gestos que no entiendo. Sigo lentamente. Me tortura la sed. Miro al río mientras desocupo la carretilla. Resbalo. El guardia negro y alto, se inclina blandiendo la peinilla. Me insulta a gritos. Pero en voz muy baja me dice:

—Eso es aguaje... para que oigan... ¿Usted es estudiante?

Suena una campana.

—A comer —dice el guardia.

Llevamos las carretillas hasta el depósito. La cadena humana se disuelve lentamente. Sucios, sudorosos, hambrientos, nos miramos unos a otros. Caminamos detrás de un guardia. Gritos para cada movimiento. En silencio marchamos a la formación de comida, frente a la cocina.

4. Formamos largas colas ante unos troncos enterrados sólidamente. Los nuevos a la derecha, los viejos a la izquierda. Los guardias pasan entre las columnas peinilla en mano. Un guardia catire, pequeño, desdentado, corre por la fila pasando la peinilla a lo largo de las caderas de los presos. De la formación sacan a Luis Bergolla por la barba y lo arrastran por el suelo.

Bergolla, en silencio, queda en el suelo. Blancos los ojos, la boca entreabierta. Lo levantan a patadas.

—Aquí no se usan chivas... —grita el cabo negro—. ¡Ni que fueran capuchinos!

La punta de la peinilla pasa corriendo por las caderas. Un preso viejo reparte unas fichas de latón. Me toca el número 303. Aprieto la ficha entre los dedos. El *fichero* me mira, abre la boca, pero no me saluda. Entrega la ficha al siguiente sin dejarme de mirar. Pienso que lo conozco. El pelo blanco, el rostro oscuro y los ojos hundidos. No recuerdo nada. Puede ser un amigo, me digo.

La cola comienza a avanzar. Sacan a un preso viejo y le dan dos planazos.

—Usted sabe que aquí no se habla —grita el guardia.

“Aquí”... la palabra parece una cuña en el cerebro. El preso vuelve a la cola y mira hacia nosotros.

Otro preso viejo recoge las fichas a las puertas de la cocina. Un guardia vigila a su lado.

—Los viejos deben comer rápido para que presten el menaje a los nuevos —grita el cabo.

Los guardias parecen enajenados. Golpean, gritan, corren, sacan de la fila a alguien y lo dejan de último. Establecen reglas y prohibiciones. La cabeza da vueltas en un círculo cerrado. El sol achicharra el cabello. La ropa molesta en la piel.

Entrego la ficha. Me sirven en una escudilla un caldo de frijoles y un trozo de funche. Salgo por otra puerta de la cocina y me encamino a las barracas por unas tablas, sobre estacas, a manera de puente. Las moscas giran en masa a mi alrededor. Con una mano defiendo mi comida. Lo hago toscamente, para sobrevivir. No hay otra posibilidad de hacerlo sino tratando de extraer hasta la última caloría de la precaria ración. Paso por una hilera de ranchos contruidos con hojas, cartones y cañas. Los presos viejos me sonríen, pero no dicen ni una palabra. Llego frente a la barraca destinada a nosotros y me siento en el suelo en un grupo. Manuel Salazar ya ha comido y me ofrece agua en la escudilla.

—Hay que hacer algo —comenta José Rojas a mi lado espantando las moscas.

—Yo no aguanto... —digo.

—Aguanta —me dice José Martín—. Estamos empezando...

—Podemos hacer una huelga —sugiere Manuel Salazar.

—Quizás...

—Primero hay que hacer contacto con esta gente... Ellos tienen experiencia.

A pesar del ayuno del barco no puedo comer.

—Come —me dice José Rojas—. Con hambre no se resiste.

Hago grandes esfuerzos y termino de comer. Las moscas giran alrededor como un torbellino. Batiendo las manos a uno y otro lado logro separarlas de la escudilla por unos instantes.

La campana suena dos veces. Los guardias vienen arrastrando las peinillas.

—¡Formación!... ¡Formación!...

Empezamos a formar la fila.

—Los viejos también... —grita el cabo.

Ellos se incorporan a la columna. Ráfagas de aire caliente en la cara. Una nube oculta el sol un instante. La tierra suena como un ronco tambor bajo los pies. Alguien me da con el codo. Es Emilio Parra, un preso del primer grupo que vino a Guasina. Había caído el 12 de octubre a las puertas de la Universidad. Debía abrirlas a los demás, pero no lo dejaron. La policía ya estaba allí.

—Me llegó la libertad... me voy esta tarde en el barco —me dijo.

Se agachó y se quitó las botas.

—Te dejo las botas...

Comienzan a llamar por una lista.

Antes de salir de la columna me aprieta un brazo.

—Uno sale de aquí también —dice.

Flaco, negro, camina sobre su sombra mirando el río.

5. La plaga gira alrededor de la cara. Los zancudos pican por encima de la ropa. Zumban en los oídos persistentemente su vuelo agudo de picada. Dormidos o despiertos nos damos palmadas a la cara. La sangre se extiende por la piel. Doy vueltas en la armazón de madera que me sirve de cama. Las maderas crujen como si fueran a zafarse. La noche es oscura en el interior de la barraca. Un reflejo de estrellas en el río. Los sapos y los grillos cantan. Una lechuza en un árbol. Los pasos del guardia sobre las tablas de la garita. Un pito de alerta. Dos hileras de tablas y tarimas a lo largo de las paredes de la barraca. En el centro otra fila. Los hombres vestidos sobre las tablas y las tarimas, tirados de cualquier forma. Unos duermen. Otros hablan en un susurro. Manuel Salazar trata de hacer un inventario.

—Nos dieron duro hoy... casi todos estamos golpeados.

No respondo. Miro las tinieblas en el techo.

La puerta de la barraca se abre. Tres guardias nos alumbran los rostros con unas linternas.

—¿Dónde está el loco? —gritan.

Algunos se levantan sobresaltados, brincan de las tarimas.

—Nadie se mueva... ¿Dónde está el loco?

Recorren con la luz la hilera de la derecha y de la izquierda.

Luis Bergolla se incorpora en las tablas, y grita:

—Yo no voy a Guasina...

—Aquí está...

El silencio es total. Los sapos no alteran su coro de flautas.

—Vamos —dice un guardia tomándolo por los brazos.

—Yo no voy a Guasina...

—Estás en Guasina —el guardián lo toma por un brazo.

Salen. La puerta se cierra. Los pasos se oyen en la oscuridad.

—¿A dónde lo llevarán? —pregunta Manuel Salazar.

—Quién sabe... —responde José Martín.

—¿Será para Caracas? —pregunta José Rojas.

—El barco ya debe estar saliendo del Delta... —le contesta Manuel Salazar.

Doy vueltas a uno y otro lado tratando de dormir. Estoy cansado. La cabeza caliente. Las imágenes del día se reproducen una y otra vez en el cerebro.

El barco pita. Los presos que salen agitan las manos antes de entrar a la lancha. El trabajo se detiene unos minutos. Los guardias se distraen en la operación de trasbordo. El barco se aleja a poca velocidad. La sombra se desplaza por el río y se pierde entre las islas.

Arrastro los pies y la carretilla. Me molestan las pequeñas bolsas que me nacen en las palmas de las manos. La huella de la rueda de la carretilla forma largas cintas en la tierra. Bañados en sudor la ropa se pega al cuerpo como un paño caliente. Uno detrás de otro en silencio. El poeta Acosta deja la carretilla a un lado y camina hacia la orilla. Un guardia grita tremolando la peinilla por encima de su cabeza:

—¿A dónde va, elemento?

—Voy a orinar...

—A mí no se me contesta.

—Usted me pregunta...

La peinilla cae en la espalda.

—Corra...

El poeta Acosta vuelve la cabeza y lo mira a la cara. El guardia da vueltas buscando de nuevo la espalda con la peinilla. Solta-
mos las carretillas. El machete cae varias veces en la espalda,
en la cara, en las piernas, José Martín camina hacia el guardia.

—Ya basta, guardia... —grita—. Ya es suficiente...

El guardia deja al poeta y descarga la peinilla sobre el viejo
Martín.

—Cojan las carretillas... —ordena congestionado.

Otros guardias nos rodean con las armas en tiro.

José Martín toma la carretilla. El poeta también. Las ruedas
suenan estridentemente.

El negro Longa afloja la carretilla y se sienta en el suelo. El
guardia de ese grupo llega con la peinilla en la mano. Es el
mismo negro que me ha preguntado si soy estudiante. Grita.

—¿Qué le pasa? ¿No es un macho?

—No puedo, guardia... yo sufro de los riñones.

El guardia lo mira.

—Levántese, carajo... parece de moco. Sígame...

El negro Longa se levanta. Caminan hacia las barracas. El negro
Longa, con el cuerpo inclinado hacia adelante, como si cargara
un peso sobre los hombros, una mano en la cintura. Pasa a mi
lado. Miro su rostro. Suda, llora. Parece avergonzado.

Los sacos pasan de mano en mano lentamente. Los guardias
gritan, amenazan, golpean en los brazos con las peinillas.

—Más rápido, carajo... más rápido...

Se me forma una masa de imágenes confusas en el cerebro.
La cadena humana, la carretilla, la cinta de la rueda, los gritos.
A lo lejos el monte verde, impenetrable. Con la punta de la
peinilla el guardia negro y alto hace un rastro en la tierra.

—Carne joven, Catalina... Te llegó carne joven...

Se golpea a sí mismo con la peinilla en las piernas... Su figura
aparece y desaparece en los extremos de la columna.

—Carne joven, Catalina...

Mira a todos lados. Se inclina. Mueve los brazos y la peinilla amenaza sobre las cabezas de los presos, y dice apresurado en un susurro:

—Yo soy Valdez... Pero es puro aguaje... si no lo hago me coge el calabozo...

Grita una maldición con su voz poderosa que se oye en toda la isla.

La punta de la peinilla se hunde en la tierra. Suena la campana dos veces. Regresamos en columnas de a uno a las barracas.

—Formación... baño... A bañarse, vergajos...

Siempre en columnas de a uno nos encaminamos al río. El crepúsculo tiñe de rojo las aguas. Nubes verde-plomo se concentran en el Este. El conjunto daña los ojos. Parece bello y triste al mismo tiempo.

Totalmente desnudos entramos al río. Casi cuatrocientos presos. En las espaldas aparecen las huellas de las peinillas como tatuaje sin sentido, verdes, negros, rojos, morados. Los jeroglíficos de la tortura entretejidos en el cuerpo como una telaraña.

Me hundo en el agua hasta el cuello. Las cabezas de los presos flotan como puntos insignificantes. Los guardias vigilan en la orilla con las armas en tiro. No se puede pasar de una línea imaginaria.

De nuevo tocan los pitos. Los presos viejos salen en orden formando una columna de esqueletos. Negra, la piel se extiende por los huesos como un trapo.

Guillermo Pérez, del segundo grupo que vino a Guasina, camina a mi lado a la salida del baño. Los músculos le cuelgan como frutas pasadas. Un sombrero de paja le cubre la cabeza. Los ojos redondos y grandes miran fijamente en la tierra.

—¿No se puede hacer nada? —digo—. En todas partes se puede hacer algo.

Guillermo camina lentamente. Ha envejecido en el campo de concentración. La mañana del 21 de octubre de 1951 lo hicieron preso en los alrededores del Cuartel La Planta. No pudo entrar

a Villa Zoila³². La Escuela de Formación de Oficiales de la Guardia Nacional se había alzado en la madrugada, pero casi inmediatamente volvió a manos del Gobierno. Hubo muchos presos y heridos. Nadie sabía del fracaso y la zona quedó como una ratonera. La gente pasaba por la calle, le decían “el santo y seña” en voz baja y cuando respondía lo hacían preso. Guillermo debía entrar para comandar el alzamiento, pero lo agarraron en la calle. Ahora caminaba a mi lado, como un anciano.

—Esta noche nos vemos —me dice en voz muy baja. Sin levantar la cara.

—¿Cómo?

—Yo voy a la barraca de ustedes... Tenemos que hablar... antes de hacer algo tenemos que hablar.

Antes de llegar a las barracas, con el sol quemando en las espaldas, explica lentamente:

—Ahora viene la comida. Después formación para contarnos y un receso hasta las ocho de la noche, hora en que tocan silencio. En ese receso nos veremos.

La comida. El guardia pasa corriendo la peinilla por las caderas. Las moscas. Sin embargo, hay algo nuevo: una advertencia que se oye en toda la isla.

—Aquí los enfermos se curan con “planicilina” —grita el cabo varias veces a lo largo de las columnas.

—Con “planicilina” —repiten los guardias enterrando la punta de las peinillas en la tierra.

Los presos desfilan en silencio. Formamos seis columnas frente a las barracas. Cada barraca cercada por alambres de púas. El cielo es violeta y todas las cosas se tiñen de rosado en la isla. En la puerta de la cerca un guardia apunta en un papel. Los presos gritan un número y pasan la cerca.

32. Nueve días después del fracaso insurreccional del 12 de octubre de 1951, un grupo de cadetes de la Escuela de Formación de Oficiales de la Guardia Nacional, en Caracas, se levantó en armas contra la dictadura. Otras guarniciones estaban comprometidas, pero el alzamiento quedó aislado. En una hora el gobierno dominó a los insurrectos, conoció todos los planes y convirtió la zona en una trampa. Las brigadas populares ignoraban el fracaso del golpe y acudían a buscar armas. Centenares de reservistas del Partido Acción Democrática fueron detenidos y sometidos a tortura en la Escuela.

—Uno, dos, tres...

Hasta veinte y comienza de nuevo la cuenta. La mayoría de los presos del primero y del segundo grupo eran campesinos anal-fabetos y no sabían contar sino hasta veinte.

—Uno, dos, tres...

Los pasos siguen como un eco. Nadie puede equivocarse el número.

A Juan Cárdenas lo sacan de la columna y se lo llevan al calabozo de piedras. El cabo de la Guardia Nacional traza una raya en el suelo, y grita:

—El número aquí en esta raya...

Debe ser tarde ya. Definitivamente no puedo dormir. Me duelen los huesos. Los grillos y los sapos cantan. Un guardia silba en la garita para no dormirse. Esta es Guasina, me repito una y otra vez. Me revuelvo en las tablas. La respiración de los presos parece tranquila. José Rojas tampoco duerme y da vueltas en las tablas.

¿Podemos hacer algo?

Poco antes de la campana de silencio, esa misma noche, evitando los bombillos y los reflectores, Guillermo Pérez llegó a nuestra barraca. Se escurría entre los ranchos y las sombras. Pasó entre las cintas de alambre y llegó hasta nosotros. Nos abrazamos en silencio. Me impresionan las costillas entre las manos.

—¿Esto es así siempre? —pregunta José Rojas.

Apenas nos miramos las caras. Nos agachamos en un rancho al costado de las barracas para evitar los reflectores.

—Era peor... —dice Guillermo Pérez.

—No es posible —replica José Martín.

—Era peor... después les contaré...

—¿Qué podemos hacer? —pregunta Manuel Salazar.

—Casi nada... Mañana será igual. Pero levantarán la prohibición de vernos con ustedes.

—Nosotros hemos pensado en una huelga —digo.

—Lo intentamos una vez, cuando murió Cosme Damián Peña³³, pero fracasamos —informa Guillermo Pérez.

—¿Cosme Damián Peña?

—Sí, murió y tratamos de hacer una huelga de brazos caídos... Pero fracasamos...

—¿Por qué? —pregunta José Rojas.

—Por el terror... hay muchos campesinos...

—Ahora es distinto... casi todos somos estudiantes y obreros...

—Ya lo hemos visto... no corren... trabajan lentamente... ustedes son distintos... hay disciplina...

Me asomo a la puerta del rancho. Los presos caminan dando vueltas para evitar la plaga. En los bombillos se forman nubes de insectos como una pantalla viva. Otros encienden fogatas con trapos y troncos verdes para ahuyentar los zancudos con el humo. Los hombres giran como animales silenciosos. Las luces de la gabarra del comando se reflejan en el río junto con las estrellas.

—Vienen unos guardias —digo.

—Es la recorrida... toda la noche es así —dice Guillermo.

Los guardias pasan pegados a los alambres con las peinillas debajo de los brazos. De vez en cuando se abanicán la cara con las manos para espantar la plaga.

Guillermo Pérez explica. Día a día la isla se reduce más por la inundación. Casi no hay espacio para el trabajo forzado. Apenas esa franja de tierra por donde pasan las carretillas y donde están emplazadas las barracas. Se habla de un traslado a otro lugar. El río se tragará la isla.

—¿Cuántos son ustedes? —pregunta Guillermo.

—Ciento treinta y seis...

—Aquí quedamos cerca de trescientos. Hay más de ciento cincuenta enfermos.

—¿Qué podemos hacer? —pregunto de nuevo.

Guillermo no responde. Sigue hablando de la isla.

33. Cosme Damián Peña, nativo del Estado Lara, auxiliar de farmacia y dirigente del Partido Acción Democrática, domiciliado en Santa Lucía, Estado Miranda. Detenido el 9 de octubre de 1951 y sometido a torturas en la Seguridad Nacional de Caracaes. Traslado a Guasina en el segundo grupo, el 17 de abril de 1952, murió de tifus, aislado en un rancho, el 10 de junio de 1952.

—Pensábamos que no venía más gente. Cuando vimos el barco creíamos que era para trasladarnos a otro lugar.

Suena la campana de silencio.

—Mañana seguimos hablando —se despide.

Uno a uno salimos del rancho. Los guardias tocan pitos en todas las garitas. Los presos entran a las barracas y con ellos, oleadas de plaga.

Llueve toda la madrugada. Ráfagas húmedas entran por la puerta. La lluvia produce un sonido ensordecedor sobre el zinc de las barracas. Los relámpagos iluminan el río. El agua cae a chorros en el interior. Algunos presos se levantan, otros se sientan. Se moja todo el piso. La gente grita para hacerse oír.

—Te estás mojando —me dice Manuel Salazar.

No entiendo nada. El agua me cae en el pecho.

—No importa —digo sin voluntad, dominado por el sueño y el cansancio.

—Te estás mojando...

Duermo unos instantes y me levanto empapado. El piso brilla y refleja las luces de la cerca. Los truenos se oyen a lo lejos. Ahora los relámpagos iluminan toda la isla.

6. Bruscamente deja de llover al amanecer. Una fuerte corriente de agua se oye muy cerca. Tonos amarillos por el Este anuncian el sol. Campanas y pitos de formación. Columnas de a uno frente a las puertas de las cercas. Los guardias recorren las columnas y miran de reojo tratando de descubrir algo extraño en los rostros. Los presos miran indiferentes el río. Hay un instante de tensión y silencio.

—Número... —grita el cabo.

El número pasa de boca en boca. La tierra mojada se introduce en los pies. El agua se empoza en algunos sitios. De la formación pasamos a la cocina. Un pote de avena oscura.

—¿Cómo será este segundo día? —dice Manuel Salazar.

Apresuradamente me bebo la avena sin decir nada. La cocina ha quedado en una isla. El lugar para la formación de comida está totalmente cubierto por las aguas. Una fuerte corriente de agua pasa a un lado de la cocina.

Nuevamente la campana y los pitos antes de salir el sol. Formación para el trabajo. Los presos viejos se confunden con los nuevos en las columnas. Los últimos de la formación quedan con el agua a las rodillas. Payares y Martínez³⁴ —director y subdirector del campo— se pasean de un extremo a otro de la formación con una lista en la mano. Martínez siempre con el revólver incrustado en la barriga. Con sus ojos verdes mira a los presos tratando de dar una impresión de fiera. Payares, alto y tranquilo, se detiene de vez en cuando frente a un preso.

—¿Cómo se llama usted?

El preso responde.

—¿Profesión? —pregunta Martínez.

—Chofer...

—Coja una carretilla...

Suenan los pitos de los guardias.

—Oído al personal... —grita un cabo de la Guardia Nacional. Los guardias repiten a lo largo de las columnas:

—Oído al personal...

Silencio. El torrente se oye a lo lejos. Los pasos de los guardias en las garitas suenan como truenos distantes.

34. Juan Manuel Payares, nativo de Coro, Estado Falcón, 50 años, director de los campos de concentración y trabajos forzados de Guasina y Sacupana, y posteriormente de la Cárcel de Políticos de Ciudad Bolívar, desde su inauguración, el 20 de diciembre de 1952 hasta el 23 de enero de 1958. Fue el ejecutor de todas las órdenes de tortura, flagelación y muerte de los secuestrados políticos bajo su control. Los presos de Venezuela lo recuerdan como un carcelero frío, calculador y despiadado en la ejecución de las órdenes de Seguridad Nacional. Fue hecho preso después del 23 de enero de 1958 y posteriormente absuelto por un tribunal superior de Ciudad Bolívar.

Alfredo Martínez, andino del Estado Táchira, 50 años, guardaespaldas de Néstor Maya, uno de los carceleros más salvajes de la dictadura de Gómez en el Estado Zulia, de quien aprendió el oficio. Fiscal de tránsito durante el gobierno de Acción Democrática 1945-1948. Fue la cabeza visible de la represión en los campos de concentración y trabajos forzados de Guasina y Sacupana, donde fungió de subdirector. Personalmente dirigía los trabajos forzados y creaba diariamente nuevos métodos de flagelación. Se complacía en mantener un régimen de terror —en Guasina, Sacupana y Ciudad Bolívar— para lo cual escogía diariamente cualquier secuestrado político. Preso a la caída de la dictadura, fue absuelto como Juan Manuel Payares por un tribunal superior en Ciudad Bolívar.

—Que den un paso al frente los que voy a nombrar —grita Martínez mientras se acomoda el revólver en la barriga.

—Un paso al frente —gritan los guardias por las columnas. Gritan mi nombre y doy un paso al frente. Martínez me examina de arriba abajo. Espero impaciente una lluvia de planazos, pero los guardias se limitan a dar vueltas a mi alrededor. Me indican un lugar cerca del palo de la bandera. El sol empieza a salir. El río se ilumina en algunos lugares. Los presos me miran en silencio sin comprender.

—¡Ese Manuel Salazar...!

Los guardias repiten el nombre. Manuel sale de la columna. Lo examinan detenidamente. Le indican un lugar a mi lado. Camina lentamente. Casi arrastra los pies.

—¿Usted como que está enfermo? —pregunta Martínez con cierta amenaza en la voz.

—No... —dice Manuel Salazar y se coloca a mi lado.

Las columnas de presos parecen fijas en la tierra. Descansan en un pie, los brazos en las caderas, en los bolsillos, sobre las cabezas. La mitad del sol se asoma en el horizonte.

—¡Ese José Rojas...!

Los nervios parecen estallar. Guardias con ametralladoras y peinillas nos rodean silenciosamente. Ni un grito, ni un insulto. Llamam a Jesús Alberto. Camina hacia nosotros sin que nadie se lo indique. Martínez le sale al paso.

—¿Tú eres el célebre Caín?

Jesús Alberto lo mira de arriba abajo sin responder.

—Camine —le grita un guardia arrastrando la peinilla sobre la tierra.

Jesús Alberto sigue caminando hasta el montículo de la bandera y se incorpora a nosotros.

—La lista viene de Caracas —dice entre dientes—. Es de Estrada. Yo vi la firma.

—¡Silencio! —grita el cabo avanzando hacia nosotros.

—Pero yo no soy Caín... —agrega Jesús Alberto sin importarle la orden del cabo.

Hago un gesto con la cabeza y quedamos en silencio.

Con José Martín, Guillermo Pérez y Pablo García termina la lista. Los dos últimos son viejos presos del campo de concentración.

Los demás presos forman una larga cadena humana desde el lanchón hasta la cocina. Más profunda el agua cerca del lanchón. Toda el área de trabajo está inundada. Los brazos del Orinoco aprietan la isla a los costados. Pequeños torrentes dividen la tierra. La isla se multiplica en islotes flojos y pantanosos. Ríos diminutos como las venas de un gigante.

La cadena humana desaparece detrás de la barraca oeste y aparece de nuevo a un lado de la cocina. Cuando pasan los sacos de mano en mano parece una danza misteriosa y extraña desde la distancia. Depositam las piedras como un pequeño malecón alrededor de la cocina.

Quedamos al pie del palo de la bandera. Martínez insulta dando vueltas alrededor y los guardias permanecen en silencio con las ametralladoras apuntado en el pecho. El disco del sol sale del río.

—Carretilla doble con estos carajos —grita Martínez al final de sus insultos y sentencias de muerte—. Sin parar ni comer...

En el depósito de herramientas recogemos las carretillas y las palas. Dos guardias nos conducen cerca de la gabarra del comando donde hemos depositado la piedra el día anterior. El lugar está inundado. Parte de las piedras cubiertas por el agua. Las olas entran y salen por las juntas del mineral. Los guardias esperan en lugar seco. Debemos llenar todo el cuenco de la carretilla nosotros mismos.

Pablo García, demacrado, joven, descarnado como un hueso, empieza a llenar la carretilla. La pala no entra en la piedra. El guardia apremia blandiendo la peinilla.

—Rápido...

Pablo García se inclina y llena la pala con las manos. El guardia insulta.

—Con la mano no... carajo..., con la pala...

Y lo golpea dos veces con la peinilla en la espalda.

Pablo García vino en el segundo grupo a Guasina. Es dirigente obrero petrolero. Lo detuvieron en Cabimas cuando trataba de reestructurar el movimiento sindical revolucionario. Lo golpearon en Maracaibo y le aplicaron electricidad. En Caracas lo interrogaron unos agentes rubios que se valían de un intérprete para hacer las preguntas. Un foco en los ojos y una lluvia de preguntas sin permitirle dormir ni comer. Llega a Guasina con disentería y no se cura nunca.

Después de descargar la carretilla cerca de la cocina, regresamos juntos. Habla lentamente, con cierta timidez y dificultad.

—No te preocupes —dice—. Tengo un buen contacto aquí...

—Después hablamos —sugiero—. Pueden oír...

La carretilla llena, fatiga. Una parte del trayecto en el agua, luego un puente de tablas por donde sólo puede andar un hombre, para caer de nuevo al agua. La rueda de la carretilla se atasca en el fango. Uno empuja con fuerza. Los músculos tensos parecen reventar. Duele la ingle, los riñones, la cadera. Los guardias nos acompañan el trecho seco y esperan el regreso a la sombra de la barraca. Adoptamos un paso lento, arrastrando los pies, para ir y para venir. No hacemos caso a sus gritos y amenazas. Ida y vuelta sin parar, pero a paso lento, de entierro. Todo el cuerpo bañado en sudor. El sol pica en la piel cuando asciende lentamente.

Jesús Alberto cae del puente en el tercer viaje. Un grupo de jóvenes que vacía los sacos en la cocina corre a ayudarlo. Los guardias gritan detrás de ellos blandiendo las peinillas. Nadie hace caso. Levantan a Jesús Alberto, sacan la carretilla y terminan el viaje.

El sargento Rangel, de la Guardia Nacional, me quita la pala de las manos cuando estoy tratando de llenarla de piedra para vaciarla en la carretilla.

—Así no —dice.

Los guardias sonrían.

—Afloje las manos y los brazos cuando la meta en la piedra... Con habilidad maneja la pala. Seis paladas.

—Con eso está bien... —me dice.

Habla con los guardias.

—Castigados... —oigo apenas cuando me alejo arrastrando los pies.

Llega Jesús Alberto con pasos vacilantes. El sargento Rangel lo mira detenidamente con curiosidad. El pelo escaso ensortijado y canoso brilla con el sol. El sudor corre por el rostro en pequeñas cataratas. Del pecho le asoman los pelos blancos y gruesos.

—Está muy viejo —dice a los guardias.

Jesús Alberto se sienta en la carretilla a descansar. Apoya los pies sobre la rueda y espera los golpes en la espalda. La camisa se le pega a la piel. Los pantalones llenos de lodo.

—Párese, carajo... —le grita el guardia Laya al oído golpeándose con la peinilla en las piernas.

—Estoy cansado... —dice Jesús Alberto levantando los ojos. El guardia Laya no sabe si golpearlo o ayudarlo. Mira al sargento. Indeciso da vuelta alrededor de la carretilla.

—Llénela como pueda —dice Laya golpeando el agua con la peinilla—. Pero no se siente...

Poco a poco se afloja el castigo. Los demás presos nos ayudan. Los guardias vigilan sin decir nada. Descansamos en el puente para que no nos vean desde el comando. Disponemos el trabajo de tal forma que siempre hay dos a la vista del comando y las garitas, mientras los otros descansan.

—Tenemos suerte... —comenta Manuel Salazar en el puente—. Los dos guardias son buenos...

—El sargento —me susurra en el oído Pablo García.

—¿Qué?

—Yo tengo contacto con él.

Guillermo Pérez regresa a mi lado con la carretilla vacía.

—Esto es nuevo en Guasina.

—¿El castigo? —pregunto.

—No. Este relajo de la disciplina. Ustedes han cambiado las cosas.

7. Desde Guasina la sierra de Imataca es azul. Los picos gastados y romos se oscurecen a la distancia. En la tarde y la noche los relámpagos alumbran fijos un lugar en la sierra. Los presos extenuados y hambrientos se sientan en los ranchos que circundan las barracas y miran a Imataca. Uno descansa del río mirando los relámpagos colgados a lo lejos en la sierra. Jesús Alberto mira los relámpagos distantes y espanta las moscas de la cara con una rama en forma de abanico.

—Yo no soy Caín. Estrada inventó eso y los periódicos se apresuraron a publicarlo. Yo he tenido que defenderme de alguna gente. Pero no he matado ningún hermano.

Las moscas dan vueltas alrededor. El humo no las ahuyenta.

—Nosotros lo sabemos, viejo —dice José Rojas tratando de calmarlo—. No te preocupes por eso...

Los presos con disentería pasan apresurados a los retretes. El tránsito es intenso. Parece una calle céntrica de Caracas. El puente es angosto y caminan por el agua. Luis Ramos recomienda a los enfermos sumergirse en el agua para evitar la deshidratación.

—Aquí hay muchos jóvenes —continúa Jesús Alberto—. Y pueden creerlo. Ya soy un viejo... Además, Estrada dice que no salgo vivo.

Manuel Salazar y José Rojas beben agua lentamente para engañar el hambre. El rancho es pequeño. Una enramada sobre estacas con piso de troncos y trozos de tablas. Por debajo corre el agua produciendo un sonido suave y lento. Pablo García y Guillermo Pérez heredaron el rancho de tres campesinos del primer grupo que salieron en libertad. Ahora lo comparten con nosotros.

—Hay menos calor aquí que en las barracas —nos dijo Guillermo Pérez cuando nos invitó a entrar—. No hay comida, pero hay menos calor.

Algunos enfermos se paran y saludan. El viejo Nahmens regresa de los retretes y saluda.

—Me cogió la disentería..., ahora no salgo...

—Yo iba a matar a Estrada —continúa Jesús Alberto—. Eso es todo. Cuando salí de la Cárcel Modelo, el 45, iba a matar a Estrada...

Guardamos silencio respetuosamente. La tarde es oscura y calurosa. Imataca se pierde en las tinieblas y aparece entre relámpagos amarillos. El rostro de Jesús Alberto quemado por el sol se quiebra en las arrugas. No altera la voz. A veces se confunde con el ruido del agua debajo de los troncos.

—Alguno tiene que contarle... yo no soy Caín... Aquí uno puede morir en cualquier momento...

Encontró a Pedro Estrada en la esquina de Las Gradillas. El hombre se baja el sombrero hasta los ojos. Jesús Alberto lo alcanza. Aferra sus manos como tenazas al cuello y lo lanza al suelo. Estrada queda quieto con los ojos cerrados. Lo golpea con los pies, con las manos. Le escupe en la cara con desprecio. Estrada permanece en el suelo sin movimientos.

—No se puede matar a un hombre en el suelo —comenta Jesús Alberto.

Un policía llega cuando lo levanta para cortarle el cuello.

—No lo mates, Jesús... Acabas de salir de la cárcel...

Lo deja caer al suelo, escupe y se aleja por la calle.

—Eso es todo... Yo iba a matar a Estrada...

—Quizás fuera otra cosa —dice José Rojas.

—En Venezuela siempre hay un Estrada —comenta Manuel Salazar—. Gómez también tuvo sus Estrada.

—Quizás —insiste José Rojas.

Jesús Alberto se levanta, arranca un palo del techo y se aleja por el puente. Se apoya en el palo como un bastón, el cuello entre los hombros. Un pie cae pesado y sin fuerzas sobre las tablas. Un bombillo alumina la cabeza blanca y ensortijada. Los insectos vuelan en remolinos. El humo de las fogatas asciende lentamente. Gritos y trozos de canción se pierden en la noche. Los presos se reúnen en grupos moviendo las piernas y los brazos para espantar las plagas. Algunos caminan en pe-

queños círculos y miran el avance de las aguas. Ruidos de lechuzas y grillos. Un perro ladra a los zancudos y da vueltas tratando de morderse la cola.

8. Todas las noches, después del trabajo forzado, nos reunimos en el rancho. Apenas nos miramos los rostros en la oscuridad. Cansados, hambrientos, cadavéricos, tratamos de sobrevivir.

Hay cuatro barracas y un caney. Dos frente al río, las otras paralelas al Orinoco. Todas mirando el montículo de la bandera, separadas por cercas de alambres de púas de tres metros de altura. En el caney, los enfermos más graves esperan paciente-mente la muerte. Alrededor de las barracas los presos construyeron ranchos y enramadas para descansar en una temperatura más benigna. Cada rancho, es una cooperativa de ocho o diez presos para compartir las pocas cosas que los familiares hacen llegar al penal.

A los pocos días, la disentería se generaliza. Centralizamos las medicinas.

A Juan Cárdenas lo sacan entre dos del calabozo de piedras. Tiene fiebre. Parece tifus. Tratamos de aislarlo en un rancho. Guillermo Pérez no está de acuerdo.

—No debemos decir que es tifus —dice.

—¿Por qué? ¿Está prohibido también? —pregunta José Rojas.

—Aquí está prohibido el tifus. Pero no es eso. Si decimos que es tifus lo aíslan y lo dejan morir.

—Pero ¿si es tifus?

Dejamos a Juan Cárdenas en la barraca 5 al cuidado de los comunistas.

Guillermo Pérez cuenta la muerte de Santiago Díaz ³⁵.

35. Santiago Díaz, campesino, del Estado Carabobo, 56 años, militante del Partido Acción Democrática. Había sido detenido en Valencia poco después de la frustrada insurrección del 12 de octubre de 1951 y trasladado a Guasina en el segundo grupo, el 17 de abril de 1952. Murió de tifus, aislado en un rancho, el 29 de abril de 1952. Sólo estuvo en Guasina el tiempo de su agonía. Un veterinario italiano de apellido Rossi, certificó su muerte como una afección cardíaca.

—Fue un muerto del traslado —dice.

—¿Pero no murió aquí?

—Murió aquí. Aislado, en un rancho..., pero fue un muerto del traslado.

En el traslado del segundo grupo, en la bodega del *Guayana* hubo una epidemia de tifus. Santiago Díaz contrae la enfermedad y no logra recuperarse. Llegan a Guasina. Los presos informan a Payares y a Martínez.

—Aquí no figura el tifus en el reglamento —grita Martínez a la comisión de presos.

Llevaron a Santiago Díaz a una enramada. Lo depositaron sobre una plancha de zinc. Santiago Díaz veía todo esto con sus ojos muy abiertos.

—No se preocupen —dijo a los presos cuando lo dejaron en la plancha de zinc.

Pero no se quejó.

Dejaron dos guardias armados de peinillas a unos diez metros de distancia.

—Nadie debe acercarse al enfermo —ordenó Martínez a los guardias.

Y Santiago quedó solo en la enramada. Los presos pasaban y miraban desde lejos. No podían acercarse. Las moscas giraban alrededor de Santiago. Moscas azules, negras, grandes, pequeñas. Al principio tenía fuerzas para espantarlas. Después las sentía pegajosas en los ojos, en la boca, entre los dientes. Santiago las miraba con sus ojos vidriosos y profundos. Pedía agua débilmente. Los presos no oían. Un guardia dijo:

—Pide agua...

Pero no se movía de su lugar de vigilancia.

Guillermo Pérez tenía los ojos fijos en la enramada. Abandonó el trabajo. Llenó una lata de agua y pasó corriendo entre los guardias. Cuando levantaba la cabeza de Santiago para hacerlo beber, los guardias llegaron y descargaron sus peinillas. Golpearon salvajemente. Una vez la peinilla resbaló y pegó en el cuerpo de Santiago. Pero no se movió. Las moscas levantaron

el vuelo. A Guillermo Pérez lo pasearon por todo el campo dándole golpes de peinilla, hasta que cayó en la playa desmayado.

Las moscas ya no se movían del cuerpo de Santiago. Los guardias vigilaban la muerte. De vez en cuando llegaban Payares o Martínez.

—¿Ya se murió? —preguntaban.

Los guardias no respondían, se limitaban a ver a un hombre esquelético cubierto de excrementos y moscas sobre una plancha de zinc.

Cuando empezó a descomponerse los guardias se dieron cuenta que había muerto.

Los presos hicieron la urna. Un preso viejo, del primer grupo, carpintero, preguntó a Martínez inocentemente:

—¿Murió de tifus, señor Martínez?

Martínez golpeó el banco de carpintería bruscamente con los puños cerrados.

—Aquí no hay tifus... Déle diez planazos y carretilla doble a este carajo... después que termine la urna...

Cuatro presos condujeron la urna hasta la lancha. Al principio pensaron enterrarlo en la isla, al lado de las tumbas de los españoles que habían muerto en otra ocasión. Pero más tarde resolvieron trasladarlo a Sacupana. Al pequeño cementerio de Sacupana. Los presos dejaron de trabajar y descubrieron sus cabezas al paso del cortejo. Cuatro hombres, una urna, pasos vacilantes. Los guardias descubrieron sus cabezas también. Y los presos comenzaron a cantar tristemente el Himno Nacional. 24 de abril de 1952.

La fecha está grabada en el piso de la barraca, en los árboles, en una placa de zinc entre las tablas de este rancho...

Guillermo Pérez nos mira en la oscuridad.

—Por eso no hay tifus... —dice—. Lo aíslan a uno y lo dejan morir como un perro...

9. La mañana del 4 de agosto amanecemos uniformados de amarillo. El día anterior, en una formación agitada que se prolongó por más de cuatro horas, a pleno sol, nos entregaron los uniformes.

—Uniformes de criminales —decía Martínez—. Porque ustedes no son sino criminales...

Esa noche nos reunimos con el sargento Rangel en el rancho. Pablo García quería exponer un plan de fuga. El sargento Rangel oía sin decir nada. De vez en cuando sonreía y golpeaba en el hombro de Pablo.

—Mañana es día de la Guardia Nacional —empezó a decir Pablo García—. Y podemos aprovechar para fugarnos.

El plan consistía en tomar la isla, las garitas y la gabarra del comando simultáneamente. Los presos nos encargaríamos de las garitas. El sargento Rangel con los guardias Laya y Valdez, tomarían el comando. Después nos iríamos en las lanchas hasta Sacupana. Todo era fácil.

—En las lanchas no hay espacio sino para cincuenta o sesenta hombres... Aquí hay más de cuatrocientos —dijo el sargento Rangel.

Pablo insistía.

—Podemos hacer balsas con troncos y pipotes. Nos enguerrillamos en Imataca...

—Una fuga de cincuenta —dijo el sargento—. Todos no pueden ir. Hay casi doscientos enfermos. Además, hay dos unidades de las Fuerzas Navales que vigilan la isla y el Delta.

Discutimos una buena parte de la noche. Tomar las garitas y el comando era fácil. En la madrugada el sargento suministraría los uniformes de Guardia Nacional. Los presos uniformados, armados de cuchillos, subirían a las garitas como si se tratara de una recorrida. Inmovilizarían a los guardias.

—Y mañana estamos navegando hacia Imataca.

Tratamos de ver claro las cosas. Al final llegamos a una conclusión: o nos fugamos todos o no se fuga nadie.

—Si queda alguien lo matan —dijo Rangel.

Hablamos de esperar un barco. El sargento asintió.

—Podemos esperar... , pero yo estoy dispuesto a hacer lo que ustedes digan —dijo el sargento en un susurro.

Salió del rancho y se perdió en la oscuridad.

Quedamos solos en silencio. Una fuga. La esperanza se desvanece. Uno a uno salimos del rancho. El agua en las barracas brilla reflejando la luz de las cercas. Nos acostamos sobre las tarimas. En el día hemos tenido que construir un piso de madera en la barraca inundada. Los mosquitos vuelan alrededor como un muro viviente. La humedad perfora los huesos.

El 4 de agosto, no hay trabajo. Es el día de la Guardia Nacional. Los guardias y las peinillas han sido uniformados de limpio.

—Formación... los que quieran ir a misa... Formación... Temprano había llegado un capuchino con cuatro mujeres y dos indígenas vestidos de blanco. En la parte seca colocaron una mesa y ornamentos para decir misa. El teniente Quiroz, Martínez y Payares se sentaron frente a la mesa. El capuchino disponía sus cosas sin decir nada. Los indígenas miraban con curiosidad. La misa se tardaba. Los presos seguían en las barracas o los ranchos. Nadie quería asistir a misa.

—Los que quieran ir a misa...

El capuchino miraba hacia las barracas. Los presos vestidos de amarillo caminaban a lo largo de la cerca. Los guardias gritaban en todas partes. Nadie se movía.

Martínez y Payares se levantaron de las sillas y caminaron hacia las barracas con una decena de guardias armados de peinillas.

—Oído al personal... —gritó Martínez—. La misa es obligatoria... El que no quiera ver la cruz que cierre los ojos...

Sonaron los pitos. Los presos salían empujados por los guardias.

—El que no quiera ver la cruz que cierre los ojos —repite Martínez una y otra vez.

Frente a la mesa formamos varias columnas. Los pies en el agua. El capuchino dice la misa. Un largo sermón sobre Pedro, Pablo, las armas y los soldados. Los guardias con sus peinillas debajo

del brazo oyen la misa de pie como los presos. Otros guardias nos rodean con sus metralletas.

No era la primera misa. En marzo de ese mismo año, en la Semana Santa, este mismo capuchino —Fray Rodrigo de la Muñeca— dice una misa a los guardias y los presos. Poco antes planearon a algunos que se negaban a asistir. Un sermón largo. Los presos viejos recuerdan algunas palabras: “Ya que ustedes no pueden llegar a Cristo, El llegará hasta aquí y ustedes deberán darle gracias a Dios por los beneficios recibidos”. Los últimos de la columna se atreven a gritar:

—Que Cristo no venga... porque le dan plan...

Los guardias se enfurecen y antes de terminar la misa sacan a algunos presos de las columnas y los golpean con sus armas. El capuchino no se interrumpe. Los presos gritan para llamar su atención. Uno de los indígenas lo tira de la manga, pero él sigue hasta el final.

Manuel Salazar me dice:

—Podemos gritar como los del primer grupo. Podemos decir: nos están matando de hambre... hay doscientos enfermos... las barracas están inundadas...

—¿Y qué? —dice José Rojas— para él somos criminales también...

El capuchino sigue hablando. Un guardia grita:

—Silencio, atrás... Respeten la misa...

Tocan los pitos.

—Retirarse...

Las columnas se disuelven al pasar la cerca de las barracas. El capuchino se retira con Payares, Martínez y el teniente Quiroz a la gabarra del comando. Los indígenas siguen a cierta distancia. Los uniformes amarillos relumbran en el sol.

Jesús Alberto dice:

—¿Por qué no le pedimos que diga algo por los muertos?

En la tarde, algunos guardias borrachos caminan delante de las cercas. Unos insultan. Otros miran los presos sin decir nada. El negro Valdez se reúne con otros guardias debajo de un árbol,

entre la barraca 5 y el depósito. De la gabarra del comando el viento trae trozos de música grabada. Canciones viejas. En la gabarra bailan con las cuatro mujeres que trajo el capuchino. A veces se escapan gritos de borrachos. Recomendamos a los compañeros permanecer en las barracas y los ranchos.

—Hoy hubiera sido el día —dice Pablo García—. Están borrachos. Podemos tomar la isla...

—¿Y después? —pregunta José Rojas—. Somos presos políticos, no aventureros...

—Preferible cualquier aventura a esto... —insiste Pablo García—. Nos están matando lentamente...

Dos guardias tocan guitarras debajo del árbol. El negro Valdez canta con su voz poderosa que se oye en toda la isla. La boca inmensa, los ojos desorbitados.

—Esta es para los presos... —dice.

Y empieza otra canción.

Cuando el río se tiñe de rojo y el sol desaparece en las islas del oeste, llega Payares, borracho, hasta el grupo de Valdez. Con su voz de borracho insulta a los guardias. Llama a Jesús Alberto. Este llega hasta la cerca apoyado en un bastón de bambú.

—¿Me vas a matar como a tu hermano, Caín? —grita Payares. Jesús Alberto no responde. Se limita a mirar las nubes rojas a lo lejos.

—Aquí te quedas... Si no te quedas por las buenas... como Santiago Díaz... te quedas por las malas...

Los presos se asoman a las puertas de la barraca 5. Valdez comienza a cantar.

—¡No ve que estoy hablando, carajo! —grita Payares dando unos pasos vacilantes hacia Valdez.

Valdez abre los ojos inmensos.

—Yo no soy un carajo —dice—. Yo soy un Guardia Nacional...

—Tú eres un carajo y todos ustedes son carajos y mierdas...

—dice Payares envolviendo en un gesto a Valdez y los presos.

Valdez se aleja a grandes pasos hacia la gabarra del comando.

Payares sigue insultando a Jesús Alberto, a todos los presos, a

Valdez. Los otros dos guardias siguen en las sillas con las guitarras en los brazos.

—Cántame Adelita...

Los guardias no se mueven. Se limitan a puntear la guitarra.

Valdez regresa con una subametralladora en la mano.

—Este era el momento... —dice Pablo García—. Las cosas se ponen buenas...

Valdez se detiene a unos diez metros apuntando con la subametralladora. Abre las piernas para mantener el equilibrio. Todos los músculos de la cara abultados y tensos. La boca apretada. Los presos lo llaman "demoniote", y parece un demonio.

—Aquí vengo para que me grite otra vez, señor Payares...

Payares da media vuelta y queda frente a Valdez. Mudo de asombro. Mira a los guardias en las sillas. Estos se levantan preocupados y nerviosos. Dejan las guitarras en las sillas y se acercan a Valdez.

—Apártense ustedes —grita el negro.

Los guardias avanzan.

—No seas loco, negro... no seas loco... gritan mientras avanzan a grandes pasos.

El guardia de la garita baja también haciendo ruido en las escaleras con sus botas. Otros guardias corren hacia el grupo.

—El nos está insultando a todos... Está insultando a la Guardia Nacional y eso no se lo permito a nadie —grita el negro Valdez.

Los guardias lo abrazan. Payares grita:

—Métnlo al calabozo...

Valdez entrega la subametralladora al sargento Rangel.

—Está insultando a la Guardia Nacional, mi sargento...

Rangel lo toma por el brazo y lo conduce al comando.

—Este era el momento —dice por última vez Pablo García.

Ya oscuro, dos guardias conducen al negro Valdez al calabozo. Los mismos guardias llegan hasta la cerca tocando sus pitos desesperadamente.

—A dormir... Todo el mundo a sus barracas...

Los presos comentan entre sí:

—No es la hora... debe pasar algo...

En la garita que cubre las barracas instalan una ametralladora pesada. Los reflectores alumbran todo el campo en períodos muy cortos. Las fogatas echan humo en la soledad de los montículos. La isla parece desierta.

10. Pocas cosas podemos resolver. Hablamos todas las noches en el rancho. La situación se empeora día a día en la isla. Las barracas se inundan. Levantamos trojes y tarimas para dormir por encima del agua. Las plagas se reproducen debajo de las tarimas. Sólo quedan en tierra dos barracas. En el montículo de la bandera, un cabo y dos soldados de un Batallón de Ingenieros levantan carpas. El cabo y los soldados, llegados recientemente a la isla, cordializan con los presos.

—Somos presos políticos —digo al cabo cuando queda solo.

—A nosotros nos dijeron que eran criminales peligrosos...

—No somos criminales... Somos presos políticos... estudiantes, obreros, campesinos, profesionales...

El cabo mira mi uniforme amarillo.

—Es el mismo uniforme de la Penitenciaría de San Juan de los Morros...

—Es el mismo. Pero no somos criminales...

Entiende poco a poco. Los guardias nos gritan y golpean...

—Adecos, comunistas... —y seguía un sartal de groserías. El cabo pregunta a los guardias.

—Son peor que criminales... —le responden.

Al final se compromete a sacar un informe de la isla. Acordamos redactar un informe a las Naciones Unidas. Nos reunimos en el rancho hasta altas horas de la noche. Uno vigila en la entrada. La voz muy suave. Apenas un murmullo que se confunde con el ruido de las aguas debajo de los troncos.

—Hagamos un inventario primero —sugiere José Rojas.

—Primero una historia de la isla, desde el principio... —dice Guillermo Pérez.

—Nadie va a creer estas cosas —digo en tono pesimista.

—Un inventario nos permite contar nuestra situación actual que es lo importante —insiste José Rojas.

—Una historia de la isla, desde el primer lote, da una idea de Guasina —recalca Guillermo Pérez.

Pablo García ha levantado un censo de la isla y empieza a hablar sin entrar a discutir. Cuatrocientos presos. Doscientos enfermos. Casi todos los presos con disentería. No hay medicinas ni asistencia médica. Un veterinario italiano de apellido Rossi viene a la isla cada quince días. Un cabo Morales, de la Guardia Nacional, clasifica los enfermos que pueden trabajar y los que no pueden trabajar. Eso era todo. Los presos se deshidratan y caen al agua sin voluntad para levantarse. Los guardias golpean con las peñillas y las culatas de los fusiles. Veinte casos de tifus que no nos atrevemos a declarar para que no los aíslen y los dejen morir en una enramada.

—¿Y la inundación? —pregunta José Rojas.

—¿Y la comida? Nos estamos muriendo de hambre... —dice Manuel Salazar.

—Primero el trabajo forzado... y los maltratos y las plagas... y el teniente Ramírez... Payares, Martínez...

Con un trozo de lápiz trato de escribir. "Señores miembros de las Naciones Unidas..." ¿Honorables o Distinguidos Señores? Me pregunto, desesperado. El viejo José Martín comprende las dificultades.

—Es el hambre... nos ha embrutecido... Escribe: "Distinguidos Señores"... Eso no tiene importancia...

Tiro el lápiz y el trozo de papel.

—¿Paña qué? —digo—. Nadie oye estas cosas...

Me miran en la oscuridad.

—Hay que escribirlo —dice José Martín suavemente—. Nadie oye, pero hay que escribirlo.

Guillermo Pérez y yo quedamos solos en el rancho. Nosotros debemos redactar el informe.

—¿Quién hará caso a la denuncia de unos pobres presos de una isla del Orinoco? —digo con amargura.

Guillermo Pérez no dice nada. Quedamos en silencio un largo rato. El agua corre debajo de las tablas.

—Nadie conoce a Guasina —dice Guillermo Pérez—. Cada preso tiene una visión parcial... el trozo que ha vivido solamente... Con ustedes ha sido distinto...

Lo dejo hablar. Manuel Salazar le había dicho en otra discusión:

—Sí, Guasina era peor antes... era la muerte...

—Sigue siendo la muerte, pero ahora es menos violenta y rápida —respondió Guillermo Pérez.

Hablaba lentamente en la oscuridad. Quizás como si se tratara de un testamento.

Fuera de las barracas y la gabarra del comando no había nada en Guasina. Las barracas cubiertas de malezas y fango. Todo lo construyeron los presos. Rehabilitaron las barracas, construyeron los caneyes, los depósitos, las garitas, extendieron los alambres, los puentes, un pequeño embarcadero en el río. Juan Manuel Payares, Alfredo Martínez, director y subdirector de Guasina, acompañados por el teniente Pedro Antonio Ramírez³⁶, jefe de la Guardia Nacional, y Toribio Alfonso Filibet, jefe de S. N., disponían los trabajos y castigos. Organizaron los presos en cuadrillas de trabajo. Cuadrillas de carretillas, de puentes, de pesca, de agricultura, de carpinteros, de caleta, hacheros, paleros, albañiles. Todos los trabajos imaginables. A los dos meses de llegar a la isla los presos andaban harapientos y semidesnudos. Consumidos por la disentería y el hambre. El teniente Pedro Antonio Ramírez, desde una garita del comando vigilaba con unos binóculos y mandaba a castigar hasta el desmayo a un preso que descansara unos instantes. Con los mismos binóculos miraba las moscas en la pared. Las moscas en celo. Y salía de la

36. Teniente Pedro Antonio Ramírez, andino del Estado Táchira, 36 años, sargento ascendido a oficial en 1946. Primer Jefe de la Guardia Nacional del campo de concentración, considerado por los presos como el terror vivo de Guasina. Se complacía en mandar a golpear a los secuestrados con la peñilla y en ordenar castigos para presenciarlos. Después de una discusión por dinero expulsó a los directores del campo de concentración y suspendió por una semana el trabajo forzado, pero Payares y Martínez lograron su destitución. El teniente Quiroz Valderrama fue su reemplazo.

gabarra a ordenar castigos. Algunos presos pierden la razón y deambulan por los campos de trabajo. Los guardias los golpean para devolverles el juicio. A Luis Aguirre lo golpean dos guardias alrededor de toda la isla hasta que cae sin sentido en la arena. Nadie podía estar enfermo. Los enfermos vienen en el segundo grupo.

Los presos fabrican sombreros de trapos, de cartón, de paja, de ramas verdes. El sol quema. La sangre asoma por la nariz. El teniente Ramírez un día llega hasta los presos y suspende todos los trabajos.

—Se acabó el trabajo forzado...

Ha discutido con Payares y Martínez por la repartición de las ganancias y el presupuesto. Payares y Martínez han vendido el maíz, los frijoles y el cacao que recogen los presos. Discuten. Ramírez no está conforme. Payares y Martínez abandonan la isla por unos días. Destituyen a Ramírez.

—El terror de los presos —comenta Guillermo Pérez.

Llega otro teniente, de apellido Quiroz.

—Este mismo que los recibió a ustedes...

Mueren de tifus Santiago Díaz, Cosme Damián Peña y Mamerto Chacón.

Es casi de madrugada. Guillermo Pérez me dice:

—Sin embargo, eso no es un informe tampoco... ¿Cómo hacerlo y que se entienda?

—Quizás un inventario escueto y simple...

Salimos del rancho. La recorrida nos encuentra.

—¿Dónde estaban? —preguntan.

—En el excusado...

Las estrellas se reflejan nítidamente en el agua.

11. El sargento Rangel toma el machete de mis manos como había hecho otro día con la pala.

—Hay que dejarle juego en la mano... —dice.

La selva es tupida y húmeda. El machete cae con precisión en los arbustos. Trepadoras tejidas y entretejidas como una red. Las plagas pican en la cara y los brazos. El sargento penetra un buen trecho en la selva. Abre una senda de dos metros de anchura. El uniforme se le mancha de sudor en la espalda. Un guardia vigila sentado en un tronco a la entrada del monte. —Hay que dejarle juego en la mano... —repite el sargento Rangel cuando me devuelve el machete—. Ustedes no tienen por qué saber esto...

Esa mañana, antes de salir el sol, tocaron la campana y los pitos.

—Formación para trabajo...

Los presos formamos las columnas dentro de las cercas de las barracas. Martínez caminaba de un extremo a otro con la lista en la mano.

—Oído al personal... los castigados aquí —un cabo de la Guardia Nacional describe un semicírculo con la peinilla en el agua.

José Rojas, Jesús Alberto, Manuel Salazar, José Martín, Guillermo Pérez, Pablo García y yo salimos de las columnas y caminamos hasta el círculo imaginario.

El cabo grita de nuevo:

—Los macheteros...

Algunos campesinos salen de las columnas. Presos viejos de las antiguas cuadrillas de trabajo.

—Se necesitan veinte macheteros —dice Martínez al cabo.

Completan la cuadrilla caprichosamente. Martínez mira a los hombres en las columnas. Toca sus brazos.

—Salga —dice.

Nos conducen hasta la gabarra del comando. Embarcamos en una lancha. El sol empieza a teñir de violeta las nubes más altas. Los guardias toman posiciones en la proa y en la popa.

—A Sacupana —grita el sargento Rangel, y guiña un ojo. Pablo García me da con el codo.

—Guiñó un ojo —dice.

—Sí —respondo.

Las olas golpean en el casco de la lancha. Verdes en todos los tonos a la orilla. En el faro 42 gira una luz roja sin interrupción. Guasina se pierde, oscura y distante.

Frente al faro la lancha enfila hacia un pequeño pueblo. Las casas chatas, pintadas de blanco y rojo, aparecen débilmente en la otra orilla. Un pequeño edificio de ladrillos, un corredor de tejas, algunos ranchos de palma. Un barranco empinado hasta la montaña. Más lejos Imataca, como una mancha oscura.

La lancha atraca en un corredor de zinc sostenido sobre troncos labrados. Las paredes blancas, descascaradas en algunos sitios. Una mujer de edad se asoma a la puerta.

—Buenos días, doña Julia —grita el sargento Rangel.

—Buenos, sargento... —responde la mujer.

Desembarcamos en el corredor. Los guardias nos indican la calle. La mujer nos mira con curiosidad.

—Buenos días —decimos a coro.

—Buenos días —responde la mujer tratando de mirarnos la cara.

—Formación... —grita el distinguido Baute.

En columna de a uno subimos una cuesta empinada. Las piedras resbalan debajo de los pies. Las casas a lado y lado. En una de ellas una tabla con una inscripción reciente:

“Calle 4 de Agosto”.

Más tarde la gente del pueblo informa:

—Antes se llamaba “18 de octubre”.

Subimos hasta el final de la cuesta, donde comienza el monte. Los perros ladran débilmente en las puertas de las casas. Los guardias arrastran las peinillas en las piedras y los animales huyen asustados, ladrando.

—Hay que limpiar todo esto —grita el distinguido Baute, y describe una curva en el aire con la peinilla.

Reparten los machetes. Nos miramos en silencio. En pocos minutos los campesinos nos dejan atrás. El distinguido Baute grita. Seguimos lentamente sin hacer caso. Nuevas bolsas de agua salen en las manos, en donde roza la empuñadura.

Sale el sol. El monte brilla. Uno de los campesinos trae agua en un balde.

—No se embuchen —dice—. Porque no pueden trabajar después...

—Diles a los compañeros que trabajen poco a poco...

—Los guardias gritan...

—No importa... esto no es una tarea... Ellos gritan... cada uno de nosotros tiene un machete en la mano... Poco a poco, compañero —insiste Manuel Salazar.

—Que simulen estar cansados... débiles por la disentería y el hambre —dice Guillermo Pérez.

Dan hachas a los campesinos. Las hachas suenan acompasadamente sobre los grandes árboles. Los mosquitos atacan en oleadas. En la cara, en los brazos, por encima de la ropa pican sedientos. Hacemos una fogata de hojas y ramas secas. El guardia queda atrás sentado en un tronco. Llegamos a un claro debajo de los árboles. Nos turnamos haciendo ruido con los machetes y vigilando la senda.

—¿Desocuparían el pueblo para traernos? —pregunta José Rojas.

—No creo... —dice Guillermo Pérez.

—Quizás para guardar las apariencias... y evitar el contacto con la gente...

—¿Apariencias a esta distancia de Caracas?... ¿para qué? —digo.

—El pueblo parece desierto... Sola la señora Julia... y los perros hambrientos en las calles...

Un ruido de hojas secas cortó la conversación. Manuel Salazar llevó el índice a sus labios. Todos miramos hacia el monte tupido.

—¿Una culebra?

—Algo más grande... Las culebras no hacen ruido...

Guillermo Pérez tomó una rama entre sus manos. Las hojas apenas titilaban. Cortábamos los pequeños arbustos y lianas sin dejar de mirar el lugar de donde provenía el ruido. De pronto, en un solo instante surgió una carita mugrienta y oscura. Un niño

indígena nos miraba tímidamente. Brotaba de las hojas y los tallos. Desnudo. En las manos, una jarra de aluminio y un vaso. El abdomen voluminoso y veteado.

—¿Ustedes son presos? —preguntó con acento lleno de miedo.

—Sí... —dijo Manuel Salazar—. No tengas miedo... Yo tengo un niño como tú... muy lejos...

—Mi mamá le manda... —y extendió la jarra y el vaso. Era café. Aún estaba caliente.

—¿Cómo se llama tu mamá?...

Me vio y bajó los ojos hasta el suelo. Con los pies removía las hojas secas.

—¿No quieres decir porque tienes miedo?...

Levantó los ojos y dijo el nombre de la madre.

—Esta puede ser la vía —dije a José Rojas en voz muy baja.

Con esta gente podemos romper la incomunicación, pensé. Una carta a Carmen. Una simple nota. Estamos vivos... necesitamos ayuda...

Seguí adelante con mi proyecto.

—Dile a tu mamá que venga mañana a esta misma hora... Tenemos que hablar con ella... No se te olvide...

Busqué en mis bolsillos para darle algo. Un trozo de lápiz, una bola de savia sólida y pegajosa para chupar, un clavo. Saqué la bola de savia y se la di.

Repetí varias veces el mensaje. Sin hacer ruido se perdió entre las hojas.

—Bueno, hay gente aquí —dijo Manuel Salazar.

—¿Crees que sirva?...

—Yo creo que sí... nada se pierde con probar. Mañana quizás viene la madre.

A mediodía tocaron los pitos. Salimos del monte. Nos condujeron a una casa grande, desocupada.

—Aquí será el comando —dijo el sargento Rangel a los guardias para que nosotros oyéramos—. Los dueños se fueron del pueblo... Muchas familias se han ido a Buena Esperanza y El Sargento...

Dos presos viejos habían preparado un caldo de morocoto desecado. Comimos una pequeña ración cada uno.

—Hora y media de descanso, resabiados... —dijo el distinguido Baute—. No rinden nada...

Nos acostamos en el suelo. Alguna gente del pueblo pasaba por la puerta y trataba de ver en el interior. El corredor de la casa, sin paredes, era bastante ventilado. Al fondo un gran patio sembrado de guayabos y caimitos. Dos niños llegaron vendiendo cachapas y pescado. Los guardias compraron. Los niños nos miraban con los ojos muy abiertos. Uniformes amarillos, uniformes verdes. Uniformes amarillos acostados en el suelo con los sombreros sobre el rostro.

—Esto es para ustedes —dijo el distinguido Baute—. Mientras más rápido terminen... más rápido salen de Guasina... Aquí se hará el campamento.

Un anciano encorvado y harapiento, de rostro amarillo y arrugado, sale del interior de la casa. Baute se interpone con la metralleta en la mano:

—¿Qué hace usted aquí?

—Aquí duermo...

—Pues hasta hoy dormía... mañana no lo quiero ver aquí... Este es el comando de la Guardia Nacional.

El viejo se devolvió sin decir una palabra y regresó luego con su hamaca y mosquitero en los hombros.

—Este es el comando, viejo —dijo Baute con voz más suave.

Los niños volvieron con otros niños, y se quedaron. Los guardias les decían:

—¿Tienes hermanas? Si no tienes hermanas, desocupa...

—¿Tu hermana es bonita? —pregunta Baute, y nos miraba a nosotros.

Los niños no respondían. Daban vueltas alrededor de nosotros y regresaban a la calle.

Un hombre de edad llegó vendiendo sombreros de paja.

—Yo soy el comisario de aquí —se identificó ante los guardias.

—¿De aquí se fueron las mujeres? —preguntó Baute.

—Algunas se fueron a Buena Esperanza... pero quedan...

Tocaron los pitos. Regresamos al monte. Una tempestad amenazaba muy cerca. El cielo se quebraba en los relámpagos. El monte, oscuro y silencioso. Los insectos volaban en todas direcciones.

El sargento Rangel caminaba por todo el pueblo. Se sentaba en algunas casas y conversaba con las mujeres. Los hombres estaban pescando. Luego regresaba hasta el lugar de trabajo. Pablo García hablaba con él en voz muy baja debajo de un árbol.

—El sargento dice que aquí será distinto... hay un pueblo —decía Pablo García—. La gente no quiere nada con la guardia... Antes confinaron a los españoles aquí... algunos se quedaron viviendo en Buena Esperanza...

—¿Qué españoles? —preguntaba Jesús Alberto.

—Los indocumentados que llegaban a La Guaira en pequeños barcos. Primero en Guasina, luego aquí...

—Las tumbas que hay en Guasina son de ellos... —dijo Guillermo Pérez.

En la tarde formamos una columna en la calle principal, la calle de la cuesta. El número pasa de boca en boca hasta el 27. Las mujeres y los niños se asoman a las puertas de las casas.

El niño que vendía pescado obsequia a los presos las raciones que no logró vender.

Los guardias no dicen nada. Baute grita:

—En marcha... a la lancha...

Pasamos de nuevo por el corredor de zinc. La mujer de edad está asomada a la puerta. El sargento se levanta de la silla. En la esquina un cartel: "Correos". Los presos pasamos:

—Buenas tardes —decimos a coro.

La mujer que mira en la calle, responde:

—Buenas tardes... —las voces se pierden con el ruido de la lancha.

En el faro 42 gira la luz roja sin interrupción. Nubes de un rojo intenso aparecen en el oeste. Las olas se levantan y salpican la cara. Sacupana se pierde, pequeña, en una vuelta del río.

—De que hay mujeres... hay mujeres... —dice Baute.

Los presos miramos el horizonte en silencio.

12. Llegamos a Guasina en la noche. Los presos nos rodean nerviosos. Hay un ambiente de intranquilidad. El día ha sido terrible.

—Se va a construir un nuevo campo en Sacupana —informamos.

Las esperanzas de salir del Delta del Orinoco se desvanecen. Sin embargo, algunos esperan la llegada de los cocineros del comando para interrogarlos. Los cocineros siempre oyen los comentarios de Payares, Martínez y el teniente Quiroz. Y por eso constituyen una buena fuente.

—¿En Sacupana? ¿Y eso no está inundado? —dicen.

Explicamos. Se trata de un pequeño pueblo en tierra firme. Cuando el río crece forma una isla. Pero no se inunda. La gente es buena.

—Sacupana es un paso hacia la liberación... —afirma José Rojas.

—Aquí se habló de una cárcel nueva en Barrancas y otra en Maturín...

Esa noche no se comenta otra cosa. El humo de las fogatas molesta en los ojos.

—Vamos a salir de aquí. Eso es lo importante... Sacupana será otra cosa... —digo.

El viejo Colina me lleva al rancho de los corianos.

—Siéntese —me dice—. Le tengo un poquito de café...

Quedamos solos. Nadie entra al rancho. Parece un acuerdo entre ellos.

—¿No se puede hacer nada? —interroga—. Ya estoy viejo, pero todavía soy un hombre de paradas...

—Desde que llegamos tratamos de hacer algo, viejo... —respondo espantando las plagas.

Lentamente me cuenta los sucesos de Guasina ese día.

—Un día terrible...

La guardia entró en el caney de los enfermos y sacó a trabajar a todos los que podían caminar. A los enfermos que no podían levantarse, los golpeaban con las peinillas para com-

probar si era cierto. El guardia Centeno³⁷, con sus botas altas entraba al agua y pasaba corriendo la peinilla de punta en las espaldas de los presos. Hacía una raya en la carne de la cadena humana. Obligan a formar las columnas de la comida frente a la cocina, con el agua a las rodillas. No permiten a nadie entrar a descansar a las barracas y los ranchos.

—Un día terrible... hay que hacer algo...

Luis Ramos entra al rancho.

—Tengo que contarte algunas cosas.

Se sienta en las tablas del piso.

El cabo y los dos soldados del Batallón de Ingenieros terminaron las carpas. El cabo Morales dijo que sería la enfermería. Ya el agua está por encima de las tarimas en el caney.

—El cabo del Batallón de Ingenieros ha preguntado por ti. Parece que se van mañana.

Al guardia Valdez lo sacaron del calabozo para meter a un preso. El negro recorrió las barracas y los ranchos. Viste una vieja braga de mecánico.

—Ya no soy guardia —dice—. Me voy mañana para Caracas. Algunos presos le dan sus direcciones. Otros escriben y le entregan las cartas.

—Para Caracas, muchachos... Algún día nos veremos... —dice el negro con cierta tristeza.

La inundación es completa. Sólo quedan dos barracas y el montículo de la bandera como islotes diminutos. En el día los guardias han hecho construir puentes en todas direcciones. Un largo puente al comando, otro a los depósitos, entre las barracas, hasta las garitas. Ordenan sacar las cercas. Los presos trabajan con el agua al pecho. Los enfermos caen desmayados.

—A Pastor, un obrero evangélico de cierta edad, lo han plañeado tres veces hoy. Parece loco.

37. Luis Centeno, nativo del Estado Bolívar, 25 años, cabo de la Colonia penal de El Dorado, donde perdió las jinetas después de golpear a cuatro reclusos comunes hasta matarlos. Como Guardia Nacional raso en Guasina y posteriormente en Ciudad Bolívar, se dedicó a planear a los presos para recuperar sus presillas. Fue el más cruel de todos los Guardias Nacionales y Oficiales de S.N. que actuaron en ambos penales.

—Hay que llevar un diario —dice en todos los grupos—. En Egipto llevaban un diario...

—Los guardias lo golpean para que explique eso de Egipto... Yo no creo que esté loco... yo llevo un diario...

—Eso es la Biblia... —afirma el viejo Colina—. —Una vez se me volvieron locos dos marineros.

A veces agrega con los ojos en blanco:

—“Nosotros somos esclavos también”... debe ser la Biblia. Está en el calabozo donde tenían a Valdez... Desde el calabozo grita... siempre lo mismo... “Nosotros somos esclavos en Guasina”.

—¿Tú tienes un diario? —pregunto a Luis Ramos.

—Bueno, un diario no... anoto algunas cosas... pero nunca refleja la realidad.

Saca de su bolsillo unas hojas arrugadas y empieza a leer.

“Desde que llegamos, los comunistas hemos formado un “economato”. La gente de A. D. está organizada en cooperativas de cinco y diez compañeros. De la Cárcel Modelo traíamos algún dinero. Aquí puede comprarse en una bodega que llaman “La Cueva del Humo”, propiedad de Payares y Martínez, donde el dinero se esfuma como el humo. Parte de la gente de Acción Democrática está dispuesta a integrarse a un gran economato para “compartir el hambre”, como dicen, pero otros se han negado”.

—Ahí no dice nada del hambre —señala el viejo Colina.

—Es cierto. Yo creo que debes empezar por señalar el hambre como elemento de tortura.

—Claro, claro... —dice el viejo Colina.

—Lo voy a agregar —dice Luis Ramos con timidez.

“Nos regimos por algo que llamamos “el comunismo de guerra”. Todo es colectivo. Formamos comisiones de comida, sanidad, educación, disciplina y enlace con la gente de A. D. El trabajo es duro, pero obedecemos a una disciplina propia, junto con la gente de Acción Democrática”.

—Es imposible contar caso por caso. Anoto solamente algunas cosas que se me ocurren en el día...

—Esto no es trabajo... es una forma de torturarnos y aniquilarnos lentamente —comenta Colina.

“Los presos viejos dicen que nos dejarán escribir a los familiares después de quince días en la isla. Sin embargo, otros creen que lo permitan antes, para que pidamos dinero y lo gastemos en “La Cueva del Humo”. No se puede escribir “Guasina”. La carta debe encabezarse así: “Colonia Sacupana”. Tampoco se puede decir enfermedad, tifus, paludismo, medicinas, etc... Los presos, para pedir medicinas, escriben: “mándenme unas muestras médicas”. La familia comprende. Las cartas no deben pasar de veinticinco palabras. Pero muchas no llegan. Los presos viejos dicen que en ocasiones encontraban en la playa las cartas que habían entregado el día anterior. También encontraban mensajes angustiados de los familiares. La muerte de la madre de Alamo, un preso del segundo grupo, pudo saberse cuando encontraron volando en la playa el recorte de prensa donde se invitaba a su entierro. Fue una cosa horrible para Alamo. Los demás presos pensaban encontrar un día en la playa una noticia parecida.

—Ayer dijeron que podíamos escribir el sábado —informa el viejo Colina—. Quince palabras. Un telegrama.

“Antonio López y *el Caballero* entraron a la cuadrilla de leñadores y pudieron penetrar al cacaotal —hay un viejo cacaotal inundado en la isla—. En la tarde trajeron cacao que procesamos para hacer chocolate. Eso está prohibido, según dijeron los presos viejos, el cacao se pudre, ahora. Antes había una cuadrilla encargada de recogerlo. Los requisaban a la entrada y a la salida del cacaotal como en las minas de oro. Después Payares y Martínez lo vendían”.

“Luis Bergolla está mejor. En la noche canta canciones con nosotros en el rancho del “economato”. Ve el retrato de mi novia y dice que se parece a una hija suya. Después del trabajo, talla paisajes y los nombres de su mujer y sus hijos en conchas de jobo. Nosotros también labramos las conchas de jobo. Miniaturas en alto relieve de la isla y sus instalaciones. Algunas son feas y toscas, pero uno se distrae y se olvida momentáneamen-

te del campo de concentración, el hambre y el trabajo forzado”.

—Parece cursi... pero es la realidad... En una hoja aparte anoto los castigos, las enfermedades, los nombres de los guardias nacionales... Los presos viejos me han contado cómo murieron Santiago Díaz, Cosme Damián Peña y Mamerto Chacón³⁸. “Hoy, la gente de A. D. repartió a todos los presos un vaso de avena. Manuel Salazar me informó que tienen dinero para repartir avena todos los días durante un mes. También me dijo que habían colectivizado las medicinas. Y que pueden llegar a formar más adelante un economato con todos los presos o la mayoría de ellos. Le informo al viejo Martín y él no cree. Tienen muchas contradicciones, dijo...”

—No hay nada más... son tonterías... Nunca llega uno a reflejar la realidad...

—Es muy importante —afirmo—. No es un informe para las Naciones Unidas, pero es muy importante... Debes continuar y esconderlo bien. Pueden encontrarlo en una requisita...

—Yo lo escondo bien... pero no vale la pena. Al viejo Martín tampoco le gusta... le falta emoción. En cualquier parte puede escribirse lo mismo...

Seguimos en silencio un largo rato. Oímos los pasos de los presos en el agua. Palmadas en el cuerpo. Ruido de plagas. De pronto, golpes en las tablas del calabozo. Una voz terrible rompe el silencio:

—Nosotros somos esclavos en Guasina... —grita Pastor.

—Es la Biblia... —repite el viejo Colina.

—Guardia... —grita un cabo—. Haga callar ese preso.

—Está loco, mi cabo...

—Póngale una mordaza...

—Nosotros somos esclavos en Guasina...

38. Rafael Mamerto Chacón, militante del Partido Acción Democrática, detenido en Valencia, Estado Carabobo, y enviado al campo de concentración en el segundo grupo. Desde su llegada sufrió de disentería. Murió de un síncope cardíaco el 10 de junio de 1952.

13. Seleccionan cien presos para trabajar en Sacupana. Martínez palpa los brazos. Cuando alguien se mira distraído los pies en el agua, Martínez lo tira del mentón para levantarle la cara.

—¿Usted como que está resabiado?...

Juan González se mira los pies en el agua. Alto, huesudo, quemado, se destaca en la columna. Habla poco. Nadie sabe nada de su prisión.

—Vino con los presos de Trujillo... —me había dicho el viejo Martín en el barco.

Martínez lo observa un rato. Juan González, indiferente, sigue mirando el agua a sus pies. Martínez llama a Centeno y otro guardia desdentado. Hace un gesto. Centeno levanta la peinilla hasta el mentón. Juan González los mira.

—Usted... —dice Martínez.

—Yo no trabajo...

—¿No trabaja? —grita Martínez con ironía.

—Yo no soy esclavo...

Centeno golpea con la peinilla. Juan González le arrebató la peinilla y la tira al agua.

—Yo no soy esclavo... —repite.

Los presos se apartan. Martínez corre y regresa con nuevos guardias. Juan responde los golpes de peinilla con los puños. Tira los brazos a la cara, al pecho, en todas direcciones. Parece ciego. Sangra. El uniforme se le tiñe de rojo en varios sitios a la vez. ¿Cuántas veces cayó y se levantó de nuevo, tratando de apartar los aceros del cuerpo?

—¿Lo van a matar en presencia de nosotros? —pregunta en un hilo de voz Manuel Salazar.

Lo dominan y atan de una cuerda. Está inconsciente. Dos guardias lo arrastran por el agua tirando de la cuerda. Lo conducen hasta la garita donde está el calabozo de Pastor. Una garita alta que se levanta sobre estacas. Los presos miramos en silencio. Martínez insulta, grita, maldice, se lleva las manos al revólver.

Dos guardias levantan a Juan González por los brazos. Otros dos lo amarran fuertemente a uno de los troncos de la garita. El agua le cubre parte de los muslos. La cabeza le cae sobre un hombro. ¿Está muerto?

Los guardias regresan enfurecidos. Golpean en la columna indiscriminadamente.

—¿La tortura no tiene fin? —me pregunto.

En grupos de veinte, abordamos las lanchas. Manuel Salazar mira hacia atrás constantemente.

—¿Estará muerto? —pregunta.

A lo lejos oímos la voz de Pastor:

—Nosotros somos esclavos en Guasina...

Las aguas corren en silencio debajo de los puentes primitivos.

—Yo no trabajo... Yo no soy esclavo...

—Es Juan González... No está muerto... —dice Manuel Salazar.

—Nosotros somos es...

—Yo no soy esclavo en Guasina...

Y la lancha se aleja por el río.

III

I. Con grandes esfuerzos me desplazo en la cubierta del barco. Arriba, sobre los camarotes, un guardia armado de ametralladora camina de un extremo a otro. Cada cierto tiempo se detiene y mira hacia abajo. Nada sospechoso. Uno al lado del otro, los presos duermen o aparentan dormir tranquilamente. Ciento treinta hombres uniformados de amarillo. Las estrellas titilan entre las nubes. En Sacupana los perros ladran incansablemente. Espero a que el guardia gire y vigile al otro lado del río. Salto uno o dos cuerpos de mis compañeros. Uno se incorpora asustado.

—Soy yo... Debo llegar al otro extremo...

Me miran sin comprender. Y tratan de reanudar el sueño. Oigo un instante. Los pasos del guardia se alejan.

—Mira al río o la otra cubierta —me digo.

Y salto otros dos cuerpos.

Debo llegar al otro extremo, al pie de los camarotes. Un compañero grita cuando caigo a su lado. El guardia interrumpe sus paseos y gira con el arma en posición de tiro.

—¿Qué pasa allí? —pregunta y recorre con su mirada y su arma toda la cubierta.

—¡Una pesadilla! —digo con cierta naturalidad.

—¡Silencio!...

Otros se han despertado, miran al guardia y todo queda en silencio de nuevo.

Tiemblo un poco. Espero unos segundos. Estoy a mitad de camino sobre una lona. Despide un vapor húmedo y caliente. Un vaho de alquitrán y suciedad. Miro al pie de los camarotes. El teniente —un preso³⁹— y Manuel Salazar, apoyados sobre

39. Raúl Oviedo Rojas, 38 años, teniente retirado, nativo de Campo Elías, Estado Yaracuy. Egresó de la Escuela Militar, Promoción "Bolívar", el año 1939, con el grado de subteniente. Sometido a prisión en varias cárceles y fortalezas del país, por último fue detenido en mayo de 1952 y enviado a Guasina en la bodega del *Guayana*, el 25 de julio del mismo año. Sujeto a rigurosa vigilancia en los campos de concentración de Guasina y Sacupana, ello no fue obstáculo para que estableciera fuertes nexos de amistad y colaboración con todos los secuestrados políticos.

unas tablas, simulan dormir profundamente. Nuevamente me desplazo. El guardia sigue su ronda normal. Una nube oculta las estrellas. Los pasos se interrumpen de pronto. Habla con alguien al otro lado de la cubierta.

—¿Otro guardia? —me pregunto.

Dos marineros suben al techo de los camarotes con un reflector. —¡Aquí!... —dice uno.

El guardia aprueba con un gruñido ronco y espeso como un golpe de viento en la lona.

Los marineros instalan el reflector y se retiran. El guardia se cuelga en sus hombros la ametralladora e ilumina a los presos en cubierta. Quedo boca arriba sobre la lona. La luz pasa sobre mi cuerpo. Un movimiento nervioso recorre mis extremidades. Dejo de respirar un segundo. Abro los ojos. El guardia abandona el reflector y reanuda los paseos. Reptando me desplazo un largo trecho. Siento ganas de correr y terminar de una vez, pero me contengo. Los compañeros están despiertos, abren un ojo y me miran pasar. Algunos me indican un lugar a su lado. El guardia silba. El viento silba también entre las rendijas de los camarotes.

Manuel Salazar se incorpora. El teniente me señala un espacio entre ellos. Pese a la oscuridad, distingo perfectamente sus ojos en la noche. El teniente se acaricia la barba silenciosamente. Indico al guardia con la cabeza y me llevo la mano a los labios.

—Esta noche no se puede... —digo en un susurro.

—¿Cómo? —pregunta el teniente.

—No se puede... Los marinos dicen que no se puede... esta noche.

—¿Nos descubrieron?

—¡No!...

—Pero hay un solo guardia arriba...

—Dos lanchas artilladas están ancladas a la vuelta... Mañana hablaremos...

El reflector pasa una y otra vez sobre los cuerpos en cubierta. Nos acostamos y quedamos en silencio.

2. Esa mañana trabajábamos cerca del cementerio de Sacupana. En un terreno rocoso y duro abríamos profundos huecos para letrinas. La tierra roja parecía impenetrable. La piqueta penetraba apenas unos centímetros. Sin embargo, estábamos a dos metros de profundidad.

Martínez, con su séquito de S. N., había trazado un rectángulo en la superficie con una peinilla.

—Aquí serán las letrinas... cerca del cementerio... Es lo más higiénico...

Todos sonrieron entonces. Dio unos pasos alrededor, mirando críticamente sus trazos.

—Tres metros de profundidad —agregó—. La tierra es dura aquí... no habrá derrumbes...

Siempre con la peinilla grabó dos rectángulos más.

—Que pongan la tierra a un lado y las piedras al otro...

Empezamos a cavar. La primera capa de tierra blanda. Luego la tierra roja empezó a brillar con el sol. Los niños del pueblo ayudaban a sacar las piedras. Las madres miraban angustiadas desde las casas próximas, pero no decían nada. En una semana estábamos a dos metros de profundidad. Una mezcla de sudor y tierra pega la ropa a la piel. Bebemos agua y nos mojamos la cabeza y la espalda para soportar el calor. El sol ilumina en triángulos rojos las paredes del hoyo.

Martínez había dicho:

—Después cargarán la tierra en las carretillas... Siempre habrá trabajo...

Nos alternamos con la piqueta y las palas. El guardia Laya se asomaba a los bordes del hueco, miraba el movimiento lento y se alejaba en largas caminatas por el pueblo.

—Debe estar enamorado... —decía el teniente preso, asomando su barba enmarañada desde arriba.

—Es bueno... quiere dejarnos solos... —decía Pablo García desde abajo.

—Es de los pocos que me ha dicho que sirvió conmigo...

—agregaba el teniente.

El día anterior una piedra había caído desde arriba en los pies de José Rojas. Un grito de sorpresa y dolor. El guardia se asoma con el arma en las manos.

—¡Un accidente! —grita Manuel Salazar.

—¡Súbanlo!...

Sosteniéndolo por los brazos, trepamos los escalones que hemos abierto en un costado.

—Llévenlo al embarcadero... vamos a mandarlo a Guasina —dice el guardia.

Dejamos a José Rojas en el embarcadero y regresamos. El sargento Rangel nos ayuda a amontonar las piedras lejos de la orilla.

—Pudo ser en la cabeza —comenta—. O una piedra mayor...

Una fractura aquí es peligrosa...

Un guardia llega con el teniente preso.

—Por el accidentado... —dice.

El teniente espera que el guardia se aleje.

—Estaba cargando piedras en Guasina...

Una comisión de Guardias Nacionales y S. N., encabezados por Martínez, llegó gritando al depósito de piedras.

—¡Ese que llaman el teniente!...

El teniente preso lo miraba de arriba a abajo.

—Para Sacupana... —gritó Martínez con rabia.

—Y aquí estoy con ustedes —concluyó el teniente.

—Con los castigados... —agregó Manuel Salazar.

—Con los castigados... —repitió el teniente.

El teniente había llegado con nosotros a Guasina. Una noche habló con Manuel Salazar en el barco.

—¿Ustedes han planificado algo? —preguntó.

—De eso se trata... —respondió Manuel Salazar.

—Yo me someto a la disciplina... Trátenme como un preso más.

Bajó al fondo del hueco, me quitó la piqueta y me dijo:

—Aquí se puede hacer algo concreto.

Miro su rostro. La barba ensortijada y negra. Escasa en algu-

nos lugares. Los ojos inquietos. El mismo día de nuestra llegada a Guasina había dicho al Jefe de la Guardia Nacional:

—Yo no me corto la barba, teniente...

El teniente Quiroz lo miró inquietamente.

—Déjesela... —dijo entre dientes.

Ahora estaba en el fondo del hueco.

—Sí, se puede hacer algo concreto... —dije.

Subí a la superficie a descansar de la piqueta. Los niños me dieron agua. Mientras bebía, miraba hacia el cementerio. Doña Julia venía por el camino. Simulaba recoger algo y miraba en todas direcciones. Traía una rama seca entre las manos.

—¿No oyeron? —preguntó.

—No... —respondo.

—Llegó un barco... El *Trujillo*... Parece que trae gente...

Está anclado frente a Sacupana...

A grandes pasos se alejó del hueco. Dos guardias que vigilaban debajo de un árbol la saludaron amistosamente.

Bajé los escalones de dos en dos.

—Llegó un barco... El *Trujillo*... Parece que trae gente...

—repetí.

—Esa puede ser nuestra oportunidad... —dijo el teniente tomándose la barba.

—Puede ser nuestra última oportunidad... —comentó Manuel Salazar.

Ronco y distante oímos el pito del barco. El guardia Laya se asoma a la orilla y grita:

—¡Formación! En la calle "4 de Agosto"... frente al comando...

3. Formamos una larga fila frente al comando, en la calle "4 de Agosto". Desde allí podemos ver el barco anclado en medio del río. Algunos presos no pueden ocultar la alegría. Uno dice a mi lado:

—Puede ser la libertad...

—Las elecciones —comenta otro en voz muy baja.
—No pueden hacer las elecciones con Guasina abierta... como una llaga...

—¡Silencio!... —ordenan los guardias, blandiendo las peñillas.

—De aquí a Caracas... —dice otro.

Martínez se pasea a lo largo de la columna, rodeado de oficiales de S. N.

—Hay que descargar el barco... —comenta para sí y para su gente.

—¿Mucha carga? —pregunta uno.

—Un edificio completo... —responde Martínez. El capitán dice que no puede llegar a la orilla...

Tomo el brazo de Manuel Salazar.

—Subimos al barco... —digo sin mover los labios—. Dile a Pablo y al teniente...

Forman cuadrillas de veinte hombres. Manuel Salazar, el teniente y yo quedamos en la cuadrilla del barco.

—Trabajo en la bodega —dice el guardia—. ¡Seguirme!...

Caminamos en fila india hasta la orilla. El guardia nos indica un bote.

—Diez primero... los demás después...

Entramos al bote. Pablo García nos mira y se encoge de hombros desde su cuadrilla. Deben construir dos balsas con pipotes vacíos para cubrir la distancia entre el barco y la orilla. Dos hombres tiran de un cable para desplazarse. Pablo García había intentado integrarse a nuestra cuadrilla.

—Soy estibador... —dijo al guardia.

—Ya está completa la cuadrilla... —respondió el guardia, y le dio la espalda.

—Quizá es mejor así... —digo al teniente.

Cuando llegamos al barco, el guardia nos indica una escalera de metal que baja a la bodega. Estructuras de acero para un edificio, gran cantidad de cemento, planchas de zinc y asbesto, cajas de tornillos y remaches, palas, picos, carretillas, camas

y colchones para los guardias. Todo dispuesto con cierto orden. Los marineros nos ven bajar en silencio.

—Buenos días... —decimos.

Los marineros responden a coro. El guardia recorre la bodega y revisa los bultos sin interés. Empezamos a cargar el cemento en las mallas de las grúas. Una fina capa de polvo se extiende por toda la bodega. El guardia se sienta en los tramos centrales de la escalera. El guardia Laya se asoma en la boca de la bodega.

—Ya terminaron una balsa... te vas a asfixiar...

El guardia termina de subir las escaleras y se instala en la cubierta. Desde abajo sólo podemos distinguir el cañón de su metralleta.

Tiramos los sacos con intención para levantar una cortina de polvo a nuestro alrededor. La primera malla cargada de cemento se eleva por encima de nuestras cabezas. Oscila torpemente.

—Primer viaje... —grita un marinero. —Quítense de abajo... Nos dispersamos por los costados. Manuel Salazar se me acerca.

—Jesús Alberto conoce a un marinero...

—Habla con él...

—Hay una célula en el barco... ocho en total...

En la cubierta corren de un lado a otro. Gritos sueltos llegan a la bodega. Dejamos de trabajar. Miramos hacia arriba. El guardia Laya se asoma.

—Un accidente... uno de los presos cayó al agua...

4. Sigo a Manuel Salazar. El polvillo penetra por la nariz y los poros. Los marineros se cubren con pañuelos. Nos ocultamos en una brecha, entre sacos de cemento y planchas de zinc. El marinero me extiende la mano grande y callosa:

—Vásquez... —dice—. Aquí no pueden oírnos... dos marineros vigilan... Podemos hablar... un informe.

Arriba las planchas de cubierta como un techo. Filas intermi-

nables de remaches enmohecidos. Pintura hinchada en pequeñas bolsas. Nos encontramos en un sector oscuro donde la respiración es difícil y pesada.

Lo asedio a preguntas.

—Tengo más de un mes navegando —se excusa.

Habla de las elecciones.

—¿Hay elecciones? —pregunta Manuel Salazar.

—Todo gira alrededor de las elecciones... Una farsa...

Conversaciones con los partidos políticos legales. Diligencias para formar un frente encabezado por personalidades y notables del país. Conspiración y abstención. Denuncia de torturas y asesinatos en los mítines de la oposición. Secuestro y malos tratos de dirigentes políticos que protestan por el estado de cosas. Publicación de grandes documentos testimonios de la situación en Venezuela.

—Les daré uno donde se habla de la situación de ustedes...

—¿De nosotros?

—De Guasina... Todos los partidos políticos han tomado la bandera de Guasina...

—Es muy difícil que comprendan todo esto... —digo con amargura—. Un mapa colgado en el presidium de los mítines no dice nada de la inundación, el trabajo forzado, las enfermedades, los muertos, el hambre...

Sin proponérmelo, comienzo un informe de Guasina.

—Ya Guasina no es una isla... es un brazo del río...

Vivimos sobre estacas... camas sobre estacas... formaciones sobre estacas... Trabajo en el agua...

Como no podíamos trabajar todos en el agua, nos sacaron a Sacupana. En Sacupana hemos construido un nuevo campo de concentración. Dos caneyes inmensos y dos carpas del Ejército en cien metros cuadrados, cercados de alambre. Todo el pueblo es un campo de concentración. Sólo han quedado los viejos y los niños. Las garitas se levantan en las calles. Nadie puede transitar a determinadas horas de la noche. Los pescadores deben identificarse a la orilla del río. Prohibido visitar los muertos en el cementerio.

Hago un inventario a grandes rasgos.

—La gente no entiende... —y repito la frase de Nahmens en el barco: Uno habla de Guasina y la gente no entiende...

—Aún no se ha mudado el campo de concentración... Sólo trabajamos aquí... pero esta semana nos trasladan.

La gente de Sacupana se acostumbra. No es la primera vez que instalan en el pueblo un campo de concentración. Los viejos recuerdan cuando confinaron a los españoles indocumentados. Colaboran con los presos.

Al final sugiero vagamente:

—Aquí puede hacerse algo...

—Quizá éste es el momento... —agrega Manuel Salazar.

—¿Cómo? —pregunta con cierta inquietud el marinero Vásquez.

—Ya tenemos un barco... este barco...

—Hace tiempo hemos pensado en un barco... Habla con la célula.

5. Durante todo el día trabajamos en el desembarco. De Guasina traen más presos. Acordamos trabajar lentamente. Retardo, sabotaje, accidentes. El marinero encargado de la grúa tarda más de una hora arreglando un desperfecto de la máquina. Los presos de las balsas rompen dos veces el cable de desplazamiento entre el barco y la orilla. Las amarras de los pipotes de las balsas se aflojan cada dos horas. Los guardias gritan y amenazan solamente.

A mediodía los presos de las balsas y de la bodega comemos en el barco. Planificamos un trabajo más lento todavía.

—Retener el barco lo más posible... —decimos a los jefes de grupo.

El teniente preso ve la situación militar claramente.

—Sólo hay dos guardias en el barco... diez en la orilla... Tienen una lancha rápida aquí y otra en Guasina... Debe ser una acción simultánea.

No digo nada. Sólo hay una sonrisa nerviosa en mi rostro. Explica un largo plan.

—Podemos comprometer a los guardias... Ese Laya está aquí... ¿y el sargento?

El marinero Vásquez baja en la tarde a la bodega. Después de nuestra primera entrevista había desaparecido. Ha oído una conversación entre Martínez y el capitán del barco, y nos la revela con expresión nerviosa.

—Ustedes se quedan esta noche durmiendo en el barco... en la cubierta... Martínez no quiere perder tiempo mañana con los traslados de Guasina...

Llamo al teniente y a Manuel Salazar. El teniente sonrío maliciosamente. Manuel Salazar no oculta su alegría.

—Tomamos el barco esta noche, a las doce...

—Aún no sabemos cuántos guardias dejarán aquí...

—Quizá dos... Están muy confiados... —dice el teniente—.

Yo me encargo de eso...

—Los guardias de la proa son de ustedes...

Vásquez asiente.

—No es una aventura... —digo para alentar a Vásquez.

Estudiamos el plan con calma. Jesús Alberto es capitán de altura. Costa Rica nos dará asilo político. Hay combustible. Intentaremos tomar a Guasina al amanecer. El capitán guarda algunas armas en su camarote. Casi todos los marineros tienen armas cortas.

El pito suena en la boca de la bodega. Termina la jornada. Subimos a cubierta. La cara y los cabellos cubiertos de cemento. Apenas quedan los ojos y las huellas de sudor en los rostros. Traen otros presos de la orilla.

El barco gira. Pensamos con amargura que nos regresan a Guasina. Una mujer de edad se asoma en el camarote del capitán, junto con Martínez y el teniente de la Guardia Nacional. Los guardias suenan sus pitos.

—Pueden bañarse...

El barco queda en mitad del río. Desde los lugares más altos podemos divisar a Sacupana y la gente del pueblo concentrada

en la orilla. Impresionan los colores de los vestidos de las mujeres. Establecen guardias en los dos extremos del pueblo. Nos desnudamos. La mujer nos mira sin expresión desde el camarote del capitán. Martínez ríe. Sólo oigo dos palabras:

—Son presos...

Nos lanzamos al río. La corriente nos arrastra hasta la popa. Nadie calcula la velocidad del río. Manuel Salazar y yo tratamos de nadar contra la corriente. Los marineros tiran unos cables y nos suben a cubierta.

—A lo mejor creen que tratábamos de fugarnos —digo a Manuel Salazar.

Manuel se sobrepone al cansancio y sonrío.

—Las lanchas son más rápidas...

6. Después de una formación prolongada en la calle central de Sacupana, regresamos al barco.

—Acomódense en la cubierta... —gritaron los guardias.

Los presos gritan, ríen, caminan de un lugar a otro, tratando de descubrir los mejores sitios para dormir. Los guardias instalan sus ametralladoras a lo largo del pueblo, apuntando hacia el barco. Martínez baja a la cubierta y se confunde con los presos. El teniente me dice:

—Podemos secuestrarlo...

—No vale nada... —respondo—. Para ellos no vale nada... Manuel Salazar y el teniente preso se retiran a un lugar al pie de los camarotes. El único guardia visible camina sobre los camarotes. Yo quedo en el centro, cerca de la boca de la bodega. Apagan las luces. Los perros de Sacupana ladran sin descanso. Las voces forman un rumor opaco. Los marineros entran y salen de la cubierta, trayendo lonas o almohadas a los presos. Algunos vienen con restos de comida. Estrellas en el cielo. Pese al calor, siento las manos y los pies fríos.

—A las doce... —me digo insistentemente, y trato de imaginarme la toma del barco.

El marinero Vásquez entra con una almohada y unos guantes de cuero. Mira en redondo. Mientras vigilo los movimientos del guardia, trato de llamar a Vásquez. Poco a poco se acerca.

—No se puede... —me dice con voz pastosa.

Me entrega los guantes y la almohada.

—¿Cuántos guardias hay?

—Otro en la popa con ametralladora pesada... pero no es eso... busca en los guantes...

El guardia deja de caminar y toca tres veces el pito de silencio. Vásquez y los demás marineros se retiran. Cesan las voces de los presos. Solamente los perros ladran en la orilla. Los guardias en el pueblo tocan sus pitos también.

Nervioso, torpe, busco en los guantes. Un trozo de papel. Me acuesto boca abajo y prendo un cigarrillo. Lentamente empiezo a comprender. Dos lanchas de las fuerzas navales están en la vuelta del río y han hecho contacto con el barco. Así lo informó el radiotelegrafista. Trato de quemar el papel con el cigarrillo.

—Puedes llamar la atención... —me dice al oído Pablo García.

Hago una pequeña bola con el papel y lo mastico.

—Debo avisar a Manuel y al teniente... A las doce ese guardia es de ellos...

—Yo voy... ¿qué pasa?

—Prefiero ir yo... Tal vez a ti no te hagan caso...

Durante un largo rato calculamos los movimientos del guardia. Diez segundos caminando. Dos segundos para dar la vuelta. Diez segundos más. Quizá decida sentarse en cualquier momento. Pero prefiero esperar. Vásquez puede volver aún con un nuevo mensaje. Quizá se alejen las unidades navales. Espero inquieto. No me atrevo a fumar para no llamar la atención. Por el ruido de los pasos puedo calcular la posición del guardia sobre los camarotes.

—No se puede hacer nada esta noche... Si viene el marinero

llegas hasta allá... —indico un lugar cerca de los camarotes. Espero la vuelta del guardia y salto. Me tiemblan las piernas. No me atrevo a seguir. Las manos se me cierran sobre el piso de acero. Muy baja avanza una nube lechosa. Salto dos cuerpos más.

—Debo llegar al otro extremo... —digo en un susurro a los compañeros, que despiertan sobresaltados.

—Debo llegar... A las doce, ese guardia es de ellos.

7. En la madrugada un viento frío y húmedo barre la cubierta. Los presos caminan de un lado a otro. Nubes de colores por el este. Grandes olas golpean en el casco del barco. Las voces como una colmena gigantesca.

Se reanuda el trabajo. Bajamos a la bodega. Me retiro a un rincón. Escribo a Carmen. Le sugiero que venga a Sacupana. ¿Está presa también? Dudo un momento.

—Si no puedes entregársela personalmente... rómpela...

—digo a Vásquez.

Termina el trabajo. Una formación en la calle "4 de Agosto". El barco pita varias veces. Algunos presos levantan las manos y agitan los sombreros.

—Quizá no hubieran disparado contra el barco —me dice el teniente.

—Quizá...

En fila india caminamos al embarcadero. Doña Julia grita en el corredor de su casa:

—Hasta mañana...

El barco se pierde en una vuelta del río. El sol aún se refleja en las olas.

IV

1. Dos guardias instalan una ametralladora frente a la entrada de la cerca de alambre. Apunta hacia la puerta de los caneyes. Guardia redoblada en las garitas. El silencio es total. Ni siquiera el murmullo de las hojas más altas de los árboles. —En la puerta del comando también instalaron ametralladora... —dicen los últimos presos que han regresado del trabajo—. La *Padilla* —lancha de las fuerzas navales— está anclada frente a Sacupana...

Desde las ventanas vemos caminar las familias de los alrededores del campo con las cosas más indispensables. Los Guardias Nacionales entran a las casas, registran minuciosamente y les ordenan salir para otro lugar del pueblo.

—Esta es zona militar... —dicen.

Quedamos aislados. Antes de terminar la jornada de trabajo nos hicieron regresar al campo.

—Nadie puede salir de los dormitorios.

Traen a los cocineros.

—Hoy no necesitan comida... hasta nueva orden... —grita un cabo a la entrada.

—La guerra... —comenta Nahmens acostado en su camastro.

—Esto no es juego... —dice un viejo dirigente sindical—. Puede ser el final.

Nos reunimos en un rincón del caney.

—Sin duda se trata de un golpe... —dice José Rojas.

—Puede ser por el luto... —replica Pablo García.

—Desde temprano nos vieron con la cinta negra... —digo—.

Debe ser algo más...

—No van a movilizar la *Padilla* por una cinta negra...

—responde José Rojas.

—Entonces es la guerra, como dice Nahmens... —comenta sonriendo Manuel Salazar.

Nadie se atreve a analizar ampliamente la situación. Frases

sueñas. Inconexas. Nos miramos la cara una y otra vez sin comprender.

—Debemos morir matando... —dice José Martín.

—Es muy fácil... morir matando..., ¿con qué?

El silencio nos permite oír el ruido de los compañeros dando vueltas en los camastros.

—Sólo tirarse al suelo y cubrirse con la cobija...

—El teniente es nuevo... podemos hablar con él.

Escogemos una comisión para hablar con el teniente Contreras, nuevo jefe de la Guardia Nacional. Dos dirigentes, el teniente preso y dos hombres de la base.

Salgo a la puerta del caney. Los guardias de la ametralladora me gritan.

—¡Adentro!... No se puede salir...

—Queremos hablar con el teniente Contreras...

—Está prohibido...

—Sólo quiero hablar con el teniente Contreras...

La ametralladora me apunta a la altura del pecho. Dos pasos fuera del caney. Los guardias desorientados se miran. Uno se levanta del suelo.

—¡Salga!... —grita.

Camino lentamente hasta la cerca. Desde la puerta del caney los compañeros esperan. Me agarro a los alambres. Los guardias ordenan retirarme con el cañón de la ametralladora. Regreso lentamente.

—Van a consultar... —informo a mi regreso al caney.

—No has debido salir solo... —reprocha José Rojas.

—Tres o cuatro podían confundirlos... Habrían pensado que se trataba de un asalto...

2. El barco había desaparecido en una curva del río. Los perros se cansan de ladrar. Los guardias recorren las columnas y ordenan a los presos abordar las lanchas. Los niños sa-

ludan desde sus casas. Algunos son amigos ya. El sargento Rangel con la mano extendida señala a Pablo García:

—Recoja esos sacos... —ordena con los dientes apretados.

—Una noticia... —digo a Manuel Salazar—. El sargento tiene una noticia...

Pablo se apresura a recoger los sacos sin dejar de mirarlo. El sargento arregla algo en el fondo de su sombrero.

—Son todos... —dice Pablo García.

El sargento mira a su alrededor.

—¡Sígame! —dice.

Los dos penetran en la casa de doña Julia. Tardan un poco. Abordamos la lancha. Miro la puerta con curiosidad. El motor parece estornudar. El sargento sale detrás de Pablo García. Dos presos sostienen las amarras de la lancha en la orilla.

—¡Falta uno! —grita el sargento a los guardias—. ¡Este!... —e indica a Pablo.

Pablo salta y queda entre nosotros.

—Espera... —le digo y me echo a un lado.

Pablo comprende y quedamos en silencio.

Nos reunimos en Guasina. Las tablas del rancho están húmedas. Sólo queda el montículo de la bandera. La isla se reduce a dos metros por dieciséis. Apenas una muestra de tierra. Las piedras de mineral de hierro han quedado como manchas oscuras por debajo de las aguas. Puentes primitivos y esqueléticos de un lugar a otro. Olor a madera podrida.

Los enfermos pasan con el agua a la cintura frente al rancho. Preguntan anhelantes.

—Nada... —decimos. El barco se fue vacío...

Esperamos hasta quedar solos.

—Esta semana cambian la guardia... —informa Pablo—. El sargento se va... Mañana nos trasladan a Sacupana...

En la noche el sargento habla de nuevo con Pablo García. Los enfermos se quedan en Guasina.

—Sólo nos interesa gente de trabajo... —había dicho Martínez en el comando—. Los enfermos que se mueran en Guasina...

En la madrugada tocan la campana y los pitos.

—Todos a formación... —gritan los guardias.

El cabo indica un lugar en el agua:

—Los enfermos aquí...

Una pequeña línea de espuma en el agua. Los enfermos caminan con dificultad. Cobijas mugrientas que se mojan en las puntas.

—¡Pueden retirarse a las barracas!... —ordena el sargento Rangel.

—Los demás con sus corotos... ¡Cinco minutos!...

Regresamos a Sacupana al amanecer. Nubes oscuras. Viento de lluvia. La luz roja del faro 42. Olas que revientan en los barrancos. Doña Julia espera en el marco de la puerta con otra mujer de edad. Saludamos. Las dos ancianas tratan de ver los rostros de los presos. Caminamos por la cuesta hasta el campo cercado de alambres. Las dos mujeres nos siguen a cierta distancia.

—Venimos a quedarnos... —dice el sargento Rangel a las dos mujeres.

Algunas palabras se estiran con el viento.

—¡Espere!... —dice el sargento.

Otro motor llega al embarcadero. Las mujeres dudan un instante, pero regresan al río. El sargento grita:

—¡Manuel Salazar!...

—No vino en este viaje...

La noche anterior habíamos dicho a Manuel Salazar:

—Tú te quedas en Guasina... con los enfermos...

—Me gustaría ir con ustedes...

—Alguien tiene que quedarse aquí...

Las lanchas llegan a Sacupana y regresan a Guasina por nuevos presos. Las mujeres no dejan de mirar las columnas cuando suben por la calle de la cuesta.

El trabajo nos agota. Hay que subir el cargamento del barco desde la orilla hasta los depósitos. Una cuadrilla instala un compresor para suministrar agua al campamento. En la copa de un árbol construyen la plataforma para la bomba. Las carreti-

llas suben y bajan la cuesta. Talan todos los árboles alrededor del campo. Un lanchón cargado de arena está anclado en la orilla. Columnas de seis hombres suben parte del esqueleto de acero de un edificio. Por encima del ruido de las carretillas, de los ladridos de los perros y de los discos de una motorola, trasciende la voz del distinguido Baute amenazante:

—¡Movimiento parejo!... ¡Movimiento parejo!...

Parecemos una columna de hormigas arrastrando la pata de un insecto.

Traen a Manuel Salazar solo en una lancha. Simulamos acomodar mejor sobre los hombros la estructura de acero.

—¡Movimiento!... —gritan los guardias.

Manuel Salazar salta a tierra. El sargento lo increpa como a cualquier guardia.

—¿Dónde estaba usted? ¿Por qué no vino? ¿Usted no sabe que está castigado?...

Es extraña la conducta del sargento. Pensamos en una reprimenda del comando. Sin explicarnos nada subimos la cuesta. Sin embargo, oímos a lo lejos:

—¡Sígame!...

Cuando regresamos encontramos a Manuel Salazar con el sargento.

—Me quedo con ustedes... —dice Manuel con alegría.

Con los ojos indica la casa de doña Julia. No entendemos.

—Está con doña Julia... —agrega Manuel Salazar emocionado.

—¿Quién?

—Mi madre... Micaela...⁴⁰ Vino anoche... por eso me buscaba el sargento... Me dejó verla unos minutos...

40. Micaela Vásquez, nació en San Juan, Estado Nueva Esparta, el 5 de julio de 1900. Valiente mujer venezolana, madre del secuestrado político Pedro Manuel Vásquez, se lanzó a recorrer el Delta del Orinoco hasta dar con Guasina tras los pasos de su hijo. Se refugió en Sacupana y permaneció al lado de los presos hasta el cierre del campo de concentración. Allí se convirtió en el centro de enlace entre los presos y la calle. Todos veían en ella la imagen de su propia madre. En el poema *Manifiesto de Guasina* el autor dice: "Madre de un compañero se trajo en el regazo todos los vientres juntos de las madres..."

3. Nos instalamos en Sacupana. Construimos ranchos de bambú alrededor de los caneyes y en los callejones. Un laberinto de pasillos y entradas falsas. En el centro del campo la guardia nos ordena construir una jaula de tela metálica en forma de calabozo para el teniente preso. Cercas de tres metros de altura rodean los dormitorios y las letrinas. La cocina frente a la entrada, a prudente distancia del cementerio. Casi doscientos presos. Los demás en Guasina. Trabajo en el pueblo. Dos guardias por cuadrillas de trabajo. Los guardias se distraen en las casas. Hablan con las mujeres.

Establecemos una pequeña red clandestina. Sólo tres personas. Contactos en la calle, en las casas. De noche, en el cementerio. Los guardias tienen miedo a los muertos.

En la mañana y en la noche hacen contar frente a las cercas. Los niños llenos de admiración y curiosidad oyen pasar el número de boca en boca. Para ellos es extraordinario. A veces juegan y gritan un número cualquiera a la entrada de sus casas.

Los jóvenes se reúnen detrás de los caneyes y cantan todas las noches. En el corredor de la casa más próxima a los alambres, envuelta en el humo de las fogatas, Micaela mira a los presos y oye las canciones de su hijo. Todos los presos desfilan por allí, saludan colgados a los alambres y se pierden en la oscuridad. Micaela sonrío o levanta la mano para cada uno.

Yo le había preguntado:

—¿Cómo llegó Micaela hasta aquí?

Todas las madres han tratado de venir, pero no pasan de Barrancas...

Manuel Salazar mira a su madre a través de los alambres.

—Nosotros conocemos el Delta... Cuando era niño navegaba con mi madre por aquí...

Micaela lee en *El Tigre* la primera carta de su hijo. La recibe después de largos meses de silencio. No estaba muerto. La carta dice arriba en letras muy grandes: "Colonia Sacupana".

—Hay dos Sacupanas... —se dice—. La del Cerro y la del Remanso.

Sacupana del Remanso es una ranchería de indios frente a Guasina. Los indios recogían cacao en Guasina y lo cambiaban por hachas, machetes y baratijas. En invierno emigran de la orilla del río y se refugian en la parte más alta de la isla. Piensa en Sacupana del Cerro. Recuerda una amiga. Llega a Barrancas. Pregunta, camina de un lado a otro por el pueblo. La gente no se atreve a nombrar a Guasina. Todos los caminos parecían llegar hasta allí. Un niño le informa que ha llegado el correo de Sacupana. Camina hasta el río. Los troncos en forma de malecón que defienden el poblado de la inundación, están muy por debajo de las aguas. El capitán de la lancha del correo dice algo entre dientes después de largas evasivas:

—Unos hombres vestidos de amarillo... presos... Sacupana del Cerro...

Toma una lancha para Sacupana. Los pueblos aparecen y desaparecen a su paso. Nubes de mosquitos imprimen su sombra en el agua. Nadie habla. Llegan a Sacupana de noche. Un guardia revisa e interroga. Se encamina a la casa de doña Julia. Las mujeres se abrazan. Micaela le dice al oído:

—Soy tu tía... soy tu tía, ¿comprendes?

Doña Julia asiente con la barbilla sobre su hombro y se enfrenta al guardia:

—Es mi tía... —dice.

El guardia sonrío, da media vuelta sonando los talones fuertemente y se retira con la bolsa de correos balanceando en sus manos.

4. Encargamos a Micaela de nuestra pequeña red clandestina. La gente del pueblo colabora. Guardamos un secreto riguroso. Sólo tres sabemos. Manuel Salazar se entrevista con ella todos los días en casas distintas. El capitán de la lancha de correos es el mejor enlace. Semanalmente trae o lleva correspondencia.

Los mecánicos reparan una pequeña planta de doña Julia. Les hacemos ver que ella no quiere utilizar la corriente eléctrica del penal. Robamos gasolina en los depósitos. Pequeñas porciones en frascos y latas. Las dos mujeres oyen el radio toda la noche. Así sabemos el alzamiento del capitán Rojas⁴¹ en Maturín y algo muy oscuro sobre Turén⁴². Nos acostumbramos a saber algo cada mañana.

Una noche el radio deja de sonar. Micaela informa a Manuel:

—Anoche se descompuso el radio... ni un ruido se oye...

Indagamos cautelosamente entre los presos. Nadie sabe de radio.

—Quizás en Barrancas... —sugiere Manuel Salazar...

Y de nuevo cae sobre nosotros la oscuridad y el silencio.

41. Capitán Juan Bautista Rojas, 30 años, nativo de Barquisimeto, Estado Lara. Ingresó como soldado en el Batallón Bolívar Nº 3, acantonado en Caracas, Cuartel La Planta. Hizo el curso de sargentos primeros aspirantes a oficiales en la Escuela de Aplicación de Infantería, en el Cuartel General Urdaneta. Egresó con el grado de subteniente el 1º de enero de 1945. Sirvió varios cargos militares en distintos lugares de la República y fue sometido a varios meses de severo arresto en el Castillo Libertador. Posteriormente enviado a la Fortaleza de San Carlos, en el Estado Zulia, como Ayudante del Comandante, y pocos días después trasladado al Batallón Sucre del Agrupamiento Militar Nº 7, acantonado en Maturín, Estado Monagas, donde se levantó en armas contra la dictadura, en la madrugada del 1º de octubre de 1952. Sólo contaba para la acción con un teniente comprometido. Sin embargo, detuvo a los demás oficiales que no se plegaron al movimiento. Lo secundaron efectivos del cuartel de la Guardia Nacional y de la policía local. Tomó todas las oficinas públicas, el aeropuerto y el Comando de la Guarnición. El comandante Roberto Casanova huyó a una hacienda cercana junto con el Gobernador del Estado. El capitán Rojas abandonó el cuartel por unos momentos para armar a las brigadas civiles y coordinar otras acciones con el doctor Jorge Yibirín, jefe civil del movimiento, quien se encontraba fuera de la ciudad. Al regresar con Yibirín lo ametralló por la espalda uno de los oficiales detenidos que había logrado escaparse. El capitán Juan Bautista Rojas fue quien sugirió a Leonardo Ruiz Pineda, a través de José Agustín Catalá y Ramón J. Velásquez, la edición del libro *Venezuela bajo el signo del terror*, mejor conocido como el *Libro Negro*.

42. En la zona agraria de Turén, Estado Portuguesa, estaba planteado un problema social: muchos campesinos habían sido desalojados de sus tierras y a otros les habían negado los créditos. El 29 de septiembre de 1952, a las cinco de la mañana, unos ochenta campesinos, con fusiles y cuatro revólveres, atacaron el Puesto de la Guardia Nacional de la zona, apoderándose de todas las armas. Hubo un saldo de cinco muertos. El mismo día, procedente de Barquisimeto, llegó una compañía de la Guardia Nacional, fuertemente armada. Los guardias se dedicaron a ametrallar los caseríos. La aviación hizo otro tanto. Quienes lograban salir con vida eran hechos prisioneros y sometidos a torturas. Se efectuaron detenciones en masa de hombres, mujeres y niños. Los guardias disparaban sobre los campesinos inermes. Desnudaban a las mujeres. Habitantes de la zona estiman que hubo alrededor de cien muertos, más de doscientos heridos y quinientos detenidos, trasladados a las cárceles de Acarigua, Barquisimeto y Valencia, donde fueron torturados brutalmente. El líder campesino comunista, Rufino Mendoza, fue fusilado en presencia de otros campesinos. La masacre de Turén es poco conocida de los venezolanos en toda su aterradora magnitud.

5. En Guasina dismantelan una barraca. Martínez ha ido a la isla. Ordena a los guardias sacar a los enfermos. Sólo queda en la carpa el coronel Roberto Fossi⁴³, que no puede levantarse. Permanece en un estado semiinconsciente mientras los guardias lo increpan.

—Déjenme morir... —dice de pronto.

Los guardias se impresionan.

—No puede levantarse —informa uno de ellos a Martínez.

Martínez entra a la carpa. Lo ve y sale con el pañuelo en las narices.

—Como puedan tienen que desarmar una barraca —grita. —El campo será ampliado en Sacupana.

Todas las tardes una lancha trae partes de la estructura de acero a Sacupana. Hierros y láminas de zinc como el caparazón de un insecto gigante.

—¡Hay que ampliar el campo cuanto antes!... ¡Pero este tiente!... —se queja Martínez—. La gente de Maturín debe llegar de un momento a otro.

—Además, señor Martínez... las elecciones... —dice el distinguido Correa.

—Sí, las elecciones...

Ordenan a una cuadrilla de campesinos abrir un callejón en la montaña para extender las cercas. En un amplio espacio frente a los caneyes un maestro de obras —venido recientemente de Caracas— extiende sus cuerdas y sus marcas en la tierra. Una cuadrilla abre profundas zanjas para las bases del edificio y la barraca. En un recodo entre el monte y el cementerio ordenan construir calabozos de castigo.

Cuando los guardias se alejan, el maestro de obras habla con los presos.

43. Roberto Fossi, andino del Estado Táchira, viejo guerrillero venezolano. Combatió la dictadura de Gómez al lado de Juan Pablo Peñaloza y Rafael Simón Urbina. Detenido por Seguridad Nacional y condenado a morir en Guasina, fue trasladado en el segundo grupo, el 17 de abril de 1952. Murió en el campo de concentración el 24 de septiembre del mismo año, después de un mes de agonía, sin permitirle sus verdugos asistencia ni medicinas.

—Ustedes salen de aquí... gane quien gane las elecciones... Un movimiento nacional e internacional alrededor de Guasina. No cree en golpes.

—Maturín fue el último golpe —dice sentencioso.

—Debe ser un S. N. No van a traer a cualquier maestro de obras que encuentren en la calle... desempleado... —opina Jesús Alberto con algo de malicia en la voz.

Sin embargo, no denuncia a la guardia la negligencia y la lentitud en el trabajo. Al contrario, todo lo justifica.

—Con esa comida... no se puede trabajar...

Tiene un radio. Todas las mañanas llega comentando las noticias. La vieja Micaela dice a Manuel Salazar:

—Es un hombre bueno... ese maestro...

Manuel habla con él:

—No le conviene decir estas cosas ante todos los presos...

El maestro se vuelve reservado. Trabaja en silencio.

—Es preferible que los presos sospechen de usted...

Lo integramos a la red clandestina y se convierte en nuestro mejor colaborador. Dejamos en sus manos todo el informe electoral.

Viaja a Barrancas y regresa más animado.

—Ustedes salen...

Un mitin en Barrancas. Todo el pueblo. Un orador habla de las puertas del infierno. La gente forma un coro:

—¡Guasina no!... ¡Guasina no!...

Los oficiales de Seguridad Nacional caminan desorientados entre la multitud.

Cuenta cómo lo contrataron. Lo llaman del M.O.P. y le preguntan sin mirarle la cara:

—¿Quiere ir a Guasina?... ¿A Sacupana, a dirigir una obra?...

Estaba desempleado. Recuerda las cosas que ha oído en los mítines. Puede ser de alguna utilidad para los presos.

—Acepto —dice.

—Este es un trabajo discreto... —le dijeron.

—Y aquí estoy... Eso es todo...

6. Cuatro presos suben con el ataúd por la calle de la cuesta. Los guardias se adelantan unos pasos para despejar el camino. Ni los perros ladran. Las mujeres salen a la calle, miran el cortejo y se refugian en sus casas. Los niños de Sacupana siguen atrás muy serios.

—Ayer murió el coronel Fossi en Guasina...

Martínez había dicho a los carpinteros:

—Una urna...

Uno preguntó:

—¿Qué medida?

—¡Quién ha dicho que los presos tienen medida!... ¡Una urna!...

Los carpinteros construyen la urna. Los presos intuyen:

—Se murió Fossi... Era el enfermo más grave...

Guasina es un moridero que nunca tiene tierra para sus muertos...

El sargento Rangel lo confirma. Nadie se atreve a levantar la voz. En los presos el pesimismo se traduce en silencio.

Martínez llega a las cuadrillas. Camina nervioso entre los grupos. No parece mirar a nadie. Grita inquieto en todas direcciones.

—Voluntarios para abrir el hueco... —dice al fin.

Jesús Alberto se adelanta. Dos viejos más lo siguen.

—Este es un trabajo de viejos... —susurra Jesús Alberto.

Se encaminan al cementerio.

—Al lado de los otros... profundo... porque se sale el muerto... —dice Martínez.

Las tumbas de Santiago Díaz, Cosme Damián Peña y Rafael Mamerto Chacón se destacan en el centro del cementerio. Las letras de las cruces parecen nuevas.

—No se borran esas letras... —comenta Martínez.

Los presos las retocan de noche en secreto.

Martínez camina impaciente. Mira en el fondo del hueco. Levanta la cabeza. Ahora parece mirar el sol.

—Ojalá no llueva... Cuando estos viejos mueren... llueve...
A Jesús Alberto le baja el sudor por las cejas.

—¡No llores, Caín!...

No hay trabajo en la tarde. Los grupos de presos caminan de un lugar a otro. Cuando oyen un motor en el río se detienen y miran a la calle. Unos presos se agarran a la cerca y esperan pacientemente. No les importa el sol. Jesús Alberto me lleva a un rincón.

—Hace un mes traté de golpearlo... una discusión... No pensé que podría morirse...

El coronel Fossi se sentaba todas las tardes a la puerta de la barraca. Jesús Alberto al lado. Recordaban viejas aventuras. Habían participado en los alzamientos de Urbina contra la dictadura de Gómez. Roberto Fossi contaba algo de unos campesinos que mató Urbina. Habían dormido en un rancho. Reanudan el camino. De repente Urbina se detiene:

—Espérenme... ya regreso...

Fossi lo sigue. Urbina llega al rancho y mata a los campesinos. Fossi discute.

—Había que matarlos... —dice Jesús Alberto.

—¿Por qué?

—Hubieran avisado al gobierno... cuando pasara... —agrega Jesús Alberto.

—Era mejor llevarlos presos... Urbina era un asesino...

—Usted también hizo lo mismo en el Táchira...

—Yo no soy un asesino...

—Cuando le enseñaron el paso del río...

Se insultan. Jesús Alberto le arrebató el bastón a Fossi. Juan Cárdenas y otros jóvenes lo dominan y se lo llevan.

—Al día siguiente lo saludé... me miró en silencio y volteó a otro lado... —recuerda conmovido Jesús Alberto.

Después no pudo levantarse más. Acostado, con los ojos abiertos, dejaba hacer a los presos. Le nacieron gusanos en las verijas y las nalgas. Fermín Campos lo limpiaba. Los gusanos caminaban en carne viva. Fossi no se quejaba. Ni una expresión de dolor aparecía en su rostro.

El teniente preso nos había dicho:

—Debemos hacer algo... Podemos pedir que lo trasladen al hospital de Tucupita.

Pide una entrevista con el teniente Quiroz. Llevan al teniente preso a la gabarra del comando. Quiroz no lo recibe.

—Hable —le dice un cabo a las puertas del comando.

El teniente Quiroz sentado detrás de un escritorio revisa unos papeles. El teniente preso lo mira insistentemente. Quiroz no levanta la cabeza. Informa sobre el estado de Fossi. Es coronel. Tiene gusanos en las verijas. No puede levantarse. Sugiere un traslado al hospital de Tucupita.

—Dígale que no se meta en lo que no le importa... —dice Quiroz al cabo sin levantar la mirada de los papeles.

—Solamente me interesa saber si usted estaba en conocimiento de eso... —insiste el teniente preso.

—Dígale que sí estoy enterado... —responde Quiroz en la misma actitud.

—Yo quería saber... como militar... para salvar la responsabilidad de las Fuerzas Armadas...

Quiroz no responde nada.

—¡Vamos! —dice el guardia.

Los presos dejan de caminar de un lugar a otro. Cuatro hombres suben con el ataúd por la calle de la cuesta. Los presos se aferran a los alambres. Los guardias se adelantan.

—¡Retirarse!... —gritan.

Seguimos aferrados a los alambres en silencio.

—¡Retirarse!...

El cortejo se detiene frente al campo. Los presos se descubren.

—Rápido... movimiento parejo... —gritan los guardias.

Los presos marcan un paso lento.

—¿Por qué no cantamos el Himno Nacional? —dice en voz alta el viejo José Martín.

—Es lo menos que podemos hacer cuando un compañero se muere... —agrega Jesús Alberto.

El cortejo fúnebre sigue. Los guardias gritan. Los presos silenciosos nos retiramos de los alambres. Los niños nos miran. A lo lejos se oye el rumor de la tierra cayendo sobre la urna.

7. Guardias desconocidos y llenos de lodo llegan a la puerta y miran sin emoción las instalaciones. Los viejos guardias explican algunas cosas que no alcanzamos a oír.

—Guardias nuevos... —dicen los presos en los caneyes y los ranchos.

El sol se oculta entre nubes negras que se tiñen de verde en los bordes. Pronto será de noche. La gente prende los bombillos que hemos instalado en las casas de la calle "4 de agosto". Los guardias viejos tocan los pitos. Los nuevos también.

—¡Formación! —gritan a coro. Parece un ensayo.

Los presos salen de los ranchos y de los caneyes.

—¿Formación a esta hora? —se preguntan algunos.

Manchas de lodo y de sudor en los uniformes. Foetes tejidos de cables golpeando impacientemente las dos cañas de los pantalones.

—¡Los castigados!... —grita el distinguido Baute.

Salimos de la fila. Nos indican un lugar en la calle. Los niños miran a cierta distancia en formación frente a los perros. El cabo negro explica a otro cabo negro voluminoso y mugriento:

—Estos son los castigados... Ellos primero...

Escogen en la fila otros diez compañeros y mandan retirarse a los demás.

Caminamos hacia el río. Brillan todavía las olas con los últimos rayos de sol. Las mujeres se asoman a las puertas de sus casas. A lo largo de la calle vemos otros guardias desconocidos.

—Estos son los nuevos guardias... —afirma Pablo García.

—Puede ser un traslado... —me dice José Rojas al oído.

—Quizás vienen por nosotros... —agrega Manuel Salazar.

Dos lanchas ancladas en la orilla. El sargento Rangel y doña Julia hablan en el corredor de la casa. Pero no podemos captar ni una sola palabra. Jesús Alberto me toma de un brazo cuando damos los primeros pasos en el agua.

—Las putas de los guardias... —dice.

Miro la lancha de la derecha. Mujeres despeinadas con parches de colorete en la cara se asoman por debajo de las lonas. Sonríen, se peinan, miran su propio rostro en espejitos redondos.

—¿Habrá que descargarlas también? —pregunta Jesús Alberto sonriendo.

Bajamos las maletas y las camas de una lancha. Colocamos unas tablas para que bajen las mujeres. Apoyadas en nuestros hombros como un pasamano, saltan a tierra. Manos calientes y sudadas. Un guardia grita:

—¡Con cuidado, elemento!

De dos en dos subimos las camas por la cuesta. Los guardias viejos indican algunas casas.

—Esta noche nos quedamos aquí —dicen a la gente.

Nadie responde. Un guardia, una cama y una mujer en el corredor de la casa. Salgo a la calle. La columna de presos se dirige al campo. Me incorporo. Los guardias conversan sus cosas en los extremos de la columna.

—Es la guardia nueva... vienen de El Dorado... Las mujeres son de Barrancas... uno de ellos lo dijo...

El doctor Ríos —pequeño, silencioso— camina sin levantar los ojos del suelo. Apresuro el paso hasta llegar a su lado.

—Recuerde que es trabajo forzado... —susurro.

Levanta los ojos. Sonríe. Se seca las manos en la blusa amarilla.

—Ayer cumplí diez años como abogado de la República... La puerta del penal se abre en dos. Uno detrás de otro decimos los números.

—Nueva guardia... —informamos a los presos—. Nueva guardia.

8. La formación de la mañana tiene un aspecto de parada militar.

—Uniformes limpios... —han gritado los guardias en todos los caneyes al amanecer.

—A lo mejor quieren que las seis putas nos miren vestidos de limpio... —dice Jesús Alberto.

Decimos el número. Pero los guardias ordenan permanecer de pie. Las seis mujeres de los guardias vienen con agua del río. Se detienen frente a nosotros a cierta distancia.

—Parecen viejos... —dice una.

—Son jóvenes —replica otra.

—¿Cuántos años tendrán presos y sin ...?

Quiroz sube del comando con otro teniente⁴⁴ y dos sargentos. Paso menudo y cuidadoso. Uniforme de gala. La grasa cubre una parte del cuello de la camisa.

—Nuevo teniente, también... —dice Manuel Salazar.

Pasan a lo largo de la fila en silencio. Martínez rodeado de oficiales de S. N. les da alcance.

—Estos son los presos... Los demás están en Guasina... Ahora tenemos dos campos... Ya en Guasina no se podía trabajar... por el agua.

El teniente nuevo lo mira sin responder. Da unos pasos hacia los sargentos.

—Mándelos a retirar...

El nuevo sargento grita:

—¡Retirarse!...

Un guardia nuevo y otro viejo en las cuadrillas de trabajo.

—Ellos vienen de El Dorado... pero les están enseñando los métodos de Guasina... —dice Jesús Alberto.

44. Teniente Juan M. Contreras, andino del Estado Táchira, sustituyó al teniente Quiroz Valderrama como Jefe de la Guardia Nacional. Llegó a los campos de concentración acompañado de su esposa. Ordenó a sus subalternos no intervenir en la aplicación de trabajos forzados y tormentos a los secuestrados y se interesó en mejorar las condiciones de vida de éstos. No permitió el asesinato de Jesús Alberto Blanco, ordenado directamente desde Caracas a Martínez y Payares. Su presencia en el campo de concentración fue para beneficiar a los presos, quienes contrajeron con él y su esposa una deuda imperecedera de gratitud.

El sargento Rangel busca en todas las cuadrillas a Pablo García.

—¡Los dejo, muchachos!...

Encuentra a Pablo. Habla con los guardias y se lo lleva. A la hora de comida Pablo no ha regresado todavía.

—Quizás un nuevo contacto... —sugiere Manuel Salazar.

Esperamos en el rancho. Poco antes de la formación llega Pablo García.

—El sargento Rangel sale esta tarde o por la mañana... Al nuevo sargento lo llaman *Canaima* los presos de "El Dorado"... El nuevo jefe de la Guardia Nacional es el teniente Contreras. En la reunión del comando habló poco. Parece que viene castigado.

—Su esposa llega esta tarde...

Payares, Martínez y el teniente Quiroz comentaron aparte con el sargento Rangel:

—Mal comienzo... —dijo Martínez—. Este no es lugar para una mujer...

—Las mujeres se meten en todo...

Pero no dijeron nada al teniente Contreras.

El sargento Rangel ha hablado con algunos guardias conocidos. Hay uno de confianza.

—No se dejen engañar por el uniforme amarillo ni por lo que digan Payares y Martínez... Estos no son criminales ni ladrones... son estudiantes, profesionales, obreros... Hoy están aquí, mañana no se sabe... Nosotros somos Guardias Nacionales... eso no lo debemos olvidar...

Así hablaba Rangel con los guardias.

En la formación de la tarde una mujer blanca, vestida de amarillo, camina al lado del teniente Contreras. Debe ser su mujer. Mira detenidamente a los más ancianos y a los más jóvenes. Dice algo en voz muy queda al teniente:

—Tú puedes mejorar esto, Contreras...

Oyen los últimos de la columna.

—Estaba llorando...

—Yo no la vi llorar... —replica Jesús Alberto.

—Estaba llorando cuando llegó al final de la columna... —repite Manuel Salazar.

Llego al grupo.

—¿Quién lloraba? —pregunto.

—La esposa del teniente Contreras...

9. En el barco el doctor Franco ya hablaba de la escuela.
—Hay que sacar algo de todo esto... —decía.

No era maestro. Había sido diplomático. Regresa al país para luchar contra la dictadura. Tres años de actividad clandestina. Trabaja en propaganda. Debe entregar el prólogo del *Libro Negro* frente a una estatua en la Avenida Nueva Granada. Automóviles, transeúntes y luces en la avenida. El tránsito es difícil. Cada cierto trecho una parada obligada. Pero llega puntualmente al lugar de la cita. Una patrulla de la S. N. se detiene detrás del carro. Dos policías vestidos de civil se bajan. Iluminan las placas con una linterna. El doctor Franco da vuelta en el asiento delantero. La luz lo ciega un instante.

—¡Vamos!... —dice al chofer—. ¡Rápido!

—¡Párense!... —gritan los policías.

—¡Acelera!...

Disparan dos o tres veces.

—No te detengas hasta que no rompa todo esto... —dice el doctor Franco.

Oyen otros disparos. Los trozos de papel vuelan. La camioneta de la S. N. se adelanta. Bajan con las manos en alto. Los policías golpean en cualquier parte del cuerpo. En la sede de la Seguridad Nacional la tortura se desarrolla fría y metódicamente. Una sola pregunta:

—¿Dónde está la imprenta?

De las cámaras de tortura llega directamente al barco que nos trae a Guasina. Aún siente los dolores en todo el cuerpo. Pero

se desplaza en la bodega de grupo en grupo. Oye a los presos. Uno le dice:

—Le dieron duro, doctor... Pero yo tengo un método más efectivo... ¡ya lo verán si salgo vivo de todo esto!

—No vamos a hacer lo mismo que ellos... —replica.

—Yo sé anatomía... Hay puntos en el cuerpo donde las cosas duelen más —dice otro.

—Tú eres maestro... ¿Por qué no pensamos mejor en una escuela?

Y su mayor preocupación era la escuela.

El primer censo de Guasina revela que hay más de cien anal-fabetos. Lo encargamos de toda la educación. Recluta maestros entre los presos. Cinco campesinos estudian de noche las primeras letras. Los demás no quieren.

—Estoy cansado... —dicen—. El trabajo..., ¿usted ve?

—¿Qué ganamos con eso?...

—Lo importante es salir vivos...

Cuando llegamos a Sacupana el doctor Franco insiste:

—Aquí sí... debemos obligar a los compañeros... José Rojas puede hablar de reforma agraria... algo elemental... Pablo García de unidad sindical... es urgente...

Dejamos los problemas de educación en sus manos. No tenemos libros. Instruye unos diez maestros alfabetizadores. En la noche dictan sus clases en los ranchos y en las carpas. Ampliamos el programa para incluir el tema político. José Rojas dicta un cursillo de reforma agraria. El viejo Zuloaga no comprende algo sobre colectivización.

—A mí me dan mi parcela... —dice huraño.

José Rojas explica.

—Mi parcela...

Algunos viejos murmuran. Comunismo. El doctor Franco no hace caso.

Manuel Salazar se alarma. En un rancho los presos se reúnen y hablan de torturas. Cuentan su propia tortura.

—Si salgo vivo... pido la Jefatura de la Policía... —dice uno.

—Me das la Sala de Interrogatorios... —dice otro.

—Lo he oído en varios grupos —concluye Manuel Salazar—. Debemos dictar charlas en la escuela... Siempre hablamos de revolución... pero nadie sabe... Este campo de concentración no debe convertirse en una incubadora de policías.

10. La carta dice: "Ayer mataron a Ruiz Pineda". Manuel Salazar lee una y otra vez la misma frase. José Rojas le arre-bata el papel, inclina la cabeza un poco, fija los ojos un instante y me lo da. Las letras bailan. No comprendo. Los oídos me zumban:

—Ayer mataron a Ruiz Pineda...

Guillermo Pérez mira por encima de mi hombro. Paso el papel a Pablo García. Lo rechaza y vuelve a manos de Manuel.

El teniente preso se había entrevistado en la tarde con Contreras y su esposa.

—Mi mujer no me deja tranquilo... —le dice el teniente Contreras, sonriendo—. Quiere mejorar a los presos... Yo no puedo hacer más.

Ha dado instrucciones a la Guardia Nacional para que no intervenga en las cuestiones de trabajo. Sólo labor de vigilancia.

—Si ellos quieren... que manden más oficiales de la S. N., dígales a los presos...

Informamos a los presos la decisión del teniente Contreras. Una brecha entre la S. N. y la Guardia Nacional. Los presos cantan con mayor entusiasmo. La esposa del teniente Contreras oye al lado de la vieja Micaela en el corredor de la casa más cercana.

—¿Qué se propone el teniente? —dice Jesús Alberto.

Manuel Salazar me dice:

—Esta noche tengo que ir al cementerio... ¡Mira!

La madre de Manuel Salazar se lleva constantemente un pa-ñuelo blanco al rostro. Parece llorar.

—Es lo convenido... esta noche...

Antes del pito de silencio sale por las cercas de las letrinas. Llega al cementerio. Espera. Doña Julia le entrega la carta.

—Llegó en la tardecita...

Regresa. Entra al rancho.

—Ayer mataron a Ruiz Pineda...

Manuel deambula por el campo. Uno a uno nos vamos enterando. Lee de nuevo. Quedamos en silencio. Las canciones de los presos llegan suavemente.

José Rojas se recupera.

—Una semana de duelo... —dice de pronto.

—Un luto en la blusa. —agrega Manuel Salazar.

—Hay que avisar a los comunistas... —propone Pablo García.

Sale del rancho. Esperamos en silencio. Al poco tiempo entra con el viejo José Martín.

—No tenemos cinta para el luto...

—Yo tengo unas medias negras... —dice Guillermo Pérez—.

Podemos hacer tiras...

—Un camarada tiene una camisa negra... yo se la pido...

—informa el viejo José Martín.

José Rojas se levanta. Nos envuelve a todos en una mirada. Parece más viejo:

—Medias o camisa negra... no importa... quizás nunca más tendrá un homenaje igual...

11. Esperamos impacientes en los caneyes. Los guardias siguen apuntando la ametralladora desde la entrada. Los presos dan vueltas en los camastros.

—A la cuadrilla de nosotros llegó un niño... —dice Manuel Salazar—. La madre quería saber por qué estábamos de luto. Por Ruiz Pineda —le informé—. Creían que era otro muerto en Guasina.

—Algunos compañeros se quitaron el luto cuando vieron la ametralladora —comenta en voz alta Jesús Alberto.

Un guardia se asoma en la puerta del caney.

—Ese que quiere hablar con mi teniente...

—Yo... —grito desde el fondo del caney.

El teniente preso me acompaña hasta la puerta.

—Yo también voy...

El guardia duda un instante. Vuelve la cabeza hacia la puerta como buscando una respuesta.

—Al comando... —dice.

Los presos nos miran salir en silencio. Nubes espesas y negras ocultan el sol. Caminamos por la calle. Algunas mujeres se asoman en las puertas de sus casas. Los niños sacan la cabeza entre las faldas y el marco. El teniente preso saluda. Yo me limito a hacer un gesto insignificante.

Una ametralladora en la puerta del comando. Los guardias nos dan paso.

El teniente Contreras se adelanta por el corredor. Saludamos. Sonríe nervioso.

—Una ametralladora nos amenaza en la puerta del campo...

—comienza a explicar el teniente preso.

Siento las manos frías entre los bolsillos de la blusa.

—Medidas de seguridad... —responde.

Rostro impenetrable. Ojeras de cansancio. Voz fina.

—Hoy amanecemos con un luto en la blusa. Quizás hay una confusión... Guardamos luto por la muerte del Dr. Leonardo Ruiz Pineda... un compañero de lucha de nosotros... —digo torpemente atropellando las palabras.

—No se trata de eso... —replica.

—Usted en una circunstancia igual hubiera guardado luto por un compañero... —insisto.

—Es una orden...

Parece impenetrable. Miro al teniente preso. Un último esfuerzo... trato de comunicar al teniente con los ojos.

—Los presos están alarmados... puede haber una masacre...

—dice el teniente preso.

—Nosotros estamos bajo su responsabilidad... un muerto aquí... —agrego sin convicción.

El teniente Contreras no responde. Insistimos en los muertos. Guardias nerviosos. Armas en tiro.

—Sólo de usted depende la vida de nosotros... —concluye el teniente preso.

—Eso era todo lo que queríamos decirle...

Regresamos al campo. Los presos nos rodean. Hemos acordado no decir nada. Poco después el sargento *Canaima* llega a la puerta y retira a los dos hombres y la ametralladora. Guardia normal en las garitas.

—Se terminó la guerra... —dice Nahmens en el caney.

—Pueden salir de los dormitorios —grita un guardia en la puerta.

Gruesas gotas de lluvia caen pesadamente sobre el techo de zinc. El sol aparece y desaparece entre las nubes.

1. Martínez llega apresurado hasta el montículo de arena. Mira en redondo. Una pequeña montaña de arena protegida por tablones alrededor de la base. Caminos diminutos de la lluvia en las juntas de las tablas. Habla en voz baja con Jesús Delgado, oficial de S. N., y el distinguido Prieto, enfermero de la Guardia Nacional. José Martín con la pala en las manos trata de oír. Desde la parte más alta lanza la arena a las carretillas. Sólo capta un murmullo y una palabrota. Martínez indica con un gesto la columna de carretillas. Los presos silban canciones mientras esperan el turno. José Martín deja caer la última palada en una carretilla.

—¡Listo!... —murmura—. ¡Otro!...

Uno avanza con la carretilla y se coloca en el lugar indicado. Martínez se aleja por la calle de la cuesta. Antes de perderse de vista vuelve la cabeza. Una parte del rostro oscuro en las arrugas. En un gesto característico se arregla el revólver en la cintura. Los guardias se levantan de sus sillas. A lo lejos una rueda de carretilla suena estridente por la calle.

—¡Otro!... —grita el viejo José Martín introduciendo la pala en la arena.

Simón Rodríguez avanza. José Martín deja caer tres paladas en la carretilla. El guardia le impide caminar introduciendo la peñilla en la rueda.

—Este está castigado con carretilla doble... —grita Jesús Delgado.

El viejo deja la pala a un lado. Mira hacia abajo. Paralela al río la columna de carretillas hasta perderse frente a la escuela. Quizás hay allí un murmullo de niños.

—Está castigado... —repite el distinguido Prieto.

El viejo guarda silencio arriba.

—Yo no soy verdugo de mis compañeros... —grita al fin. Los presos dejan de silbar.

—¡Baje!... —grita Jesús Delgado describiendo un semicírculo con la peinilla.

El viejo José Martín baja lentamente. Los pies penetran profundamente en la arena. Los guardias lo empujan hacia una carretilla.

—Está castigado también... Suba el que sigue...

Juan Antonio da un paso. Queda frente a los guardias.

—Yo tampoco... —dice.

—¿Es una insubordinación? —pregunta Delgado.

Los guardias sudan copiosamente. Delgado tiene arrugas en la frente y en la boca. Miran a Simón Rodríguez y a la columna. Simón está de brazos cruzados al lado de la carretilla. Ninguna expresión en el rostro. En la mañana trabajaba conmigo en la construcción del parque infantil.

—Pedimos una entrevista a Martínez...

El viejo Martín me había dicho la noche anterior. Una entrevista con Martínez. Simón Rodríguez solo. El problema de la comida.

—Pueden castigarlo...

—Por eso queremos que vaya solo.

Martínez lo recibe en su oficina. Oye una sola palabra: comida. Lo insulta. Golpea la mesa con los puños. Llamá a un guardia.

—¡Carretilla doble con este carajo!... ¿Dónde trabaja?

—En el parque infantil...

—¿Qué parque?... ¡Carretilla doble!...

El guardia nuevo le pregunta amistoso:

—¿Qué le dijo?

—Queremos comida... No se puede vivir con una cucharada de frijoles...

El guardia afirma con la cabeza y lo deja con la carretilla en las manos.

Ahora Jesús Delgado se dirige a Meza ⁴⁵.

45. Jesús María Meza, estudiante, hecho preso en la Universidad Central de Venezuela y enviado a Guasina en el tercer grupo, el 25 de julio de 1952.

—Usted...

Estudiante de medicina. Muy joven. Rostro de niño más bien. Meza camina y sube al montículo. Toma la pala por el mango.

—Yo tampoco... —y tira la pala a un lado.

Jesús Delgado en tres saltos está a su lado con la peinilla en alto.

—Coja la pala... —grita.

Meza mira a la columna. Parece sonreír.

—Coja la pala...

La peinilla cae sobre los brazos. El distinguido Prieto sube y deja caer la peinilla en la espalda. Delgado se lleva un pito a la boca. Suena cortado como una alarma. Llegan guardias de todas partes. Rodean la columna con sus armas en tiro. Otros dos suben al montículo y golpean a Meza. El muchacho mira con sus ojos muy abiertos en todas direcciones. Las peinillas se levantan y caen en la carne y en los huesos produciendo un extraño sonido. El teniente Contreras baja apresurado acompañado por el sargento *Canaima*. Delgado levanta la peinilla y la descarga sobre el rostro. Meza se lleva una mano a la mandíbula. La sangre empieza a salir. Un trozo de carne cuelga del mentón. El teniente Contreras grita:

—¿Qué pasó?

Los guardias dejan de golpear. Respiración entrecortada. Manchas de sudor en los uniformes.

—Una insubordinación, mi teniente... —grita el distinguido Prieto.

El viejo Martín se adelanta:

—Ninguna insubordinación...

El teniente Contreras oye atentamente.

—Llévenlo a curar... —ordena.

Dos presos ayudan a bajar a Meza. Martínez aparece por la calle de la cuesta.

—¿A dónde lo llevan?

—A curarlo...

—Que lo curen en Guasina... —y ordena al distinguido Co-
rea que lo traslade a Guasina.

2. El viejo José Martín me dice en la noche:

—Hay una ofensiva de Martínez... Este es el segundo en menos de un mes...

—Primero fue Mateo... Quedó en peores condiciones que Meza... —comenta Jesús Alberto como si hablara consigo mismo.

Estoy cansado. No soporto los pies. Oigo las palabras, pero no respondo. Me limito a volver la cabeza a uno y otro lado del camastro mientras hablan. Quiero decir:

—No me dejen solo... tengo miedo...

Pero no me atrevo. Miro al techo de zinc. Las cuerdas con las cosas de los presos cuelgan. Cierro los ojos.

Sacan a Juan Cárdenas de la columna de carretillas.

—Tú eres el que te ríes de la Guardia Nacional...

Juan Cárdenas no puede dejar de sonreír. Así fue a nuestra llegada.

—Coja esas piedras y párese en cruz... —el guardia abre los brazos en el aire.

Juan Cárdenas sonríe. A golpes de peinilla le abre los brazos en cruz. Mateo deja la carretilla y le arrebató las piedras a Cárdenas. Las tira al suelo con fuerza:

—Nosotros somos hombres... —dice.

Los guardias golpean con las peinillas. A veces chocan los hierros.

—Tírenle piedras... —grita Mateo una y otra vez a la cuadrilla.

Los presos siguen inmóviles ante los cañones de las subametralladoras.

Mateo cae al suelo. Se levanta.

—Tírenle piedras... —grita desesperado.

Traen una cuerda. Lo amarran en las muñecas. Un último golpe de peinilla y lo conducen al embarcadero. En Guasina lo desnudan. Carga una carretilla de un lugar a otro. Sin parar ni comer. Parece una sombra. Un esqueleto camina con una carretilla.

El viejo Martín me toca la frente. Abro los ojos. Jesús Alberto se inclina.

—Tienes fiebre... —dice el viejo José Martín.

—No... no es fiebre... —afirmo—. Estoy cansado...

De nuevo hago esfuerzos sobrehumanos para no decir:

—No me dejen solo... tengo miedo...

3. Al salir de la escuela los niños se incorporan al trabajo. Una columna de niños con carretillas transporta tierra y piedra a las zanjas y grietas de la calle. Nos han ordenado construir un parque infantil en el centro del poblado.

—Será nuestro único trabajo útil... —comenta Jesús Alberto. Payares y Martínez, en compañía de un candidato a diputado por el Territorio Delta Amacuro, reunieron el pueblo en el lugar. Los oficiales de S. N. entraban a las casas e invitaban a las familias.

—Las elecciones se ganan con hechos reales... no con promesas... —decía el candidato.

Martínez asentía con grandes gestos. Payares callaba. La cuadrilla de presos trabajaba en silencio nivelando el terreno. Cada cierto tiempo miramos el grupo. Las familias buscan las sombras de los árboles. Una mujer de rostro cobrizo amamanta al hijo. Tocaban los pitos y nos ordenan retirar al patio de una casa. El candidato habla.

—Tendrán agua y luz también... —dice.

—Ya tienen luz... —interrumpe Martínez.

Las familias se retiran en silencio. Regresamos a la zona de trabajo. Payares se va con el candidato a diputado. Martínez traza círculos en la tierra con una peinilla.

—Un parque infantil... Los niños deben trabajar también...

—Muchachos... —grita—. Pueden disponer de todo el material que necesiten...

Los presos dejan de trabajar y levantan la cabeza. Martínez

se aleja por la calle. Mueve los hombros y los brazos como una vieja balanza.

—La gente tiene que comprender esto... —dice Manuel Salazar.

—Unos presos construyen un parque infantil... para la campaña electoral del gobierno... —comenta Jesús Alberto.

Los niños salen de la escuela y se incorporan al trabajo. Tratamos de explicarles.

—Nosotros estamos construyendo este parque para ustedes... Nadie del gobierno trabaja en esto... sólo los presos...

Los niños comprenden. Uno de más edad se acerca a Manuel Salazar. Lee en su cuaderno.

—Mayor Guillermo Peña Peña⁴⁶... lo trajeron preso... Está en Guasina...

Nos miramos en silencio.

—Trajeron al mayor Peña Peña... —digo a Jesús Alberto. Martínez regresa. Reúne a los niños debajo de un árbol y les dice algo sobre el amor al trabajo. Parece satisfecho.

—Tráigales agua de papelón a los muchachos... —grita a un oficial de S. N.

—Entonces, esto es largo... —sugiere Jesús Alberto.

En la tarde hemos terminado los columpios.

—¿Podemos jugar? —preguntan los niños.

—Mañana... —responde un preso suavemente—. Las bases están frescas aún...

Martínez oye y da unos pasos hacia el grupo de niños.

—¿Cómo dicen?

—¿Podemos jugar? —repiten los niños.

—Ahora no... cuando regrese el diputado...

46. Mayor Guillermo Peña Peña, andino del Estado Mérida, perseguido por la dictadura con terco ensañamiento, igual que a su hermano el teniente Genarino Peña Peña. Ambos sufrieron largos años de prisión en distintas cárceles del país. El mayor Peña Peña fue trasladado en avión desde la Penitenciaría de San Juan de los Morros hasta la población de Barrancas y de allí en una lancha hasta el campo de concentración, por orden expresa del dictador. Permaneció en Guasina hasta la clausura del campo, en diciembre de 1952, cuando fue enviado a la Cárcel de Políticos de Ciudad Bolívar.

4. Formación. La fila se extiende a lo largo de la calle. Los presos miran un lugar indefinido en las paredes, en el suelo, en el río, en el cielo. Una culebra amarilla, me había dicho el poeta en otra ocasión. Los desniveles del terreno semejantes a las sinuosidades de una culebra. Silencio a gritos y golpes de peinilla. Una tempestad seca viene de Imataca. Sólo se oyen los truenos y los pasos de los guardias recorriendo la fila.

El *Hermes*, un carguero de mineral de hierro, pasa como todas las semanas frente a Sacupana. Un rastro de espuma queda en el río unos instantes. Retumba el motor como los pasos de un monstruo. Los presos vuelven la cabeza hacia el río. No es nada. El *Hermes*. Otro día Luis Ramos, tomando una piedra del suelo, me había dicho:

—Un trozo así... —los dedos de la mano derecha palpaban cada arista del mineral—. Puede ser una peinilla, un cerrojo de fusil o una vuelta de alambre. De allá, de los Estados Unidos, el hierro regresa convertido en estas cosas.

—Quién sabe cuantas veces nos han golpeado con nuestro propio hierro...

Sin darme cuenta me he quedado mirando a Luis Ramos en la fila. Sin lentes, miope, pestañea con el sol.

Cien hombres salieron en libertad. Esa misma mañana una lancha llevaba los últimos veinte a Barrancas. En una canoa traslado de un extremo a otro del pueblo, unos troncos de mangle. La canoa se inclina con el peso. Recuerdo la infancia. El río, el sol, una canoa. Me llaman de la lancha. Uno que va en libertad me dice al oído:

—Sube... nadie se dará cuenta... Un preso más en libertad... Miro al grupo. Rostros tristes sonrían con tristeza. Las olas del río producen un movimiento de vaivén. En la orilla trabajan los presos.

—El capitán de la lancha no está...

Se me enfrían las manos un segundo.

—No... —digo y empujo la canoa.

Sigo por el río. Es suave la corriente de la orilla. Monte de

ribera en las barrancas. Unas muchachas se bañan. Cuando oyen ruido se esconden en la hierba alta y jugosa. Una asoma la cabeza. El agua corre por el pelo como asfalto fundido.

—Es un preso... —grita a las otras riendo.

Todas salen. El vestido se les pega al cuerpo con el agua. Piel cobriza. Pero sigo de largo con los ojos fijos en un lugar distante del río.

Avanza la tempestad seca. Ráfagas de viento caliente. Han mandado retirar los niños de los alrededores. Se refugian en el parque infantil y miran los columpios. Pero no juegan. Martínez ha dicho:

—Jugarán cuando regrese el diputado...

Un cabo me increpa:

—¿Qué ve usted allá arriba?...

—Nada... —respondo, pero me habría gustado decirle: "la tempestad... sólo la tempestad..."

Cuando llegó la lista de libertad llamaron a Luis Ramos a la Dirección. Payares y Martínez sentados detrás de los escritorios. Peinillas en los rincones. Un S. N. bosteza en el espaldar de una silla. La libertad es condicionada.

—¡Firme! —Martínez le entrega la caución y una pluma.

El mismo papel mimeografiado, las mismas letras. Seguridad Nacional. La madre lo abraza. Tiene lágrimas en los ojos. "La firmarás en Guasina..." —grita Ulises Ortega.

—A mí me mandaron aquí por no firmar eso... —abre y cierra sus ojos de miope, un párpado con dificultad por la cicatriz.

—Firma... carajito... —grita Martínez y golpea la mesa con ambos puños.

Luis Ramos mueve la cabeza a un lado y a otro.

—Pues ahora vamos a hacer contigo otra cosa...

El teniente preso nos llama una noche a Manuel Salazar y a mí.

—Tengo cien machetes y contactos en la calle... el viejo Martín... Vamos a tomar esto... nos enguerrillamos en Imataca...

Guardamos silencio.

—Esta noche... hay una tempestad... es un buen aliado... Me entusiasma. Pero el Comité no dice nada.

Martínez camina con la lista de libertades por el campo. Llama a Simón Rodríguez.

—Firme y se va... —le dice en la oficina de la dirección.

—Yo no renuncio... a mi vida... política... —responde pausadamente.

Martínez se detiene en el centro de la calle. La esposa del teniente Contreras mira desde la puerta del comando. La formación está en silencio.

—Que den un paso al frente... los que no quieren firmar... la caución...

El viejo José Martín da dos pasos y queda en medio de la calle. Los jóvenes comunistas salen de distintos lugares de la fila. Veinte comunistas⁴⁷. Miran hacia arriba. José Martín recorre la fila con sus ojos. Me mira fijamente. Manuel Salazar me toma del brazo. Vuelvo la cabeza. Bajo los ojos en silencio. Rostros torturados. Sudor frío. Una ráfaga de aire caliente. Otros miran al suelo en la fila.

Jesús Alberto susurra:

—¿Será para fusilarlos?...

—Con sus corotos... —grita Martínez de nuevo—. Otra voz... Sin corotos...

47. El gesto conocido como "paso al frente" fue uno de los actos más heroicos en los campos de concentración de Guasina y Sacupana. El 8 de noviembre de 1952, en una formación de presos realizada en Sacupana, Alfredo Martínez, subdirector del campo, gritó amenazante:

—Que den un paso al frente los que no quieren firmar...

Debía firmarse una caución para salir en libertad. En ella se renunciaba a la militancia política, se comprometía a participar a S. N. los cambios de residencia y a no ausentarse del domicilio sin previa autorización de la oficina de control político de la S. N. Los comunistas tenían la consigna de no firmar la caución. Ya en Caracas la habían rechazado y fueron trasladados a Guasina. Allí todos creían que negarse significaba la muerte. Los comunistas que dieron el paso al frente fueron: Angel Salazar, Angel Raúl Guevara, Elio Grippa, José Martínez Pozo, Rafael Villarreal, Lino Pérez Loyo, Gustavo A. Villaparedes, Pedro Elías Rodríguez, Juan Arenas, José Vicente Iro, Martínez Páez, César Octavio Rojas, Ramón Escalona, Faustino Rodríguez Bauza, Alfí Vicente Terán, Gregorio Tirado Bravo, Luis Navarrete, Elíseo Rodríguez, Martín H. Girón, José B. Guilarte y Juan Bautista Lugo.

Inmediatamente después fueron sometidos a rigurosos trabajos forzados.

Regresamos al campo con los ojos fijos en el suelo. José Martín me alcanza en la puerta. Me pasa un brazo por los hombros.

—No importa, compañero... nosotros comprendemos...

—Al menos somos testigos... —respondo, por decir algo.

Los pitos suenan en la puerta.

—Esos que van para Guasina...

Dos pequeñas filas en la puerta. El doctor Franco y Manuel Salazar, José Rojas y yo, Jesús Alberto y Pablo García, Guillermo y Juan Cárdenas. Los comunistas pasan por el medio. Nos abrazamos.

—¡Rápido!... —gritan los guardias.

Los demás presos observan en el patio interior.

—Cúdate... —me dice al oído el viejo Martín—. Ya nos veremos.

En columna de a uno se dirigen al embarcadero. El campo queda en silencio. Los truenos retumban por Imataca. Ráfagas de viento caliente levantan el zinc de los ranchos.

1. Tenemos miedo. Con inquietud observo los movimientos de los presos. Trato de descubrir algo en unos rostros acostumbrados a no expresar nada. Sé que tenemos miedo. Esperamos sentados en el suelo formando un semicírculo. Apoyo la espalda en los alambres y las espinas me hacen daño en la piel. Quizás me sangran de nuevo las cicatrices de la tortura. Sé que todas las armas apuntan hacia nosotros. Pero no nos movemos. Grupos de presos con las manos recogidas a la espalda o en los bolsillos de la blusa, giran sin descanso. Es de noche. Un reflector alumbraba en abanico el patio interior. Las estrellas titilan en una cuenca oscura. Es tarde, pero los niños siguen en los alambres. Apoyan los pies y las manos en la cerca y se mecen inocentemente. Varias veces hemos intentado alejarlos.

—Retírense... No sabemos lo que puede ocurrir...

Un guardia en la puerta camina con una ametralladora. Los niños dan una vuelta por el pueblo y regresan con sus perros.

—No se ha ido el barco... sigue frente al embarcadero...

—dicen, y así se justifican para volver a colgarse en los alambres.

—¿Por qué no nos abandonan? —me pregunto sin dejar de mirar a Jesús Alberto.

Todo el pueblo está despierto también.

—Este no es un motín de los presos solamente... —dice el teniente preso.

Las voces de los compañeros parecen distantes. Estoy cansado, distraído. La luz roja del faro 42 gira en un lugar del cerebro. Por encima de la garita miro las estrellas. Nubes pequeñas como dunas de una arena blanca. En la tarde un niño me ha entregado una carta de Carmen. Dejo el trabajo. Me retiro a un lugar del depósito entre sacos y desperdicios. Me tiemblan las manos. Ella me había dicho aquel día, mientras se sacaba la dinamita:

—¿Tienes miedo?

Dejo de temblar. Pocas palabras.

—“Espérame en diciembre...”

—Estamos a mediados de diciembre... —reflexiono con amargura.

Además, el *Guayana* —el mismo barco que nos trajo a Guasina— espera anclado frente a Sacupana.

—“Espérame en diciembre...”

Todo el día, hasta que entró la noche, hemos depositado en las bodegas del *Guayana* las cosas del campo.

Martínez decía desde cubierta:

—Dejen espacio para ustedes...

Limpiamos la bodega. Las cuadrillas trabajan con entusiasmo. Empacan, clavan, pintan letreros en los bultos y herramientas.

—Que no se quede nada... —repite Martínez en todas partes—. Para Caracas...

Después regresa con papeles en las manos.

—Otra voz... —rectifica—. Para Ciudad Bolívar... Vamos para Ciudad Bolívar.

—¿Será que nos llevan para El Dorado? —preguntan los presos angustiados—. La guardia nueva dice que construyeron unos galpones... para presos políticos...

—Lo importante es salir de aquí... —suponen otros—. Un guardia dijo que era mejor El Dorado...

Sigo entre los sacos y desperdicios. Una rata se asoma en un hueco de la pared. Nos observamos un instante. Cierro los ojos y la rata desaparece. No me atrevo a quemar la carta. Es lo único que tengo de Carmen. Ella me hubiera dicho:

—Destruyela... puede caer...

Leo la fecha. 29 de noviembre de 1952.

Aquí hubo una ternera. Al día siguiente eran las elecciones. Los oficiales de S. N. entraban a las casas y conducían a la gente hasta el parque infantil. Los niños probaban los columpios. Nos ordenaron vestimos de limpio y repartieron nuevos uniformes para mayor seguridad. Se llevaron diez presos del

campo para trabajar en la fiesta electoral. Manuel Salazar se ofreció como voluntario. Martínez lo rechazó en la puerta:

—A usted lo conocen mucho aquí...

Indígenas y gente del pueblo silenciosos bajo la sombra de los árboles. Permanente ruido de motores en la orilla. El capuchino traía los indígenas: las mujeres con largas batas blancas, los hombres con pantalones cortos y estrechos. El capuchino bendice con un movimiento misterioso de la mano a los niños, que se arrodillan a su paso.

—Por aquí... —decía a los indígenas y les indicaba unos troncos para sentarse.

—Es el mismo de la misa... —comenta Jesús Alberto—. ¿No querrá decir algo a los muertos?

Los presos reparten la carne y el casabe. Los oficiales de S. N. entregan a la gente botellas de aguardiente y vasos de cartón.

—Ese es el color electoral —viene diciendo Micaela desde hace tiempo.

—Votaremos por el color de los uniformes —murmuraban las gentes al pasar cerca de los presos.

—Sí; amarillo es el voto.

La gente asiente con pequeños gestos y sonrisas. El amarillo del uniforme brilla con el sol.

Y elecciones. La primera parte del día transcurre en silencio. Los presos asomados entre los alambres. Ruidos de motores que llegan y se van.

Todo el pueblo de Sacupana vota contra el gobierno. Tarjetas amarillas como el uniforme. Martínez insulta a la gente. Llega hasta la cerca y nos maldice. Grita iracundo en la calle. Regresa al campo y ordena cortar el agua y la luz al pueblo. Se encierra en su oficina y llama a los empleados. Interroga, amenaza, golpea la mesa. Algunos funcionarios votaron contra el gobierno.

El maestro de obras no oculta su alegría.

—Ganamos... en toda Venezuela... Por radio transmiten los escrutinios...

—¿Hubo abstención?... —pregunta un viejo dirigente sindical.

—No... todo el mundo votó amarillo...

Otro día, y el maestro de obras informa:

—Dejaron de transmitir los resultados electorales... —tiene señas de trasnocho en el rostro—. Parece que hay un golpe... las radios transmiten pura música.

Resuelvo quemar la carta de Carmen. La rata se asoma de nuevo en el agujero de la pared. Leo por última vez:

—“Espérame en diciembre...”

Arde el papel de seda. Antes de consumirse oigo unos pasos muy cerca. Apago la llama con las manos y me llevo a la boca un trozo de papel y cenizas. Un sabor extraño. Juan Cárdenas hace un gesto de silencio con un dedo en los labios:

—No nos vamos todos... cinco se quedan...⁴⁸ Van a matar a Jesús Alberto... Payares, borracho, lo dijo en la bodega... Otros presos han oído algo parecido.

—Yo decía... por las buenas o por las malas... pues será por las malas...

Payares hablaba con Donquis, un oficial de S. N., en el corredor de doña Julia.

—Caín es suyo... —guardaba silencio un rato y preguntaba de pronto acercándole el rostro—. ¿Usted como que no quiere? Donquis cambiaba de color, pero asentía débilmente.

Nos encerramos en un rancho. Los presos siguen empacando y llevando las cosas al barco.

—Puede ser una borrachera de Payares... Siempre habla de muertos cuando se emborracha... A veces habla con su propia sombra... cree que es Santiago Díaz...

48. Jesús Alberto Blanco, Guido Acuña, Juan Francisco Esteller, Ramón Lancini y Guillermo Castillo Bustamante, fueron los presos que Seguridad Nacional ordenó dejar en Guasina. Los demás debían ser trasladados a la Cárcel de Ciudad Bolívar, el 17 de diciembre de 1952. Concretamente los presos se enteraron del propósito de asesinar a Jesús Alberto Blanco, en otras ocasiones fallido. Entonces todos se negaron a salir del campo de concentración. El teniente Contreras confirmó la versión de los presos y desconoció las órdenes emanadas de Seguridad Nacional. Los cinco condenados a muerte fueron trasladados junto con los demás presos a la Cárcel de Políticos de Ciudad Bolívar. El propósito de asesinar a Jesús Alberto Blanco se cumplió el 6 de enero de 1955.

—No tenemos que acordar sino una sola cosa... —interrumpe José Rojas con voz muy ronca—. O nos vamos todos o nos quedamos todos...

—Los comunistas corremos la misma suerte... —dice el viejo José Martín.

El teniente Contreras nos recibe en el comando. El teniente preso explica. Nos van a trasladar a Ciudad Bolívar, pero van a dejar a Jesús Alberto para matarlo.

—Yo no estoy enterado... —dice Contreras—. Pero me informaré... Pueden estar seguros que no permitiré un crimen... Regresamos al trabajo. El oficial de S. N., Donquis, habla con un pariente preso y el viejo Colina.

—Me dejan para matar a Jesús Alberto... —dice llorando—. Yo prefiero desertar... Son cinco: Jesús Alberto y cuatro presos más...

Tiene algo proyectado: se queda con la promesa de matarlo y luego huyen juntos. Van a dejar una lancha rápida. Jesús Alberto es marino.

El viejo Colina lo calma:

—Nosotros no nos vamos... que nos maten a todos...

Payares camina con Donquis por la calle. Se detiene de nuevo, le acerca la cara y lo toma por ambos brazos.

—¿Usted como que no quiere?

Siento el alambre en la espalda. El guardia con ametralladora pasea de un extremo a otro de la puerta. La luz del reflector ilumina una barraca a medio construir y vuelve en abanico al patio interior. Una parte de la barraca techada. Arcos de acero la otra mitad. Más lejos, calabozos con paredes trancas. Rejas como alcantarillas al pie de un árbol. Vigas inclinadas. Parecen los despojos de una guerra.

Una mañana —días después de las elecciones— habían suspendido el trabajo forzado. Martínez llegaba a las cuadrillas agitando un telegrama.

—Se acabó el trabajo forzado...

Nos retiramos y todo quedó así, como los despojos de una guerra.

Pasamos los días encerrados en el campo. Caminamos haciendo conjeturas. De las esquinas quitan las tablas que dicen: *Calle 4 de Agosto*. Pintura nueva: *Calle 2 de Diciembre*.

En secreto les hemos dado a las calles los nombres de los muertos.

—¿Por qué se llama ahora “2 de Diciembre”?

Martínez se llena de aire los pulmones.

—Una nueva fiesta nacional... —responde soberbio con un temblor en los carrillos.

.....

Regresan los comunistas de Guasina. Huesos y harapos. Sonríen alegres.

—Qué flacos están ustedes... —me dice el viejo José Martín. Ellos parecen esqueletos, pero no digo nada. Los miramos con admiración. El viejo José Martín cree que pregunto algo.

—Logramos sobrevivir —responde—. Hemos comido de todo... hierbas, monos, culebras, ratas... Aprendimos a pescar camarones en el río... con un saco... pero hemos sobrevivido...

¿Acaso no gira todavía el faro 42? —pregunta enigmático.

.....

—Voluntarios para destruir a Guasina... —grita Martínez en las puertas del campo.

Una cuadrilla de quince. Llegamos a Guasina. El río corre pacíficamente a un lado. Pasó la inundación. Rastros del agua en la tierra solamente. Una playa, barrancos, la gabarra encallada en la orilla, restos de puentes, cuatro barracas desoladas, caneyes, ranchos, oficinas. El cuadrilátero de cemento de una barraca. Dibujos de Martínez y Payares en todas partes, colgados de vigas inmensas. Consignas revolucionarias. Con barras y grandes martillos empezamos a demolerlo todo: los caneyes, las oficinas, las garitas, los calabozos.

—Quieren borrar el testimonio de Guasina... —reflexiona de pronto Manuel Salazar.

—¿Testimonio de qué? —pregunto en un grito que sorprende a los guardias.

Trabajamos en la destrucción todo el día. Llego Martínez.

—Lo han destruido todo... —se lamenta—. No se puede hacer nada con esto...

Volvemos a Sacupana. Antes de pasar frente al faro 42, Manuel Salazar me oprime un brazo.

—Viene un barco...

Miro en la dirección indicada. El barco asoma entre las islas.

—Es el *Guayana* —afirma Jesús Alberto.

Cuando llegamos a tierra el barco está frente a Sacupana. Pita. Tira el ancla. Algunos marineros saludan en cubierta. Los niños responden desde la orilla.

—Sí; es el *Guayana*...

Y ascendemos la calle de la cuesta.

.....

En la tarde hablamos de nuevo con el teniente Contreras.

—Es cierto —dice—. Cinco presos... los demás deben ser trasladados a Ciudad Bolívar.

—O nos vamos todos o nos quedamos todos... —repetimos con firmeza.

—Eso es un motín...

—Sí... esta vez sí es un motín... de brazos cruzados... No tenemos armas. Pueden matarnos a todos...

El teniente preso habla como militar.

—Es tu carrera... —concluye después de una larga exposición.

—Me juego mi carrera... En ambas situaciones me juego mi carrera...

Pasea por la oficina preocupado. No sé si oye.

—Tomaré algunas medidas antimotín. Pero consultaré al comando...

Informamos a los presos. En pequeños grupos comienzan a girar

sin descanso. Las voces se convierten en un coro de susurros. Jesús Alberto sereno, tranquilo, sin angustias habla en el grupo. ¿Se trata de un testamento?

—Váyanse... yo me fugo... No se pueden sacrificar doscientos hombres...

—Quizás es nuestra única rebeldía... —dice José Rojas—. Es un método nuevo: lo sacan a uno de la prisión y lo matan... Uno a uno podemos caer...

—Ya me he salvado otras veces... —afirma Jesús Alberto—. No es la primera vez...

Queda en silencio un largo rato. Los pies de los presos se arrastran por el patio. El reflector pasa por encima de nosotros y alumbra la calle.

—¿Qué harán ustedes después? —pregunta sombrío—. Ahora están presos...

La brisa de diciembre mueve las hojas altas de los árboles. Parece un testamento.

—Cuando andaba con Urbina⁴⁹ y con Machado⁵⁰ también hablábamos de revolución... pero no sabíamos nada... ¿Qué harán ustedes? ¿Una revolución? Aquí me han explicado algunas cosas...

En el semicírculo de sombras nadie se mueve. Los alambres me penetran profundamente en la piel. Tal vez se me mancha de sangre la camisa.

—Yo no soy Caín —dice mirándonos a cada uno en la cara—. No he matado un hermano... Cuando invadimos con los mexicanos disparé la ametralladora contra un cuerpo de tropa que

49. Rafael Simón Urbina, nativo de Coro, Estado Falcón, muy conocido por sus actividades guerrilleras contra la dictadura de Gómez. Jefe del grupo armado que dio muerte al Presidente de la Junta Militar de Gobierno, Carlos Delgado Chalbaud, el 13 de noviembre de 1950. Pocas horas después fue asesinado por la comisión de S.N. que lo trasladaba de un lugar a otro, temerosos los allegados al dictador Pérez Jiménez que Urbina pudiese revelar antecedentes del hecho.

50. Gustavo Machado, 66 años, abogado, nativo de Caracas, jefe del Partido Comunista de Venezuela. Desde 1914 su vida se desenvuelve en alternativa de prisión, exilio, actividad política legal y clandestina. Formó parte del Estado Mayor de Augusto César Sandino, en Nicaragua. El año 1929, en compañía de otros venezolanos, tomó la isla de Curazao e invadió a Venezuela por las costas de Falcón.

se bañaba en el río... Los mexicanos me llamaron Caín porque mataba a mis hermanos... "Son venezolanos como tú", dijeron... Los jóvenes deben saber eso...

Me levanto del grupo y tomo a Carmito del brazo. Siento un dolor agudo en la espalda.

—Somos los primeros de la lista... De nosotros depende todo... No debemos salir...

Caminamos por el patio. Las sombras adelante. Las sombras atrás.

—Yo no salgo, compañero... —dice Carmito con una voz pastosa.

El guardia deja de caminar en la puerta. Mira hacia el comando. El teniente Contreras avanza acompañado del sargento. Entra. Se dirige al grupo. Todos los presos se levantan. Llama al teniente preso.

—Consulté al comando en Caracas. La respuesta dice: "Sométase a las órdenes de Segurana".

—¿Y usted qué dice? —Pregunta el teniente preso.

—Me juego la carrera con ustedes...

—Jesús Alberto debe entrar primero al barco... —digo.

—Los cinco entrarán conmigo, el mayor Peña Peña y el teniente... Ya he dicho que me juego la carrera con ustedes...

.....

En fila india bajamos al embarcadero. Los niños corren a los lados. Las mujeres forman un grupo compacto en la orilla del río. Busco el rostro de Micaela entre la gente. Pregunto con los ojos a Manuel Salazar:

—Se fue anoche para Barrancas... Si no pasa el barco hoy, significa que estamos en dificultades...

Antonio López toca la guitarra. Los jóvenes cantan.

En lanchas y balsas llegamos al barco. Bajamos a la bodega. El teniente Contreras se asoma por debajo de la lona.

—Pueden subir a cubierta... —grita.

Subimos. Apoyo los codos en las barandas. Miro a la orilla. Las mujeres y los niños agitan pañuelos y sombreros.

—Seguimos juntos... —dice Jesús Alberto a mi lado.

Los presos cantan, gritan, se abrazan. Agitan los pañuelos y las camisas. Luis Bergolla tiene los ojos húmedos y se oculta detrás de la lona.

Las olas se parten en el casco. Ruido de cadenas. El ancla sube. Recuerdo a Carmen.

—“Espérame en diciembre...”

Gira la luz roja del faro 42.

—“Espérame en diciembre...”

Una estela de espuma aparece en el río.

**Este libro se terminó de imprimir en
los Talleres Gráficos de Anygraph C.A.
en Agosto del año 2005
Caracas, Venezuela.**

José Vicente Abreu, periodista de la promoción Leoncio Martínez egresada de la UCV en 1949 y profesor de castellano y literatura del Instituto Pedagógico Nacional graduado el año siguiente, nació en San Juan de Payara, Estado Apure el año 1928, Y murió en Caracas el 25 de abril de 1985.

Fue compañero de Leonardo Ruiz Pineda, Alberto Carnevali, Antonio Pinto Salinas y demás combatientes de la resistencia hasta caer en manos de la policía política en mayo de 1952. A ese tiempo corresponde el primer capítulo de este libro escrito en la Cárcel Modelo de Caracas, cuyos manuscritos me fueron enviados a través de una enfermera del penal, burlando la vigilancia de los carceleros, pocas horas antes de su traslado a los campos de concentración y trabajos forzados de Guasina y Sacupana, en el Delta del Orinoco. Posteriormente en la Cárcel de Políticos en Ciudad Bolívar, donde permaneció cinco años y medio hasta su expulsión a México, escribió la segunda parte, que mis manos transcribieron en "letra de hormiga" para sacar a la calle subrepticamente. En el campo de concentración produjo su poema **Manifiesto de Guasina**.

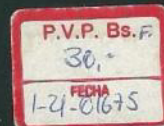
Regresó a Venezuela después del derrocamiento de la dictadura y fue jefe de redacción del diario "Tribuna Popular" (1958-60), órgano del Partido Comunista, donde había tomado nueva militancia en sus últimos años de encarcelamiento.

En 1962 fue condenado por un Tribunal Militar a seis años y seis meses de presidio por presunta participación en el movimiento insurreccional de Carúpano y dos años después obtuvo conmutación de la pena de cárcel por exilio, residiendo entonces en Checoslovaquia, Unión Soviética, Cuba y Bulgaria hasta 1967.

Hace 40 años, en 1964, apareció la primera edición de este libro en Venezuela y posteriormente otras en Cuba, Bulgaria, Unión Soviética, Checoslovaquia y Alemania. Esta es la vigésima primera edición facsímil que se produce, ya agotadas las anteriores.

Marginado voluntariamente de toda actividad política y dedicado a la literatura, José Vicente Abreu produjo años después estos libros: **Guasina, donde el río perdió las siete estrellas**, **Toma mi lanza bañada de plata** (1973), **Rómulo Gallégo**, **ideas educativas en La Alborada** (1977), **Palabrerus** (1985), **Cartas de la prisión y del exilio** (1987), **Sojo, medio siglo de música** (1987) y en diferentes publicaciones -libros, folletos, revistas, periódicos de Venezuela y del exterior- numerosas páginas de semblanzas y reportajes sobre los caídos en los combates contra la dictadura y sobre los hechos más resaltantes de aquella época del desprecio y la barbarie. Dejó inédito numerosos poemas manuscritos producidos en sus últimos años de cárcel.

Caracas, julio de 2005



José Agustín Catalá